

LEONARDO DA JANDRA
HUATULQUEÑOS



LEONARDO DA JANDRA

HUATULQUEÑOS

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

TRILOGÍA DE LA COSTA

Volumen

I



México 2019/Editorial Avispero

Primera edición: 1991, Joaquín Mortiz
Segunda edición, corregida y aumentada: 1996, Joaquín Mortiz
Tercera edición: 2005, Editorial Almadía
Edición conmemorativa y definitiva: junio de 2019, Editorial Avispero

© Leonardo da Jandra
D.R. © 2019, Editorial Avispero
Portada (*Cavendish incendiando la Cruz de Huatulco*, 1991) e
ilustraciones de interiores: Agar García
©Introducción y edición: Alejandro Beteta
Diseño: Elizabeth Arias

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

Hecho en México

Introducción

La Trilogía de la costa —*Huatulqueños* (1991), *Samahua* (1997) y *La almadraba* (2008)—, de Leonardo da Jandra, es un ejercicio literario que contiene dos virtudes esenciales: por un lado es historiografía literaria, y por el otro, es la mirada de un escritor que, además de ficcionador, es un filósofo.

En la Trilogía de la costa encontramos un estilo de escritura filosófico y contundente; no intelectualiza ni moraliza la vida y la cultura de la costa de Oaxaca. La vida se plasma como es, pero no recae en una torpe imitación de la realidad. Si somos pacientes, en ella descubrimos la vida de unos personajes simbólicos, que constituyen el latir de una cultura en transformación. A pesar de estar ambientada en el pasado y en el presente de Huatulco, los mundos de sus personajes no están muy alejados. Hay un *sino* que los acompaña.

Huatulqueños es la primera novela de la Trilogía de la costa: es un mosaico de personajes que, vistos con atención, son únicos en su manera de afrontar su irremediable destino de fugitivos. Sus personajes no necesitan estudiar el mal para saber que se ejerce fácilmente. *Huatulqueños* se sirve de un lenguaje claro, directo, en donde las metáforas palidecen ante los gestos de lo real, ante la presencia de la muerte, la violencia y el sexo.

Da Jandra se basó en un recurso experimental del tiempo. Alternando las vidas de sus personajes entre el pasado y el presente y conjugando los destinos como en una red, las historias funcionan como un mapa genealógico de destinos bifurcados por sus infortunios. Los personajes aquí narrados representan el trasfondo de un espaciotiempo llamado Huatulco. El estilo de la narración evita moralizar las pasiones o los actos de sus personajes. En sus *Diarios* Leonardo da Jandra dice: “No me atrae la especulación sobre los traumas morales de los personajes, lo único que me interesa es lo qué hacen y por qué lo hacen”. En otra parte dice: “mi

pasión por lo mítico contrasta irremediablemente con el crudo verismo de mi literatura”.

En *Huatulqueños* hay un germen épico que se ramifica en *Samahua* y culmina en *La almadraba*. La técnica filosófica-literaria del autor funciona como un tejido de destinos entrecruzados por una misma realidad. En el caso de Da Jandra, narrar es tejer hilos para atrapar la realidad: “Yo jamás he tenido problemas para hallar mis personajes. Algunos surgen con la instantaneidad de la imaginación, pero los más auténticos son hallazgos en mi constante acechamiento de la existencia”. Sin embargo, sus ficciones no estarían escritas con sangre si no sufriera su invención. Al final, el resultado recompensa el esfuerzo: “En la adversidad se forja la grandeza”.

En la obra de Leonardo da Jandra encontramos símbolos: todo está interconectado, cada parte mantiene una relación con el todo, de ahí que sus novelas tengan una armazón metodológica que expone, en pequeños detalles, la otredad revelada. La narrativa de Leonardo da Jandra parece más un sistema ensayístico de la naturaleza humana.

Huatulqueños es una aproximación literaria nacida de la experiencia confrontativa con la indómita costa oaxaqueña y sus innumerables contradicciones e ironías.



Durante varios años —casi una década— Leonardo da Jandra y su esposa, la pintora y ambientalista Raga García, lucharon por decretar el Parque Nacional Huatulco (1998), símbolo de su esfuerzo para cultivar el respeto y la conservación de la naturaleza. El Parque es un pulmón de vida para plantas y animales en peligro de extinción. Después de vivir utópicamente veintisiete años en la selva huatulqueña, y de haber logrado que se declarase el Parque —que abarca más de once mil hectáreas de mar y tierra—, fueron expulsados injustamente en el año 2007 de su casa, ubicada en la cima de una montaña, en la playa de Cacaluta. Por oponerse a la privatización del Parque fueron objeto de una campaña de hostigamiento por parte de FONATUR.

Aunque las autoridades huatulqueñas les habían otorgado —a principios de 1981— los documentos legales de acreditación de residencia comunal, fueron expulsados como invasores y enemigos del progreso. El conflicto terminó con la destrucción de su casa en 2011. Los artistas la habían construido con sus propias manos como forma de la autosuficiencia. Pero quedémonos con lo que dice Raga en los *Diarios* del filósofo después de su expulsión injusta: “Las obras buenas, bellas y verdaderas son eternas aunque no te las reconozcan tus contemporáneos”.

Actualmente Leonardo da Jandra y Raga García viven en San Gabriel Etla, Oaxaca. Y desde la cima de una montaña han dado vida al Proyecto Avispero. Con el Colectivo Avispero realizan las Jornadas Vasconcelianas, que intentan incentivar los valores críticos en los jóvenes y maestros. Un proyecto altruista en el que fomentan la lectura, la escritura y el pensamiento crítico en escuelas públicas de diversos niveles en Oaxaca. Desde el 2009 el Taller de crítica literaria que imparte Leonardo da Jandra ha sido un centro de reunión para jóvenes escritores oaxaqueños.

Leonardo da Jandra es un filósofo que cree en el método como mejor forma para buscar la verdad, y en la complementariedad de los opuestos como unión creadora de orden y belleza.

La producción literaria de Leonardo da Jandra es vasta, y para comprender una de sus obras, hay que comprender el resto.

Alejandro Beteta

EL PRESENTE

I

—**D**ate prisa —le dijo a la mujer, que estaba planchándole la guayabera.

—Total, ni van a llegar temprano —masculló la mujer.

Por segunda vez fue al baño y estuvo pujando, sin lograr más que una ventosidad pútrida. Se levantó y trató de abarcar con las dos manos la deforme hinchazón de su barriga. “Serán bichos”, se dijo reojando con desaprobación la imagen prieta, lampiña y aglobada que le regresaba el espejo. Desde que lo habían impuesto como presidente municipal de Santa María Huatulco, ni siquiera había tenido tiempo para hacerse el coprocultivo que el doctor Picacho le reclamaba cada vez que, al preguntarle por su salud, le daba la misma respuesta: “De la fregada”.

—¿Pudiste? —le preguntó la mujer, una costeña atamalada con la expresión dura y resentida del nativo encumbrado, dándole la guayabera.

—No.

—Toma la papaya antes de irte.

—Para el efecto que me hace —dijo el hombre, recordando el atiborramiento de papaya a que lo había obligado su mujer desde el inicio del mandato.

—Entonces, una purga... Ni modo que vayas a irte así a España.

—Solamente la purga.

—¿Te la preparo para mañana?

—Sí, para mañana... No, mejor para pasado —dijo terminando de abotonarse la guayabera.

Al subir a la camioneta miró de nuevo la hora, ocho cuarenta, y pensó que tenía el tiempo justo para llegar al desayuno. Encendió el motor y enfiló hacia Santa Cruz, donde tenía que recoger a Chano Martínez, su secretario. En realidad no entendía el porqué de su desánimo. Sí, estaba esa molesta sensación de empachamiento, que

lejos de mejorar empeoraba; pero lo que había logrado en dos años de gobierno ameritaba un estado de satisfacción, o cuando menos de autocomplacencia, y no esa imagen adusta y sufriente que, según comentarios, tanto le perjudicaba. Recordó lo que el gobernador del estado le había dicho poco antes de que las veleidades de la política le impidieran seguir manejando el proyecto de Huatulco con demagogia y resentimiento hacia el centro: que la imagen del político debía ser igual de seria y austera que la del sacerdote. Por eso, para los oaxaqueños, el modelo a seguir era hoy y sería siempre el sacerdote de la patria, don Benito Juárez. Además, ¿de qué valía tener una sonrisa encumbrada si, como sucedía con los tres últimos directores locales de FONATUR, la obra no tenía arraigo? Las obras son lo único que permanece, y no le cabía la menor duda de que él estaba siendo uno de los artífices principales del Huatulco moderno. ¿No lo demostraba fehacientemente la frecuencia con que a últimas fechas venían a verlo los altos funcionarios del centro? Este mismo desayuno al que ahora iba, con el director general de FONATUR, un director departamental de la SEDUE y el representante nacional de los hoteleros, ¿no era una clara prueba de su importancia política? Sí, problemas había y los habrá siempre: la falta de infraestructura para dar cabida a los trabajadores que llegaban de todas partes de la República, el asunto de los comuneros que aún seguían con sus cabañas en el puerto, los asentamientos anárquicos en la margen izquierda del río Copalita; y, sobre todo, la falta de organización del partido, que en las pasadas elecciones había estado a punto de costarle la presidencia municipal ante el desorden tumultuoso de la oposición campesina. Pero, ¿cómo hacerle, si por un lado los campesinos habían pasado a la oposición, y por el otro los hoteleros, restauranteros y demás prestadores de servicios recién llegados, pretendían que la Crucecita se separara de Santa María y fuera declarada presidencia municipal?

De pronto, en el cruce de la costera, una puerca con cinco crías se le atravesó obligándolo a un frenazo brusco. Oyó encabronado las risas del gentío que esperaba al borde de la carretera el paso de autobuses y camionetas para ir hacia el trabajo, y se prometió que ese mismo día iba a hablar con el regidor de salubridad para decirle que mandara

multar a todos los que tuvieran animales sueltos. Definitivamente había que erradicar del proyecto esa imagen de suciedad y miseria. ¿No iba a ir él a Madrid la semana entrante, precisamente a promover una imagen de Huatulco de belleza sin par en todo México? ¡España! Por fin iba a conocer la tierra de donde le dijeron que había venido su bisabuelo. Aunque era claro que él de gachupín no tenía nada; y a decir verdad, como todo buen mexicano, tenía más motivos para mentarles la madre que para abrazarlos. Pero el nuevo director local de FONATUR le había dicho que en materia turística España no tenía par; que si nosotros, con nuestro sol y nuestras playas, lográramos la educación turística que tenían los españoles, en menos de diez años estaríamos entre los tres primeros lugares a nivel mundial. Por eso le había ayudado a conseguir con rapidez los papeles para que un neto huatulqueño fuera por primera vez a representar a su pueblo a nivel internacional. Sabía que corrían las críticas de los prestadores de servicios, que no lo consideraban apto para desempeñar ese papel. Uno de sus informantes le había dicho que don Pilo, cabecilla de los restauranteros que buscaban separar la Crucecita de Santa María, comentaba en corrillos que cómo era posible que los fuera a promover internacionalmente un indio que no sabía ni francés ni inglés, y que apenas podía hablar bien el español. “Ese cabrón sé que vende venado y langosta durante la veda, y voy a clausurarlo por un año”, se dijo mientras pasaba frente a las chabolas del campamento de la COCEL.

Al entrar a la Crucecita vio a una perra en celo acosada por un grupo de perros que traían adherida al pelamen la suciedad de una vida despreocupada y callejera. Desvió la dirección para evitar el frenazo y fue a dar en un callejón donde, sobre la banqueta frontal de un changarro que se anunciaba como “El mero neto”, estaban cuatro o cinco costeños, con el aspecto injurioso de la desvelada, entrándole duro a las caguamas, cuyos envases vacíos amontonaban a un lado. “Hay que subir las multas a cinco mil pesos, para que se les quiten las ganas”, se dijo anotando en el archivo justiciero de una memoria que jamás ejecutaba nada.

Una vez más reparó en que por todos lados estaban regados envases y bolsas de plástico de alimentos y bebidas chatarra, que cautivaban a los netos haciéndoles creer que su consumo era sím-

bolo de riqueza. Tomó la salida hacia el puerto y, al llegar a la desviación de Chahué, se detuvo un instante para dar paso a una camioneta que salía de la agencia municipal. Estaba empezando a dejarse arrastrar de nuevo por los lamentos ácidos de su estómago, cuando al asomarse al espejo retrovisor descubrió a una negra acucillada que estaba haciendo sus necesidades tras un matorral al borde de la carretera. Retiró de inmediato la vista del espejo y al arrancar estuvo a punto de atropellar al hombre que, parado en el borde unos metros adelante, parecía esperar a que la mujer terminara. Metió a fondo el acelerador y con la velocidad se le levantaron los problemas de salubridad que ameritaban tratamiento urgente: paludismo, salmonelosis, tifoidea, hepatitis. “Bueno, de eso nadie se muere”. Al decir esto recordó de golpe el asunto de los dos cuerpos hallados en los altos de San Agustín, y que la oposición estaba empezando a manipular con fines políticos. Si querían una investigación a fondo de la policía municipal, adelante, él no tenía nada en contra. Lo más seguro es que fueran pleitos entre familias.

Se estacionó frente a la casa de su secretario y tocó el claxon tres veces. No tardó en aparecer Chano Martínez, dándole las últimas peinadas a su brillante pelo relamido y exhibiendo la sonrisa espontánea y llena de vida que tanto le había valido en su promisoría carrera dentro de la política local. No carecían por completo de fundamento las hablaturías que sostenían que todos los errores de la presente administración municipal eran debidos a la desidia e incompetencia del propio presidente, mientras que los pocos aciertos habían emanado de la voluntad triunfadora de Chano.

—Órale, que vamos sobre el tiempo —le dijo el presidente a su secretario.

—Esos amigos apenas se han de estar levantando —comentó Chano, acomodándose en el asiento.

Arrancaron hacia la Casa Mixteca y al tomar la subida para entrar en Chahué, el presidente, tras reojar con el ceño fruncido la apariencia de su secretario, expresó por lo bajo:

—Chingados, no sé cómo le haces para tener siempre esa cara de felicidad.

—Escogí buena vieja.

—¿Qué, será esa la mera razón?

—Esa es. ¿Qué no te platicué lo que me decía mi abuelito?

—Ya ni me acuerdo si me platicaste o no.

—Pues me decía: “Mira Chanito, no te vayas a juntar con mujer que no querencie plantas o no abunde animales”.

Pensando en la actitud negativa que su mujer tenía para las dos cosas que le acababan de mencionar, el presidente cortó bruscamente el tema y enfrentó autoritario a su segundo:

—Bueno, ¿entonces qué le vamos a decir a estos señores?

—Pues nomás recordarles que nos urge que manden al técnico en computación para programar todo lo de Hacienda; y también tenemos que ponernos bravos con lo de los muertitos de San Agustín.

—Ese no creo que sea asunto que amerite...

—¡Cómo chingados no! —interrumpió con fuerza el secretario—. En menos de un año aparecieron cinco.

—¿No que eran cuatro?

—Cinco. Primero fue el de Cacalutilla, que ya era puros huesos, y por lo mismo nadie vino a reclamar. Después los dos piedramoreños, arribita de donde encontraron al primero. Y ahora estos dos de Hacienda Vieja; y con el agravante de que uno de ellos era hermano del pasado agente municipal.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Pues exígrle a FONATUR una investigación. ¿Qué no han aparecido los muertos en terrenos expropiados?

—Se me hace que son pleitos de familias, o algún asunto del narcotráfico.

—No creo. ¿Por qué entonces aparecen los cuerpos por la misma zona, lejos de donde siembran la yerba? Y además, mandé averiguar y ninguno parecía andar metido con la mota. Tres de los cuatro últimos a puro campear se dedicaban.

—Entonces pudo haber sido la judicial, que los encontró con armas...

—Joel, el hermano del anterior agente de Hacienda Vieja, tenía un postazo pegado en un hueso del brazo, y los judiciales no cargan escopeta.

Pasaron frente a los hoteles Sheraton y Maeva, y el presidente sintió que el mundo se ensanchaba hacia una dimensión de progreso y bienestar. Asumiendo un tono de voz acorde con el cambio de perspectiva dijo:

—Bueno, a mí me parece mucho más importante que veamos con los funcionarios lo de mi ida a España, y no esta chingadera de los muertitos.

—Te digo que sacaron en *Ecos de la Costa* una nota pidiendo la aclaración de las muertes. Y nomás nos caigan los de *Proceso* y verás la que se arma...

—¿Y a qué chingados tienen que venir aquí los de *Proceso*?

—Me llegó el chisme de que esos revoltosos de la asociación ecológica le mandaron un informe donde hablan de la taladera de árboles y la matazón de animales en la zona.

—Puras pendejadas de gente ociosa.

Al llegar a la caseta de vigilancia, una pareja de uniformados detuvo la camioneta. En cuanto reconocieron al presidente municipal les dieron paso. Recorrieron la distancia que mediaba hasta la Casa Mixteca y se estacionaron.

—Parece que llegaron —dijo Chano, haciendo una seña hacia dos individuos que estaban parados al lado de la puerta.

—Estamos a tiempo —expresó el presidente mirando su aparatoso reloj de acero inoxidable.

La Casa Mixteca tenía fama de ser la residencia más bella de todo el proyecto turístico. Pensada inicialmente como regalo para el presidente de la República en turno, había pasado a ser, por los vientos de la renovación moral, la residencia oficial de todo funcionario de alto nivel que visitaba Huatulco. Contaba la mansión con todo lo que un presidente o un secretario de Estado ha menester para gozar a plenitud unas vacaciones marinas: desde cancha de tenis y alberca hasta playa privada, incluyendo, por supuesto, toda la servidumbre. Como a últimas fechas el señor presidente de la República parecía haberse desentendido un poco del proyecto que tanto promoviera siendo secretario de programación y presupuesto, los directivos de FONATUR aprovechaban la comodidad de la residencia para hacer reuniones,

como el desayuno al que ahora asistían el presidente municipal y su secretario.



Los recibió el secretario particular del director general de FONATUR, que estaba con un auxiliar esperando a la entrada, y les dijo que ya todos los invitados estaban en el comedor. Desde el pasillo que bordea el jardín interior vieron, al parecer en alegre plática por las risas que se oían, a varios individuos sentados en torno a una mesa. Muy serio y envarado, el presidente municipal se disculpó por la tardanza y dejó que la señora Lola Sobrino, ejemplar ama de llaves que llevaba la casa desde su entrada en servicio, lo acomodara entre el representante nacional de los hoteleros y el director local de FONATUR. Al verse separado de su secretario, el presidente municipal empezó a sentir que una fluencia amarga y quemante le subía del estómago a la garganta. Mientras oía las risas con que los presentes seguían celebrando las puntadas del director general, pidió un vaso de agua para tratar de enfriar el fuego que le abrasaba las entrañas.

No tardó doña Lola en ordenar el servicio del desayuno, y al ver el presidente municipal que le ponían enfrente unos *hot cakes* ahogados en miel, con sendas rebanadas de tocino, carraspeó con fuerza. El director general de FONATUR, tras breve sorbo a la humeante taza de café, decidió entrar en materia. Les recordó el motivo de la reunión, e hizo un repaso de la situación turística nacional, enfatizando la desaceleración que había experimentado el proyecto de Bahías de Huatulco por la recesión económica mundial y la Guerra del Golfo Pérsico. Insistió en que Huatulco era uno de los proyectos turísticos más ambiciosos a nivel nacional, y que representaba para Oaxaca una fuente extraordinaria de generación de empleos; que afortunadamente contaban con todo el apoyo del señor gobernador —al oír esto el presidente municipal y su secretario cruzaron una mirada cargada de malicia—, y que, por todo ello, no restaba más que darle salida a los problemas locales, que en realidad podían considerarse como uno solo.

—¿O no es así, don Rómulo? —dijo en dirección al representante nacional de los hoteleros.

—Así es. Mientras los comuneros renuentes no desalojen los predios que tienen ocupados, no se dará curso a la inversión hotelera planeada.

—Insisto en que el señor gobernador nos dio todo su apoyo —añadió el director general con suficiencia—. Por tanto no resta más que ustedes nos echen una mano —dijo señalando al presidente municipal. Éste sintió que el fuego se le subía a la cara, y cuando iba a decir: “Nosotros nada podemos hacer”, oyó la fuerte voz de Chano resonar en toda la estancia:

—Cuenta con nosotros para todo lo que podamos.

Se hizo un breve silencio, que realzó el intercambio encendido de miradas entre el presidente municipal y su secretario. Aprovechando el momento, el funcionario de la SEDUE tomó la palabra:

—Si me lo permiten, quisiera recordarles que el Banco Interamericano de Desarrollo tiene en suspensión sus créditos para Huatulco mientras no se presente el plan de reserva ecológica. Además, les hago saber que un grupo local ha ido a ver junto con varios líderes ecologistas al señor secretario de la SEDUE, con el objetivo de expresarle que si no aplican de inmediato medidas para proteger la flora y la fauna del área expropiada, se ampararán contra el desarrollo turístico huatulqueño, por no tener el estudio que exige la SEDUE sobre el deterioro ambiental.

—¿Y qué tan viable puede ser ese amparo? —preguntó preocupado el director general.

—Todo lo viable que cabe imaginar. En otras palabras: tienen la ley ecológica de su lado. Sírvanos como ejemplo lo que pasó en Barras de Piaxtla, Sinaloa...

—Ya me informé que lo que quieren esos del grupito ecológico y cultural es que no se maten más animales en la reserva, es todo —dijo con arrogancia el director local de FONATUR.

—¿No podrían ayudarnos también en eso las autoridades locales? —preguntó el director general recorriendo con una mirada al presidente municipal y a su secretario.

—¿Y cómo? —se la devolvió fríamente el presidente municipal.

—Ese asunto lo puedo resolver yo —insistió el director local—. La semana entrante tengo una reunión con el representante estatal de...

—Señores —cortó el director general, enfrentando al presidente municipal en tono serio—, el futuro de este desarrollo turístico depende del grado en que podamos coordinarnos y ayudarnos. Debemos entender que van a ser los propios huatulqueños los que van a disfrutar en primer lugar la derrama económica que traerá consigo el desarrollo. El señor presidente de la República nos expresó su renovado interés en que se respeten los acuerdos estatales y locales, pero siempre —quede esto bien claro— dentro de los márgenes que señala la ley.

Ofendido por la expresión de fastidio con que el presidente municipal oía la reprimenda disfrazada de consejo paternal, el director general decidió cambiar de táctica:

—Sabemos que un polo de desarrollo de esta envergadura entraña inevitablemente pequeños desacuerdos; pero estamos seguros de que por medio del diálogo y la comprensión se puede llegar a un acuerdo que nos satisfaga a todos. Es por ello que nos gustaría saber la opinión local, para ver de que no proliferen pequeños malentendidos que a todos perjudicarían.

Un silencio tenso y enrarecido concentró las miradas sobre el rostro del presidente municipal. Éste, deseando aflojar el cinturón que le atormentaba el estómago pero sin atreverse por no querer extremar la atención que sobre él convergía, estiró el cuello en actitud desesperada y miró a su secretario en busca de apoyo. Un ligero asentimiento de Chano Martínez bastó para que el presidente municipal, tras llevar la mano a la frente para limpiarse el sudor con una servilleta de papel, se decidiera a soltar el amarre de rencor que desde que había llegado el nuevo director local de FONATUR le estrujaba el alma.

—Disculpe usted si nuestro modo parece bronco y ofensivo —dijo encarando al director general—. La verdad es que los huatulqueños no estamos a gusto con la manera como se viene manejando desde arriba el proyecto.

—Siga, siga —lo urgió el director general al ver que el presidente municipal parecía querer callarse, enrojecido por el afloramiento del coraje.

—Todo se nos impone desde arriba. Desde que llegó FONATUR a Huatulco se están acabando costumbres y tradiciones que existían aquí desde muchísimo antes de que llegaran los españoles. Sin ir más lejos, este año no hubo fiesta en la Cruz del Monte. ¿Y por qué? Pues porque FONATUR hizo que toda la gente de los cerros dejara de venir al no tener donde dormir y comer barato. Y luego, ¿cómo vamos a creer en un gobierno central que en menos de dos años nos ha cambiado a cuatro directores? Por eso es que los comuneros agarraron por la vía del desorden; por eso es que estamos invadidos de vendedores ambulantes; por eso es que en Copalita y en Coyula cada quien hace lo que le da la gana y jala para su santo.

Se calló el presidente municipal y, antes de que los funcionarios pudieran reponerse del impacto, Chano Martínez aprovechó la oportunidad para sacar a colación el problema que, de no atajarse a tiempo, podría costar la cabeza de su jefe y la suya:

—Y eso sin contar el asunto de los muertos.

—¿De cuáles muertos? —inquirió, visiblemente molesto, el director general.

—Los cinco muertos que aparecieron desde Cacalutilla hasta San Agustín.

—¿De qué demonios me están hablando? —explotó el director general en dirección al director local.

—De dos cadáveres de unos malvivientes que encontraron en medio de la selva —dijo con un deje de menosprecio el director local.

—Dos hace una semana; pero en total van cinco. Y permítame decirle que no eran malvivientes, sino legítimos campesinos huatulqueños —remarcó Chano, reflejando en el chisporroteo desbordante de sus ojos la elevación de ánimo que experimentaba.

—¡Quiero una respuesta inmediata a todo esto! —rugió el director general enfrentando a su subalterno.

—Sí, señor. Yo personalmente me voy a encargar del caso —dijo el director local, asumiendo en su rostro, abotagado por una oralidad excesiva y por la falta de ejercicio, una expresión de azoro.

II

Sintió la garra hundírsele en la nuca y la imagen violenta de los judiciales volvió a envenenarle el recuerdo. Esos hijos de su chingada madre lo habían marcado para siempre. Maldijo a su tío Demetrio, por huir al cerro después de implicarlo en la muerte del desgraciado Teófilo, y a la muy puta de Juana Méndez, que le fue con el argüende a Filemón, el agente municipal. Se llevó la mano a la cabeza y comenzó a masajearse de arriba abajo. A medida que los pases diseminaban el dolor, la quemante reverberación del asfalto donde lo habían abandonado los judiciales después de la golpiza, fue adquiriendo la frialdad del encrespamiento marino.

—Se está poniendo el temporal —dijo en un tono sombrío.

—Tú dices si recogemos —comentó Nicéforo, observando con inquietud el paso acelerado del azul al gris oscuro en la superficie marina.

—Chingada madre, apenas acabando de tender —renegó Genaro, pensando que ni para la gasolina saldría.

—Mejor vámonos, que se está levantando afuera la marejada —expresó temeroso Nicéforo.

—Ah, cómo eres retesacón, chingados —masculló Genaro.

Cuando media hora más tarde comenzaron a recoger el trasmano, las marejadas rompían sobre la borda. Puteando los ocho jureles y los dos parguitos capturados, Genaro empezó a jalar de la cuerda de arranque con tanto coraje que Nicéforo, empequeñecido por el ímpetu del oleaje, contuvo la respiración en un ruego a la Cruz del Monte para que la cuerda no fuera a romperse. El viejo Yamaha tosió tímidamente y Genaro deshizo la tensión en maldiciones, renegando una vez más del mal momento en que decidió cambiar la escopeta por el viejo motor.

—Ya mero —dijo Nicéforo, con las manos crispadas sobre la borda.

—Ya mero nos vamos a la chingada —escupió Genaro, sin dejar de darle jalones a la cuerda.

Volvió a toser el motor y al siguiente jalón comenzó a crepitar triunfal. Nicéforo sintió que se le destrababa la opresión del pecho, mientras olía a pleno pulmón la humareda producida por los fuertes acelerones con que Genaro incentivaba al viejo Yamaha. Una ola reventó con violencia contra la borda introduciendo cantidad de agua. Genaro metió con rapidez la marcha, pero al torcer el timón para esquivar el embate de la siguiente ola no pudo evitar que el agua lo rebasara por la popa. Ya era demasiado tarde cuando levantó del piso de la lancha el sucio tambo de plástico que contenía la gasolina que alimentaba al motor. Al sentir en su sufrido cuerpo la contaminación del agua salada, el viejo Yamaha profirió unos quejidos lastimeros, hasta que se quedó muerto. Genaro, en extremado gesto, extrajo la manguera y se puso a succionar. La siguiente ola llenó la lancha hasta la mitad, tirando a Genaro contra el trasmallo. Abrumado e indeciso, Nicéforo veía cómo Genaro se levantaba y cortaba con el cuchillo las dos boyas de los extremos del trasmallo. Le pasó una a Nicéforo y, después de separar el grampín, se dispuso a amarrar la otra del extremo de la cuerda. Le gritó a Nicéforo que saltara con la boya, pero éste, mirando pavorizado el oleaje, parecía ser parte inseparable de la embarcación.

Pronto el oleaje rebasó por completo la lancha, que comenzó a hundirse ligeramente inclinada de popa. Flotando con la boya en un abrazo de vértigo, Nicéforo vio cómo Genaro terminaba de amarrar la otra boya a la cuerda de la lancha y se venía nadando hacia donde él estaba. Al apoyarse Genaro en la boya, ésta resintió el peso de los dos cuerpos y se hundió ligeramente. Sorprendido por el repentino hundimiento, Nicéforo se desprendió de la boya y comenzó a chapotear. Cuando Genaro se dio cuenta de que Nicéforo apenas sabía nadar, éste ya se estaba yendo al fondo. Se sumió con rapidez y alcanzó a agarrarlo del cabello. Buscó la boya y vio que estaba a un par de metros. Nicéforo, como tortuga mancuernada, boqueaba moviendo los brazos a merced del oleaje. Haciendo un esfuerzo desesperado, Genaro jaló con Nicéforo tras la boya y logró alcanzarla cuando ya se le estaba acalambrando un brazo. Dejó que Ni-

céforo se abrazara a la boya y lo tomó por la espalda para dirigir los movimientos. Ya estaba empezando a anochecer, pero todavía se alcanzaba a distinguir la costa, por lo que Genaro comprobó que se encontraban a la altura de Copalita.

Sostenido entre Genaro y la boya, Nicéforo fue superando el descontrol, pero al desplazar su inseguridad hacia la negrura salada que lo rodeaba y tomar conciencia de que el anochecer era, junto con el amanecer, la hora de la voracidad marina, empezó a poseerlo la certeza de ser atacado por tiburones. Se lo comentó a Genaro y éste le dijo que se dejara de pendejadas, que con esa marejada los tiburones andaban para lo hondo. Enseguida le reclamó a Nicéforo por qué no le había dicho que no sabía nadar, y éste le replicó que él era campesino y no pescador.

La frialdad del agua reavivó el dolor que había anestesiado la impresión del naufragio, pero esta vez la imagen de la golpiza fue desplazada por la de la lancha hundiéndose lentamente. “Ojalá aguante este pendejo”, se dijo sintiendo el cuerpo reblandecido de Nicéforo bajo el suyo.

Con toda la voluntad de vivir puesta en el abrazo a la boya, Nicéforo se dejó ir en la derivante rememoración de sus querencias, hasta que la voz de Genaro lo regresó de golpe al presente, y al abrir los ojos comprobó que se hallaban inmersos en la total oscuridad. Genaro le dijo que se estaban acercando a la playa y que se pusiera aguzado para que al llegar a la rompiente no se fuera a dar en toda la madre. El golpeteo del oleaje se intensificaba por momentos, y Genaro le explicó a Nicéforo cómo tenía que hacer para agarrar el tumbo y salir. Conforme crecía el estruendo del oleaje, Nicéforo se aferraba a la boya con una desesperación que pretendía negar la inminencia del desenlace. Cuando notó que Genaro se separaba de él, un vacío de muerte le hizo aferrarse en torno a la solidez de la boya. Una fuerza descomunal lo levantó vertiginosamente y lo arrojó en un espacio sin tiempo que le pareció ser la entrada al mismísimo infierno. Al sentir el golpazo contra la arena no pudo evitar que el mundo se le escapara de las manos, y arrastrado hacia la nada vio, en un relámpago de lucidez, cómo su mujer y los chamacos le hacían señas desde la puerta de la cabaña. La

siguiente ola lo levantó en vilo tirándolo de bruces contra la playa. Genaro lo arrastró hacia lo seco y se tendió a su lado en un boquear violento.

—Ya me llevó la chingada —dijo al cabo, viendo los puntos de luz que asomaban intermitentes tras el fugaz desplazamiento de las nubes.

—Estamos vivos —carraspeó Nicéforo.

Caminaron en silencio por la vereda, que Nicéforo iluminaba con el recuerdo de sus monterías tras la iguana y el venado, y cuando llegaron a Santa Cruz pasaba de la medianoche.

La mujer de Genaro, sumisa e impuesta desde niña al rigor del silencio, se hizo a un lado tras recorrer a los dos hombres con una mirada furtiva. En un tono golpeado que confirmaba las negras sospechas de la mujer, Genaro la urgió a que trajera la botella de mezcal.

Entre mentadas y desahogos se vació la botellita y Genaro le dijo a su mujer que trajera otra.

—No hay más —dijo la mujer, recostada sobre el petate donde dormían sus cuatro hijos.

—¡Chingada madre! Pues ve a la tienda a que te echen otro cuarto.

—Ya cerraron —rezongó, al tiempo que tapaba con el borde de la vieja cobija la cabecita del hijo mayor, que se había asomado tímidamente al oír la imprecación del padre.

—Yo voy —dijo Nicéforo, incorporándose con dificultad y prendido por el mezcal.

—¡No tardes, pinche güey! —le gritó Genaro cuando iba de salida.

Adormecido el cuerpo y ardorosa la mente, Nicéforo iba rompiendo a manotazos el telarañamiento de la noche. Oyó cómo los ladridos se le venían encima y en un penduleo desalado alcanzó a prender del suelo una piedra, que arrojó con violencia hacia el negror que le ladraba. Un estruendo infernal explotó a unos metros de donde él estaba y, en un vislumbre de sobriedad, se lanzó encarrerado hasta que aterrizó sobre un lecho de pasto. Vencido por el cansancio se dejó seducir por la húmeda fragancia y, ya desapare-

ciente, acertó a oír unas voces que jugueteaban en un rincón de su cabeza. Volteó y vio a un grupo de hombres y mujeres que entraban en el hotel Binniguenda.

Dentro de su cabeza los perros parecían trabarse a muerte. Un frío metálico le reblandecía los huesos, adquiriendo una intensidad insufrible en la espalda, a la altura del hombro derecho. Al abrirse al mundo en actitud desconfiante, el olor ácido de los orines lo obligó a incorporarse entre espasmos vomitivos.

Atraído por el guacareo de Nicéforo, un policía se asomó a la reja.

—¿Qué traes, hijo de la chingada?

De golpe, y como si la agresividad de la voz lo hubiera arrancado del presente, Nicéforo recordó el agudo chirrido de los neumáticos al frenar y la brutal imagen de los policías arrojándolo a golpes dentro de la camioneta.

Después de un ir y venir entre el ninguneo y las proposiciones injuriosas, la fiel Crisálida tuvo que vender la burra para pagar la infracción de dos mil quinientos pesos que, por daños a la propiedad y faltas a la moral pública, le habían levantado a su hombre.

—¿Entonces la encontró enterita? —preguntó Nicéforo, de camino a la ranchería.

—Eso me platicó tío Nayo —dijo su mujer.

—¿Y dónde mero?

—Dice que cerca de Zimatlán halló la boya.

—¿Y el trasmallo?

—Nomás la pura lancha y el motor.

Tres días después, cuando Nicéforo iba a un mandado a la Crucecita, Genaro y tío Nayo le salieron al paso.

Al sabor de unas frías revivieron los sucesos, y cuando Nicéforo vino a darse cuenta cabal del arrastre de la marea celebrante, ya Genaro lo tenía atrapado en el lance. Alegó mil excusas, que Genaro y tío Nayo deshicieron con choteos; y sólo al subir a la lancha y ver el trasmallo nuevo que aquéllos habían comprado a medias, comprendió que no tenía caso darle la espalda al mar de por vida.

Saliendo de la bahía de Santa Cruz la marejada se hizo notoria, y Nicéforo se afianzó temeroso al banquillo. Genaro hizo un comentario ácido al respecto, que tío Nayo ecoficcó intencionadamente. En

silencio, como no queriendo provocar el castigo de esa fuerza sin límite, Nicéforo miraba con azoro el oleaje, convencido de que en alguna parte de las profundidades estaría la voluntad que regulaba todos los movimientos marinos.

Tendieron en el morro de Tangolunda y regresaron de inmediato. Al calor de los mezcales la plática rebasó la medianoche, hasta que, para alivio de Nicéforo, tío Nayo logró convencer a Genaro de que le pararan al trago, pues había que recoger el trasmallo amaneciendo.

Vaiveneándose en la hamaca, Nicéforo no lograba alejar de su mente la imagen de la inmensidad marina. ¿Sería cierto lo que decía la gente de antes, de que debajo del mar estaba el infierno? Le pareció oír un leve forcejeo dentro de la cabaña. Aguzó su oído de campeador experimentado y le llegaron claras las maldiciones de Genaro. Miró hacia la hamaca donde estaba tío Nayo y no percibió movimiento alguno. Se oyó un agudo “¡ay!”, y enseguida unas risitas furtivas. Enroscándose como culebra dentro de la raquílica cobija, Nicéforo dejó que su último pensamiento se fuera remontando hasta el cuerpo tibio y acurrucante de su Crisálida que, a pesar de la flacura y el castigamiento de las duras pariciones, era la boya que lo mantenía a flote en el turbulento mar de la vida.

Capturaron cincuenta kilos de parguitos y más de cien de pescado de segunda. Con su parte, Nicéforo compró aceite, azúcar y unos panes, y partió feliz hacia la ranchería.

—Dice el maestro que sin el acta de nacimiento el chamaco no pasa el año —le dijo Crisálida, al tiempo que calentaba las tortillas para que almorzara.

En silencio, Nicéforo asintió con la cabeza, recordando el último intento que había hecho en el Registro Civil de Santa María para superar el obstáculo burocrático que suponían dos días de diferencia entre la fecha en que había nacido el chamaco y la que constaba en el registro. “Eso sólo lo puede arreglar un licenciado en Oaxaca”, le habían dicho a manera de despedida.

—Voy a ir a Pochutla a ver qué me dicen —balbuceó al tiempo que masticaba.

Esa misma tarde le cayeron de la agencia solicitando su colaboración para colocar los postes de la luz que al fin, tras varios años

de dilaciones burocráticas, llegaba a la ranchería. Metido en el argüende de lo que supondría la llegada de la electricidad, Nicéforo se entregó eufórico a la tarea de traer el progreso a la ranchería. Al segundo día, cuando llegó a la cabaña anocheciendo, fría pero respetuosa, Crisálida le recordó lo del acta de nacimiento del muchacho.

—Mañana voy —dijo Nicéforo como si estuviera hablando consigo mismo, medio alumbrado por los mezcales que había estado tomando con la palomilla.

Pasó la noche debatiéndose contra las olas. Cuando Crisálida lo despertó diciéndole que el café estaba listo, Nicéforo todavía continuaba manoteando contra el oleaje. Terminando las dos tostadas con que acompañó el café, se fue al escondrijo donde tenía el fajo de sucios y maltratados billetes y agarró varios. Le dijo a su mujer que regresaba en la tarde, y se encaminó.

Casi una hora después, esperando en el borde de la carretera para Pochutla, vio cómo un taxi disminuía la velocidad hasta parar unos metros adelante.

—¿Qué pasó? —le dijo Genaro luego de bajarse.

—Aquí nomás —respondió Nicéforo.

—Mero a buscarte iba.

—Pues a la de buenas me encontraste.

—Vengo a que me acompañes a un mandado.

—Ya será luego, porque ahorita voy de compromiso a Pochutla.

—Ni madres, tienes que venir conmigo, cabrón.

—Sí, voy contigo; pero te digo que será luego.

—Oh, chingados. Te digo que traigo encargo urgente —dijo Genaro mirando furtivamente hacia todos lados—. Hay un pendejo que quiere cien kilos, y trae la pura feria.

—Ya sabes que yo no me meto en esos arreglos.

—No seas culero. Yo sé que para el cerro el kilo anda por los cien, y este pendejo nos lo compra a doscientos.

—No, Genaro, yo de eso no sé nada.

—Ah, cómo eres retesacón, chingados. Órale, cabrón, en la movida nos metemos cada quien una buena feria. ¿Qué no ves que nos sale para una lancha y un trasmallo?

—Es que verdad de Dios que me urge la ida a Pochutla —alegó Nicéforo a la defensiva.

—Mira, hijo de la chingada, yo sé que tu compadre Quincerio tiene un chingo de mota en el monte. Y me cae que si nos ponemos buzos se la podemos bajar a cincuenta mil el kilo.

—Pues si ya sabes, ¿para qué me quieres llevar?

—No seas pendejo. Yo sé que Quincerio jala parejo contigo.

Nicéforo comenzó a golpear con el huarache una piedra, y Genaro supo que era el momento de recobrar la cuerda.

—Órale, cabrón, hasta la pinche escopeta te consigo.

—¿Cuál escopeta?

—La dieciséis que le andas querenciando a Ventura. ¿O crees que yo no me entero de tus movidas?

—¿Y quién da fe del de los billetes? —preguntó Nicéforo, dejándose amarrar en el negocio.

—Oh, cabrón. Ese pendejo lo que quiere es mota, y de la que sea. Ahí trae la pacota de billetes nuevecitos de a mil.

—Pero, ¿cómo va a ser que no le importe la clase de mota? Uno que le compró a Quincerio el año pasado, vieras cómo desapartaba las colas de la batida.

—Te digo que este güey lo que quiere es un chingamadril, toda la que podamos conseguir.

—¿Y cómo se ve?

—Un poco acelerado, pero así son todos.

—¿Trae arma?

—Una escuadra chingona.

—¿Cómo?

—Atrás, en una fundita de cuero.

Nicéforo dejó de patear y se quedó en silencio.

—No le pienses, chingados —lo urgió Genaro.

—Mira, vamos a hacerle así: tú jalas para donde Quincerio y le dices que yo te mando, y que te dé el encargo. Y yo me voy de volada a Pochutla y de regreso nos vemos con Quincerio.

Genaro frunció pensativamente el ceño y comprendió que si se dejaba depender por completo del necio de Nicéforo iba a perder esta oportunidad única de hacerse con una lancha nueva.

—Bueno, pues, en eso quedamos —dijo al cabo—. Pero no tardes, cabrón, porque te chingo.

—Sí, luego regreso.



Ya en el autobús rumbo a Pochutla, Nicéforo no podía soportar el escozor en las piernas y, con la cabeza pegada a la ventanilla, se rasaba con violencia mientras le daba vueltas al difícil modo de su amigo: “Este Genaro es reteconfiado; de nada le sirven los chingadazos que le da la vida. Y luego siempre con esa urgencia de perro en celo. ¿Y cómo chingados puede confiar en ese comprador?”.

En la oficina del Registro Civil de Pochutla le dijeron que sí se lo arreglaban, pero que, como el ajuste de fechas tenía que hacerse en Oaxaca, le iba a costar mil quinientos pesos. Se echó a caminar sin rumbo hasta que se encontró en el mercado. El olor a pescado frito y el reclamo de una agraciada puestera, hicieron que se sentara en una mesa. Comió en silencio, respondiendo con nerviosos monosílabos a las preguntas que le hacía la puestera. “Todas las pinches viejas son iguales”, se dijo, “basta que uno no las pele para que se encimen más”.

Caminó de regreso y se detuvo a pendejear un rato en el zócalo. Cuando llegó a la terminal de autobuses supo por lo avanzado del sol que pasaba del mediodía. Se subió en el autobús que salía para Santa Cruz y se quedó dormido. Al despertarlo el cobrador estaban entrando en la Crucecita. Se bajó y esperó al otro lado de la carretera a que pasara un autobús de regreso.

Serían las tres de la tarde cuando en el camino de la ranchería lo levantó la camioneta de los que andaban poniendo los postes para el tendido eléctrico. Entre choteos comenzaron a animarlo para que fuera con ellos y alcanzara a reponer siquiera medio día de trabajo. Nicéforo alegó que tenía que ir a un mandado, pero la palomilla comenzó a atraparlo en las redes del argüende. Cada vez con menor convicción, pero no pudiendo olvidar el compromiso, Nicéforo siguió alegando que tenía un pendiente, hasta que, ya para llegar a Piedra de Moros, vieron venir una polvareda infernal por la bajada. El que

manejaba disminuyó la velocidad para orillarse y dejar paso a la camioneta negra que venía a toda marcha. Fue como cuando se le levantaba el venado campeando y apenas le daba tiempo de ver el blanquear de la cola entre la maleza. Eran como cinco judiciales con metralletas que llevaban a Genaro sentado en una esquina de la caja con las manos esposadas atrás, y al menos otros dos tirados contra el piso de la camioneta.

—Ya se chingaron a esos pendejos —dijo alguien rompiendo el pasmo de Nicéforo.

Anocheciendo, Nicéforo se acercó desconfiado a su cabaña, sintiendo cómo el hormigueo que había experimentado todo el día se le acentuaba. Al salirle al encuentro el Pulgoso con sus movimientos de cola, se le quitó el espanto y comenzó a aflojarse. Crisálida lo recibió como siempre, y con la misma impasibilidad le dijo que no, que no había venido nadie a buscarlo. Después de decirle a su mujer que le calentara la cena, Nicéforo se fue a echar en la hamaca que estaba tendida en la parte trasera de la cabaña. Cenó y regresó a la hamaca.

Llevaba rato metida la oscuridad cuando los gruñidos del Pulgoso lo pusieron alerta. Al empezar a ladrar el perro, Nicéforo saltó de la hamaca y echando mano al rifle se lanzó al monte. Se mantuvo a una distancia prudente hasta que oyó la voz de Crisálida gritándole que viniera.

Allí estaban tío Nayo y su pariente Cristerio.

—Agarraron a Genaro y a Quincerio —le dijo tío Nayo al tenerlo enfrente.

—Ya vi.

—Y también a Tereso —dijo Cristerio.

—¿El borrachito? —inquirió Nicéforo.

—Estaba con Quincerio cuando les cayeron —añadió tío Nayo—. Y Nicasio se les peló de purito milagro.

—¿Estaba con ellos Nicasio? —preguntó Nicéforo sorprendido.

—Sí, no sé qué arreglo tenía con Quincerio para la siembra. No más que cuando llegaron los judiciales estaba bajándose los pantalones en el monte.

—No me latía nada —dijo Nicéforo por lo bajo.

—Yo le dije a Genaro que ese comprador hijo de la chingada era tira —masculló tío Nayo.

—¿Lo vio usted? —le preguntó con interés Nicéforo.

—Sí, vino ayer por la tardecita a casa de Genaro con la feria. Pero luegoito le agarré el falso modo al cabrón.

—Se lo hubiera dicho a Genaro.

—Se lo dije, pero me habló muy groseramente. Ya sabes cómo andaba ultimadamente por causa de la Rosalinda.

Se hizo un silencio denso y opresivo, que rompió tío Nayo al cabo de unos minutos diciendo a manera de despedida:

—Cuídate, que van a volver.

Pasada la medianoche el Pulgoso volvió a alebrestarse y Nicéforo se levantó del petate con el rifle en la mano. Tras la nerviosa pelotita de luz que venía saltando hacia la cabaña, Nicéforo distinguió la mancha de un cuerpo enjuto. Asustada y llorosa, la comadre le narró los pormenores del apresamiento de su marido y, ya más calmada, le pidió de favor que fuera con ella a ayudarle a arrancar las matas que tenían entre la milpa.

Caminaron en silencio hasta el sembradío de Quincerio, y la comadre le mostró a Nicéforo las plantas de marihuana que crecían entre los tallos del maíz. A la luz de su lámpara, Nicéforo se quedó viendo por un instante las matas más cercanas, que alcanzaban más de medio metro de altura, y se dijo que era un verdadero desperdicio arrancar unas plantas tan logradas. Luego se dobló sobre el surco y comenzó a jalar y amontonar las matas.

Estaba amaneciendo cuando acabaron el último surco.

—Eran hartas —dijo Nicéforo, dejando el manojo en el montón central.

—¿Y cómo le hacemos ahora? —preguntó la comadre, aún sin poder quitarse el susto del cuerpo.

—Hay que echarle lumbre.

—No van a arder.

—Hay que arrimarle varas secas al montón —concluyó Nicéforo.

Dejaron ardiendo la pira y regresaron con el sol picante de la mañana.

Ese mismo día, a una hora del ranchito, Nicéforo levantó su campamento en el monte. La estoica Crisálida le llevaba junto con el bastimento las noticias que corrían: “Dicen que Genaro se les fue a la altura de Copalita”. “Que los parientes de Tereso te culpan a ti y a Nicasio de que lo hayan agarrado preso”. “Que Nicasio anda para Salina Cruz”. “Que ya hay noticias de que Quincerio y Tereso están en la cárcel de Oaxaca, y que piden veinte mil pesos por cada uno para dejarlos libres”. “Que Genaro no aparece, nadie lo ha visto por ningún lado”. “Que tu comadre fue a ver a Quincerio a Oaxaca y le contó que a Genaro lo bajaron de la camioneta en el puente de Copalita porque venía rezongando, y que al regresar los judiciales a la camioneta, ya sin Genaro, Quincerio oyó que uno de ellos decía: ‘Este hijo de la chingada ya se nos peló’”.

Pasaron las semanas y Nicéforo, sintiéndose protegido y desobligado, volvió a recuperar su vieja querencia por la cacería. Crisálida se lamentaba de la falta de dinero, de las exigencias que le hacían los maestros, de las malas caras que le ponían los parientes de Tereso, pero a la hora de comer los venados, iguanas, chachalacas, jabalíes y demás animales que Nicéforo cazaba, agradecía en silencio esta abundancia de comida no menos que los momentos en que, sin la penosa presencia de los chamacos, retozaba con su hombre en la apacibilidad del monte.

Cuando habían pasado dos meses, Crisálida le llegó con la novedad de que habían sentenciado a Quincerio y a Tereso a veinticinco años de cárcel. Nicéforo, sin dejar de observar el cuarto de venado que se doraba en las brasas, oyó la noticia imperturbable.

—Dice tío Nayo que no tiene caso que sigas enmontado —expresó al cabo Crisálida.

—Van a regresar —dijo Nicéforo sin quitar la vista de las brasas.

A la siguiente semana, atardeciendo, Nicéforo oyó unas rápidas pisadas acercantes. Alistó el rifle y pensó qué animal podía ser ese que venía derecho hacia donde él estaba. ¿Sería un tejón solitario?

—¡Pá! —se oyó la voz de un chamaco entre temerosa y esperanzada.

Era su Crispín, que venía sudando por la carrera. Nicéforo le pasó el bule de agua, pero el chamaco, en una actitud angustiada,

se abrazó a la cintura del padre y dijo entre sollozos que habían venido unos hombres armados a buscarlo y que estaban esperándolo en la casa.

—¿Son soldados? —preguntó Nicéforo al tiempo que acariciaba la cabeza del chamaco.

—No, pá. Traen de esas como guayaberas, y vinieron en una camioneta negra.

Nicéforo cerró por un momento los ojos y vio el cuerpo desmadrado de Genaro flotando en la barra de Copalita. De repente se sintió a merced del oleaje y oyó en lo más profundo de su dolor la voz de Genaro, que le decía: “Aguanta, chingados, que ya mero salimos a la playa”.

III

—**A**hí está el hijo de la chingada, ponte aguzado y no te vaya a ganar el ansia —le dijo Maclovio a su hermano Epigmenio.

Tras el sobresalto que le produjo la llegada de los dos hermanos, Demetrio dejó de chaponear el rastrojal y, con el machete discretamente alistado, le prendió lumbre a un cigarro.

—¿Qué, ya mero? —dijo Maclovio a manera de saludo.

—Apenas —respondió Demetrio a la defensiva.

—Oye, qué buenas varas tienes aquí, ¿son de ocotillo? —dijo Maclovio, acercándose a los morillos que Demetrio tenía amontonados a un lado del rastrojo.

Sin dejar de cuidarse de Epigmenio, Demetrio vio de soslayo que Maclovio no traía bulto en la cintura bajo la camisa. Se relajó un poco y comenzó a jugar con el machete contra un tronquito que sobresalía apenas unos centímetros del suelo.

—¿Qué no tendrás tantita mota? —preguntó Maclovio, al tiempo que levantaba del montón una vara de las más derechas.

—Yo no le entro a esas chingaderas —dijo Demetrio tensándose de nuevo.

—¿Ya oíste? —dijo Maclovio a su hermano—. Dice que no le entra a esas chingaderas.

Epigmenio soltó una risita nerviosa, mientras sacaba un cigarro de mota de la bolsa del pantalón.

—No, no le entro —dijo Demetrio autoafirmándose.

—Ah, me cae que eres retehablador. ¿A poco no estás limpiando el rastrojo para sembrar la yerba? —dijo Maclovio acercándose con la vara.

—Mira, Maclovio, no te dejes malinformar.

—Ah, qué verga. Ahora resulta que soy yo el que anda por ahí argüendeando —profirió Maclovio, reviviendo el hervor de sangre

que le había producido la noticia de que Demetrio andaba diciendo que él y su hermano le entraban duro a la mota.

—Cada quien es libre de hacer con su vida lo que mejor le convenga —expresó Demetrio sabiéndose descubierto.

—Eso mero digo yo. Oye, esta vara está rebuena para cabo de pala... —dijo Maclovio midiendo la vara por la punta más gruesa.

—Llévatela, si te sirve —masculló Demetrio.

—Pásame el machete para cortarla, que está muy larga —dijo Maclovio tendiendo el brazo.

Demetrio sintió que se le hacía un vacío de vértigo en el estómago e intentó salir del mal paso balbuciendo:

—Dámela que yo te la corto.

—¿Ya oíste? —le dijo con sorna Maclovio a su hermano—. Dice que él me la corta.

—Ji, ji, ji —se rio Epigmenio.

—¿A poco me desconfías? —insistió Maclovio.

Demetrio sintió que el azoro le trababa la garganta, y pensó que más temprano que tarde tendría que fregarse a este mariguano hijo de su chingada madre.

—Es que el machete ya no corta —dijo al cabo.

—Ah, qué verga. Te corta a ti y no me va a cortar a mí. Órale, cabrón, préstalo.

Acorralado entre el temor y el desamparo, Demetrio agarró el machete y se lo extendió a Maclovio guardando una distancia prudencial. Al tomarlo Maclovio lo primero que hizo fue pasarle el dedo pulgar por el filo.

—¿Que no corta, dices? Vamos a verlo —dijo apoyando la punta de la vara en el suelo.

De dos precisos machetazos separó las dos partes. Dejó la parte más delgada en el suelo y levantó la parte más gruesa con la mano derecha, mientras sostenía el machete con la izquierda.

—Un mango a toda madre —dijo sopesándolo—. Así que no le entras a la mota, ¿eh, cabrón?

—Ya te dije que a mí esa chingada yerba no me interesa —alegó Demetrio, tratando de aparentar una entereza que no tenía.

—¿Y entonces para qué vergas andas diciéndole a la gente que mi carnal y yo estamos apendejados por la mota? —inquirió Maclovio en un tono más violento.

—Mira, Maclovio, yo contigo no quiero tener disgustos. Mejor pásame mi machete para que siga trabajando, y anda tu camino en paz.

—¿Qué esperas, pendejo, para prender el toque? —le dijo Maclovio a su hermano.

—No tengo lumbre —alegó Epigmenio.

—Pues que te lo prenda este argüendero.

Demetrio, ariscado por el curso que estaba tomando la plática, extrajo los cerillos del bolsillo trasero del pantalón y se los pasó a Epigmenio, sin dejar ni por un segundo de reojar a Maclovio.

—Préndeselo, cabrón. A lo macho que tú también vas a fumar —le dijo Maclovio a Demetrio.

—Acabo de fumar —se excusó Demetrio, al tiempo que extraía un cerillo de la cajita y le prendía a Epigmenio el voluminoso cigarro de marihuana. Maclovio dio unos pasos hacia adelante e inmediatamente Demetrio se puso a distancia.

—Ah, cabrón, pareces venado aluzado. Órale, hijo de la chingada, date un toque para que nos platiques cómo chingaste a Teófilo —dijo Maclovio amenazante.

—Ten juicio, Maclovio, que yo contigo no quiero tener nada.

—Órale, pinche puto, llégale para que se te quite lo argüendero.

Epigmenio, tras darle varias jaladas al cigarro, se lo pasó a Demetrio. Viéndose acorralado y sin defensa, Demetrio pensó en echarse a correr por la vereda, pero enseguida se dio cuenta de que antes de llegar a la ranchería lo iban a alcanzar.

—Está bien, voy a dar una jalada nomás para que veas que a mí esa yerba no me hace nada —dijo Demetrio, tomando el cigarro de manos de Epigmenio y llevándolo a los labios.

—¿A poco no está a toda madre? —le preguntó Maclovio acercándose otro paso.

—Prefiero mis Alas —dijo Demetrio tras expulsar el humo.

—Con tus Alas no vuelas, cabrón, y con esta yerba sí. Órale, date otro toque para que te entones —lo urgió Maclovio.

—Está bien, vamos a sentarnos a fumar, pero antes pásame mi machete —expresó Demetrio, sabiendo que al poseer el machete estaría a salvo.

—¿A poco no eres igual de hombre sin machete? —inquirió con sorna Maclovio.

—El sol ya está alto y tengo que terminar la tarea antes del almuerzo —dijo Demetrio con forzada calma.

—Toma, cabrón. Aquí tienes tu chingado fierro —dijo Maclovio agarrando el machete por la punta y ofreciéndole la empuñadura.

Sintiendo la salvación al alcance de la mano, Demetrio asió con calculada tranquilidad el machete y experimentó cómo todo su cuerpo era recorrido por una descarga relajante. De pronto, Epigmenio, que seguía jalando del cigarro de marihuana, soltó un tosido aparatoso haciendo que Demetrio volteara hacia él con el machete alistado. Con una rapidez endemoniada, Maclovio levantó la vara y le dio a Demetrio un tremendo golpazo en la cabeza. Tras el estallido que produjo el cráneo al quebrarse, Demetrio se vino al suelo como fardo y Maclovio se arrojó sobre él hasta que, a fuerza de tanto golpe, se quedó con un trozo de vara de no más de un par de cuartas en la mano.

—¡Órale, acaba a este hijo de su chingada madre! —le gritó a Epigmenio, que se reía ante el espectáculo brutal que acababa de ofrecerle su hermano.

—Ya lo tienes bien fregado —dijo Epigmenio con los ojos enrojecidos por el efecto de la yerba.

—¡Que lo acabes, te digo! —rugió Maclovio.

Con la calma del enyerbado, Epigmenio tomó el trozo de vara que le ofrecía su hermano y se inclinó sobre el cuerpo de Demetrio.

La visión de la cabeza deshecha y ensangrentada lo detuvo por momentos en una actitud de rechazo, pero al oír las imprecaciones de Maclovio urgiéndolo, comenzó a golpear la masa ensangrentada con animosidad creciente.

—¡Así, verga, eso mero! ¡Quítale de una vez las ganas de seguir argüendeando! —gritaba Maclovio, tras darle al cigarro de marihuana —que le había pasado su hermano— un par de jaladas abismales.



La noche del velorio de Demetrio, Maclovio, cruzado de mezcal y marihuana, hizo correr el rumor de que Nicéforo había fregado a Demetrio por el asunto de la marihuana. Cuando Crisálida le llevó a Nicéforo la noticia, éste se limitó a decir: “Maclovio fue”, y siguió limpiando con grasa de venado el cañón del rifle.

Le había pedido a su mujer que le trajera papel y una pluma, y cuando los tuvo se apartó hacia un pedrusco y apoyándose sobre él, escribió:

“Tío Moisés y familia presente:

Miren que les digo que no es sierto lo de que yo asasiné a Demetrio. Ai ustedes beran como le asen pero no se degen mal informar. A mí se me ase que el que lo iso fue Maclobio. Ezo es todo lo que quería desir.

Sin nobedá.

Niséforo López”

Después de darle un par de leídas de aprobación, dobló la hoja y se la pasó a su mujer diciéndole que se la fuera a entregar al hermano del finado.

Extremando la vigilancia, Nicéforo pasó los días siguientes en un diálogo casi amoroso con su rifle, y en un exceso de agradecimiento se prometió que aunque consiguiera la escopeta de Ventura, jamás se desprendería del rifle.

Como a las dos semanas del entierro de Demetrio, Crisálida le llevó una carta que desde el penal de Oaxaca le mandaba su compadre Quincerio, y en la que le decía que él y Nicasio tenían que presentarse a declarar en Oaxaca, culpando de todo al finado Demetrio. Tras leer la carta en voz alta, Nicéforo la dobló y la echó a la lumbre. Toda la tarde se la pasó tejiendo la atarraya que pensaba vender en Santa Cruz, limitándose a responder con monosílabos las dos veces en que su mujer había intentado la plática. Al ver desaparecer entre el monte el cuerpo enjuto y resignado de su

Crisálida, se dijo que en cuanto saliera de esta friega la iba a llevar con el médico para que la vitaminara.

Despertó varias veces, sobresaltado por la violenta presencia de los judiciales que hostigaban su soñar. Y apenas amaneciendo, se fue con el rifle al aguaje de los altos de Chahué a espiar la llegada de algún animal.

Cuando estaba prendiendo la bosta seca, oyó un caminar atropellado por el bajadero y enseguida vio la nerviosa correría de un jabalí hacia el aguaje. El animal metió el hocico en el agua, y justo cuando Nicéforo levantaba el rifle para apuntarle regresó corriendo tras los matorrales. Luego bajó otro, y otro más, sin que Nicéforo tuviera tiempo de fijar en la mira la cabeza o la paleta del animal. Al cuarto lo esperó con la mira puesta en el aguaje, y en cuanto bajó la cabeza para beber le dejó ir el tiro arriba del codillo. El jabalí salió gruñendo hacia la espesura y Nicéforo supo que el disparo había sido alto. Tras la ruidosa huida de los jabalíes el silencio se volvió denso y expectante. Dudó unos minutos entre quedarse a esperar la llegada de algún venado o seguir el rastro del jabalí herido, hasta que decidió ir tras el jabalí. Recogió el morral y lo echó al hombro. Estaba recargando el rifle cuando vio sobre su cabeza el planear acechante de un zopilote. “Capaz que alcanzas botana”, dijo encaminándose hacia el charco de agua. Observó con detenimiento y vio bastantes pelos regados. Se fue tras el rastro y enseguida distinguió sobre unas hojas secas las primeras manchas de sangre. “Va jodido”, dijo esperanzado. El rastro se fue por una loma, donde el salpicadero de sangre era profuso, y bajó a un lecho arroyero, pudiéndose apenas distinguir cada tres o cuatro metros unas gotitas de sangre. El lecho arroyero salió a un playón, y como unos cien metros adelante vio que iba la partida de jabalíes. Afianzó el morral y el rifle, y se lanzó a la carrera por el arenal. De pronto los jabalíes dejaron el arenal y salieron encarrerados hacia el cerro. Nicéforo aceleró el paso y, al acercarse al lugar donde los animales se habían enmontado, vio venir a dos personas. Detuvo de golpe la carrera y se fue al paso. Cuando estaba a unos treinta metros reconoció con un escalofrío la figura maciza de Maclovio.

—Mira nomás quién viene aquí —le dijo Maclovio a su hermano.

—El enmontado —dijo Epigmenio, afianzando la escopeta que traía colgada del hombro.

—¿Y a dónde vergas vas tan sofocado? —le preguntó Maclovio a Nicéforo.

—Lastimé a un animal —dijo Nicéforo, limpiándose con la manga de la camisa el sudor producido por la carrera.

Maclovio lanzó una mirada de arriba abajo y se detuvo finalmente en el rifle. Al sentir el enganche de Maclovio con el arma, Nicéforo aferró instintivamente la culata de cedro de su rifle.

—¿Y de quién es el riflito ese? —inquirió Maclovio acercándose.

—Mío es —respondió lacónico Nicéforo.

—¿A poco lo conseguiste con el trafique donde embaucaste a Genaro y a Quincerio?

—Yo no embauqué a nadie.

—Cómo vergas no. ¿Entonces por qué a ti no te agarraron?

—Yo no tuve nada que ver con ese negocio.

—¿Te crees muy verga, verdad? —dijo Maclovio, yéndose hacia la sombra de un frondoso guanacastle.

Nicéforo guardó silencio, mientras pensaba que en mala hora había lastimado al jabalí.

—Te compro esa chingadera de rifle —añadió Maclovio, sentado a la sombra.

—No lo vendo —respondió Nicéforo, pasándose nervioso el brazo por la frente sudada.

Salte del sol, chingados, que no es castigo —dijo Maclovio, al tiempo que sacaba un cigarro de marihuana para prenderle lumbre.

Al ver cómo Epigmenio descolgaba la escopeta del hombro para sentarse cerca de Maclovio, que estaba jalando del cigarro, Nicéforo alegó que iba a seguir tras el animal lastimado.

—Deja ese chingado animal y ven a sentarte aquí para que platiquemos —le dijo Maclovio imperativo.

Nicéforo fue hacia la sombra y se sentó a un metro de Maclovio.

—¿De cuántos tiros es esa chingadera? —preguntó Maclovio, señalando con un movimiento de barbilla hacia el rifle.

—Cinco —dijo Nicéforo.

—Deja verlo —pidió Maclovio extendiendo la mano.

Nicéforo le pasó el rifle y Maclovio lo examinó con mirada experta; le extrajo el pequeño cargador y, luego de ver que estaba lleno, lo volvió a meter produciendo un agudo chasquido. Maclovio le pasó a Epigmenio el cigarro de marihuana y éste, tras darle un profundo jalón, se lo extendió a Nicéforo.

—Síganle ustedes —dijo Nicéforo con voz pausada.

—Órale, verga, no seas culero —profirió Maclovio.

—Ya sabes que no fumo la yerba.

—Pues ahora vas a fumar, y verás que te cae a toda madre.

—Es por demás —expresó Nicéforo sin experimentar la menor turbación.

—Ah, qué verga. ¿A poco te me vas a negar? —dijo Maclovio encañonándolo con el rifle.

—De una vez mátame, porque no voy a fumar.

—¿Que no vas a fumar?

—No, no voy a fumar.

—No sé por qué, hijo de la chingada, me caes a toda madre. Está bien, si no quieres alivianarte no te alivianes, pero verdad de Dios que un día de estos voy a tener que partirte la madre.

—A lo derecho, hazlo de una vez —dijo Nicéforo impasible.

Maclovio le puso el cañón del rifle en la nuez del cuello y Nicéforo se lo quedó viendo sin pestañear.

—Así que te vale madre morirte, ¿eh, cabrón? —le dijo Maclovio.

—Todos tenemos que morir —carraspeó Nicéforo, sintiendo la punzada del cañón en el cuello.

—Me cae que naciste derecho, cabrón. Pero no le tientes —dijo Maclovio retirando el rifle para dárselo a Nicéforo—. ¿Dónde tienes el campamento?

—Ahí adelante —dijo Nicéforo tomando el rifle con calma.

—Dale la escopeta —le dijo Maclovio a su hermano.

Epigmenio, que estaba embelesado con el toque, se levantó y le tendió con desgano la escopeta a Nicéforo.

—Guárdala por unos días, mientras se van esos vergas de los federales de Xúchil —dijo Maclovio.

—Yo no agarro ese compromiso. Mejor llévenla a lugar seguro —alegó Nicéforo.

—Andan registrando las rancharías, y yo sé que tú eres seguro, cabrón. Ya tiene un tiro, aquí te paso otros dos.

—¿Cuándo vienen por ella? —preguntó Nicéforo luego de tomar los cartuchos.

—Ya te dije que en cuanto se vayan esos hijos de la chingada... ¿Y dónde vergas te refundes?

—Aquí nomás nos vemos —dijo Nicéforo—. Prendan lumbre para avisarme.

Maclovio y su hermano siguieron camino hacia la costera, y Nicéforo se fue tras el rastro de los jabalíes. Poco antes de llegar a la cima del cerrito por donde se habían encarrerado los animales, vio un bulto negro tendido al pie de un ébano. Dejó la escopeta y el morral en el suelo y alistó el rifle. El animal parecía muerto, pero conocedor de la agresividad de que era capaz un jabalí herido, le apuntó con calma a la cabeza. En la cañada, como a unos doscientos metros, los graznidos de las urracas lo pusieron alerta. Después de un par de minutos de oír cómo se alejaba el graznerío, dedujo que era la partida de jabalíes lo que alborotaba a las urracas. Se acercó unos pasos al bulto negro y vio que no respiraba. Al tenerlo al alcance lo movió con el cañón del rifle y comprobó que el disparo le había entrado arriba de la paleta. “Por tantito y se pela”, dijo, mientras se disponía a amarrarle las patas para cargarlo.

Por la tarde, después de comer las vísceras del animal y asar los cuartos, tendió la hamaca que usaba para la espía entre dos árboles y se dejó ir en un mecimiento amodorrante. Al rato oyó un crujido en la espesura y, al voltear hacia el lugar de donde provenía el ruido, se encontró con el perfil de la escopeta. Era de calibre dieciséis y, aunque hechiza, estaba en muy buen estado. Pero lo que más cautivaba a Nicéforo era el vistoso anillo de bronce que unía el cañón cerca de la mitad. El sol estaba por meterse tras los cerros y el rojor del ocaso hacía que el anillo de bronce emitiera unos reflejos ensoñantes. Atrapado por la mágica atmosferación vio, de pronto, cómo los destellos del bronce se configuraban en el anillo sobajante de don Pedro Aguilar y su otrora imponente presencia de sanmigueleño encabezado.

Tres días después vio el primer humo. Se acercó con cautela y encontró a Epigmenio sentado sobre una costalilla al lado de la fogata. Le dijo que Maclovio había tenido un contratiempo, y que él iba con un mandado urgente para San Miguel, pero que en unos días vendría a buscar la escopeta. Nicéforo escuchó las razones de Epigmenio en silencio, alegrándose de que la escopeta siguiera todavía a su cuidado. Hizo una mueca de fastidio, para que Epigmenio creyera que la situación lo contrariaba, y se puso a apagar el fuego echándole tierra con la punta del huarache. Epigmenio cargó la voluminosa costalilla y se fue playón arriba.

La necesidad de dinero, que su mujer no dejaba de reclamar en cada visita, llevó a Nicéforo a tener que vender lo que cazaba. Sabía que esto era un agravio, y que los que vendían animales del monte terminaban enmontándose. Sin embargo, y tras ponerle como condición a su mujer que no diera nunca la carne fiada, ni la vendiese donde viera envidia y regateo, se olvidó pronto de la profanación y, con los cartuchos de posta que Crisálida le había conseguido con tío Nayo, empezó a darle un uso avorazado a la escopeta. Hasta que tuvo el primer aviso.

Eran poco más de las once de la mañana cuando salió a buscar un árbol de pochote para la espía. El primero que encontró a la bajada de un cerro apenas estaba echando botones. Se fue por todo el filo de la loma hasta que un hallazgo tras otro lo convencieron de que este año la tirada de la flor iba a ser tardía. Sacó un garrobo de un ocotín hueco y, luego del amarre dilatado, se fue por toda la cañada. Atardecía cuando al pie de uno de los cerros cercanos a su campamento vio una vereda hecha por el huellaje de venados. Siguió unos metros el rastro y, al mirar hacia la cima del cerro, distinguió la cola refulgente de un venado al paso hacia la punta de la loma. Puso la iguana en el suelo y, engatillando con rapidez la escopeta, le dejó ir el tiro. Sonando el tronido, el animal pateó con violencia y desapareció a la carrera. “Tocado va”, se dijo corriendo para rodear el cerro.

Al iniciar la subida por el otro lado, las quemaduras de las plantas de mala mujer lo obligaron a tomar resuello. Se fue despacio, con la escopeta al hombro, buscando en el suelo alguna señal de

pasada. Comenzó a sentir el escozor de las quemaduras y vio con desazón que todo el cerro estaba invadido por la agresiva planta. Ya para llegar a la loma descubrió unas pisadas recientes, y al querer seguir las desbandó a un macho que se alejó altivo en un par de saltos. Por un instante Nicéforo se quedó inmovilizado con la imagen esplendente de la cornamenta de cuatro puntas, pero un caminar proveniente del bajadero lo puso en guardia de nuevo. Apuntó hacia la bajada y estuvo así hasta que, casi un minuto después, vio entre el huizachal del pie del cerro el caminar tranquilo del venado. Al oír el escopetazo, el animal salió a paso rápido hasta perderse entre el ramaje. Nicéforo bajó del cerro a buscar la huella y, tras comprobar que no había sangre, siguió el rastro.

Los enterrones del venado señalaban herida, y el lugar del enterrón correspondía siempre a la pata delantera derecha. “Lleva el brazuelo jodido”, dijo viendo el manchón producido por una caída. “¿Pero por qué no tirará sangre?”. Buscó entre los huizaches para ubicar el tiro y no tardó en encontrar el astillamiento de tres impactos sobre el tronco de un cornezuelo. Se inclinó, rascando la escocedura que sentía en el muslo derecho y, al dar un paso hacia adelante, una espina de cornezuelo se le metió por un lado del huarache, entrándole hasta el alma. Abrió con el pie un claro en el suelo y se sentó a tratar de sacar la espina con otra punta de cornezuelo. Batalló hasta lo indecible y, comido por la urgencia de ir tras el venado, desistió. Se introdujo en el huizachal tras el rastro del venado y terminó por perderlo en un playón como medio kilómetro más abajo. Acosado por la duda, regresó al cerro y recorrió el dominio infernal de la mala mujer. Como treinta metros adelante de donde había salido el venado, encontró un robusto pochote en plena tirazón. Al ver el trillamiento de las huellas bajo el árbol, el escozor de las quemaduras lo obligó a rascarse sin control. Rastreó el lugar hasta donde había estado el animal al recibir el primer disparo, pero no encontró sangre ni pelos. Siguió el huellaje, que se perdió en la circunferencia trillada bajo el pochote. De pronto halló un rastro que sobresalía de los demás y fue tras él, hasta que se conectó con el que había dejado el venado de cuatro puntas en su huida. “Ese cabrón fue, y va herido”, masculló con pesadumbre. “Con mi rifleto

seguro estaría tirado”, añadió ante la desazón que le producía la imagen de la escopeta.

Cuando llegó al campamento, el cansancio y el hambre terminaron por doblegarlo, y tuvo que conformarse con masticar un trozo de tasajo con dos tostadas. Se echó en la hamaca y, cuando estaba ganándole el sueño, se acordó del garrobo que había dejado tirado. “Mañana voy a buscarlo”, dijo sintiendo cómo la plomada de un trasmallo inmenso lo jalaba hacia lo hondo. Tuvo una noche azotada y se levantó aterido de frío cuando aún no amanecía. Recordó el violento despertar producido por el espanto y se dijo que le iba a encargar a su mujer un manojo de ajos para remediar los malos sueños. Mientras hizo café y calentó unas tostadas, el resplandor del amanecer fue provocando la ruidera de los pájaros. Al abrirse el día sobre el verdor, salió a un claro y buscó en el azul del cielo el negrear avisante de algún zopilote. Nada. “¿A poco no habrá muerto ese animal?”, masculló hacia lo alto. Dejó la escopeta escondida entre la hojarasca y se fue con el rifle al hombro a buscar la iguana. No tuvo dificultad en encontrarla a un par de metros de donde la había dejado. Oteó el cielo y vio muy en lo alto dos zopilotes en suspendido vuelo.

Regresó al campamento y se puso a limpiar la iguana. Le arrimó unos leños de corazón a la lumbre y, ya que se hicieron brasas, puso a asar el animal. Quiso tejer la atarraya, pero se equivocó un par de veces en las crecientes y tuvo que destejer lo hecho. Decidió, al fin, irse a la hamaca para desandar el día y tratar de volver a amanecer con buen paso. Durmió de un tirón hasta bien entrada la mañana, y lo primero que vio al despertar fue la espiral descendente de los zopilotes. Saltó de la hamaca y fue al claro a observar. Todos los zopilotes bajaban sobre el cerro donde le había disparado al venado. “Ese animal está allí”, se dijo regresando por el machete. Caminó a paso rápido y cerca del pie del cerro vio el negrear de los zopilotes entre las ramas de los árboles. Se abrió camino con el machete, experimentando un placer vengativo al destroncar toda cuanta mala mujer encontraba al paso, hasta que llegó al lugar donde se amontonaban los zopilotes. Hizo varios gestos con el machete en alto y los pajaracos se levantaron en ruidoso vuelo. Entre una varazón vio clavado al animal. La primera reacción le agrió la sangre, pero al

no percibir el olor que correspondía a la repulsiva imagen, un destello de esperanza lo arrojó decidido hacia el animal. “¡Me lleva la chingada!”, dijo viendo que era una cierva. Un mosquerío infernal comenzó a zumbear en torno a su cabeza y, luego de repetidos manoteos, notó algo raro en la parte trasera del animal. Al jalarlo por las patas vio que la piel estaba como desinflada sobre los huesos. Por un agrandamiento hecho bajo la cola, le habían sacado toda la carne de los cuartos traseros. Maldijo por lo bajo a los cabrones costoches que se habían saciado a sus expensas y, tras un rápido reconocimiento, se dispuso a cortar por mitad el venado. Desprendió con rápidos machetazos los cuartos delanteros, que parecían estar en buen estado todavía, y vio que tenía dos postazos debajo del codillo derecho. Escudriñó entre las vísceras y el desmadramiento del pulmón le confirmó el presentimiento: ese animal estaba muerto cuando él había regresado a la loma a buscar las huellas. Levantó la cabeza y vio a unos quince metros el pochote bajo el que había estado buscando... Era una mancuerna. No le cabía duda, y cuando el macho salió a la carrera la cierva ya estaba muerta.

Descendió el cerro con la pesada parte delantera de la cierva casi a rastras, y al primer alto descubrió que la carne del costillar estaba adquiriendo una tonalidad verdosa. Se acercó a oler y una ligera tufarada lo separó al instante. “Bien asado y todavía aguanta”, se dijo reiniciando con urgencia la marcha. Mientras en su mente se repetían paso a paso los pormenores de lo sucedido desde que le había disparado al animal, vino a salir a un breñal que se tornaba más impenetrable a medida que avanzaba. Dejó el hedientísimo medio venado en el suelo, y a golpe de machete se abrió paso hasta dar con el lecho arroyero. Regresó a buscar la carne, pero al levantarla tuvo la sospecha de que ya estaba pasada, y que ni siquiera con limón se podría componer. Jaló con ella hasta el campamento, y en cuanto empezó a separar la piel tuvo que resignarse a la pérdida del animal. Como no tenía ningún instrumento para cavar, pensó hacer una fogata y quemar la carne, pero descartó la opción al recordar que el cazador que quemaba algún animal del monte, arrastraba para siempre la desventura. Buscó un lugar apropiado en lo blando del arenal e hizo un hoyo ayudándose con el machete y las manos. Regresó al campamento y,

después de levantar la iguana de las brasas y meterla en un morral, fue a buscar la escopeta que había ocultado entre la hojarasca.

Al día siguiente, atardeciendo, Crisálida fue a visitarlo. Cerca del playón inmediato al campamento oyó unas voces y enseguida vio a Nicéforo parado y a otro hombre que se alejaba playón abajo. Esperó a que Nicéforo se retirara por el monte y fue tras él.

—¿No mataste animal? —le preguntó Crisálida una vez que estuvieron sentados.

—No —dijo Nicéforo con la mente en otra parte.

—¿Y qué le doy a los chamacos? —insistió la mujer.

—Tortilla con sal —dijo contundente.

—¿Era Ventura con quien platicabas? —preguntó Crisálida tras un breve silencio.

Nicéforo se quedó viendo el cacharro con agua que estaba sobre la lumbre y, luego de arrimarle dos palos secos al fuego, dijo quedamente:

—Era Epigmenio que vino a buscar la escopeta.

—¿Traes disgusto?

—No.

—¿Me quedo?

—No. Ve con los chamacos.



Apenas amaneciendo fue a espiar al aguaje y lastimó con el rifle otro venado. Por más que lo buscó no pudo encontrarlo.

Urgido por lo que le había dicho su mujer, dedicó los dos días siguientes a la iguana y logró juntar quince. Ya amarradas las metió en un costal y anocheciendo se las llevó al ranchito. Los chamacos, que despertaron al oír su voz, le hicieron tal fiesta que no pudo resistir quedarse hasta el amanecer.

Regresó al campamento con la primera claridad, y cuando estaba llegando al playón, vio en lo alto, como a trescientos metros más abajo, el sentencioso planear de los zopilotes. Se detuvo a observar por unos segundos, hasta que empezó a ver entre la bruma febril de su imaginación la carcasa del venado que había herido en el

aguaje. Quiso zafarse de la imagen y se echó a caminar a paso rápido, pero apenas cruzó el arrenal volvió a sentir el jalón doblegante de la duda. Dejó la costalilla con el bastimento colgada de una rama y se fue con el machete playón abajo, sufriendo el prurito del cazador desuertado.

El amontonamiento de los zopilotes sobre el ramaje de un guanacastle le confirmó que se trataba de un animal grande. Aceleró el paso con la mirada puesta en el bulto del animal patas arriba, pero lo que vio le produjo una descarga electrizante. Espantó a los zopilotes que estaban aproximándose al cuerpo, y una tufarada agresiva le hizo fruncir el ceño. La cara era una hinchazón amoratada, con un hoyo cavernoso por el que salía un trocito de carne violácea. La frente parecía un pegote sin forma que colgaba hasta tapar por completo los ojos. Hinchado por la pudrición, el cuerpo semejaba un muñeco apoyado sobre la espalda y con las piernas y brazos cómicamente abiertos y levantados. La ropa, que era lo único que identificaba al muerto, no tenía el menor rastro de sangre. “Te chingaron a la mala”, dijo Nicéforo, echándole una última mirada a la masa tumefacta en que se había convertido aquel rostro siempre sonriente por efecto de la marihuana.

Se retiró unos metros para evitar la hedentina y la duda volvió a asaltarlo. Pero ahora no era su condición de cazador desuertado lo que le preocupaba, sino el rumbo torcido que había tomado su vida desde que aprehendieran a Genaro y a Quincerio. ¿Qué podía hacer? Si iba a dar parte, lo más seguro era que desconfiaran de él, y hasta podían echarle a los judiciales. Mejor seguía su camino como si no hubiera pasado nada. ¿Y si alguien lo estaba viendo? Volteó nervioso hacia todos lados y no vio nada. “Tengo que ir, porque si no voy van a decir que fui yo el que lo fregué”.

Cuando iba decidido hacia la agencia de Xúchil, se acordó, de pronto, de la costalilla que había dejado arriba del arrenal y se detuvo con intención de regresarse. El solo hecho de tener que pasar junto al cadáver lo hizo desistir, encaminándose con paso firme hacia la agencia.

Llegó adentrada la mañana y encontró al agente Filemón y a dos topiles platicando en la puerta. Al verlo, guardaron silencio y se pusieron ariscos. Tras la sorpresa, el agente asumió una actitud relajada

y, luego de corresponder al saludo de Nicéforo, le preguntó si venía a entregarse.

—Hay un muerto tirado arenal arriba —dijo Nicéforo sin preámbulos.

—Ah, chingados. ¿Y quién se lo cargó? —preguntó el agente, lanzándole una mirada inquisitiva.

—Eso yo no lo sé.

—¿Fue a machete o a bala?

—No vi rastro de sangre.

—¿Y quién es?

—No se sabe.

—¿Cómo chingados no vas a saber?

—Ya está pasado.

—¿Y qué hacías tú por allí?

Nicéforo guardó silencio por un momento y luego dejó escapar entre dientes:

—Estaba campeando cuando vi la zopilotera.

—Pues vaya friega en la que te metiste —dijo el agente, echando mano a un cuaderno para tomar nota.

—Yo no tengo nada que ver. Vine a dar parte para que lo levanten, eso es todo —alegó Nicéforo, disponiendo la partida.

—¿A dónde crees que vas? —lo cortó el agente.

—Tengo que regresar a mi trabajo.

—Tú no tienes trabajo, andas huido.

—Cada quien arregla su vida como puede.

—Pues ve pensando en arreglar bien la tuya, porque ya me trajeron una circular prohibiendo la cacería.

Nicéforo le lanzó una mirada fugaz a los dos topiles, que secundaban gozosos los ataques del agente, y percibió en la falsedad de las risas el destello del sobajamiento. El agente le habló a uno de los topiles ordenándole que fuera con un auxiliar a montar guardia donde estaba tirado el muerto. Luego siguió escribiendo.

—Espera afuera a que termine —le dijo a Nicéforo, sin levantar la vista del cuaderno en que estaba garrapateando—. Tienes que acompañarme a Santa María al ministerio público.

—Aún no almorcé —pretextó Nicéforo.

—Ya comerás unos tacos en el mercado —concluyó el agente.

Era mediodía cuando en la presidencia municipal de Santa María, el síndico los hizo pasar por entre el gentío que se arremolinaba en los pasillos. Como no estaba el agente del ministerio, el síndico le tomó la declaración.

—¿Traes con qué identificarte? —le preguntó a Nicéforo después de haber cubierto el informe.

—Iba a la tarea cuando lo encontré. Él puede dar fe de mí —dijo señalando con la barbilla al agente de Xúchil.

—¿No tienes cartilla militar o acta de nacimiento, algo? —insistió el síndico.

—Tengo credencial de votante, allá en la ranchería.

—¿Y por qué partido votaste?

—Por el PRI.

El síndico miró de soslayo al agente, que con la cabeza hizo un gesto sutil de afirmación.

—¿Puedoirme? —preguntó Nicéforo.

—¿Y quién va a llevar a donde está el cuerpo? —se la regresó el síndico.

—Es que no almorcé.

—¡Lico! —gritó el síndico al mozo que estaba en la puerta—. Ve con doña Guille y que te dé unos tacos y que los ponga en la cuenta. ¿De qué los quieres? —le preguntó a Nicéforo.

—De lo que sea.

—Bueno, yo me retiro, que tengo que regresar a la agencia —dijo el agente dándole la mano al síndico.

—Sí, Filemón, pásale. Esto corre por nuestra cuenta —correspondió el síndico, acompañando al agente hasta la puerta.

Nicéforo vio de soslayo cómo los dos hombres intercambiaban unas palabras, lanzándole el síndico de cuando en cuando unas miradas furtivas.

—Así que traes problemas con la judicial —dijo el síndico regresando a su escritorio.

—Son malinformaciones.

El síndico se lo quedó viendo fijamente y, luego de prender un cigarrillo y expulsar con fuerza el humo, le soltó de golpe:

—¿Y cómo puedes probar que no fuiste tú el que lo chingó?

—No estaría aquí.

—¿No será, más bien, que fue por eso que viniste?

—Yo no lo maté —dijo con firmeza Nicéforo.

—Está bien. Quédate aquí hasta que yo regrese con el médico.

Salió el síndico y Nicéforo se entregó a una rumia de pesadumbre y desencanto: “¿Por qué no seguí mi camino como si no hubiera nada? ¿Y si daban parte a la judicial?”. La llegada de un uniformado con fusil, que se quedó cuidando la entrada, terminó por hacerle ver que se había ido a entrapar como un pendejo. Llegó el mozo con los tacos y un refresco y, tras hacerle una broma al policía, se los puso a Nicéforo sobre la mesa del síndico.

—Ya te fregaste —le dijo moviendo en desaprobación la cabeza.

Estaba terminando de comer cuando llegó el síndico y le pidió que saliera, que afuera estaba la camioneta. El síndico le dijo al policía que se podía retirar y, tras cerrar la puerta, se encaminó seguido de Nicéforo.

—Sube atrás —le dijo en cuanto llegaron frente a una camioneta del municipio. Una vez acomodado, Nicéforo vio a través del vidrio trasero que además del síndico iban adelante el chofer y un tipo de lentes y bigote con bata blanca. Arrancó la camioneta y se dirigió hacia la costera. Un cuarto de hora después tomó la brecha de terracería en Piedra de Moros, y cuando se bajaron Nicéforo calculó, por la posición del sol, que pasaban de las dos de la tarde.

—¿Cuánto hay que caminar? —preguntó el médico, con el maletín en la mano.

—Poco más de media hora —dijo Nicéforo encaminándose.

—Eh, espera —le gritó el síndico—. Llévale el maletín al médico.

El entorno comenzó a desdibujarse en una atmósfera de fuego y polvo, y el síndico, con su prominente hinchazón cervicera, y el doctor, acostumbrado a ambientes de artificioso frescor, empezaron a sudar profusamente. Al oír las maldiciones del síndico, Nicéforo sintió un cosquilleo de satisfacción y se fue silbando por lo bajo.

—¿Falta mucho? —preguntó el doctor, deteniéndose a limpiar los lentes.

—Ya mero —respondió Nicéforo.

Reanudaron la marcha y pronto vieron, arrenal arriba, un gentío enracimado bajo los árboles.

—¿Qué busca allí toda esa gente? —preguntó el doctor.

Nicéforo se encogió de hombros y siguió caminando.

De cerca vieron que eran no menos de treinta personas que entre comentarios y risas sombreaban bajo los frondosos guanacastles. Portando una canastilla del brazo, una muchachita iba entre la concurrencia ofreciendo nanches. Como unos veinticinco metros más arriba, el topil y el auxiliar mandados por el agente de Xúchil estaban avivando una lumbre. Al pasar frente al gentío los recién llegados, se hizo un silencio que permitió oír el rumoroso zumbido de las moscas que acosaban al cadáver. En cuanto pasaron, un comentario mordaz activó una explosión de carcajadas.

—¡Su madre, qué feo jiede! —protestó el síndico.

El topil y el auxiliar se acercaron al síndico y le dijeron que habían prendido la lumbre para controlar la pestilencia.

—Hay que enterrarlo cuanto antes —dijo el síndico a manera de ordenamiento.

—No, tengo que abrirlo para averiguar la causa de la muerte —repuso el doctor, asumiendo el control de la situación.

—No va a aguantar —dijo el síndico, limpiándose el sudor de la frente con un paliacate.

El doctor le hizo un gesto a Nicéforo pidiéndole el maletín, y enseguida lo abrió y extrajo un tapabocas y unos guantes desechables. Aprovechando la coyuntura, Nicéforo se fue alejando hacia donde estaba la concurrencia, que ahora se arremolinaba en torno a un vendedor de nieves.

—A ver, un ayudante —dijo el doctor acabando de ponerse los guantes.

El síndico miró en derredor y al ver que Nicéforo se alejaba le gritó imperioso:

—¡Eh, ven paracá!

Nicéforo empezó a regresar con paso lento y el síndico lo urgió con una palabrota. Ya que estuvo a unos pasos lo enfrentó autoritario:

—¿Y quién chingados te dijo que podías retirarte?

—Yo cumplí trayéndolos —alegó Nicéforo.

—A cumplir vas, pero en el bote. Órale, ayuda al médico —dijo alejándose con el topil y el auxiliar hacia donde estaba la plebe.

—Desvéstalo y jálelo para ese claro —ordenó el doctor, señalando un espacio limpio de basura a un par de metros del muerto.

Nicéforo se mantuvo renuente unos instantes, pero al ver que la concurrencia estaba pendiente del desenlace, optó por someterse. Fue hacia donde estaba el muerto y vio que la gusanera comenzaba a brotarle por los orificios oculares. Sintió unas violentas contracciones en el estómago y pensó que no iba a aguantar la pestilencia. Al oír una voz diciendo: “¿Cómo está la barbacoa?” —y el coro de risotadas que le siguió—, Nicéforo escupió la saliva que le amargaba la boca y echó de menos un buen trago de mezcal. Al jalar al muerto por el brazo, toda la piel se le escurrió en la mano, por lo que decidió quitarle la ropa allí mismo. Con la incómoda sensación de que de un momento a otro el cuerpo se le iba a desbaratar, logró sacarle la camisa, el pantalón, la trusa y los tenis, que era todo lo que traía el muerto, y al acercarse el doctor con la mascarilla puesta y el bisturí en la mano, Nicéforo le dijo que el muerto estaba tan pasado que no aguantaba la movida. El doctor hizo un gesto de asentimiento y se inclinó a observar el cadáver. Primero le hizo un corte arriba del ombligo y raspó el grasamen descompuesto. Volvió a cortar con el bisturí y, al perforar la hinchada cavidad abdominal, un agudo silbido inundó de muerte el espacio circundante. En cuanto sintió el impacto de la fetidez, Nicéforo contuvo la respiración y se fue a un lado. Como si hubiera sido atacada por el mismísimo diablo, la concurrencia rompió a correr arenal abajo en medio de escandaloso griterío.

Impasible, el doctor siguió absorto en su tarea, practicando ahora al cadáver un corte acorazonado en el centro del pecho. Separó con el bisturí la carne putrefacta y, luego de abrir un hueco en la caja torácica, metió la mano y comenzó a manipular las vísceras. Sin desprenderlas las fue asomando a la apertura para observarlas con detenimiento, y Nicéforo pudo ver con extrañeza que el corazón de un cristiano era igualito que el de un marrano. Una vez que hubo concluido el examen de las vísceras, el doctor regresó al agujero

que había abierto arriba del ombligo y lo alargó para extraer las tripas y el estómago. Nicéforo, que estaba acostumbrado al olor de la podredumbre de los animales, no recordaba haber olido en su vida algo tan repulsivo. Sentía la boca abrasada por una fluencia ácida e insufrible. Experimentó un violento espasmo vomitivo y cuando estaba a punto de descontrolarse, vio impresionado cómo el doctor echaba todo el amarillento tripamen en el suelo y, tras hacerle una pequeña incisión al estómago, le metía el dedo y, apartando el cubrebocas, olía aquella sustancia infernal. Después de un breve esnifeo, que a Nicéforo le estrujó el alma, el doctor se levantó y, con un dejo de satisfacción, dijo que él ya había concluido.

—Lávese bien las manos, o no se quitará el olor a cadaverina por semanas —le dijo a Nicéforo, al tiempo que se quitaba la mascarilla y los guantes.

Al acercarse el síndico con un paliacate en la boca, el doctor le dijo que se retiraba y que podían enterrar allí mismo al fiambre. Quitándose el paliacate con el temor del que va a experimentar la atmósfera de otro planeta, el síndico acertó por fin a preguntar de qué había muerto.

—Lo estrangularon —respondió con suficiencia el doctor—. Por su dentadura considero que no tendría más de veinte años; y lleva tirado ahí entre tres y cuatro días.

El síndico le lanzó a Nicéforo una mirada agresiva, y éste la evadió preguntándole al doctor si le metía las tripas adentro.

—No, entiérrelo así. Nada más pásele por debajo el pantalón y amárreselo sobre la abertura. Bueno, señores, yo aquí los dejo. ¿Quién me va a acompañar de regreso? —dijo el doctor enfrentando al síndico.

—Yo lo acompaño —dijo Nicéforo tratando de zafarse.

—No, tú te quedas aquí hasta que acabemos —replicó el síndico—. A ver tú, Tereso —dijo volteando hacia el topil y el auxiliar que venían con un pico y una pala—, que uno de ustedes acompañe al médico.

Se fue el topil con el doctor, y entre Nicéforo y el auxiliar, que se llamaba Alfonso, cavaron una fosa de un metro de hondo. Al momento de levantar el cadáver para echarlo a la fosa, nadie resistió

la pestilencia y Nicéforo tuvo que amarrarle en los tobillos y en las muñecas unos bejucos con los que jalaron el cuerpo desde lejos. Cayendo el cuerpo en la fosa, enseguida empezaron a echarle paladas de tierra. Cuando el síndico le estaba entregando a Nicéforo la camisa, los tenis y la trusa del difunto para que los enterrase, llegó una muchacha con un anciano diciendo que querían ver el cuerpo. Nicéforo, que reconoció de inmediato a los recién llegados, se hizo a un lado y dejó que Alfonso continuara paleando. Desde el lugar sombreado a donde se había apartado, Nicéforo vio cómo el síndico le entregaba a la muchacha la ropa del muerto y le decía algo que él no pudo oír. Luego de tomar la ropa de manos del síndico con gesto abatido, la muchacha rompió en llanto y fue a esconder su rostro en el pecho del anciano. Se oyeron unos rumores entre la plebe que enmarcaron ritualmente los espaciados sollozos de la muchacha y, al levantar su vista del suelo, Nicéforo se encontró con los ojos acusadores del anciano.

—Ahora sí te van a fregar —le dijo el síndico a Nicéforo, una vez que éste y Alfonso terminaron de apisonar la tierra sobre la tumba y colocarle una cruz con dos palos amarrados.

—Estará de Dios que me frieguen, pero yo en esta chingadera no tengo que ver nada —repuso Nicéforo ya cansado.

—Primero te cargaron la de Demetrio, y ahora éste.

—La gente se aprovecha cuando uno da un mal paso.

—Pues o enderezas de una vez el camino o vas a terminar mal.

—¿Puedo irme? —dijo Nicéforo echándose la costalilla al hombro.

—De momento no tengo cargo que hacerte, pero ¡cuidado y te desapareces! —dijo el síndico, reforzando con un gesto de la mano la condición sentenciosa de las palabras.

Esa misma tarde, a punto de meterse el sol, la llegada de Crisálida y tío Nayo le dio un susto de muerte. Saltó de la hamaca con el rifle alistado y vio a su mujer que venía delante con el bulto de las tostadas en la mano. Saludó a tío Nayo y enseguida éste lo puso en advertencia:

—Ya te cargaron la muerte de Epigmenio, y Maclovio va a venir a chingarte.

—Yo no fui —protestó Nicéforo.

—Dice Ponciano que lo chingaste para quitarle la escopeta.

—Está fuera de juicio.

—Era su hijo.

—Yo no tengo nada que ver.

—Mejor pélate mientras pasa la calentura.

—Le voy a mandar un recado.

—No sirve de nada; tan pronto te vean te chingan. Levanta el campamento y lárgate para los cafetales, o busca a Nicasio en Salina Cruz.

Nicéforo le lanzó una mirada interrogativa a su mujer. Y ésta, con voz sufrida, dijo que podía ir a llevarle el bastimento todos los sábados.

—Vende la yegua —dijo Nicéforo con resignación.

—Yo me arreglo —expresó la mujer, sabiendo lo que significaba la yegua para Nicéforo.

—Yo les puedo prestar unos centavos que tengo ahorrados —dijo tío Nayo.

Estuvieron un rato platicando y tío Nayo le habló de la chamba de vigilante que acababa de conseguir en un almacén de FONATUR, y que iba a ver si había algo para Nicéforo. Llegó la noche y acordaron la partida.

—Si te caen las autoridades de Huatulco, diles que me tuve que poner a resguardo —le dijo Nicéforo a su mujer cuando se despedían.



A dos arrieros que encontró pasando la ranhería Las Muelles, les dijo que iba al cerro a limpiar el cafetal. Y esa era en realidad la mira que él llevaba; pero al encontrar que gran parte de los cafetos estaban chamuscados por la rociada de los helicópteros, y la cabañita destruida, una sensación de desencuentro le embargó el ánimo, y el peso de la costalilla que traía a la espalda con sus pertenencias comenzó a doblegarlo. Sentado contra un árbol, con la mirada perdida en el brumoso horizonte marino que se extendía en la lejanía, se dejó ir en una ensañación relajante. Cuando despertó, un par de horas después, no dudó ni un segundo en echarse la carga a la espalda. Con

paso esperanzado y alegre regresó a comunicarle a su mujer lo que había decidido.

Tres días después, al volver por la tarde al nuevo campamento que había ubicado a poco más de un kilómetro del anterior, se encontró con la sorpresa de que Crisálida lo estaba esperando.

—¿Y ahora? —le dijo Nicéforo, dejando en el suelo el tercio de iguanas que traía al hombro.

—Encontraron el cuerpo de Maclovio arribita de Las Muelles.

Al ver que Nicéforo permanecía en silencio dándole la espalda, la mujer siguió hablando:

—Le dieron un tiro en la frente y luego lo machetearon todito.

—¿Y saben quién fue? —preguntó Nicéforo sin voltearse.

—Unos dicen que tú fuiste, que te vieron parriba; pero tía Ranulfa dice que fue Isidro, el sobrino del finado Demetrio.

Nicéforo se acercó ensimismado a los rescoldos y avivó la lumbré. Le arrimó luego unos trozos de madera de ocotillo y fue hasta donde estaban las iguanas. Separó dos que venían muertas y se puso a abrirlas. Mientras le echaba un poco de agua a la lata para hacer café, Crisálida comentó que tía Brígida le había dicho que en Po-chutla, luego de que se ponían en la calle a vender las iguanas, las autoridades venían a levantarlas de mal modo.

—Pues véndelas a lo seguro —masculló Nicéforo.

—Pues sólo en la casa de la gente.

—Como sea.

—¿Estás enmuinado conmigo? —preguntó Crisálida luego de un breve silencio.

—No, ando cansado.

—Esta vida que llevamos.

—No hay otra.

—Dice tío Nayo que te podrían dar chamba en FONATUR.

—Que la consiga.

—Pero, ¿y si te agarran?

—Órale, regresa que se viene la noche —dijo Nicéforo levantando el montón de iguanas vivas.

—Estoy esperando chamaco —dijo Crisálida, al tiempo que metía en la costallita las iguanas.

—¿Para cuándo?

—En dos meses.

Una vez que metió las cinco iguanas amarradas en la costalilla, Crisálida se la echó al hombro y le dijo que se iba.

—Está bien —dijo Nicéforo, mientras cortaba unas varitas para asar las dos iguanas que había rajado.

Cuando Crisálida había caminado unos veinte pasos Nicéforo la llamó.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer fríamente.

—Agarra el dinero de las iguanas y compra vitaminas —le dijo, y siguió atareado sacándole punta a las varitas.

Dos días después, cuando estaba cocinando un par de palomas arroyeras para almorzar, oyó el ruidero de las urracas. Saltó hacia donde estaba el rifle y se alistó entre los matorrales. Enseguida la voz de su Crispín lo sacó del monte. Saludó a tío Nayo, que venía sudando tras el chamaco, y le pasó el bule de agua. El hombre, sesentón y desacostumbrado a montar bajo el plomo líquido del sol, subía y bajaba el abdomen con violenta regularidad. Tenía la camisa empapada en sudor y el rostro abotagado por el esfuerzo. Después de que bebió dos grandes tragos de agua, se sentó a la sombra y, luego de desabrochar la camisa, comenzó a airearse con el sombrero.

—Ya no aguanta mi cuerpo estas friegas —dijo esbozando una sonrisa.

Nicéforo se acercó a darle vuelta a las palomas que se asaban sobre las brasas y buscó en su recuerdo una imagen de tío Nayo en plena fatiga. Nunca, desde chamaco, lo había visto malpasarse o entrarle duro al trabajo. Y si no lo había hecho cuando era joven, menos lo haría ahora que, al igual que Cornelio, si bien en diferentes casas, vivía al mismo tiempo con dos mujeres.

—¿No chamea hoy? —le preguntó Nicéforo.

—Me tocó el día libre. Y vine a verte porque ya te conseguí empleo.

Nicéforo tomó una paloma de las brasas y, luego de observarla detenidamente, se la pasó a tío Nayo.

—Ya almorcé —dijo el hombre con un rápido ademán—. ¿Qué, no dices nada de la chamba?

—¿Cuál chamba? —preguntó Nicéforo mientras le pasaba al chamaco la paloma.

—Pues cuál va a ser, la que te conseguí en FONATUR.

—¿Para cuándo?

—En cuanto te presentes con el licenciado Salinas.

Nicéforo tomó la otra paloma por un extremo de una de las varitas que la crucificaban y, luego de darle un vistazo de aprobación, la mordió. La explosión de sabor que le dejó la pechuga en la boca, hizo que se sintiera desprotegido ante la mirada de gavilán de tío Nayo.

—Mira, Nicéforo, que este trabajo que te digo es de fiar —le dijo el hombre, viéndolo comer en silencio—. Nomás tendrías que vigilar y dar aviso.

—¿De qué?

—De los que andan aserrando madera en los terrenos de FONATUR.

—¿Y si me chingan?

—De todos modos si sigues aquí te van a chingar. Como van a chingar al pendejo de Lucas.

Nicéforo le dio un trago al bule de agua y se lo pasó al chamaco, que comía en silencio con despierta mirada que iba de uno al otro hombre. Al tiempo que se pasaba el antebrazo por la boca, recordó lo que todos decían: que Lucas era oreja de la judicial del estado, y que había sido el causante de que aprehendieran a dos en San Felipe con media tonelada de marihuana.

—Dicen que fue él quien le chifló a la judicial lo de Quincerio y Genaro —dijo tío Nayo, viendo con pasmo la impasibilidad de Nicéforo.



Cuando preguntó la hora en la Crucecita le dijeron que pasaban diez minutos de las nueve. El sol empezaba a culebrear sobre el pavimento, y el estruendo de hormiguero alborotado que producía la gente en su trajinar, le ocasionaba a Nicéforo un extraño malestar en la boca del estómago. Pasó ante el hotel Griffer y se fue rumbo a Chahué, atento

a las indicaciones que le había dado tío Nayo. El amontonamiento de autos a la entrada de un edificio, del que entraba y salía gente, hizo que se aproximara desconfiante. Lo vio el guardia que estaba en la puerta y le preguntó qué quería. Nicéforo le dijo que buscaba al licenciado Salinas. El guardia volvió a preguntarle para qué lo quería, y al decirle Nicéforo que para un trabajo de vigilante, lo dejó pasar y le indicó que fuera hasta el fondo del pasillo a la derecha.

En la base de una escalera que subía pegada a la pared, Nicéforo vio cantidad de gente de Santa María que se arremolinaba gritando en torno a un individuo que hacía ademanes beligerantes. Se acercó a curiosear y, junto a la gente de la cooperativa turística que encabezaba Aquileo Ramírez, reconoció a Alfredo Lavariega, quien, enardecido por el clamor de la bola, pregonaba que el PRI y FONATUR querían entregarle Huatulco a la gente de fuera, pero que él y el PRD no lo iban a permitir. Se hizo intenso griterío y Nicéforo siguió caminando mientras pensaba que quien quiera que ganase, los pobres siempre serían los jodidos.

Al fondo del pasillo había una mesa que ocupaba una secretaria de marcados rasgos nativos. En dos bancos pegados a la pared varias personas parecían aguardar turno. Miraron a Nicéforo con expresión despectiva, y éste se dirigió inseguro hacia la secretaria. Le dijo que buscaba al licenciado Salinas, y la secretaria le preguntó qué asunto lo traía. Al decir Nicéforo que era por el trabajo de vigilante, la secretaria le dijo que el licenciado estaba ocupado, y que se sentara hasta que ella lo llamase.

Prisionero en una realidad fría y jerarquizada, Nicéforo reojaba en silencio todo cuanto sucedía en aquel recinto, acortando con el deseo los minutos que lo separaban del enmontamiento. Llegó ante la secretaria un cincuentón de pelo plateado y notable buen mirar, y se desató en una acusación, educada pero encorajada, contra la absurda pretensión que tenían esos lidercillos de Santa María de dar todos los servicios turísticos en exclusiva a los netos huatulqueños. ¿Qué no sabían esos revoltosos que todos los mexicanos tenían constitucionalmente los mismos derechos? Con sonrisas y asentimientos comedidos, la secretaria hizo ver que el reclamante era sin duda gente de cierto poder dentro del proyecto turístico.

En cuanto lo pasó la secretaria a un despacho contiguo, varias de las personas que estaban esperando dejaron escapar por lo bajo unos comentarios cruzados que a Nicéforo le parecieron puras mentadas de madre. Casi una hora después de haber llegado, la secretaria lo hizo pasar a la oficina donde estaba tecleando en una computadora un individuo de poco más de cuarenta años y de ojos claros y vivaces.

—¿De qué se trata? —le preguntó a Nicéforo, con la actitud urgente del que está acostumbrado a recibir reclamos.

—Vengo por lo del trabajo de vigilante.

—Ah, siéntate —dijo el funcionario suavizando la expresión—. ¿Vienes de Baja Mantenimiento?

—No, de parte de tío Nayo. Me dijo que usted...

—Ah, sí, ya. ¿Traes papeles?

—Nomás el acta de nacimiento y la credencial de votante.

—A ver, pásamelas.

Tras un rápido y experimentado vistazo, el licenciado Salinas se convenció de que el hombre que tenía ante él merecía el empleo.

—Me dijo tío Nayo que siempre votas por el PRI —le dijo a Nicéforo, al tiempo que le devolvía los papeles.

—Sí.

—Está bien —dijo el funcionario esbozando una sonrisa—. Se trata de recorrer el bajo de Chachacual y traer informes de todo lo que veas. El sueldo es de mil quinientos pesos a la semana. ¿De acuerdo?

—Déjeme pensarlo —dijo Nicéforo sintiendo el yugo del compromiso apretándole el cuello.

—Ya no hay tiempo. Dime ahora si tomas el puesto o no.

—Lo tomo, pues.

—¿Cuándo puedes ir?

—Cuando mande.

—Pues ya estuvo. Ve a Baja Mantenimiento y preséntate de mi parte con Rafael Colorín.

—No sé para qué rumbo queda eso —dijo Nicéforo confuso.

—La secretaria te lo va a indicar. ¿Sabes escribir?

—Le hago la lucha.

—Ven acá.

Se acercó Nicéforo al escritorio y el licenciado extrajo de un cajón varias hojas membretadas y le explicó cómo tenía que llenar sus informes.

—¿De acuerdo? —le dijo a Nicéforo, despidiéndolo con un apretón de manos.

—Mañana empiezo —contestó Nicéforo.

Cuando el licenciado Salinas le dijo a la secretaria que le explicara al señor cómo tenía que hacer para llegar a las oficinas de Baja Mantenimiento, Nicéforo miró de soslayo los rostros de los que estaban ocupando los bancos y sintió por un instante el vértigo de la importancia. Luego de recibir con extremada seriedad la explicación de la secretaria, le dio las gracias y salió al pasillo. El gentío amontonado al pie de la escalera oía ahora en silencio a un hombre maduro, de porte digno y altivo, que desde lo alto parecía pregonar la verdad, el orden y la justicia. Nicéforo quiso detenerse un instante para ver cuál era la razón del silencio compartido, pero al oír cómo desde lo alto llovían “progreso”, “desarrollo”, “bienestar”, “modernidad” y otras expresiones incomprensibles, decidió seguir hacia la salida. Correspondió al saludo del guardia y se fue chiflando bajo el fuego solar que derretía la calzada.



Al bajar por el arroyo se encontró con dos piedramoreños que sobre el lomo de un burro llevaban una carga de iguanas. Le preguntaron si iba a campear y Nicéforo, elusivo, les dio por respuesta un seco sí. Era casi mediodía cuando llegó a la playa. Fue a refrescarse a la laguna, y en unos matorrales que había cerca de donde tomó agua, encontró los rastros de un campamento reciente. Extrajo del morralito el taco que le había preparado Crisálida en la madrugada y se puso a mordisquearlo lentamente, mientras miraba embelesado la lejanía marina. Una vez que concluyó el taco, se lavó la boca y las manos y alistó una de las hojas que le habían dado en la oficina. Tomó el bolígrafo y escribió:

“Caminé por todo el arrollo asta la plalla. Jallé dos iguaneros con un burro tersiado de iguanas. En la plalla vi rastro de campamento resiente. Hay muchas pisadas de jente.

Lo demás sin nobedá.
vigilante Niséforo López”

Eran poco más de las cinco de la tarde cuando llegó a las oficinas de Baja Mantenimiento. Le entregó su reporte a Rafael Colorín, un nativo ladino que, después de leerlo con expresión de suficiencia, le dijo que lo esperaba al día siguiente.

Regresó a la Crucecita; subió a un camión que lo dejó en la brecha de Piedra de Moros y caminó hasta Pueblo Viejo. Cuando el Pulgoso salió ladrándole, ya la noche estaba metida. Crisálida intentó sacarle conversación, pero al ver el rostro opacado de su hombre le preparó la cena en silencio. Tan pronto como terminó las dos tortillas con sal y la taza de café, Nicéforo se fue a la hamaca deshilachada en la que estaban jugando los chamacos. A una voz de la mamá salieron todos hacia el petate viejo que estaba tendido en medio de la cabaña. Nicéforo se echó en la hamaca y empezó a flotar en un mar sin fondo.

—¿Vas a querer taco temprano? —le preguntó Crisálida.

—Sí —contestó con voz submarina.

Al tercer día, mientras cenaba, le dijo a Crisálida que iba a presentar la renuncia. La mujer no dijo nada y continuó dándole vueltas al nixtamal que hervía en una cubeta sobre la lumbre.

Llegó temprano a las oficinas de FONATUR, y le dijo a la secretaria que le urgía hablar con el licenciado Salinas.

—¿Qué pasa, hombre? —le dijo el funcionario en tono amistoso.

—Vengo a presentar mi renuncia.

—Ah, caray. ¿Tuviste algún problema?

—Mire, para qué lo voy a engañar. Yo así no le cumplo.

—¿Cómo es eso? —inquirió el licenciado Salinas con expresión confusa.

—Entre ir y venir se me va el día, y por lo mismo no puedo andar viendo por el monte.

—¿Y qué propones, pues?

—Ya le di mi parecer al señor Colorín, pero dijo que no le convenía.

— ¿Qué es lo que no le convenía?

—Que yo trajera informes dos veces a la semana, para poder vigilar a conciencia.

—Está bien —dijo el funcionario esbozando una sonrisa complaciente—. Ve con Rafael Colorín y dile que yo apruebo tu propuesta.

Nicéforo se quedó viendo al hombre con expresión incrédula, sin poder asimilar el repentino cambio de decisión a que se veía obligado.

—¿Algo más? —preguntó el funcionario sacándolo de su ensimismamiento.

—Muchas gracias, licenciado —balbuceó disponiendo la partida.

—Ah, se me olvidaba. A partir de ahora me vas a traer una copia de todos los reportes. Le pides a Colorín que te la saque.

Todavía descreído y a la defensiva, Nicéforo fue a Baja Mantenimiento y le comunicó a Rafael Colorín la decisión del licenciado Salinas. Después de hacer un mohín de disgusto, el jefe de los vigilantes le dijo con sorna:

—A mí eso no me conviene. ¿Te imaginas que todos los vigilantes pidieran lo mismo? ¿Y cómo chingados vamos a saber si vigilas o no? Pero ni modo, si el licenciado te dijo que sí, pues adelante, él manda.

Reamanecido y animoso, Nicéforo hizo de lado la arisquidad a que lo obligaba su condición de perseguido y se fue confiado a visitar a la viuda de Genaro. En Santa Cruz las construcciones crecían por doquier, contrastando con las chozas de los nativos que se negaban a ser desalojados. Pasó frente al hotel Binniguenda y recordó de golpe la noche en que lo habían levantado los azules. Detrás de una residencia en plena construcción estaba la cabañita de Genaro. Jugando en la puerta con un trozo de trasmallo viejo se hallaban dos de los chamacos, que corrieron a saludarlo. Al preguntarles por su mamá, los chamacos hicieron una seña furtiva señalando hacia adentro. Nicéforo se fue confiado hasta la puerta y la mujer de Genaro le cortó el paso azorada. Le bastó a Nicéforo una experta reojada para ver entre las varas que hacían las veces de pared las piernas de un hombre que se mecía en una hamaca. Ante el

apuro de la mujer y su propia incomodidad, Nicéforo le hizo un par de preguntas de compromiso para abreviar la estancia. Se despidió y mientras caminaba de regreso entre la aridez agresiva del hierro y el cemento, empezó a levantársele en la cabeza una humareda densa y acre. “Pinche Genaro, qué poca querencia dejaste”, dijo alejándose por la vereda enmontada del recuerdo.

Le pidió a Crisálida que le preparase bastimento para tres días, y se fue mediada la mañana hacia Chachacual. Por todo el playón abajo notó abundante huellaje de animal herrado. Cuando salió a la playa una débil espiral de humo, como garza descendiendo sobre el aguaje, hizo que se acercara con cautela al campamento.

Al lado de un tronco que se consumía lentamente había un montón de no menos de veinte iguanas. Pensó en echar mano a unas cuantas, pero el desasosiego que le produjo la toma de conciencia como vigilante cambió al instante la intención. Comenzó a inspeccionar el campamento con mirada cazadora, hasta que un gruñido seguido de varios ladridos lo pusieron en guardia. Al tiempo que hacía ademán de agarrar una piedra, oyó una voz que desde atrás de los matorrales azuzaba al perro. Salió de regreso a la playa y se fue hacia el otro extremo. Observó un buen rato entre la maleza, y la falta de rastros de campamentos lo decidió a levantar allí su nueva estancia. “Todos acampan al lado del aguaje”, dijo autoafirmándose en la decisión tomada. Una vez que instaló el campamento, agarró el machete y fue a recorrer las cercanías.

Regresó tarde con dos garrobos, que abrió y envaró para asar. Preparó café, doró tres tostadas y puso las iguanas a asar. “Ni modo que otros las agarren por montón y yo me muera de hambre”, dijo viendo cómo el grasamen de los garrobos comenzaba a gotear sobre las brasas. Mientras condimentaba la rumia de las tostadas con el olor untuoso que desprendía el asado, tomó la pluma y una hoja de reportes y escribió:

“Binieron un grupo de personas y se quedaron acampados en la plalla y andubieron en la iguana asta agarrar más de beinte. En el palmar le entraron tupido a los cocos.

vigilante Niséforo López”

Apenas amanecía cuando oyó ladridos en la playa. Se acercó a los matorrales y vio a dos nativos que estaban escarbando en la arena. Estuvo un buen rato observando las maniobras de los hombres hasta que se convenció de que no los conocía. Regresó al campamento y puso la lata con agua para café sobre la lumbre. Urgido por el crujimiento de las tripas, echó mano a una pata de una de las iguanas asadas y comenzó a mascarla con deleite de perro viejo.

Se fue por el arroyo seco de Cacalutilla, deteniéndose con frecuencia a observar el rastro de los animales. De cuando en cuando el azotón de los garrobos, que se arrojaban contra el piso y salían a la carrera, violentaba la apacibilidad del paraje, suspendiendo a Nicéforo en un penduleo acechante. La próxima ida a la ranchería traería sin falta el rifle, al cabo que por esos rumbos no había autoridad que caminara. Además, ¿no era él allí la autoridad?

Vio desde el playón las salpicaduras de unos puntitos rojos entre la cenicienta sequedad del ramaje, y un pálpito de cazador urgido comenzó a fuellearle en el pecho. Se abrió camino hasta el añoso ciruelo y como a una quincena de metros vio el inconfundible rastro de gente. Siguió las pisadas hasta la periferia del ciruelo y lo que vio lo arrojó de golpe en una brumazón de envidia y coraje. “Ya chingarón animal”, dijo mientras removía el mosquerío posado sobre los cuajarones de sangre. Dio unos cuantos pasos y entre las numerosas huellas de venado se le aparecieron claras unas pisadas de filigrana impresión. Acucillándose pensó que eran de botas del ejército, pero enseguida el dibujo de una ave estilizada le hizo entender que se trataba de un tipo de botas que nadie usaba en la costa.

Grabó con tal firmeza la impresión de la huella, que tan sólo al mediodía, batallando en una madriguera para sacar un armadillo, pareció diluírsele la imagen del misterioso personaje que le había disparado al venado.

Caminaba de regreso con el armadillo colgado del hombro, cuando vio venir playón arriba a dos tipos con un burro y el sarnoso perro negro que le había ladrado en la playa. Lamentó no haberlos visto antes para ocultarse en el monte, pero conforme se acercaban decidió asumir la actitud de campeador humilde. El hombre que jalaba el burro terciado de iguanas le gritó al perro, que ya se iba

hacia Nicéforo gruñendo, y detuvo la marcha esperando el encuentro. El otro hombre, que traía al hombro una retrocarga, se abrió en abanico para dejar a Nicéforo en medio. Bastó un vistazo a los dos puntos de obsidiana que chispeaban maliciosamente en el rostro del que cargaba la retrocarga, para que Nicéforo encontrara en su recuerdo la ranhería de Piedra de Moros. Al otro, parado frente al burro y con el machete descansando bajo el brazo, no lo conocía, y por el color cetrino de la piel y el ademán opacado dedujo que venía de las fincas cafetaleras.

—¿Y qué andas haciendo paracá abajo? —le preguntó autoritario el que cargaba la escopeta.

—Nomás campeando —dijo Nicéforo guardando la distancia.

—¿Qué no hay campo parallá arriba?

—Campo hay.

—No nos gusta que vengan de arriba a camppear.

—Todo es de todos —dijo Nicéforo insinuando una sonrisa—. Además este terreno lo tomó el gobierno.

—¡Chinga su madre el gobierno! —tronó el hombre lanzando lumbre por los agujeros negros de su mirada—. Esta tierra nos pertenece a los netos huatulqueños.

—Yo también soy desta tierra —masculló Nicéforo.

—Tú lo que eres es un huido y traficante, como todos los de arriba.

—Bueno, pues, luego nos miramos —dijo Nicéforo emprendiendo la marcha.

—Más vale que te cuides, porque los piedramoreños no somos tan pendejos como los de Xúchil —le dijo el hombre en actitud sobajante.

Al pasar en medio de los dos hombres, Nicéforo bajó la cabeza y clavó la mirada en los pies del que lo había amenazado. Al ver los huaraches viejos cambió sutilmente la mirada hacia el otro hombre, que tenía los pies descalzos. Sin dejar de reojar al de la escopeta, se fue alejando a paso lento.

En la playa encontró un nido de tortuga escarbado, y más cerca del campamento donde habían estado los iguaneros todavía humeaba un ocotín seco, al que le habían prendido fuego para sacar una

iguana. Regresó a su refugio y le quitó la concha al armadillo para asarlo. Después fue a darse un baño al aguaje, y de regreso tomó una hoja de reporte y se sentó a escribir:

“Parriba del arrollo jallé rastro de sangre onde mataron animal. Bolbieron otra ves los de la iguana y le pusieron lumbré a un ocotín. En la plalla andubieron buscando tortuga y lebantaron un nido.

vigilante Niséforo López”

Dejó la pluma sobre el papel en el suelo y le prendió fuego a un Alas. Mientras fumaba, le estuvo dando vueltas en su cabeza al encuentro que había tenido con los dos iguaneros. Mañana iría sin falta a traer el rifle, ese hijo de la chingada de la retrocarga de seguro iba a volver. ¿Y si lo ponía en el informe? No, no le gustaba andar de chismoso. ¿Pero no tenía él que vigilar y dar parte? Levantó la hoja del suelo y, con el trazo pronunciado del coraje, escribió en el espacio que quedaba arriba de su firma: “Era jente de Piedra de Moros”.

IV

—Estaba con su mujer y su hermana, diciéndoles que no iba a permitir que el negocio de las lanchas lo manejaran fuereños, cuando le llegó por atrás —dijo tío Nayo mientras Nicéforo tomaba café con una tostada.

—¿Así nomás? —inquirió Nicéforo, suspendiendo por un instante la taza de café frente a su cara.

—Así nomás le vació el cargador.

—¿Lo conocieron? —preguntó Crisálida, enraizada al pie del fogón.

—Dicen que parecía guerrerense, como de unos treintaicinco años. Y que el que lo mandó fue Lima Zuno.

—¿El mero director de FONATUR? —preguntó sorprendido Nicéforo.

—¿Quién si no? —replicó contundente tío Nayo—. ¿Qué no ves que Alfredo Lavariega como regidor le estaba parando a FONATUR todos los proyectos?

—De todos modos hoy es día de paga —dijo Nicéforo levantándose del banquito y pasándose el dorso de la mano por la boca.

—¿Que no entiendes lo que te estoy diciendo? —arguyó con fuerza tío Nayo—. Toda la plebe anda alborotada. Dicen que como encuentren a Lima Zuno lo chingan.

—Yo con esas chingaderas no tengo que ver nada —dijo Nicéforo echando mano a su morralito—. ¿Viene usted o se queda?

—Me quedo, porque voy parriba —dijo tío Nayo.

—Bueno, pues. Luego regreso— le dijo a Crisálida, ya de salida.

Al bajarse del microbús en la Crucecita, lo primero que llamó su atención fueron las pintas que acusaban al director de FONATUR de asesino. Siguió caminando rumbo a Chahué y pronto vio la bola de gente que se arremolinaba frente al edificio de FONATUR. Las rejas de la entrada estaban cerradas, y un grupo de marinos con arma en

mano trataba de contener el empuje de la ola fúrica que pedía la cabeza del director. Continuó hasta Baja Mantenimiento, donde todo parecía transcurrir normalmente. Cobró su quincena y, de salida, se encontró con un corrillo de tres trabajadores.

—¿Y cómo anda todo para tu rumbo? —le preguntó uno de ellos, que se había presentado como Manuel Ramírez, y también era vigilante.

—Medio duro.

—¿Ya te echaron pleito?

—Ya.

—Esos hijos de la chingada creen que nosotros nomás andamos chismeando de puro gusto.

—Ni caso quiere hacerle, cuñado —añadió otro del grupo.

—¿Y qué pasa en las oficinas de FONATUR? —preguntó Nicéforo cambiando de plática.

—¿A poco no sabes que se chingaron a Alfredo Lavariega? —le dijo el que se llamaba Manuel.

—Sí, ya miré las paredes pintadas.

—Ésas son puras mentiras de los mugrosos del PRD —protestó el que le había dicho cuñado a Manuel—. El que lo mandó matar fue uno de Puerto Escondido, porque no le dejaban trabajar sus lanchas.

—Bueno, nos estamos mirando —dijo Nicéforo despidiéndose.

—¿Ya te vas? ¿No te quieres echar unas frías? —ofreció Manuel.

—Otro día, gracias. Ahora traigo urgencia.

Regresó con el mandato y le entregó el resto de la paga a Crisálida. Mientras le ponía el fuste al burro para cargar el bastimento, la mujer, con voz suave y agradecida, le preguntó si podía acompañarlo. Movido por la sonrisa esperanzada que afloraba al final del cuerpo escuálido y deformado por el embarazo, respondió que sí, y siguió metiendo en una costalilla el rifle desarmado, la atarraya casi terminada y los cuatro kilos de plomo que tenía que fundir para armarla. Le dijeron a los dos chamacos mayores que se quedaran a cuidar la cabaña, y partieron llevándose al chamaco más pequeño, que corría alborotado tras el burro con el deseo de mar hormigueándole en la sangre.

Sin encontrar a nadie en el camino, llegaron atardeciendo. Instalaron el campamento en la lomita donde Nicéforo tenía su refugio, y enseguida se fueron a la playa. La mujer se quedó con el niño

chapoteando en la orilla, mientras Nicéforo fue a recorrer toda la playa. Vio cómo cerca de la orilla brincaban las sardinas atacadas por la mancha de jureles, y se dijo que tan pronto como pudiera iba a hacer su curricán. Hacia la mitad de la playa encontró el rastro reciente de una tortuga que había salido a poner.

—Salió una tortuga —le dijo a su mujer, que se lo quedó viendo con el semblante iluminado del que recibe una revelación.

—¿Ónde?

—Allá —dijo señalando con la barbilla hacia el otro extremo de la playa.

—¿Allí está?

—No, salió anoche.

—¿Y puso los huevitos?

—Sí.

—¡Ay, dicen que son retesabrosos! —exclamó la mujer, dejando escurrir gozosamente la arena entre sus manos. Como Nicéforo no dijo nada, la mujer decidió expresar de una vez el deseo que le brincaba en el pecho—: ¿Se enojarán si sacamos un puñito?

—Déjame ir a ver —dijo Nicéforo no muy convencido.

El chamaco le pidió que lo llevara, y al decirle el padre que sí, se fue brincando alborozado por toda la playa. Escarbaron el nido y, después de extraer dos docenas, volvieron a dejarlo como estaba. Regresaron al campamento y prendieron lumbre para cocer los huevos en una lata con agua. De una sentada devoraron todos los huevos. Luego de acostar al chamaco, bajaron a caminar un rato por la playa.

—¡Cómo no tuviéramos nuestra casita aquí! —dijo la mujer, prendida por el espejeo mágico de la luna.

—Está lejos la escuela para los chamacos —dijo Nicéforo, como si ese fuera en realidad el único impedimento.

—Para lo que aprenden allá arriba. Que si juntas, que si asambleas, y total los maestros nunca van.

El hombre guardó silencio y, tras un rato de ensimismamiento, la mujer creyó oír el respirar profundo del dormido.

—¿Y no saldrá tortuga? —preguntó al bulto que yacía a poco más de un metro de distancia. Al no obtener respuesta volvió a intentarlo—. ¿Nicéforo?

—Ya oí —dijo el hombre secamente.

—¿A poco se molestarán si comemos una tortuga?

—Me corren del trabajo y me meten a la cárcel.

Volvió a levantarse entre ellos la pared arrullante de las olas, y la mujer empezó a dejarse acosar por la inevitabilidad del regreso al infierno de polvo y hambre que la esperaba arriba en la ranchería.

—Hace frío —dijo en un susurro suplicante.

—Ven —dijo el hombre en tono distanciado.

La mujer se acercó hacia él y se le pegó a un lado. La posición del hombre boca arriba y el respirar suave y acompasado hicieron que la mujer mirara de soslayo y viera el brillo de los ojos abiertos al influjo lunar.

—¿Traes problemas? —le preguntó maternal.

—Nomás me dure la chamba y levanto la cabaña sobre la loma —dijo el hombre sintiendo el calor que el abrazo de la mujer le metía por el costado.

Amaneció sobre las rocas sacando lenguas de perro para satisfacer el antojo de Crisálida. Vio cómo el agujón y el jurel arremetían contra la lluvia plateada de sardinas y se sentó un rato, dejando que la imagen llenara de abundancia el pensamiento. En el rincón más avivado de su memoria anotó la futura compra de dos rollos de cuerda de pescar: uno del sesenta para los agujones y otro del ochenta para los jureles y los pargos. Cuando regresó al campamento con el morralito lleno de los deliciosos mariscos, la mujer ya había hecho café y calentado las tostadas.

Después de encaminar a su mujer y a su hijo de regreso a la ranchería, Nicéforo agarró el rifle y fue a recorrer el monte con la mira puesta en la localización de algún árbol de ciruelo que estuviera tirando fruta. Al rato de caminar oyó el ronroneo acercante de un motor y, desde la lomita en que se encontraba, divisó el arribo a la playa de una lancha cargada de turistas. “Ya están arrimando también para este lado”, dijo contrariado, al ver cómo el enjambre de doradas cabelleras llenaba el silencio con su estruendo celebrante.

Todos los ciruelos que encontró estaban apenas coloreando la fruta; de entre todos, por su ubicación en la punta de una loma donde no había rastro alguno de gente, escogió uno que estaría en plena tirazón

en un par de semanas. Bajó al arroyo de Cacalutilla y se fue vereda arriba. Le pareció oír un sonido seco y rítmico que salía ahogado de la arboleda. Ya que lo fijó con precisión, descolgó el rifle del hombro y se acercó silencioso. Al sonido mordiente de la sierra se le sobrepusieron ahora las voces confiadas de un diálogo. Desde la ventana abierta entre la maleza, vio a dos nativos que estaban aserrando tablones de un espléndido tronco de cedro. Creyó reconocer a uno de ellos, pero una observación más exigente lo convenció de que los rostros no le eran familiares. Se retiró con el mismo sigilo con que se había acercado y fue a recorrer las cercanías. Como a unos cien metros de donde estaban aserrando el cedro, encontró un montón de tablones de caoba. Vio huellas de bestia en el suelo y al seguirlas dio con una vereda que subía paralela al lecho arroyero. “Estos amigos se la tienen bien montada”, dijo comprendiendo la magnitud de lo que había descubierto.

Esa noche, y luego de acompañar el café con un taco de lenguas de perro que le había dejado preparadas Crisálida, tomó una hoja de reportes y se puso a escribir a la luz ensimismante de la fogata:

“Binieron en la mañana turistas que ensusieron la plalla con botes de refresco y bolsas de dulces. Caminé por Cacalutilla arriba y jallé un aserradero con mucha madera de sedro y caobo. Tienen bereda asta la costera y de allí me asupongo que la sacan en camión.

vigilante Niséforo Lopez”



La Crucecita era un pulular de federales, y en la puerta de las oficinas de FONATUR oyó en un corrillo que en la bahía de Santa Cruz se encontraban dos barcos de la marina montando guardia. Mientras esperaba ser recibido por el licenciado Salinas, acertó a captar, de una plática que sostenían varias personas que también estaban esperando, que los barcos de la marina se hallaban en Santa Cruz porque habían decomisado un contrabando de cocaína, en el que al parecer estaba implicado el asesinado Alfredo Lavariega. “A mí se me hace que son puras artimañas del gobierno”, dijo un moreno con inconfundible apariencia huatulqueña.

Al ver el informe, el licenciado Salinas le dijo a la secretaria que le hablara inmediatamente al jurídico.

—Me dijeron que andas agarrando iguanas para vender —le dijo a Nicéforo, que estaba parado frente al escritorio.

—Usted verá si lo cree —expresó Nicéforo, sin aparentar el coraje que le estrujaba el corazón.

—¿A poco no te has echado una tortuga o un venadito?

—No.

—El que me informó dijo que a eso te dedicabas.

—Eso era antes.

—¿Y ahora no...? —le preguntó el funcionario, luego de encender un cigarro con fruición—. Mira... Ah, aquí viene el jurídico.

Nicéforo tuvo que referir de nuevo lo que había visto del aserradero clandestino; y, por último, fue convocado a que viniera a la mañana siguiente para guiar al grupo de judiciales.

—Con su permiso, de preferencia es mejor que yo los espere en la salida de la costera a la vereda —dijo a la defensiva.

—¿Por qué? —preguntó endureciendo la expresión el licenciado que fungía de jurídico.

—Porque si me ven con los judiciales luego me friegan —dijo Nicéforo con firmeza.

—Yo también soy de su opinión —intervino el licenciado Salinas—. Tenemos que proteger a los vigilantes. Mira, tú los esperas temprano en la entrada de la vereda y nada más les enseñas cómo llegar al aserradero, ¿de acuerdo?

—Sí, licenciado —dijo Nicéforo agradecido.

—Anda, pues.

—Oiga, licenciado, nomás quisiera pedirle un favor —dijo Nicéforo titubeando.

—A ver, dime.

—¿No me podrían prestar un machete y una hacha para limpiar el palmar y los palos de tamarindo?

—Claro. Ve a Baja Mantenimiento y dile a Colorín que te haga un vale.

—Gracias.

—Que te vaya bien. Y ponte listo, no te vayan a echar mano los federales —le dijo bromeando.

Apenas franqueó la puerta, oyó Nicéforo cómo el licenciado Salinas le decía algo al jurídico que tenía que ver con los vigilantes. De las oficinas de FONATUR fue a Baja Mantenimiento a buscar las herramientas que necesitaba.

Salió con el hacha y el machete. Luego de caminar unos cien metros, vio venir un Jeep cargado de marinos. Al percibir cómo el auto disminuía la velocidad, el sudor que le escurría por la frente empezó a cristalizarse en finísimas agujas que le producían un escozor electrificante. Acortó el paso y, con el agresivo trepidar de la máquina, se le aparecieron en la periferia de la visión las ruedas del carro.

—¿A dónde vas? —preguntó un vozarrón desde lo alto.

—A chambear —dijo Nicéforo levantando la vista en forma cautelosa.

—¿Dónde trabajas?

—Para FONATUR.

—¿Traes identificación?

—No.

—¿De qué trabajas?

—De vigilante.

—Pues díles que te den papeles, porque cualquier día te vamos a levantar —dijo el sargento, al tiempo que le hacía seña de continuar al que venía manejando.

En cuanto arrancó el Jeep, Nicéforo salió del asfalto y se metió en el monte. Se sentó en una piedra y prendió un cigarrillo. Cuando terminó de fumar, cruzó la calzada y se fue a paso rápido en dirección contraria a la que antes llevaba. A cada rato miraba hacia atrás con desconfianza. Llegó a Santa Cruz y tomó el camino real para la Cruz del Monte. Ya que se hubo adentrado en la selva, sintió que todo su cuerpo se aflojaba y buscó un lugar a gusto donde bajarse los pantalones. Escarbó un hoyo con el machete y echó para afuera el desasosiego que le bullía en el estómago.

Llegó entrada la tarde al campamento. El viento soplaba con violencia, y los estallidos del oleaje espumaban toda la playa. Mientras contemplaba la furia desbordada del mar, de nuevo volvió a hacér-

sele presente la imagen de Genaro arrastrándolo hasta la playa. “Pobre Genaro, sepa la chingada donde estarás ahora”, se dijo sintiendo la herida que le habían abierto al arrancarle al mejor amigo de su infancia.

Toda la noche el mar estuvo bramando enloquecido, y Nicéforo, acosado por el desquiciante ulular del viento, soñó que el monte se incendiaba y que quedaba atrapado entre las llamas.

Al despertar con la oscurana, ocultó el rifle entre la hojarasca y se echó al camino, sintiendo aún en la boca el sabor a ceniza del incendio. Después de una hora de camino, oyó el resoplido de una bestia y salió de la vereda. Oculto tras un rastrojo vio a los dos aserradores montados en los caballos, que venían en confiado trote. Cuando llegó a la costera el sol bailoteaba sobre el pavimento. Se sentó a la sombra a fumar un cigarrillo, y como a los quince minutos de espera oyó el ruido desacelerante de un motor. Reconoció al jurídico, que le hacía señas desde la ventanilla de la camioneta, y se acercó ariscado. Con el jurídico venían adelante dos tipos que parecían frisar los cincuenta, y en la parte de atrás tres más jóvenes con armas automáticas en las manos. Al verlos bajar del vehículo, Nicéforo sintió que la saliva se le amargaba, pero ya que se le acercaron concluyó que no eran de la judicial federal, sino estatal. Al que venía manejando, un hombrón de piel manchada, Nicéforo lo había visto una vez en las oficinas de FONATUR; al otro que ladeaba el jurídico, prieto, barrigón y de mirar de mala sangre, jamás lo había visto, y por su arrogancia se notaba que traía el mando.

—¿Está lejos? —preguntó en tono golpeado, haciendo un movimiento con la barbilla brecha abajo.

—No mucho —dijo Nicéforo esquivando la mirada.

—¿Están allí esos cabrones?

—Ayer estaban —respondió de mala gana.

—Pues jálale delante, y cuidadito y nos sales con alguna babosada.

Nicéforo buscó apoyo en el jurídico, pero la mirada cínica que encontró lo decidió a emprender la marcha en silencio. Cuando llevaban caminando un buen trecho, el barrigón al que le decían los demás “mi comandante”, comenzó a rezagarse. Al preguntarle el jurídico a Nicéforo cuánto faltaba y responderle éste que otro tanto,

el comandante, apoyado contra un tronco tratando de controlar la taquicardia y el mar de sudor que lo bañaba, le dijo resoplando que más le valía que encontraran a los hijos de la tiznada que estaban aserrando madera, sino le iban a partir a él toda la madre.

Atrapado entre el temor de que lo fueran a ver guiando a los judiciales y la desazón que el mal trato del comandante le había producido, Nicéforo caminaba enfurruñado, respondiendo secamente a las preguntas que de cuando en cuando y entre explosiones encoajadas le hacían el comandante y el jurídico. Al llegar a la desviación que conducía al lugar donde estaba el aserradero clandestino, les dijo que él allí se quedaba, que caminaran derecho y que en cinco minutos los encontraban.

—Órale, de una vez, que ya me anda —rugió el comandante al tiempo que sacaba una escuadra que traía oculta en la cintura.

—El licenciado Salinas dijo que nomás les indicara el camino.

—Aquí mando yo —insistió el comandante, dándole un empujón para que caminara—. Así que más te vale que nos lleves de una vez adonde están esos cabrones.

—Si me ven con ustedes luego me chingan —alegó Nicéforo.

—No te van a ver. Además esos cabrones ya no van a poder chingar a nadie.

—Sí —dijo uno de los judiciales más jóvenes—. Van a ir a chingar a su madre.

Dejando atrás las risotadas, Nicéforo se introdujo en la espesura atento al menor ruido o movimiento. Pronto le llegó la rítmica mordedura de la sierra sobre la madera, y les hizo señas a los judiciales para que oyeran. Se acercó sigiloso al comandante y le dijo por lo bajo que él hasta allí nomás llegaba. El comandante, con la expresión brutal del mastín que sabe inminente la caída de la presa, lo hizo con gesto desdeñoso a un lado y le dijo que se quedara por allí, esperando hasta que él le hablara. Dejó pasar Nicéforo a los judiciales, y al verse solo lo primero que le cruzó por la cabeza fue regresar de inmediato al campamento. El sonido sentencioso de la sierra se le fue metiendo hasta adentro y, sin reparar en posibles consecuencias, se introdujo en la espesura arrastrado por la corriente envolvente del desenlace. Cuando estaba buscando un mirador óptimo lo golpeó el

sonido violento de un disparo, y enseguida le llegaron con claridad las voces sobajantes de los judiciales y el quejido angustioso de uno de los aserradores. Abrió con rapidez una ventana entre el ramaje y alcanzó a ver al comandante golpeando con la cache de la pistola a uno de los nativos, sostenido con fuerza por dos de los judiciales jóvenes, mientras el otro judicial pateaba al otro nativo que agarraba con desesperación su pierna derecha ensangrentada.

Tomó el camino al campamento y, ensimismado en su pesadumbre, no tuvo la menor sospecha de que dos ojos lo estaban observando desde la maleza. Ya para llegar a la playa reparó en las huellas que venían en dirección contraria. Se bajó a observarlas, y un sobresalto lo trajo de regreso a su condición de animal enmontado. Sí, no le cabía la menor duda, era el mismo dibujo del pájaro. Se fue tras las huellas, y a medida que comprobaba que lo acercaban a su campamento, empezó a sentir en la boca del estómago un agujero por donde le jalaban la existencia. En cuanto vio que bajaban de la lomita, no pudo resistir y se echó a la carrera. Vio los trastos de cocinar tirados, y las tostadas esparcidas por el suelo. Corrió hacia donde había ocultado el rifle y al encontrarlo tal y como lo había dejado entre la hojarasca, lo atrajo hacia sí en un abrazo que detuvo el transcurrir del tiempo. Ya casi estaba recompuesto cuando regresó al lugar profanado. El vacío del estómago se había llenado ahora con un fluir encorajado, que alcanzó el punto del desborde cuando al robo del hacha y del machete le sumó la atarraya y el plomo en barras que había comprado para armarla. “Ese hijo de su pinche madre va a regresar. Tarde o temprano, pero va a regresar”, se dijo acariciando con pases agradecidos y ensimismantes el cuerpo tibio del rifle.

Escondió el arma en el monte y se fue de regreso, pegado a las huellas profanantes con la desazón del pescador que jala del traslallo sabiendo por el peso que no trae nada. Un par de veces las huellas salían de la vereda al monte, para regresar de nuevo varias decenas de metros adelante. “Venadero es, el hijo de la chingada”, se dijo ante estas muestras de arisquidad que suponían una vista y un oído educados en la desconfianza. En el entronque con la vereda que conducía al aserradero clandestino, las moscas revoloteaban sobre unas manchas de sangre negruzcas. Las huellas filigranadas se

metían tras el rastro de sangre para salir después en un zigzag que hablaba de una actitud titubeante. En lo más profundo de su rencor, Nicéforo sintió un pálpito de alegría que lo retrotrajo al momento en que la impresión de la sangre y el huellaje de los judiciales habían desnortado al ratero. Al llegar a la costera desapareció el rastro. Rumando en silencio el amargor que destilaba la pérdida de la atarraya y el plomo, cruzó la carretera y tomó el camino hacia Pueblo Viejo.

Estaba anocheciendo cuando el Pulgoso se le echó encima. Bastaron dos palabras pronunciadas cansadamente para que el animal comprendiera al instante que su amo venía derrotado. Los chamacos gritaron alborozados al verlo, pero Crisálida, al sentir el desánimo de su hombre, supo que algo grave sucedía. Reprendió a los chamacos que festejaban la presencia del padre, y les dijo que fueran a echarse en el petate.

—Dame agua —dijo Nicéforo dejándose caer en la hamaca deshilachada.

Mientras la mujer iba a la olla de barro a llenar un vaso de agua, el perro se acercó con cautela y se tendió a los pies del hombre, que le colgaban de la hamaca como dos tentáculos muertos. Desde la abismación en que se encontraba, Nicéforo sacó en lenta agonía una mano y la posó sobre la huesuda cabeza del animal. Recorrió luego con la mano el afilado espinazo y dijo con voz doliente:

—El perro se está secando.

—No quiere comer. Le doy masa y luego le da vasca —dijo la mujer ofreciéndole a Nicéforo el vaso con agua—. A mí se me afigura que le echaron mal de ojo.

—Dile a los chamacos que cuando vayan a ensuciar al monte, escarben un hoyo y lo tapen bien —dijo Nicéforo luego de apurar el agua de un largo trago.

—¿Que no le asentará la suciedad de cristiano?

—No, luego se embichan.

—¿Quieres cenar de una vez?

—En todo el día no comí nada.

La mujer fue a la red de bejuco que colgaba de la solera central y extrajo de entre un atado un par de tortillas, que puso a calentar

sobre las brasas. Tomó después una taza y la llenó con café que acababa de bajar de la lumbre. Acercó una silla desvencijada a la hama-ca y, tras tender sobre el asiento un trapo viejo y manchado, puso encima las tortillas y el café.

—Me robaron —dijo Nicéforo partiendo un trozo de tortilla y mojándola en el café.

—¿Todito? —preguntó la mujer petrificada.

—Menos el rifle, que estaba entre el monte.

—¿Y sabes quién fue?

—En la costera perdí la huella.

Silenciosa, como si le hubieran arrancado la raíz de la existencia, la mujer comenzó a empequeñecerse hasta alcanzar el aspecto vacilante de una sombra. Echó un par de jícaras de maíz en la cubeta del nixtamal y la puso a hervir sobre la lumbre. Luego de que terminó el café, Nicéforo preguntó si había un poco más. Sin decir palabra tomó la taza y fue a servirle. La imagen desdibujada de la mujer hizo que Nicéforo tocara fondo y emergiera esperanzado a la superficie.

—Nos vamos a cambiar —dijo recibiendo la taza de café. Al no obtener comentario, preguntó en tono golpeado: — ¿Qué, no quieres moverte al lado del mar?

—Dicen que están correteando a los que se metieron en las playas —dijo la mujer al tiempo que vaciaba un puño de cal en la cubeta.

—Lo que dure es ganancia.

—Ya va a nacer el chamaco —expresó fríamente la mujer.

—¿Cuándo?

—Ya mero.

—Pues de una vez que nazca al lado del mar, para que se queren-cie con el pescado.

—¿Y la escuela de los chamacos? —objetó la mujer.

—Para lo que aprenden con esos chingados maestros. Que si huelgas, que si asambleas —repitió lo que siempre le decía Crisálida.

—Ya se van a ir —dijo una voz desde el petate.

—Pues con mayor razón —añadió Nicéforo.

—Estos chamacos nomás hablan por hablar —protestó la mujer.

—Sí, se van —dijo Crispín semincorporándose sobre el petate—. Ayer nos dijeron que ésta es la última semana y que se van porque no les gusta cómo les dan de comer en la ranchería.

—¿No les gusta? —elevó la voz Nicéforo—. Quisiera yo los huevitos, los frijoles y el arrozito que tragan esos hijos de la chingada.

—Lo que quieren es que le levantemos a cada uno su casa —dijo Crisálida.

—Que se las levante el gobierno, para eso...

Los ladridos del Pulgoso hicieron que Nicéforo se parara de la hamaca impulsado por la costumbre de animal hostigado. Fue hacia la parte de atrás de la cabaña y se perdió en la oscuridad, hasta que los ladridos del perro se tornaron esporádicos. Con su vista habituada a la negrura de la noche, percibió el sigiloso acercamiento de un bulto.

—Ya fregaron a Lucas —dijo Crisálida cuando estuvo a un par de pasos.

—¿Cuándo? —preguntó interesado Nicéforo.

—Hoy por la tarde subió la comadre a avisarme.

—¿Cuál comadre?

—Ranulfa, la de Quincerio.

—¿Y quién se lo echó?

—Que Nicasio fue.

—¿Ya vino de Salina Cruz?

—Dice que tiene días que lo andaba cuidando, y que cuando Lucas estaba sacando agua le cayó con todos los tiros.

—¿Pero no dicen que Lucas andaba con la judicial en Oaxaca?

—Sí, pero se dejó venir la semana pasada por la enfermedad del chamaco.

—¿Y allí mero en Xúchil lo están velando?

—No, lo llevaron herido para Oaxaca.

—Entonces, ¿no lo mató?

—Dice Ranulfa que cuando lo metieron en la camioneta ya iba medio muerto.

—Lo hubiera acabado de una vez, para quitarle lo bocón.

—Los chamacos y la mujer de Lucas correataron a Nicasio a pedradas.

—Vamos para dentro, no te vaya a agarrar un mal aire —dijo Nicéforo abarcando con un abrazo el cuerpo huesudo de su mujer.



Eran las nueve y cuarto cuando vio entrar a Rafael Colorín. Nicéforo se levantó del asiento y fue a su encuentro.

—¿Qué pasa? —le dijo el costeño ladino que fungía como jefe de vigilancia.

—Me robaron —dijo Nicéforo en tono apagado.

—¿Cómo que te robaron?

—Sí, se llevaron mis cosas, junto con el hacha y el machete.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer en la mañana, cuando fui con los judiciales.

—¿Y qué chingados hacías con los judiciales?

—Me dijeron que los llevara donde estaban aserrando madera.

—Ni modo, pide otra hacha y otro machete, que yo arreglo que te los descuenten de la quincena.

—No es justo que yo los pague —alegó Nicéforo tras un denso silencio.

—¿Y qué quieres, que los pague yo? Imagínate nomás que todos los vigilantes nos vinieran con que les robaron. ¿Cómo chingados vamos a saber si les robaron o no?

Nicéforo se quedó callado, viendo cómo su jefe acomodaba nerviosamente los papeles que estaban sobre el escritorio. La vena terrosa del comején, que subía por la blanca pared hasta las vigas de madera del techo, jaló su atención y sintió por un momento el latir vengativo de la selva.

—¿Qué estás esperando? —preguntó el jefe con arrogancia.

—No me parece...

—Pues si no te parece, presenta tu renuncia y arreglado —dijo saliendo hacia el pasillo y perdiéndose tras otra puerta.

Al ver que no había nada que hacer, Nicéforo agarró el morral y se echó a la calle. Sabía que no podía renunciar, que de ese trabajo dependía su familia, que si regresaba a la ranchería lo iban a fregar, que, como tantas otras veces, tenía que someterse para so-

brevivir. A la deriva entre las marejadas del desasosiego fue a varar en las oficinas de FONATUR. La fuerza de la marea justiciera lo empujaba hacia adentro, pero la resaca del oleaje al golpear contra el acantilado infranqueable del poder lo suspendía en un vaivén especulante...

—¿Qué pasó? —le dijo el licenciado Salinas echándole una mano al hombro—. ¿Algún nuevo informe?

—Ya llevé a los judiciales...

—Sí, anda, pásale —dijo el funcionario jalándolo hacia adentro.

La sala de espera estaba atiborrada de gente. Al preguntarle a la secretaria si había algún recado del director, varios de los que esperaban abordaron al funcionario. Desde el umbral de la puerta Nicéforo vio cómo sus esperanzas se diluían entre el hervidero de gente. Cuando iba a retirarse, la voz fuerte del licenciado urgiéndolo a pasar a su despacho lo encumbró de pronto. Se deslizó entre la maleza de miradas que se le prendían al paso, y se encontró frente a la sonrisa complacida del funcionario.

—¿Sabes quién estaba metido en lo de la madera? Pues nada menos que el comisariado de bienes comunales. ¿Cómo la ves?

Extrañado por el silencio ensimismado de Nicéforo, el funcionario cambió enseguida la expresión festiva por un deje interrogante.

—¿Pasa algo?

—Es que me robaron, licenciado.

—Ah, caray. ¿Cuándo?

—Ayer, cuando fui con los judiciales.

—¿Y qué te robaron? —inquirió el funcionario al tiempo que extraía un cigarro de la cajetilla.

—Pues el hacha y el machete que me dieron en Baja Mantenimiento.

—No hay problema. Cubre un informe y pide otros.

—Es que el señor Colorín dice que los va a descontar de mi quincena.

—No te preocupes. Yo me encargo de arreglarlo con Colorín. ¿Es todo?

—Muchas gracias, licenciado.

—Anda, pásale —dijo el funcionario acompañándolo hasta la puerta de la oficina—. Y ya sabes, cualquier problema que tengas ven conmigo.

—Sí, licenciado.

Desde la ventanilla del autobús que había tomado en la Crucecita, Nicéforo veía cómo el avance implacable del progreso hería el cuerpo milenario de la selva, dejándolo a merced de un pulular muchedúmblico que le recordaba el trajinar de las hormigas arrieras. Aquí y allá, sobre las cortaduras ya cicatrizadas, comenzaban a levantarse las costras de cemento, vidrio y hierro que pronto albergarían al hormiguero humano. Al retirar unos centímetros su frente de la ventanilla, vio reflejada una expresión de complacencia que le hizo alejar al instante el recuerdo de que allí donde se levantaban ahora las costras del progreso, apenas cinco años atrás había él lampareado en busca del venado en tiempo de aguas.

Bajó en el camino de Piedra de Moros y se fue a pie a la rancharía. Al verlo venir chiflando, Crisálida supo que su hombre había recobrado la esperanza. Almorzó festivo una sopa aguada de pasta, y acordó con su mujer que en tres días le tendría levantando un techo frente a la playa.

Con el morral de tostadas de un hombro, el machete en una mano y el hacha y la barreta del otro hombro, tomó el camino hacia Chachacual con la confianza del que nada debe. La visión explosiva de los ciruelos en plena tirazón le trajo a la mente el árbol que él había señalado para la espía, y la querencia por la cacería se impuso a su función como cuidador.

Tras recoger el rifle del escondrijo, fue derecho hacia la loma donde estaba el ciruelo, sin reparar en el tenue hilo de humo que subía del extremo de la laguna hasta perderse en el azul sin límite. Cerca del árbol el mapa dibujado por el pasadero de los venados le hizo recobrar la euforia de la espía. Percibió durante unos instantes el revolotear del viento, hasta que pudo distinguir la dirección más permanente. Escogió con la mirada un copal ramudo que señorea ritualmente el entradero y, con el rifle trabado a la espalda, se subió a colocar la hamaca deshilachada, que hasta ahora había sido el juguete por el que disputaban diariamente los chamacos. Ya ins-

talado comenzó a vencerlo la modorra y, tras breve resistencia a los primeros cabeceos, se dejó ir al fin en la corriente placentera que lo arrastraba.

No oyó las pisadas acercantes, sólo la voz humana lo arrancó con violencia del remanso de bienestar en que nadaba. De inmediato los dos hombres percibieron su emerger. Con los ojos aún vidriosos por el agua que traía del soñar, Nicéforo acertó a distinguir que eran los dos campeadores que había encontrado una vez camino a la costera.

—¿Y qué jijos de la chingada haces ahí? —profirió el que traía la escopeta.

—Aquí nomás, tentando la suerte —dijo Nicéforo alistando el rifle con sigilo.

—¡Bájate de ahí, que este palo es mío!

—¿A poco tú lo sembraste?

—Vale madre quién lo sembró. Aquí siempre mato yo venado, por eso es mío.

—Ni modo, esta vez yo llegué primero.

—¿Y no te dije que no vinieras más por aquí? —dijo el malencarado, levantando ligeramente la escopeta.

El que acompañaba al de la escopeta comenzó a golpear nerviosamente un tronco con el machete, y Nicéforo comprendió que era cuestión de que el único tiro que podía hacer, fuese en un movimiento rápido y preciso.

—El único que manda en estas tierras es el gobierno —dijo en la actitud tensa del felino que ve acercarse la presa.

—Estas tierras son de los netos huatulqueños.

El que canteaba el machete contra el tronco le dijo algo en voz baja al de la escopeta, y Nicéforo vio que era el momento que estaba esperando.

—De acuerdo —dijo el neto malencarado esbozando una sonrisa—. Al que le entre el animal de su lado, le tira.

Nicéforo no dijo nada. Sin saber qué hacer, vio cómo el que tenía el machete subía al árbol más cercano y, después de extraer dos hamacas chicas del morral que cargaba al hombro, las tendía expertamente. El de la escopeta le dio la vuelta al árbol y subió protegiéndose tras el tronco. Se sentaron en las hamacas ofreciendo el frente

a Nicéforo. Con el paso silencioso de los minutos, Nicéforo encontró el sentido de la nueva jugada y empezó a disponer el movimiento a seguir: si él disparaba primero era seguro que lo chingaban, y si dejaba que se metiera la noche también lo iban a chingar.

Estaba ocultándose el sol cuando, sin comentario alguno, se incorporó sobre una rama y, con calculada rapidez, desató la hamaca y comenzó a bajar del árbol.

—¿A dónde chingados vas? —le dijo entre molesto y extrañado el de la escopeta.

—Me estaba agarrando el sueño. Mejor me voy —dijo Nicéforo, dejándose caer con maña en dirección contraria al que tenía la escopeta. Se metió sin titubeos en el monte, mientras oía a sus espaldas una mentada de madre con toda la impotencia del venadero que se sabe venadeado. Cuando estuvo a distancia, se detuvo un instante y, justo cuando iba a gritar “¡vivan los sanmiguelños, hijos de la chingada!”, sintió que una corriente de aire le agujereaba el pensamiento. El silencio repentino trajo sobre la loma el golpeteo del mar y Nicéforo se dejó ir con el latido de las olas, hasta que no quedó residuo de la malasangre que hacía apenas unos minutos le había violentado las paredes de las venas. Libre de la pasión, se alejó confiado por el monte. “Ya estuvo que en el próximo viaje no hay vuelta”, sintió una voz profunda resonar dentro de su cabeza.

En la salida a la playa percibió un olor penetrante que lo llevó hasta los rescoldos tibios de una fogata. A unos metros pudo distinguir un montón de conchas de caracol y lengua de perro. Caminó a todo lo largo de la playa y, ya en el campamento, mordisqueó un par de tostadas frías, que acompañó con un largo trago de agua. Tendió la hamaca y se enredó entre las hilachas, no tardando en arrastrarlo el sueño.



Eran cinco individuos, que venían en una lancha a media máquina. Nicéforo dejó de echar los últimos amarres al techo y se quedó viendo cómo varaban y saltaban a la playa. El que manejaba la lancha la llevó a una veintena de metros de la orilla y la fondeó con un

grampín. Luego se vino nadando hacia la playa. Al ver que iban para el extremo de la laguna, Nicéforo siguió en la tarea que lo había ocupado los últimos dos días. Nada más le faltaba acarrear la palma para completar el techo. La cabaña no era muy grande, pero los horcones y las soleras eran de pura madera de corazón, y los morillos que iban a sostener la palma estaban derechos y trabajados a conciencia. No tenía paredes, que pensaba envarar con más tiempo y con ayuda de los chamacos. Atrapado por la premura de terminar de techar antes de que viniera su familia, agarró el machete y fue al palmar, con la mira de ir acarreando las palmas poco a poco; y si llegaban de la ranhería, pues mejor, de una vez terminaría de acarrearlas con el Prieto. Estaba apenas subiendo a la primera palmera cuando oyó unas voces que venían por la vereda. Se apresuró para perderse entre las palmas, pero el fuego que sintió quemarle el brazo y la espalda lo obligó a pegarse al tronco en un abrazo encorajado. Estuvo así un rato, hasta que el zumbido de las avispas se dispersó hacia el panal que estaba en un extremo de una de las palmas. El dolor del brazo y de la espalda se intensificaba, y Nicéforo, fijo en el lugar donde le habían dado la picotiza, sentía que junto con el ardor de los piquetes le crecía una llamarada de rencor que lo llevaba a mirar hacia el panal con ánimo vengativo. La cercanía de las voces volvió a ponerlo en movimiento, y cuando llegó al suelo vio venir al extraño grupo que formaban tres hombres y dos mujeres. Se le acercaron a una distancia prudente y lo saludaron de buen modo. Nicéforo correspondió al tiempo que comprobaba que no eran turistas sino costeños.

—¿No salió ningún cuerpo a la playa? —le preguntó el que parecía llevar la voz de mando.

—No, nada —dijo Nicéforo rascando nerviosamente la hinchazón del brazo.

—¿Te picaron las avispas?—añadió el hombre al verlas revolotear.

—Las mero zapatón. Ahí tienen el panal —dijo señalando con la barbilla hacia arriba.

—¿Y por casualidad no saldrían unas trusas, camisetas, algo?

—No, nada.

Una de las mujeres le dijo algo por lo bajo al que preguntaba, y éste asintió con el semblante grave.

—¿Vives aquí o nomás estás de campeada? —volvió a preguntar.

Nicéforo se quedó un instante atrapado en la indecisión. Echó una mirada de soslayo al grupo y vio que la segunda mujer tenía en el rostro la hinchazón del lloriqueo.

—Soy vigilante de FONATUR —dijo al cabo—. ¿Qué perdieron?

—Una lancha con cinco tripulantes —dijo el hombre—. La semana pasada, cuando se puso el mal tiempo, salieron a levantar el trasmallo y no regresaron.

Nicéforo recordó el ventarrón que había soplado la noche en que soñó con sobresaltos que todo el monte se incendiaba. Volvió a prenderse del dolor que afloraba en la mirada de la segunda mujer, y susurró emergiendo al presente:

—El mar es cabrón, nunca hay que tentarlo.

—A veces ya ve que la necesidad..., dijo la primera mujer.

—¿Y dónde mero fue?

—Para Morro Mazatlán.

—¿Hasta allá?

—Sí, y ya preguntamos en todos lados; desde Salina Cruz hasta Puerto Ángel. Y nadie nos da razón.

—No, ya no los van a encontrar.

—Al menos encontráramos algo: una trusa, una chancla...

—¿Eran parientes suyos?

El hombre asintió con la cabeza, y la mirada comenzó a ennubársele.

—Dos eran hijos suyos —dijo la mujer que aparentaba más entereza.

—El mar es cabrón —murmuró Nicéforo por lo bajo—. No hay que perderle el respeto.

—Bueno, señor, disculpe. Ahí le encargamos que si sale algo a la playa dé parte a las autoridades —dijo la mujer despidiéndose con un ademán desesperanzado.

—Pierdan cuidado, yo les aviso.

Llegó con el primer atado de palmas. Las dejó en el suelo y fue a buscar el bule para echarse un trago de agua. Al levantar la mi-

rada junto con el bule vio, a través de la ventana que había abierto desmontando el frente, las imágenes patéticas que formaban los cinco puntos negros hurgando, perdidos de dolor, entre los matorrales que crecían en el borde de la playa. Dejó el bule en el suelo y se limpió la boca con el antebrazo. Se acercó luego al extremo del terraplén y se quedó mirando el mar con el coraje y el temor del creyente que se enfrenta con un dios justiciero e implacable. “Pinche mar, ¿que no tendrás corazón?”, dijo al tiempo que partía a acarrear el segundo atado de palmas.

V

Cuando la vida de Nicasio Cruz cambió por completo en agosto de 1980, San Miguel aún era un lugar infernal. Tenía por ese entonces Nicasio la plenitud de su esperanza puesta en cinco hectáreas temporales de frijol y maíz, y en cuatro de cafetal en producción que poseía en el cerro. Alrededor de la cabaña, que estaba a tiro de piedra del río, las manchas doradas de bambúes enraizados gozosamente hablaban de una querencia agradecida y puntual. Un hato de setenta chivas, que pastoreaba su única hija por el monte, era el fondo de seguridad del que Nicasio echaba mano cuando se presentaba una emergencia. Y la emergencia llegó.

Como acostumbraba hacer cada dos semanas, había ido a visitar a sus padres a Pueblo Viejo. Ese año las lluvias vinieron pobres, y Nicasio comentó con su padre la pronta carestía del frijol y el maíz. Dilató tres días en Pueblo Viejo, y cuando subió para San Miguel sólo llevaba consigo un morralito cargado con ejotes de frijol biche y el machete debajo del sobaco. Al poco tiempo de encaminarse se le juntó el hijo mayor de Quincerio, de unos diecisiete años, que también subía a la ranchería. Después de la primera plática, caminaban en silencio cuando vieron venir en dirección contraria a Nicolás Martínez Cruz, el más atrabancado de los tres hermanos que eran primos de Nicasio. Traía en la mano un machete y venía sudando por la premura del paso. Al llegar frente a Nicasio le preguntó de dónde venía. Nicasio respondió que de estar con sus padres. Le dijo qué cargaba en el morral, y Nicasio, ariscado por el acoso y el brillo pendenciero que traía Nicolás en la mirada, dijo que eran ejotes, y se hizo a un lado, pensando que su primo estaba mal bebido. Le dijo que se iba, pero entonces Nicolás le preguntó de quién era el perro negro que venía tras ellos. Volteó Nicasio hacia atrás, y cuando el chamaco lo previno con un grito ya Nicolás le había dado en el cuello un machetazo de muerte. Quiso irsele la fuerza y dio unos pasos tambaleándose. Al sentir cómo la sangre se le

escapaba por entre los dedos de la mano con que apretaba la herida, el miedo comenzó a ganarle y alistó el machete para defenderse. Apenas vio venir el segundo machetazo con que Nicolás quería acabarlo. Apartó la cabeza a un lado y el fierro le hendió el hombro. Cayó al suelo y comenzó a gatear hacia el monte, sabiendo que la vida se le iba quedando en el reguero de sangre. Sacó el muchacho una navaja que traía en la bolsa del pantalón y, en actitud de hombría, se fue sobre Nicolás dando voces para evitar que éste persiguiera a Nicasio. Por no dejar testigo, y sabiendo que Nicasio iba cortado de muerte, Nicolás enfrentó al muchacho dispuesto a desgraciarlo a machetazos. Sintiendo en inferioridad, el muchacho echó a correr llevando tras de sí a Nicolás. La juventud del muchacho empezó a poner distancia de por medio, hasta que el ruido de una camioneta que bajaba de San Miguel hizo que Nicolás se metiera a la espesura.

Tirado en el monte y sintiendo que de esa no salía, boqueaba Nicasio para jalar fuerza y aclararse el porqué el hijo de la chingada de Nicolás lo había fregado de tan mala manera. Le pareció oír el zumbido de una máquina y detuvo por un instante el fuelleo. En cuanto se le hizo claro el ruido del motor jaló de lo más profundo el resto de su fuerza y se dejó ir hasta la brecha, saliendo una treintena de metros más abajo de donde Nicolás lo había macheteado. Se paró a duras penas en medio del camino y la camioneta no tuvo más remedio que detenerse. Los tres hombres que venían en la cabina, al verlo completamente cubierto de sangre, se quedaron quietos por miedo a comprometerse; pero al acercarse Nicasio a la cabina enseguida lo reconocieron y bajaron para ayudarlo.

Quiso Dios que el machetazo se detuviera en la base del cráneo, quedando a milímetros de la yugular. Tres días estuvo Nicasio en el centro de salud de Pochutla, vigilado por su padre y su hermano para evitar que fueran a ultimarlos. Al segundo día, cuando ya su organismo de animal montaraz estaba superando el daño, le trajeron el motivo de la agresión: que cuando estaba de visita en casa de sus padres, habían matado en el cafetal a Timoteo, el hermano menor de Nicolás, y que se había corrido la voz de que había sido Nicasio. “Ahora no le va a quedar más que acabar lo que mal empezó”, dijo desde el abismo del que estaba saliendo.

De un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura, de rostro más aindiado que costeño, y de naturaleza recia y bien templada, Nicasio había desarrollado desde chamaco, cuando le decían el Macuil, un sentido especial de arisquidad, que se acentuó a partir de la “volteada para ver al perro negro”. Por eso, el primer día que estaba trabajando de peón en una construcción en Salina Cruz, al oír que el maestro albañil le decía a sus espaldas el Patascortas dejó de inmediato de acarrear tabiques y regresó a casa de su hermana. Fue inútil que su cuñado, un media cuchara chiapaneco que empezaba a hacer las primeras chapuzas como maestro, le dijera de mil modos que no tomara en serio las burlas de la gente. Nicasio se encerró en el cuartito con techo de lámina de cartón que le había acondicionado su cuñado; y así, amontonado con su mujer y su hija, estuvo viviendo del dinero que le mandaba su padre luego de malbaratar animales y tierras. Hasta que su cuñado le ganó la confianza leyéndole todas las noches pasajes de la Biblia.

Bastó que asistiera una sola vez al galpón donde se reunían los hermanos pentecostales para que el respeto y la devoción —que imperaban en el ambiente— convencieran a Nicasio de que aquella gente era distinta de la que hasta ahora había tratado.

Entró de ayudante con su cuñado, a quien conocían en el medio con la precisa pulla de maestro Cachito, por dejarlo todo a medias, y empezó a asistir diariamente a las lecturas bíblicas de aquella gente que no fumaba, ni bebía, y que imploraba la ley de Dios para librar al mundo de todos los males. Al adoctrinado Nicasio pronto se le hizo clara la línea que separaba a los que vivían en el seno de Jehová de los “mundanos” que se revolcaban en la inmundicia y el pecado.

Con la ayuda de la comunidad pentecostal Nicasio empezó a aceptar que el mal paso en que lo había arrojado la vida era la prueba impuesta por Jehová para atraerlo a su seno. Las protestas de su mujer, que añoraba la holgada vida de antes, y la continua brecha que se estaba abriendo entre sus cuerpos, que ni siquiera a la hora de dormir alcanzaban a rozarse, no hacían más que afianzar a Nicasio en la certeza de que Jehová guiaba sus actos.

Una tarde, al regresar del trabajo para darse el acostumbrado baño antes de ir a oír la ley de Dios, se encontró con la sorpresa de su padre y de su hermano. Vio enseguida en los rostros la gravedad del caso.

¿Seguir huyendo? ¿Perdonar al que no quería ser perdonado? En su interior seguían resonando las trabajosas palabras del anciano: “Ya encontraron al mero que lo hizo. Pero Nicolás dice que ahora con más razón tiene que acabarte, para que no lo madrugues. Y por lo mismo todos los Martínez nos la tienen sentenciada a los Cruz. Así que tú verás qué rumbo agarras”.

Empezó a perder el rumbo, y con él la fe ciega en Jehová. El torrente de imágenes reprimidas en el día desbordaba por la noche, arrojándolo en una soledad autocastigante y huraña. Dejó de ir a trabajar con su cuñado porque no cesaba de aconsejarle que perdonara si quería ser perdonado. Dejó de asistir a las lecturas bíblicas porque todos sin excepción le decían que sólo el amor vencía al odio, dejándolo aún más desamparado ante su problema humano. No le dijo nada a nadie, ni siquiera a su mujer, que se quedó gruñendo cuando lo vio echar mano a la cajita donde guardaba su hija los ahorros del trabajo de sirvienta. Dijo que luego regresaba y salió.

Cuando tres días después apareció, traía la expresión serena del que ha ido al infierno a vaciar toda su maldad. Al día siguiente retomó el trabajo de peón con su cuñado, y por la noche fue recibido con inculcable júbilo en el seno de la comunidad pentecostal. A nadie le dijo lo que había hecho. Con su mujer mantuvo la convivencia distante, pero menos fría. A su cuñado, que en los ratos de resuello en el trabajo le trataba de sonsacar los pormenores del cambio repentino, le dijo con pasmosa convicción que tras mucho darle vueltas a la cabeza para entender la ley de Jehová, había al fin comprendido lo que el Hijo de Dios quiso decir con lo de que al César había que darle lo que era del César, y a Dios lo que era de Dios. El cuñado, que recordó la noche en que Nicasio había acorralado a los hermanos pentecostales al decirles si no era peor faltar a la ley del gobierno que a la ley de Dios, —porque Dios perdonaba y el gobierno no—, se lo quedó viendo con expresión cuitada, y con la cuchara que nunca dejaba de llevar consigo comenzó a rascarse compulsivamente la parte posterior del cuello. Desde ese día el maestro Cachito hizo correr la sospecha de que Nicasio era una especie de elegido, y que sabía mucho más de lo que aparentaba.

Ayudado por los hermanos pentecostales, Nicasio levantó una casita en un lote que apenas estaba pagando, y la mujer, que parecía

haber entendido al fin que la ley de Dios sólo aprobaba el acoplamiento del hombre con la mujer para tener hijos, se veía ahora más risueña y llena de vida. Sin vicios y apurando el tiempo entre el trabajo y la Biblia, Nicasio entregaba puntualmente el sueldo íntegro, del que la mujer disponía a su antojo.

La celebración de los quince años de la hija estuvo a punto de originar un pleito, pero terminó en promesa de boda. Ajeno por completo a las cuestiones domésticas, Nicasio ignoraba que la chamaca andaba amarrada con un juchiteco como diez años mayor que ella, y que, mientras Nicasio iba a las lecturas bíblicas, visitaba la casa con una familiaridad que empezaba a escandalizar al vecindario. El maestro Cachito le llamó la atención al respecto, pero Nicasio alegó que era pura envidia de la gente, y siguió sin querer saber nada. Hasta que el día de la fiesta entró de imprevisto en el cuarto donde la mamá estaba vistiendo a la muchacha y le vio la barriga abultada. Sintió Nicasio que la sangre se le agolpaba en la cabeza y le dio a la chamaca un revés que la tiró sobre la cama echando sangre por la boca. Se metió en medio la mujer y logró aplacarlo, diciéndole que esa misma tarde tenían pensado dar a conocer la fecha de la boda. Ya más calmado, preguntó Nicasio la razón por la que no se lo habían comentado antes, y la mujer, con profuso lagrimeo, le dijo que era una sorpresa que le tenían guardada.

Cuando más tarde conoció a su futuro yerno, Nicasio se dio cuenta, luego de breve plática, de que era un güevón bueno para nada. Durante todo el convivio Nicasio estuvo con expresión de ausente, en notorio contraste con su mujer, que pintarrajeada como guacamaya no dejaba de corretear festiva por todos lados. Por la noche, concluido el festejo, Nicasio se fue a dormir sin cruzar palabra con su mujer; pero ésta, aún prendida por el efecto de las tres cervezas que había bebido a escondidas, se le echó encima en cueros y, tras los primeros intentos defensivos, Nicasio optó por pedirle al Señor que bendijera al nuevo hijo que estaban engendrando.

Señalada la fecha de la boda, el novio de la muchacha, que era hijo de un borrachales y una teca que vendía camarones salados en el mercado, se pasaba en la casa de su futura mujer todo el tiempo en que no estaba Nicasio. La noticia de la boda había calmado las habladurías y Nicasio sólo quiso ver en las inusuales atenciones que

ahora tenía con él su mujer, la consecuencia de la gestación del nuevo hijo que anunciaba mejores tiempos.

Fue justo tres semanas antes de la boda, que la visita imprevista de Nicéforo le hizo ver a Nicasio el modo que había escogido el maligno para metérsele en su casa. Llegó Nicéforo a media mañana con las señas que traía del nuevo domicilio de Nicasio, y al ver la puerta entreabierta se metió con paso de venado. Creyó oír el bisbiseo entrecortado de un rezo que llegaba de la recámara, y decidió esperar en la salita a que terminaran de rezar. Dejó la bolsa en el piso, al lado de la silla, y se sentó a observar con curiosidad los detalles de la sala. “Vaya, parece que Nicasio ya enderezó su camino”, se estaba diciendo cuando le llegaron unos chilliditos de la recámara. Aguzó el oído, y empezó a formar con los extraños ruidos que le llegaban un mapa de sospechas que lo llevó hasta la puerta de la recámara. Le bastó una sola atisbada para entender la urgencia con que debía retirarse. Recogió la bolsa del piso y salió a la calle.

Pasó el resto del día recorriendo los muelles de Salina Cruz, deleitándose ante el espectáculo multitudinario de embarcaciones y gente, y estuvo a punto de enredarse, por su modo consentidor y suave, en el comercio de perdición a que lo estaban llevando dos mujerzuelas que resultaron ser hombres.

Empezaba a anochecer cuando al acercarse a casa de Nicasio lo vio salir como perro relamido. Se metieron un rato en la casa a tomar un refresco con la mujer, y luego llegó el novio de la chamaca. Nicasio se lo presentó a Nicéforo, y éste le dio la mano al tal Celestino.

Le extrañó a Nicéforo que Nicasio menospreciara en la plática a su futuro yerno de manera tan altiva e intencionada. Cuando, después de acabar el refresco, Nicasio lo jaló a la lectura evangélica, Nicéforo iba en silencio buscando la manera de desenredar la madeja que tenía entelado a Nicasio, mientras éste no cesaba de decirle que el milagro que había recompuesto su vida era obra de Jehová, y que los hermanos pentecostales eran ahora su verdadera familia. Le habló de las bondades de la Biblia con la pasión del vendedor que cree ciegamente en sus ganancias, y sólo al detenerse para entrar al galpón donde se reunían los hermanos pentecostales, reparó Nicasio en el silencio ensimismado de su compadre.

—La misma desconfianza me ganó a mí al principio —le dijo en tono indulgente—. Ya verás que luego vas a ser de otro parecer.

—Mira, Nicasio, yo sólo vine a traerte el encargo que me dieron —dijo Nicéforo, decidido a romper el nudo que le apretaba la garganta. Nicasio lo miró con los ojos de gato que ponía siempre que se sentía inseguro—. Me lo dio tu primo Esteban —prosiguió Nicéforo—. Dice que no tiene caso que los Cruz y los Martínez se sigan matando.

—¿Y lo de Nicolás? —preguntó con interés Nicasio.

—Que ahí muere. Él quiso fregarte y tú lo fregaste, ni modo.

—¿Y qué dice mi gente?

—Que como tú fuiste el más perjudicado, lo que tú decidas está bien.

—Bueno, vamos para dentro que han de haber empezado.

Conocedor de lo sensible que era Nicasio en cuestiones de habladurías, Nicéforo dudó un instante en decidirse a decirle a su compadre lo que había visto al llegar por la mañana a su casa. Vio entrar a Nicasio y lo llamó con voz indecisa. Pasaron más de diez minutos hasta que Nicasio apareció en la puerta con el semblante iluminado.

—¿Qué, no vas a entrar? —le dijo a Nicéforo, que estaba golpeando con la punta del huarache la esquina de la banqueta.

—Aquí te espero —contestó Nicéforo evasivo.

—Ven, no tengas reparo que aquí todos somos hermanos —insistió Nicasio acercándose a donde estaba Nicéforo. Éste dejó de golpear el borde de la banqueta y exhaló el aire decidido a enfrentar la respuesta impredecible del compadre.

—Mira, Nicasio. Yo no quiero que tomes a mal lo que te voy a decir, pero es por tu bien que lo sepas...

—Anda, vamos para dentro, luego platicaremos con más calma —dijo Nicasio jalándolo amistosamente.

No pudo oponerse Nicéforo y pasó a ocupar un lugar en uno de los bancos finales. Hasta allí le llegaron las palabras del siervo de Jehová profetizando los tiempos de penuria y pecado que pronto se abatirán sobre la faz de la tierra: los padres se ayuntarán con los hijos, hermanos con hermanas, el falso dios Baal volverá a presidir el culto del desenfreno y la avaricia, y a las puertas de las casas de los siervos

de Jehová arrojarán las mujeres del diablo sus hijos recién nacidos, pero las puertas no se abrirán; el hambre y las guerras llenarán la tierra de inmundicia, y los sobrevivientes se comerán entre sí como bestias salvajes; no habrá perdón ni conmiseración para los que no quisieron oír la palabra salvadora de Jehová; a las sequías calcinantes les seguirán inundaciones que pudrirán toda forma de árboles y plantas; después de los terremotos desoladores, que echarán los cerros sobre los llanos, vendrán vientos huracanados que llevarán por los aires a las bestias aullando... Con extrema precaución, como si temiera que al iracundo Jehová pudiera molestarle su huida, Nicéforo se fue moviendo hacia el extremo del banco, hasta que en un acopio de valor se levantó y salió a la calle. Miró hacia todos lados y vio que todo seguía igual. Poco a poco se le fue quitando la negrura que le angustiaba el alma, y se encaminó hacia el letrero luminoso que estaba en la esquina a tratar de endulzar con un refresco la salazón que le habían dejado en la boca tantos desastres amontonados.

Cuando Nicasio salió con su cuñado, Nicéforo estaba sentado en la banqueta platicando con un borrachito, que desde que lo había levantado en la esquina no se le había despegado. Le dio una palmadita en el hombro al pobre diablo y se fue con Nicasio. No tardó ni un minuto el borrachito en incorporárseles. Nicéforo se echó a caminar sin hacer caso, pero Nicasio y su cuñado lo correataron de mal modo. Y fue justo el aspecto inmundito del borrachito, que despedía un olor injurioso por la fermentación de sus propias evacuaciones, lo que sirvió de pretexto para que el cuñado de Nicasio retomara la letanía apocalíptica con que el siervo de Jehová había impresionado a Nicéforo. Todo el trayecto, hasta que se despidieron del cuñado de Nicasio, se la pasó en silencio Nicéforo oyendo el chorreadero de fuego y azufre sobre el mundo de perdición del que tenía que salir cuanto antes. Cuando iban a llegar a la casa, Nicasio se paró de pronto y le preguntó a Nicéforo su parecer.

—¿De qué? —le dijo Nicéforo con viveza.

—Tú bien sabes a lo que me refiero.

—Pues me parece bien —dijo Nicéforo escabullendo el bulto.

—Conmigo nunca necesitaste rodeos —dijo Nicasio enseriéndose—. Así que lo que tengas que decir, dímelo derecho.

Nicéforo miró frontalmente a su compadre y se quedó por un momento buscándole la vereda al enmontamiento que traía en la cabeza.

—No le hace que no seamos del mismo parecer —añadió Nicasio.

—Mira, Nicasio —dijo Nicéforo decidido a sacarlo todo—. Cada quien tiene su religión y su creencia, y cada quien dice que la suya es la verdadera. Yo creo que si hay un Dios es el mismo para todos, y si unos andamos en la perdición y el pecado, como ustedes dicen, no faltarán otros que recen. Así que en esto de la religión no hay ni para qué darle más vueltas. Lo que yo te quiero decir, por que tengo la obligación como padrino de pila de tu hija, es que le pongas espía a tu mujer por la mañanas.

—¿Qué dices? —preguntó arisco Nicasio.

—Lo que te digo. Tú sabrás qué juicio le das a mis palabras.

No hubo más diálogo. Nicéforo se levantó con la oscurana y se fue a tomar el camión de regreso. Nicasio, que no había podido dormir en toda la noche pensando en lo que le había dicho tan descarnadamente su compadre, decidió faltar al trabajo por una mañana para recuperar la malicia de venadero. Aunque con mayor frialdad que de costumbre, se despidió de su mujer y le dijo que regresaba en la tarde. Salió y se fue a caminar un rato sin rumbo fijo. Preguntó la hora a un taquero y le confirmó que pasaban de las diez. Aceleró el paso de regreso hasta que se detuvo a unos metros de la puerta. Se acercó despacio y vio que estaba cerrada. Sacó la llave del bolsillo y abrió con cuidado. Aguzó el oído, pero no alcanzó a distinguir ruido alguno. Sin titubeos, como el venadero que sabe que en el momento del disparo el pulso queda detenido en el tiempo, dio unos pasos hacia la recámara y le llegaron los primeros suspiros. Como a su compadre, le bastó una sola mirada. Pero a diferencia de Nicéforo, que había visto con claridad la cara del hombre, Nicasio sólo alcanzó a ver la bestia de dos espaldas que formaban los cuerpos ayuntados. Salió sigilosamente y se echó a la calle con una idea fija en su mente. Tardó casi una hora en dar con la patrulla. Cuando al fin irrumpió en la recámara con los policías, la mujer y el futuro yerno estaban abrazados desnudos en un sueño ajeno al despertar pesadillesco que les tenía reservado el destino.

Esa misma noche, cuando le explicó a su hija el porqué su madre y el que iba a ser su esposo estaban presos, la muchacha se le abrazó

con tanta zozobra que, al sentir la hinchazón de la barriguita contra sí, Nicasio no pudo evitar que el maligno, que nunca dejaba de acechar la ocasión, se le metiera en el cuerpo. La muchacha intentó resistirse, pero en cuanto se sintió penetrada se entregó como poseída a la pasión vengativa en que ardía Nicasio.

Apenas amaneciendo, Nicasio le dijo a su hija que recogiera en la maleta todas sus cosas y la llevó a la terminal de camiones. Poco antes de que la muchacha partiera hacia casa de sus abuelos paternos, Nicasio volvió a recordarle que él ya no era su padre, sino su hombre, y que no le dijera a nadie nada de lo que había pasado.



—No le entiendo —dijo el agente del ministerio público—. Quiere que mande a prisión a su esposa por adúltera y que deje libre al hombre con el que estaba cometiendo el adulterio.

—Sí, señor licenciado, eso mero es lo que le pido —dijo Nicasio.

—No puede ser. O se condenan juntos o quedan libres los dos —replicó el burócrata.

—No es mucho, pero son todos mis ahorros —dijo Nicasio poniendo sobre el escritorio un montón de billetes.

Tras rápida mirada, el agente recogió los billetes y los metió en un cajón del escritorio.

—Está bien —dijo asumiendo la actitud indulgente del funcionario corrupto—. Vamos a poner en el escrito correspondiente que la mujer obligó al joven a cohabitar con ella basándose en amenazas y extorsiones.

—¿Pongo eso en el expediente, licenciado? —preguntó la secretaria con cara de chicharra que estaba tecleando en un escritorio contiguo.

—Claro, claro, Sarita. ¿No está oyendo?

—Disculpe usted, señor licenciado —dijo Nicasio, luego de escuchar en silencio cómo el agente le dictaba a la secretaria el acta correspondiente—. ¿No podría decirme cuándo quedará libre?

—Lo menos van a ser ocho años. Pero con comportamiento ejemplar...

—No, yo digo el hombre —cortó Nicasio.

—Ése sale hoy mismo, antes del mediodía.

—Muchas gracias, señor licenciado —dijo Nicasio despidiéndose.

—Sí, pásele. Y más le vale que si estaba casado por la ley vaya tramitando el...

—Ya me descasé —dijo Nicasio desde la puerta.

—Cada día entiendo menos a esta gente, Sarita —oyó Nicasio cuando se alejaba por el pasillo.

—Es que seguramente la mujer es una bruja —dijo con suficiencia la secretaria.

Como cuando lo habían agarrado con un cigarro de marihuana, o la vez que le había robado a una gringa su cartera, Celestino salió de la cárcel convencido de que su madre había pagado para sacarlo. Caminó con paso alegre hasta el mercado y fue derecho hacia el puesto de pescado salado. No le extrañó a Celestino el ceño de perro prevenido que le puso la fornida teca; pero cuando estaba mascando un par de camarones secos que había tomado de un canasto y le preguntó su madre dónde había estado, se le atoraron los camarones y tuvo que escupirlos en medio de violentos tosidos. Las risas y los comadreos de las puesteras vecinas, y su natural inclinación a aceptar las cosas como venían sin preguntarse el cómo ni el porqué, hicieron que Celestino olvidara la estadía en la cárcel para centrarse en la manera de satisfacer la urgencia de alcohol que le producía cosquilleo en las venas. Logró bajarle a la madre el dinero para un taco y un refresco, y se fue derecho a la cantina a entrarle a los mezcales.

Le bastó un cuarto de mezcal para que su cuerpo, malpasado por dos noches de cárcel, recibiera la sobrecarga con un efecto beligerante. Pleiteó con el cantinero, que por conocerle el modo se limitó a correrlo, y salió de la cantina en un derivar tambaleante que lo llevó hasta una enramada donde brincaban varios chamacos impregnados de una suciedad de meses. Lo vieron venir y corrieron hacia adentro. Enseguida salió una costeña treintona y de no mal ver, pero descuidada, y que por lo abultado del embarazo caminaba como tortuga playa arriba. Se acercó a Celestino y, al tiempo que lo jalaba para adentro, le dijo que él ya sabía que no quería que fuera a verla de aquel modo. Empezó Celestino a manosearla y la morena de un fuerte empujón lo

arrojó sobre un catre. Todavía estuvo un rato solicitando a la mujer con los brazos abiertos en un ademán de naufragio, hasta que se fue hundiendo en el sopor sin fondo del enmezcalado.

Despertó con un sabor de boca a pescado descompuesto; el tripa-men le crujía, y al incorporarse sobre el catre le subió a la cabeza en oleadas un dolor agudo como punzadas de erizo. Se quedó viendo el candil de petróleo que ardía sobre una mesa y se dejó doblegar por la flojera. Ya había decidido continuar durmiendo cuando una crecida del dolor de cabeza lo jaló del catre. Fue hacia la esquina donde dormía la mujer con los chamacos y le dijo que le diera unas pastillas, que lo estaba chingando la cruda. Primero dejó escapar unos gruñidos, pero cuando Celestino la zangoloteó, le gritó encabronada que se fuera a la chingada, que lo tenía merecido por beber, y que podía ir a curar su cruda a otro lado. Se tapó la cabeza con la cobija desoyendo las amenazas y las mentadas. Al ver que lo único que estaba logrando con el coraje era un mayor dolor, Celestino salió como toro entabanado, hasta que el frío de la noche le fue calmando la bravura. Despabilado por la urgencia de llegar, caminó a grandes pasos atento al aparecer sigiloso de una patrulla o a la presencia sospechosa de alguna sombra. Vio a una pareja de pescadores que bajaban con sus morrales hacia el puerto y les preguntó la hora. Al oír que pasaban de las tres, lo primero que pensó fue que en una hora más su madre estaría levantada haciendo café. “Si me ve así la pinche vieja va a rezongar. Tengo que llegar antes de que se levante”, se dijo acelerando el paso. Torció por el callejón que daba a la parte de atrás de la casa, pero al adentrarse en la oscuridad le ganó el miedo y salió apresurado a dar la vuelta. Cuando al fin vio el frondoso almendro que su madre regaba ritualmente todas las mañanas antes de salir para el mercado, supo que el alivio a la cruda que lo traía maltratado estaba al alcance de la mano. Fue derecho hacia la puerta y, al tiempo que se inclinaba a meter la llave en la cerradura, le pareció oír que alguien decía su nombre. Se quedó paralizado un segundo y cuando le llegó el sonido seco de unas pisadas, volteó bruscamente sólo para ofrecerle mejor frente a la cuchillada. Soltó un grito agudo de marrano degollado que levantó el ladrido de los perros. La siguiente puñalada lo embrocó de muerte sobre el charco que empezaba a formar su propia sangre.

VI

Desde los tiempos primigenios de su rivalidad con Huatulco, San Miguel del Puerto era una hondonada exuberante rodeada por ricos cerros cafetaleros. Sólo una cosa cambiaba en San Miguel: los amantes de Rosalinda Guzmán. Lo demás: las familias, las casas, los pleitos, el número de pobladores que nacían y mataban..., todo permanecía en una inalterabilidad bíblica; y es que San Miguel del Puerto tenía sobre su abundancia el castigo cainita: había que matar para vivir.

Nadie lo vio llegar, pero todos supieron de su regreso. Acondicionó la vieja cabaña que su padre tenía para cuando subía de Pueblo Viejo a limpiar el cafetal, y se instaló en ella con su hija Petronila. Consiguió permiso con el comisariado de bienes comunales para desmontar dos hectáreas en la parte más feraz del cerro de la Virgen, y se puso de inmediato a la tarea.

El primero que acudió a verlo fue Filegonio Ramos. Cuando lo vio venir hacia el desmonte con la típica indumentaria sanmigueleña —pantalón ceñido con tiras de yacua, camisa por dentro y huarachas acapulqueños—, Nicasio afianzó el machete en actitud desconfiante. Tras el saludo, no se anduvo Filegonio con rodeos y le dijo que podía contar con él para las buenas y las malas. Se lo agradeció Nicasio, sin dejar de por medio la obligada reserva, y se pusieron a platicar sobre la situación en que se encontraba San Miguel, y las miras que traía Nicasio.

Luego lo fue a visitar a la cabaña su primo Esteban. Le dijo que qué bueno que había regresado y que entre ellos ya no tenía que haber disgusto. Nicasio asintió a todo en silencio y Esteban, al recobrar de un jalón la confianza, empezó a escarbar los pensares de Nicasio hasta que, preguntándole por la mujer, llegó a la carne viva. Cuando se regó por el pueblo el chisme de que Petronila estaba esperando un hijo de Nicasio, el destino de Esteban Martínez acabó de definirse.

Huraño y precavido, Nicasio prohibió a su hija que hablara con alguien; sólo le dio permiso para salir a la tienda y al arroyo a buscar agua. Por las noches, después del baño con que se quitaba el ardor de la fatiga, Nicasio le leía a su hija, a la luz del candil de petróleo, pasajes de la Biblia que había traído consigo de Salina Cruz.

La primera noticia que tuvo del cultivo, que iba a envenenar por completo a San Miguel, se la dio Tranquilino Flores. Conocidos desde la niñez, Nicasio siempre había sentido por Tranquilino la simpatía que identifica a los perdedores. Cuando a los diez años de edad le mataron a su padre por chismoso, Tranquilino tuvo que soportar todo tipo de humillaciones para ayudar a sostener a su madre y a sus tres hermanos menores. Trabajó luego un tiempo con Teódulo Cruz, el padre de Nicasio, hasta que se fue de peón con don Pedro Aguilar, cacique cafetalero de vieja data.

Regresaba Nicasio de la fatiga cuando vio venir por la vereda a un hombre que parecía renquear. Traía un morral en el hombro izquierdo y un machete en la mano derecha. Al ver a Nicasio, el hombre se detuvo y avivó el rostro con una sonrisa que le salió del alma. Habitado a la imagen de un muchachón alto y bien parecido, aunque medio simple de entendederas, Nicasio tardó un rato en darse cuenta de que aquel hombre encorvado y cojo, que le sonreía, era el mismo Tranquilino que él había tratado como a un hermano. Tranquilino lo abrazó sin reparo, y a la pregunta apresurada de Nicasio respondió con la resignación a que desde chico estaba acostumbrado. Había ido con Felipe Aguilar, el hijo menor de don Pedro, a la espía del venado. Como no llevaba hamaca se quedó echado detrás del pochote, mientras Felipe amarraba su hamaca arriba. A eso de la medianoche entró la partida de jabalíes y al ventear a Tranquilino, que estaba dormido, comenzaron a corretear para todos lados. Prendió la luz Felipe y le dejó ir el escopetazo al bulto que estaba al pie del palo. Las postas le dieron a Tranquilino en plena espalda, y Felipe tuvo que cargarlo hasta el rancho. Don Pedro hizo que lo llevaran de inmediato a Pochutla, y de allí, tras recibir las primeras curaciones, continuó hasta Oaxaca. De suerte nada más le había quedado la cojera y la meadera, dijo al tiempo que sacaba una bolsa de plástico que contenía un líquido amarillento, y de la que salía una manguerita que se metía entre el pantalón.

—Tú por nadita y también te pelas —le dijo a Nicasio, señalándole la cicatriz del cuello.

—Ya mero —expresó Nicasio en tono evasivo.

—¿Y qué pensamientos traes ahora?

—Voy a ver si consigo crédito para sembrar tantito café.

—Crédito sí hay, pero para otra siembra —dijo Tranquilino, golpeando con la punta del machete una raíz que estaba al lado del camino.

—Yo quiero sembrar café —insistió Nicasio.

—El café no deja, Nicasio.

—Deja lo suficiente.

—¿Y de qué vives mientras no da?

—Ya veré, trabajo no ha de faltar.

—En lo mismo te van a emplear. Todos ahorita le están entrando a la siembra que te digo. ¿No viste las camionetas que se cargan? Los puros billetes, Nicasio.

—¿Qué siembra es ésa? —preguntó Nicasio interesado.

—La mentada yerba. Tú nomás la siembras y la cosechas, y ellos te dan todo lo que necesitas.

—Esa yerba está perseguida.

—En una sola siembra levantas lo que en diez años con el cafetal.

—Luego te caen los federales.

—Metes el dinerito en el banco de Pochutla y ya tienes con qué despreocuparte por si acaso. ¿Crees que si no fuera por don Pedro tuviera yo con qué pagar las operaciones que me hicieron?

—Fue su hijo el que te fregó.

—¿Acaso te pagó a ti el finado Nicolás o alguno de los parientes tus curaciones?

—De todos modos quiero sembrar café —dijo Nicasio con intención de seguir el camino.

—Piensa lo que te digo, Nicasio. No tiene caso que te chingues mientras todos hacen billetes.

Esa noche Nicasio dejó de leer la Biblia. Petronila, que se había acostumbrado a vivir en cuerpo y alma para su padre, supo que algo grave sucedía cuando Nicasio la dejó sola en el petate y quedó meciéndose en la hamaca.

—Si no quiere al chamaco puedo tirarlo en el monte luego de que nazca —dijo tras prolongado silencio.

—No digas pendejadas —masculló Nicasio sin ganas de hablar.

Volvió a oírse el chirriar de la hamaca y Petronila sintió en el vientre unas punzadas que la obligaron a morderse el labio. Ladraron en el pueblo los perros, y pronto se hizo claro el ruido de una camioneta que subía a toda máquina por la brecha. Una ráfaga de aire apagó la llama del candil y la negrura de la noche detuvo de golpe el quejido de la hamaca. Sólo los acelerones de la camioneta resonaban ahora mandando un mensaje de poder que intensificaban los cerros.

—En cuanto me alivie voy a ir a trabajar a Salina Cruz para mandarle dinero —dijo convencida la muchacha.

—No va a hacer falta —murmuró Nicasio.

Nicéforo, que ya vivía en Pueblo Viejo, subió a limpiar su cafetal y aprovechó para platicar con Nicasio. Lo buscó en la cabaña y Petronila le dijo que estaba en el cerro. Por el padre de Nicasio sabía Nicéforo que la mujer de su compadre había muerto atropellada por un carro. Pero después de la breve plática sostenida con Petronila, malició lo que había pasado. Siguió hacia el cerro y encontró a Nicasio sacándole filo al machete bajo un granadillo. Se saludaron y Nicéforo, que sabía lo reservado que era su compadre, llevó la plática hacia el motivo del desmonte.

—¿Café vas a sembrar?

—Sí —dijo Nicasio, que había vuelto a pasar el machete sobre la piedra—. Pedí dos hectáreas, pero quiero ver si gano a sembrar este año aunque sea una.

—Ya llevas hartos desmontados —dijo Nicéforo, señalando con la barbilla hacia el desmonte.

—Algo.

—¿Y tienes los arbolitos?

—No. Quiero pedir un crédito para comprar de una vez el fertilizante y los polvos de fumar.

—Difícil va a ser que te lo den.

—¿Por qué?

—Todo el crédito lo acapara don Pedro, y ese hombre ya sabes cómo es. La última cosecha los que le hicieron la pizca y la pepena le

pidieron permiso para recoger la junta, y el cabrón viejo les dijo que al que viera en el cafetal le metía un retrocargazo, y que más valía que se perdiera el café a que lo levantara la gente.

—¿Y cómo le haces tú? —preguntó Nicasio.

—Ahí nomás sacando pal gasto.

—¿Qué, no le entraste también a la yerba ésa?

—Ah, ya te dijeron.

—Sí, Tranquilino me platicó. ¿Y tú cómo la ves?

—Esa yerba es delicada. Más vale seguir comiendo tortilla con sal.

—Yo tampoco quiero entrarle, pero estoy sin un centavo.

Siguieron platicando un buen rato y al ofrecerse Nicéforo a compartir la media tonelada de fertilizante que había conseguido con el Instituto del Café, Nicasio empezó a sincerarse. Le contó a su compadre el motivo de la salida de Salina Cruz, y al ver cómo Nicéforo aprobaba su proceder decidió de una vez pedirle el favor de que fuera a ver si su cuñado ya le había vendido la casa. Nicéforo objetó que le urgía limpiar el cafetal, pero que en cuanto terminara saldría al mandado a Salina Cruz.

Con la ayuda de su hermano, que subió un fin de semana, Nicasio terminó de amontonar la roza y le echó lumbre. Faltaba poco más de un mes para que arreciaran las lluvias, y el calor infernal de las quemazones envolvía a San Miguel en una bruma algodonosa de acre olor a chamusquina. Urgido por el crédito para la siembra, Nicasio fue a ver al representante del Instituto del Café, que lo mandó con el comisariado de bienes comunales, que a su vez lo remitió con don Pedro.

Rodeado de sus tres hijos y de su gente de confianza, estaba el viejo cacique practicando tiro bajo el inmenso mandingo que sombreaba el patio de su casona. Al oír la disparadera, Nicasio sintió que se le aflojaba el ánimo, pero al saberse visto no tuvo más remedio que allegarse a donde estaba la bola. Parado con una treintaiocho frente a una mesa llena de cajas de parque y latas de cerveza, don Pedro reconoció enseguida la pequeñez de Nicasio.

—¡Qué bueno que te dejas ver, muchacho! —le dijo tras vaciar el cargador contra la alambra donde colgaban varias latas vacías de cerveza.

—Buenas tardes, don Pedro —dijo Nicasio tímidamente.

—¿A poco ya son tardes? —interrogó el viejo, mirando hacia el globo de fuego que flotaba sobre ellos.

—Tardes son —murmuraron varias voces.

—Pues razón de más para que le convidemos una cerveza. Rufino —dijo dirigiéndose a un hombrón picado de negro—. Pásale aquí a nuestro amigo una bien fría.

—Gracias, don Pedro, pero no bebo —dijo Nicasio, viendo azorado cómo el sudor le brotaba a través de su camisa.

—Eso sí que está grave —comentó el viejo, desatando un estruendo de carcajadas entre su gente—. ¿Entonces me la vas a despreciar?

—No, don Pedro. Es que...

—Ah, eso me gusta más.

Le dieron la cerveza a Nicasio, y se hizo a un lado aprovechando que el viejo le decía a Martín, su hijo mayor, que le apostaba diez mil pesos a que fallaba la mitad de los disparos. Martín aceptó la apuesta; tomó el revólver y se fue a donde estaba antes su padre.

—¿Y qué vientos te traen ahora por este rumbo, muchacho? —preguntó don Pedro, parándose frente a Nicasio.

—Pues venía a verlo porque necesito un adelanto para la siembra.

—¿Vas a sembrar?

—Quiero hacerle la lucha a una hectárea de cafetal.

El estallido de los tiros distrajo por un instante la atención del viejo cacique, que le dio la espalda a Nicasio para ver cómo cuatro de las seis latas que pendían de la alambrada oscilaban por efecto de los impactos. El mentado Rufino se acercó a la alambrada y gritó el resultado que todos conocían. Don Pedro hizo un mohín de contrariedad, pero enseguida se dio la vuelta para enfrentar risueño a Nicasio.

—¿Otra cervecita?

—Aún tengo, gracias.

—Yo siempre fui contrario a dar créditos a los campesinos; se hacen más flojos y atenidos, y de todas maneras nunca los pagan, ¿o no es cierto? —dijo lanzándole a Nicasio una mirada de ave de garra.

—Yo se lo voy a pagar puntual —alegó Nicasio.

—¿Cuándo es puntual?

—Para cuando empiece a cosechar.

—Ahí tienes. Por lo menos dilatarás de cuatro a cinco años. ¿No sabes que el dinero produce mucho más en el banco?

—Pero es que los créditos del Instituto son para favorecer al campesino...

—Déjate de pendejadas. El campesino es como el comején, no más lo dejas y acaba con el campo.

Volvieron a sonar los disparos y don Pedro volteó hacia las latas. Esta vez nada más dos se balanceaban. El viejo hizo un comentario cáustico, y el hijo menor se excusó diciendo que a esa pistola él no le encontraba el punto. Se oyó el zumbido de un motor y todos se pusieron alerta. Con intencionada calma el viejo le dijo a Rufino que recogiera las armas y el parque y las guardara en la troje. Pronto se hizo visible la polvareda que levantaba en la brecha el vehículo. Se adelantó el grupo hacia la tranca y Nicasio aprovechó para finiquitar su asunto.

—¿Entonces no me va a dar el crédito, don Pedro?

—Déjame ver cómo nos arreglamos —dijo el viejo, mirando preocupado a la camioneta roja que se acercaba a la tranca.

Quiso insistir Nicasio, pero la salida del viejo lo dejó flotando en un vacío amargo y salobre. Cuando se decidió a caminar, el argüende se había armado en torno a la camioneta. Al acercarse vio entre la gente de don Pedro a dos tipos raros que llevaban botas puntiagudas, camisas a cuadros y pantalones de mezclilla muy ceñidos. Pero fue sobre todo la forma de los sombreros nortños lo que terminó de desconcertar a Nicasio. Se quedó a un lado buscando la ocasión, pero nadie le hizo el menor caso. El brillo intenso del rojo que no lograba ensuciar el polvo, le trajo a la mente el pensamiento de que con lo que costaba esa camioneta él arreglaría su vida para siempre. Se fue dejando ir hacia el camino y al llegar al lindero volteó sólo para comprobar que nadie había reparado en su salida.



No quiso Nicasio que nadie se enterara del nacimiento. Cuando Petronila empezó con los dolores, él mismo se encargó de preparar todo. Puso a hervir agua en una olla y afiló con esmero el puñal de ca-

cha de cuerno de venado que ya había probado la blandura de la carne humana. Amarró una reata de la solera central y ayudó a su hija a pararse sobre un petate. Jalando de la reata y pujando para expulsar a la criatura, Petronila estuvo más de dos horas sufriendo el desgarramiento de sus entrañas. Cuando al fin se derrumbó sobre el petate, Nicasio la tomó en sus brazos y comenzó a frotarle la frente y la nuca con mezcal. Por el pulso débil de la mano, Nicasio supo que todavía estaba viva. Pasaba de la medianoche y el hombre, abrumado por la presencia de la muerte, empezó a resignarse al castigo que Jehová le mandaba. De pronto algo crujió dentro de la sábana que cubría a la muchacha, y una fetidez ácida inundó la estancia. Al hurgar entre las piernas de su hija para limpiarle la inmundicia, vio Nicasio que una bola morada empezaba a salirle de la natura. La jaló con cuidado y la desprendió con el cuchillo. Le bastó una sola mirada a esa masa de carne violácea para comprender que el niño estaba muerto. Corrió a buscar una cubeta y arrojó adentro el cadáver junto con las inmundicias. Volvió a rociar la frente de su hija con mezcal, y esta vez la muchacha movió los agrietados labios para pedir agua.

Después de que lavó a Petronila con agua hervida y la acostó en el petate bien cobijada, Nicasio metió el contenido de la cubeta en una bolsa de plástico y salió a la frialdad de la noche. Sabía que don Pedro tenía camioneta y también medicinas, pero era mayor el sentimiento de vergüenza que lo que sentía por su hija. Caminó con paso ágil hacia Pueblo Viejo, y cuando llevaba un buen trecho andado salió del camino y arrojó la bolsa en el monte. Retomó la marcha y, al sentirse liberado del peso de la bolsa, se dijo que no iba a parar hasta que llegara a casa de su padre. Al principio había lamentado no traer lámpara, pero ahora la negrura que apenas le permitía distinguir el camino le infundía una sensación de seguridad que no hubiera podido tener con la luz delatora de la linterna. Una duda comenzó a ennuar su mente a medida que se iba acercando a Pueblo Viejo: ¿con quién iría, con su padre o con Nicéforo?

Empezaba a romper el alba cuando oyó ladrar a los perros de la primera cabaña. Había decidido ir con su familia, pero se acordó al final que la única persona que sabía inyectar en la ranchería era su comadre Crisálida. Se detuvo a unos metros de la cabaña y llamó a

su compadre. Al instante salió ladrando el Pulgoso, y no tardó en aparecer Nicéforo. Traía puesto solamente un pantalón y sus movimientos indicaban que todavía estaba adormilado. Al ver a Nicasio empapado en sudor supo que la visita traía gravedad.

—Malparió tu ahijada —dijo Nicasio con la respiración aún agitada.

—¿Y dónde está? —preguntó Nicéforo despabilándose de golpe.

—La dejé en la casa.

—¿Con bien?

—No, está mala.

Entró Nicéforo en la cabaña y le habló a Crisálida. Pronto el resplandor de la lámpara de petróleo empezó a filtrarse entre la pared de varas. Mientras Nicéforo iba a traer la yegua, Crisálida rebuscó en su morral hasta que encontró dos cajitas de penprocilina de ochocientas mil unidades que, junto con una jeringa usada, tenía de cuando le había salido un absceso en el ojo a su Crispín. Al tiempo que ensillaba la yegua, Nicéforo le dijo a Nicasio que subiera con Crisálida para San Miguel mientras él iba a Huatulco a buscar más medicinas. Con extremada lentitud, como si estuviera hurgando en el centro de una herida, Nicasio metió la mano en la bolsa del pantalón y extrajo unos billetes arrugados.

—Yo traigo dinero —le dijo Nicéforo cortándole el pausado ademán. Nicasio volvió a guardar los billetes y se acercó a la yegua.

—¿Tienen alcohol allá arriba? —preguntó Crisálida metiendo las cosas en una bolsita de plástico.

—No, pero tengo tantito mezcal.

—Eso sirve —expresó Nicéforo—. Órale, súbanse a la yegua. Yo les caigo allá en cuanto tenga las medicinas.

—Le calientas a tus hermanitos unas tortillas —le dijo Crisálida a Crispín antes de irse.

Un mosquerío infernal se levantó del piso cuando Crisálida y Nicasio entraron en la cabaña. El bulto que estaba en el petate no hizo el menor movimiento para ver quién había llegado. Le habló Nicasio y no obtuvo respuesta. Con la seguridad que había adquirido atendiéndose a sí misma y auxiliando en otros partos, Crisálida se fue hacia donde estaba el bulto y comenzó a destaparlo. Al ver

cómo Nicasio la observaba con expresión indecisa, la mujer le dijo que fuera a prender la lumbre y que pusiera a hervir agua.

El rostro de Petronila, lacerado por el dolor, había adquirido una tonalidad cenicienta y avejentada. Al sentir que la estaban moviendo abrió lentamente los ojos y despegó los labios como si quisiera expresar sus desvaríos. Luego de desnudarla por completo, Crisálida le separó las piernas y vio el desgarramiento. Se levantó y le preguntó a Nicasio si había arrojado todas las partes.

—No sé —dijo el hombre con azoro.

—¿Dónde echaste todo?

—Lo tiré allá, al lado del camino.

Todo un día y una noche estuvo Crisálida viendo cómo se le iba la vida a Petronila. Cuando comprobó que las inyecciones no servían de nada, optó por decirle a Nicasio que preparara todo para el velorio. En la madrugada del segundo día, en cuanto sintió la frialdad del cuerpo de su hija, Nicasio dejó de creer en Dios.

Fue durante el novenario, al acercársele Tranquilino para con dolerlo, cuando Nicasio le preguntó qué había que hacer para sembrar la yerba. Tranquilino lo jaló a un rincón y le dijo que en cuanto volvieran los compradores los iba a llevar con él.

Nicéforo partió a Salina Cruz a ver si arreglaba la venta de la casa de su compadre. Cuando regresó dos días más tarde encontró a Nicasio en el cafetal. Estaba sombreando en el lugar de costumbre, y al lado del mandingo había levantado una pequeña enramada donde tenía estirado un petate con una cobija. Sobre una lumbre improvisada en el suelo estaba una olla de barro. Se saludaron, y Nicéforo le dijo enseguida lo que había recomendado el cuñado de Nicasio: que era conveniente no moverle al asunto por un tiempo. Nicasio recibió la noticia sin inmutarse. Al cabo de un silencio denso que parecía llenarlo todo de un aliento de muerte, se oyó el graznido de un águila y los dos hombres se quedaron viendo el planear perfecto del ave, hasta que se dejó caer a pico sobre el cerro. No tardó en remontar el vuelo con un cordón agitándose entre sus garras.

—Ya chingó culebra —dijo Nicéforo, sentido por el silencio de su compadre.

—Voy a entrarle a la siembra de la yerba —masculló Nicasio.

—Tú verás —dijo Nicéforo, siguiendo en la lejanía el vuelo remontante del águila.

Reprendido por su padre y su hermano, Nicasio abandonó la cabaña y se instaló definitivamente en la enramada que había levantado en el cerro. Un mediodía, dos semanas después del novenario de su hija, vio venir hacia la enramada la figura desgarbada de Tranquilino, acompañado de dos tipos que le recordaron a los sombrerudos de la camioneta roja que había visto en casa de don Pedro. Se acercaron y enseguida Tranquilino se los presentó. De reojo vio Nicasio que uno de ellos, corpulento y de abultado abdomen, traía la mirada alumbrada; el otro, más joven y vivaz, tenía bajo el brazo un envoltorio largo, y su mirada desprendía el brillor del que está habituado a no bajar la guardia ni un solo instante.

—Duro trabajo el que ha hecho aquí, mi amigo —dijo abarcando de un vistazo el desmante.

—Algo —expresó Nicasio expectante.

Al acercarse a Nicasio, lo paró el dibujo brutal de la cicatriz.

—Se ve que iba de muerte la cortada —dijo apuntando con la barbilla. Al no obtener respuesta regresó la vista al desmante y susurró como para sí mismo—: Lástima de madera.

—Sí —masculló Nicasio.

El gordo comenzó a renegar del calor y se fue a recostar contra un horcón de la enramada. Luego de dejar junto al gordo el envoltorio que traía bajo el brazo, el que parecía ser el líder salió a pleno rayo de sol a inspeccionar el desmante. Cuando regresó un cuarto de hora más tarde se sacó el amplio sombrero y se puso a abanicar.

—Oiga, mi amigo, ¿y piensa entrarle a la siembra solo? —le preguntó a Nicasio, que estaba acucillado frente a la enramada.

—Solo.

—Demasiada tierra para tan poca gente —dijo midiendo a Nicasio con una mirada.

Al instante Nicasio sintió que la sangre le incendiaba la cabeza y se cerró al exterior.

—Yo puedo ayudarle —intervino Tranquilino con decisión.

—Aunque puedan con la siembra, no van a poder con la cosecha... Pero en todo caso nosotros podríamos traer la peonada

—dijo el hombre no dándose por enterado de la herida que había abierto en la delicada membrana de sensibilidad con que Nicasio protegía la cortedad de su estatura. Tras un rápido manipuleo en la bolsa del pantalón, Tranquilino dijo que iba a vaciar la meadera y que enseguida regresaba. El gordo, vencido por la modorra, roncaba repantigado contra el horcón.

—Bien, véngase paracá, mi amigo, que le voy a indicar cómo va la cosa.

Arisco y enfurruñado, Nicasio se levantó y se acercó con la desconfianza del perro callejero. Se sentaron en el suelo y el hombre, luego de dibujar un rectángulo frente a él, le empezó a decir a Nicasio los pasos que debía seguir para lograr una buena cosecha. De las semillas, fertilizantes e insecticidas, Nicasio no tenía que preocuparse, ellos le iban a conseguir todo. Le explicó cómo había que preparar la tierra para el almacigo, la distancia a que tenía que sembrar las plantas cuando alcanzaran el tamaño justo, la forma y la frecuencia con que había que capar los brotes, hasta que llegó al punto de la cosecha. Cuando Tranquilino regresó, el hombre le estaba preguntando a Nicasio si había entendido todos los pasos que debía seguir para lograr que el producto tuviera la calidad requerida. Nicasio se quedó en silencio tratando de encontrar en su mente el orden en que le habían dado la información. Pronto la mirada perdida de Nicasio le confirmó al comprador lo que ya había experimentado en su larga permanencia en el negocio: que ningún campesino aprendía con simples explicaciones.

—No hay cuidado, mi amigo —dijo palmeando la espalda de Nicasio—. Aquí Lino ya sabe cómo trabajar.

Asintió Tranquilino, pero Nicasio, entelarañado en los enredijos de la memoria, siguió con expresión ausente. El comprador se encaminó hacia donde estaba el gordo y lo despertó con la punta de la bota. Recogió el envoltorio largo que estaba en el suelo y comenzó a romper la capa de papel que lo protegía. Cuando apareció impecable en su fulgor un rifle, Nicasio salió de golpe de su ensimismamiento y se prendió del arma con una mirada avorazante. El comprador, que sabía la pasión que despertaba entre los campesinos ese tipo de arma, extrajo de la bolsa de la camisa

una cajita llena de tiros y, tras sacarle por la culata un tubo largo, comenzó a cargar el rifle.

—A ver si le gusta cómo dispara —dijo pasándole el rifle a Nicasio. Éste, con ademán que ponía en evidencia el choque entre el avorazamiento y la desconfianza, tomó el rifle y se quedó embelesado mirándolo. En un tono paternal e incentivador, el hombre le dijo a Nicasio que moviera el seguro para que se viera un puntito rojo, y que fijara un blanco. Tras breve búsqueda, Nicasio apuntó a la corpulencia de un ocotín que estaba al borde del desmonte, y le dejó ir un tiro. Luego, como queriendo ocultar el hormigueo que le producía la posesión del rifle, se lo pasó al comprador. Éste lo tomó y, apuntando al mismo lugar que había tirado Nicasio, vació el cargador.

—Quince tiros y garantizado de por vida —dijo regresandoselo a Nicasio.

—Yo no tengo dinero —opuso Nicasio.

—Billetes le van a sobrar, mi amigo. Agárrelo, que luego nos arreglaremos.



Dos días después de que encontraron a Esteban Martínez en su cafetal con un tiro de veintidós en la cabeza, Nicéforo subió a ver a Nicasio. A unos metros de la enramada donde vivía lo vio removiendo la tierra con una pala cuadrada.

—¿Qué haces? —le preguntó Nicéforo al acercarse.

—Aquí nomás —dijo Nicasio, apoyando las dos manos sobre el mango de la pala.

—¿Picante vas a sembrar?

—No, es el almacigo para la yerba —le soltó Nicasio sin rodeos.

Acostumbrado al hablar parco y evasivo de su compadre, Nicéforo asumió una actitud defensiva. Dejó resbalar su mirada por el desmonte hasta que dio, en un extremo de la enramada, con el montón de bultos de plástico.

—Parece que conseguiste hartó fertilizante —dijo acercándose a la enramada.

—Algo.

Eran tres filas de cinco bultos, y los dos últimos de la tercera fila tenían el color verde de los plaguicidas. Unos extraños silbidos le llegaron de adentro de la enramada, y al seguirlos con la mirada descubrió un cuerpo tendido sobre el petate. Apoyado contra la pared de varas, resaltaba la silueta del rifle. Nicasio dejó la pala clavada en la tierra y se vino hacia donde estaba Nicéforo.

—También te dieron el polvo para fumigar —comentó Nicéforo al verlo venir.

—Y también el rifle —dijo Nicasio, señalando con un ademán hacia el arma.

Movido por la manera tan directa en que Nicasio le contestaba, Nicéforo decidió ir al asunto que había motivado su visita.

—Le pusieron emboscada a Esteban —dijo mirando a los ojos a Nicasio.

—Por algo fue —masculló Nicasio, desviando la mirada hacia el bulto que estaba tendido sobre el petate.

—Le tiraron con veintidós a la cabeza.

Nicasio se metió en la enramada y dijo algo que Nicéforo no alcanzó a entender. Salió con un bule de agua y se lo pasó a Nicéforo. No tardó en salir Tranquilino con expresión adormilada. Saludó a Nicéforo y, luego de echarse un buche de agua, se fue hacia el monte caminando de manera extraña por el bulto que llevaba en la pierna derecha del pantalón.

—Yo nomás vine a decirte que te pongas listo, no falta quien te vaya a malinformar —dijo Nicéforo aprovechando que se habían quedado solos.

—No le hace que me malinformen, de todas maneras a mí me lo iban a cargar.

Se quedaron un rato en silencio, hasta que Nicéforo preguntó quedamente:

—¿Vas a entrarle con Tranquilino?

—Sí, conmigo siempre fue jalador.

—Trabaja para don Pedro.

—Te digo que no tengas pendiente, es de fiar.

Al regresar Tranquilino del monte, la plática derivó hacia la siembra de la yerba. Asumiendo una actitud de conocedor, Tranquilino

le aseguró a Nicéforo que no había problema de ninguna clase, que el comprador era de confianza, y que si se les ponía atención a las plantas en ese clima crecían a todo dar. Aprovechando el embelesamiento con que Nicéforo oía, Nicasio le dijo que le entrara con ellos para que levantaran una buena cantidad. Intentó Nicéforo zafarse con mil excusas, pero al ver cómo los dos hombres lo cercaban con una visión de billetes y comodidades, alegó dolor de tripas para ir al monte. Agarró una veredita tras la enramada y no tardó en llegarle la tufarada de la mierda seca. Estando aliviándose en cucullas, vio entorno un montón de papeles arrugados. Tomó uno para limpiarse y al extenderlo comprobó que era una hoja arrancada de la Biblia. Al salir del monte vio que Tranquilino y Nicasio estaban dándole duro a la tierra. Mientras el segundo levantaba la tierra con la pala, el primero la desmenuzaba con las manos.

—¿Y cuándo queman la tierra? —preguntó Nicéforo al acercarse.

—Hoy o mañana —dijo Nicasio.

—Bueno, ya me voy —dijo Nicéforo tras una pausa.

—¿Para dónde? —preguntó Nicasio haciendo un alto.

—Para la ranchería. Tengo que acabar de rozar antes de que llueva.

—Nadie levanta cabeza con la milpa —dijo Tranquilino, sin dejar de pulverizar los terrones.

—No, pero siquiera asegura uno la tortilla —alegó Nicéforo.

—Lo único que tenemos seguro es la muerte —masculló Tranquilino.



Acostumbrado desde chico a los rigores del campo, Nicasio era capaz de aguantar todo un día trabajando bajo los latigazos del sol, malpasarse de hambre y sed o dormir descobijado bajo la lluvia y el sereno: por algo le habían puesto el Macuil. En toda su vida de sufridor consumado, jamás había topado con un reto que lo llevara hasta el límite de su aguante; hasta que se embarcó en la siembra de la marihuana. Ya que hubieron removido a conciencia la tierra quemada para el almacigo, marcaron un rectángulo de diez metros de

largo por tres de ancho y, con ayuda de unos cordeles, trazaron líneas a todo lo largo con una separación de cinco centímetros. Tranquilino, que era el que dirigía la siembra, había convencido a Nicasio de que lo mejor era agarrar semilla intermedia, porque la tempranera, que daba producto a los tres meses, de seguro la agarraban las lluvias de septiembre y la malograban, y la tardía, de seis meses, dilataba demasiado en la tierra y se la podían chingar. Optaron por una de cuatro meses que, según Tranquilino, a don Pedro se le había dado el año pasado muy bien. Después de que regaron las líneas con semillas, fueron a cortar palmas de coquito baboso y cubrieron todo el almácigo con ellas. Atardeciendo echaron agua sobre las palmas y se turnaron en la guardia para evitar que algún animal dañero fuera a levantar las semillas. Al tercer día volvieron a regar las palmas, y así hasta que se completaron quince días.

Tranquilino escapaba de la casa de don Pedro cada que podía para ir al sembradío; y Nicasio, que sólo se separaba del almácigo para ir a bajarse los pantalones al monte, amaneció el quinceavo día poseído por el ansia del destape. En cuanto vio las filas de brotes abriéndose en busca de luz, comenzó a sacar las palmas para que el sol, que asomaba aún sin ganas tras el cerro, fuera cayendo sin premura sobre el almácigo. Pasaban de las nueve cuando la llegada de Tranquilino evitó el chamuscadero de quince días de desvelo. Con rapidez, pero sin descuidar el modo, empezó a cubrir con las palmas las plantitas, que de la intensa vitalidad del amanecer habían pasado a un amarillo de muerte. Nicasio guardó un silencio culpable y decidió no porfiarle a Tranquilino. Agarró el rifle y le dijo que iba a campear. Subió por toda la cañada y mató una iguana verde. En los cafetales vio varios almácigos cubiertos de palma, y encontró, en un ojo de agua, un dique de cemento que se desahogaba por medio de una manguera negra de dos pulgadas de grosor. Siguió la manguera loma abajo hasta que fue a dar con un espléndido sembradío de marihuana casi lista para el corte. Las voces de dos hombres que caminaban entre las plantas lo obligaron a retirarse con sigilo.

Tardeaba cuando Tranquilino lo vio venir con la iguana y tres palomas barranqueras. Se pusieron a limpiar los animales, y ya que los dejaron envarados sobre las brasas fueron a levantar el almácigo.

Aunque bastante recuperadas, las plantitas conservaban aún la impronta del castigo producido por el sol de la mañana. Fue necesario el frescor de toda la noche para que la lozanía del verde se imprimiera en las hojitas que, abiertas a la luz del amanecer, parecían haber superado el trauma de la violencia solar.

Pasados los veintiún días le dieron a las plantas la primera capa. Nicasio, que desde que habían preparado la tierra para la siembra no dejaba de reclamar el trasplante, alegó que de estar tanto tiempo en el almácigo las plantas se iban a malograr. Pero Tranquilino con la inflexibilidad del conocedor, dijo que no se podía efectuar el trasplante mientras no amacizaran las lluvias. Y cuando, casi dos semanas más tarde, las aguas se metieron con fuerza, ya las plantas, torturadas por el amontonamiento, parecían presagiar el fracaso. Trabajando hasta el extenuamiento lograron sembrar cerca de media hectárea. Nicasio abría los cajetes cada brazada y media, y en cada cajete Tranquilino insertaba diez plantitas. La falta de higiene, la deshidratación por trabajar a pleno sol y el excesivo esfuerzo, terminaron por encenderle el orín a Tranquilino, que tuvo que retirarse por un tiempo a casa de don Pedro a una cura de té de pelo de elote.

En cuanto las plantas arraigaron, Nicasio —que salvo esporádicas visitas de Tranquilino se había quedado solo al cuidado del cultivo— les arrimó tierra a la base para que echaran harta raíz, y a una cuarta de distancia les enterró un puñito de fertilizante. La regularidad de las lluvias, que se dejaban venir todas las tardes precedidas de una tronazón que cimbraba los cerros, hizo que las plantas explotaran en un brotadero que Nicasio no acababa de capar. Una noche en que el dolor de la espalda no lo dejaba dormir, le pareció oír un murmullo en el sembradío, como si las plantas estuvieran de plática entrechocando las hojas. Toda la noche siguió oyendo el arrastre del murmullo, convencido de que era el aire que jugaba con las hojas.

Cuando al amanecer se acercó adolorido y desvelado al sembradío, lo que vio lo hizo estirar como un resorte: las plantas del lado de la cabaña tenían todas las ramitas mochadas. Agarró la bomba del plaguicida y se fue fumigando toda la fila de las arrieras hasta que llegó al terregal donde tenían el nido y le vació todo el contenido. Tranquilino, desde que lo había regañado don Pedro por no estar en

el rancho para cuando se ofreciera un mandado, llegaba nada más a supervisar que Nicasio no capara antes de tiempo, o a dar instrucciones para el nuevo paso. En el par de horas que duraba la visita, Nicasio oía los sucesos del mundo exterior que le amañaba Tranquilino con la expresión apagada del que asiste a un espectáculo sin preocuparse por entender gestos y palabras: que ya mataron a Nemesio, que la Rosalinda trae por la amargura a Margarito y a Martín, que machetearon en las Muelles a Donaciano, el Tlacuache, que ya se chingaron a Margarito...

Amarrado al sembradío, Nicasio no prestaba atención a otra cosa, y tan sólo al atardecer, cuando se quedaba acucillado viendo el crecimiento de las plantas, se le metía en la cabeza la humareda de la ilusión y comenzaba a entrever los bienes que iba a comprar cuando vendiera la cosecha. Fue en una de esas visitas a las que Nicasio ya no les veía razón, cuando Tranquilino, sin decirle nada, se puso a arrancar de los cajetes plantas que tiraba al aire. Al ver cómo le desmadraban su ilusión, Nicasio se puso bravo y estuvo a punto de irsele encima con el machete. Aún después de que Tranquilino le explicó que todas las plantas que estaban echando florecillas eran machos, y que si no los arrancaban las hembras iban a malograrse de tanta semilla, Nicasio quedó resentido con el ex peón de su padre por el desmachadero con que había desastrado su sembradío. Tranquilino, que conocía desde chico el modo rencoroso de Nicasio, suspendió las visitas a partir de esta desavenencia, y Nicasio empezó a disponer a su antojo de la siembra.

Exceptuando una visita de Nicéforo, que subió a llevarle bastimento y reprenderlo por la manera en que se estaba dejando sorber el seso por la yerba, Nicasio pasó la reciedad de las aguas solo y pegado al sembradío. Se puso cuerudo como perro lombriciente, y la mirada se le abismó en un deje de locura. Cuando mediando agosto empezaron a dejarse venir los helicópteros, Tranquilino lo fue a ver para enseñarle cómo había que hacer para proteger las matas contra la rociada. Lo encontró tan desmejorado que al día siguiente regresó con un burro cargado de provisiones. Al decirle a Nicasio lo mismo que le había dicho Nicéforo, que no se entregara de cuerpo y alma a la yerba y que buscara una mujer para abundar

familia, Nicasio le dio la misma respuesta que le había dado a su compadre: que de pendejo iba a mantener a una mujer para que luego se revolcara con otro.

Conocedores de la rutina de los helicópteros, que iban fumigando de sembradío en sembradío, los yerberos habían encontrado la manera de nulificar la rociada; unos, tan pronto terminaba de rociar el helicóptero, salían del monte y lavaban las matas con agua y detergente; otros preveían desde un par de días la llegada del helicóptero al sembradío, y amarraban las ramas de las matas hacia arriba para cubrirlas luego con un capuchón que hacían con hojas de guarumbo. Esta segunda medida fue la que Tranquilino recomendó a Nicasio.

Después de las dos pasadas que le dio el helicóptero a su sembradío, Nicasio empezó a creer que ya nada más faltaba que viniera el comprador con los billetes. Tranquilino, que después de las rociadas había vuelto un par de veces para enseñarle a Nicasio la pelusilla rojiza que indicaba la última capada, subió un jueves con un aviso del comisariado de bienes comunales de San Miguel que convocaba para el próximo domingo a una junta urgente. Al ver la exuberancia de las colas, que sobrepasaban una cuarta de largo, Tranquilino se metió entre los corredores sombreados que formaban las plantas con un alborozo que terminó encendiendo de recelo la mirada de Nicasio. Después de capar aquí y allá varios retoños, Tranquilino se acercó a Nicasio y, al tiempo que limpiaba con el machete la goma que se le había pegado a los dedos, le dijo que la yerba era de primera. Nicasio siguió en silencio con el oficio del comisariado prendido de la mano, sintiendo cómo la forma en que miraba Tranquilino a las matas le producía un sinsabor que, minutos después, al verlo alejarse por la vereda, había ya alcanzado el escozor de la desconfianza.



En cuanto entró el domingo por la mañana en la oficina de bienes comunales, las sospechas que había anudado durante el largo fin de semana comenzaron a desatarse. Arisco por naturaleza y receloso por el aislamiento de los últimos meses, Nicasio quiso ver en todas las miradas con que se encontraba la suya, la prueba de la largueza de

lengua de Tranquilino. Cuando Filegonio Ramos se desprendió de la palomilla que rodeaba a los hijos de don Pedro para preguntarle cómo iba la siembra, Nicasio sintió que se le ennegrecía la visión y le estrujaban las entrañas. Al decirle: “Bien”, la sonrisa maliciosa que enrostró Filegonio acabó de sentenciar al ex peón de su padre.

Alto para ser costeño, trabado de espaldas, de pelo apajuelado y con la mirada prendida del gavilán, Flabiano Antúnez antes de ser comisario de bienes comunales había sido presidente municipal, jefe de la junta de mejoras y jefe de la oficina de recaudación de rentas, sin contar los cargos menores de síndico, secretario de la presidencia y tesorero. Su voz cascada y paternal era para los sanmiguelenses la voz de la autoridad. Por eso cuando se paraba frente a la mesa con las manos en alto, las palmas al frente y los dedos abiertos cesaba el argüende y todos se acercaban para oírlo:

—Convoqué a esta junta de emergencia porque el miércoles pasado nos llegó vía Huatulco una comunicación de la comandancia militar de Puerto Escondido anunciando la venida de un destacamento de federales, y solicitando mismamente nuestra cooperación para erradicar los sembradíos de la mentada yerba. Así, pues, quedan aprehendidos e informados, de modo que no haiga lugar a apendejamientos. El que tenga su armita que la refunda en el cerro mientras dure la inspección. Los de los sembradíos ahí verán cómo nombran una comisión de voluntarios para guiar a los federales. Quedan avisados, y por lo mismo doy por concluida la junta.

—¿Y para cuándo es la llegada? —preguntó una voz entre el montón.

—Para el próximo miércoles, si no surge contratiempo —dijo Flabiano juntándose con la palomilla.

En cuanto se inició la alegadera para nombrar a los guías, Nicasio escurrió el bulto hacia la salida. Oyó que lo llamaban a su espalda y siguió hacia la calle. Dos de los hombres de don Pedro lo alcanzaron para decirle que había sido escogido y que regresara para el acuerdo. Al entrar de nuevo en la oficina le bastó una ojeada para saber que en la forma como lo miraba Filegonio asomaba la astucia de la víbora.

El miércoles a las siete de la mañana llegó Nicasio a la oficina de bienes comunales. Al no encontrar a nadie se sentó en la plaza a es-

perar la llegada de los compañeros con los que iba a guiar a los federales. Primero llegó Lucas Carrasco, un buenoparanada que vivía del agarre y el argüende, y que siempre se ofrecía para estos menesteres. Como una hora después llegó Rufino, el capataz de don Pedro, y con él venía un peón. Enseguida Rufino asumió la dirección del grupo y les dijo a Nicasio y a Lucas que hicieran lo que él mandara, y que si por algún imprevisto tenían que separarse caminaran en círculo con los federales para regresar al mismo sitio.

Pasaba de las nueve cuando se oyó venir por la terracería el ronroneo pesado de un camión. Ya para llegar al zócalo de San Miguel se hicieron claros, junto con el estruendo del camión, los acelerones de una máquina más pequeña. Primero entró un Ford Fairmont y enseguida el camión cargado de federales. Pasaron frente a la presidencia municipal y del Ford bajaron cuatro tipos, dos con guayaberas y dos con camisetitas blancas. Rufino le dijo a su gente que no se movieran de donde estaban sentados. Sólo cuando el síndico salió de la presidencia llamándolos se dejaron ir con la orgullosa pachorra del costeño. Al saludar al capitán que comandaba el destacamento de federales, Rufino supo que con estos no habría ningún problema. Pero al enfrentar al agente judicial que reclamaba la dirección del operativo, Rufino le lanzó a los suyos una mirada de alerta.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó el jefe de los judiciales, un prieto fornido de unos cincuenta años y con un bigote erizado que resaltaba la mala sangre que traslucían las dos manchas de petróleo que tenía por mirada.

—Para donde usted diga —contestó Rufino.

—¿Dónde hay más sembradíos?

—Eso sí no sé.

—A ver, tú —le dijo a Nicasio—. ¿Dónde mero siembran la mota?

—Quién sabe —dijo Nicasio encogiéndose de hombros.

—¿A poco me van a salir con que aquí nadie siembra mota? —interrogó el judicial, cruzando sus manazas en actitud irónica. Como nadie contestó se dio la vuelta y entró a la presidencia. El capitán de los federales seguía dándole instrucciones a sus hombres, que revisaban concienzudamente sus pertrechos. Los judiciales de las playeras blancas, protegidos tras sendos lentes oscuros, rompieron de

improviso en fuertes risotadas. No tardó en reaparecer el jefe de los judiciales acompañado de Tino Mendoza, el presidente municipal de turno, que con paso seguro se fue hasta donde estaban los guías.

—¿Qué pasa, Rufino? —le dijo al capataz de don Pedro.

—No sé.

—Me dice aquí el comandante que no los quieren guiar.

—Sí los queremos guiar —masculló Rufino.

—Bueno, pues llévenlos a donde ellos les digan, ¿de acuerdo? —dijo lanzándole a Rufino una mirada penetrante.

—Para eso estamos —contestó el hombre.

—¿Qué, para dónde jalamos? —dijo el jefe de los judiciales, extrayendo del bolsillo derecho de su guayabera una cajetilla de Marlboro.

—Para el cerro —dijo Rufino.

—¿Cuál?

—El del Rayo.

—Pues andando. Oiga, capi —le dijo al jefe de los soldados—. Dígale a sus hombres que vayan bien despiertos, no sea que estos hijos de la guayaba nos la quieran jugar.

Eran pasadas de las diez cuando tomaron la vereda para los cafetales. Adelante iban los guías, detrás los judiciales y luego el destacamento de soldados. Mientras subieron protegidos por la sombra del monte alto, los judiciales más jóvenes iban sacándole plática a Lucas, que era el más ligero de lengua de los guías. Pero al salir a la peñasquera y ofrecerse enteros al fuego del sol, el jefe de los judiciales empezó a resoplar y uno de los que llevaba lentes oscuros estuvo a punto de desbarrancarse. Entre maldiciones el jefe le dijo que tirara los lentes a la chingada y que se pusieran aguzados, no se les fueran a disparar las armas en una caída. Tardaron en atravesar los peñascos casi una hora. Abotagado por el esfuerzo y tembloroso de coraje, el jefe le gritó a Rufino que se parara, que iban a platicar. Se reclinó contra una roca y extrajo un cigarrillo. Al prender el encendedor, la temblorina que traía hizo que se chamuscara el bigote.

—¡Me lleva la chingada! —rugió tirando el cigarro al suelo—. Como llegue a agarrar a un hijo de puta lo quemo en el sembradío.

—Cálmese, hombre —le dijo acercándose el capitán de los federales.

—¡Oye, negro! —le gritó a Rufino en tono agresivo—. ¿A dónde putas nos llevas?

—Donde usted diga —contestó Rufino.

—Más te vale que encontremos cargo, porque si no te voy a cortar la lengua.

El que parecía ser el inmediato al jefe de los judiciales, también vestido de guayabera y con la escuadra enfundada atrás, se acercó al comandante y le dijo en voz queda y respetuosa que no tenía caso que ellos se metieran en esa friega, que mejor se la dejaran a los federales. Explotó el jefe en maldiciones hasta que, ya más recobrado, extrajo un nuevo cigarro que prendió con toda su atención puesta en el acto. A la tercera bocanada amainaron los resoplidos.

—Oiga, capi —le dijo al federal—. Estoy pensando que mejor nos separamos para abarcar más campo. Ustedes se van con dos de estos cabrones y nosotros nos llevamos a los otros dos.

—De acuerdo —dijo el capitán—. Nos vemos luego allá abajo.

—Tú y el marcado se vienen con nosotros —dijo el jefe de los judiciales señalando con el cigarrillo a Rufino y a Nicasio.

—Bien, yo me llevo a los otros dos —añadió el capitán.

—¿Para dónde va a ir, capi?

—Para los cafetales. Es probable que tengan la marihuana sembrada entre las plantas de café.

—Bueno, pues nosotros vamos a meternos en aquella mancha verde —dijo el judicial, señalando un bajo de vegetación exuberante.

Primero partieron los federales con Lucas y el peón que había venido con Rufino por guías. Como un cuarto de hora después se levantó el jefe de los judiciales y les dijo a Rufino y a Nicasio que jalaran por delante.

—¿Para dónde? —preguntó Rufino, sin cambiar para nada su expresión seca y distante.

—No te hagas el pendejo, cabrón. Bien sabes tú para dónde vamos.

—Yo no sé nada.

—¿No? —dijo el judicial enfrentándolo—. ¿Ves aquellos manchones de mota? Pues para allá vamos. Órale, camina —le urgió empujándolo.

Al bajar por donde el jefe había señalado, la mano de tigre y el chichicasli no tardaron en castigar con su impronta de fuego el caminar atrabancado de los judiciales. Los brazos de los que llevaban playeras empezaron a mostrar las escoceduras de los rozones dados a las plantas de mano de tigre regadas por todos lados. Al ver cómo los de las playeras se rascaban los brazos con saña, el jefe soltó una carcajada estruendosa. Pero en cuanto un bejuco de chichicasli se le prendió en el tobillo marcándole la quemadura, las maldiciones resonaron por toda la cañada. Con la experiencia de años de campeadas, Rufino y Nicasio se movían en silencio entre el infierno vegetal. Cada vez que un judicial rompía en maldiciones, los dos guías volteaban hacia atrás y luego se miraban sin dejar traslucir más expresión que el brillo de malicia que chisporroteaba en sus ojos. En cuanto llegaron al bajo que desde el cerro había señalado el judicial, el enmarañamiento de las uñas de gato sobre las bejuqueras y las plantas de mala mujer, que extendían sus tentáculos peludos en los pocos espacios abiertos, terminaron por sacar de quicio al jefe de los judiciales.

—Óyeme, hijo de la chingada, ¿a dónde crees que nos vas a meter? —gritó encarando al guía principal.

—Donde usted me dijo —contestó Rufino sin inmutarse.

—Yo te dije que nos llevaras a los sembradíos, negro cabrón —dijo agarrándolo por la camisa.

—Usted dijo que lo trajera a este bajial.

—Vamos a darle una calentada para que se le quite lo respondón —dijo uno de los judiciales jóvenes.

—¿Hacia dónde queda el camino? —le preguntó el jefe sacudiéndolo con fuerza.

—No sé.

—Conque no sabes, ¿eh? —dijo al tiempo que lo soltaba. Luego encaró a Nicasio—. A ver, tú. ¿Para dónde queda el camino?

Nicasio miró de soslayo a Rufino, que esquivó la vista hacia el suelo. Luego empezó a mirar alrededor, hasta que el vozarrón del judicial diciéndole: “¿Quieres que te suba para ver mejor?”, lo hizo volver al grupo.

—Parallá —dijo señalando con la barbilla el lecho arenoso plagado de mala mujer.

—¡Sáquenle la ropa a ese negro hijo de la tiznada! —le gritó el jefe a los de las playeras.

Agarraron a Rufino con violencia y lo comenzaron a desvestir. Quiso alegar algo todavía con su altivez de costeño bragado, pero el golpazo que le dieron en la boca del estómago lo dobló como bejuco tierno. Al ver el modo bronco con que trataban a Rufino, Nicasio se fue apartando con la mirada atenta al jefe de los judiciales, que sacaba la escuadra de la cintura y cortaba cartucho.

—¡Tírenlo sobre esas plantas del diablo! —rugió cuando terminaron de desvestir a Rufino.

Con el miedo rompiendo la expresión impasible y fría que hasta ahora había enrostrado, Rufino comenzó a debatir con fuerza contra los judiciales. En cuanto el otro judicial de guayabera, que hasta ahora había estado mirando, intervino para arrojar al aguerrido negro sobre las matas de mala mujer, Nicasio saltó hacia la bejuquera que tenía medida con la vista y desapareció como animal aperreado. Había recorrido entre la maraña una veintena de metros cuando los tronidos de los disparos lo obligaron a tirarse al suelo. Contó tres y luego le llegaron los gritos de Rufino. Volvió a levantarse y jaló para el cerro. No tardó en llegarle el estruendo de otro disparo. Después se hizo un silencio tenso, expectante, como si la naturaleza hubiera perdido de pronto el resuello. Nicasio miró entre el ramaje y vio que el sol andaba ya caído para un lado. Aquí y allá volvieron a chillar los pájaros, y Nicasio pensó que de no pelarse estaría ahora con Rufino revolcado entre la mala mujer.

Al no oír más disparos rebotando por la cañada, el capitán les dijo al subteniente, al sargento y al cabo —que estudiaban con él un mapa de la zona— que se iban a abrir hacia la punta del cerro para abarcar los sembradíos que el equipo de inspección aérea había señalado en el área. Al separarse los federales, Lucas, que con su labia había ido jalando la atención del capitán, lo llamó a un lado y le dijo que los sembradíos que había entre los cafetales ni ameritaban la subida, que los meros plantíos estaban en otro lado.

—¿Dónde? —le preguntó el capitán con mirada atenta.

—A un día de camino.

—¿En qué rumbo?

—Para los cerros de San Felipe de Jesús y la Merced.
 —¿Ya sabes lo que te espera si mientes?
 —Soy pobre pero no pendejo, capitán.
 —De acuerdo. Luego de que le demos una pasada a estos sembradíos platicamos sobre eso —dijo el oficial iniciando la marcha.
 —Oiga, capitán —lo siguió Lucas.
 —¿Qué pasa?
 —Es que parallá donde le digo no nomás siembran la yerba.
 —¿No?
 —No, también le entran duro a la mentada amapola.
 —Ah, vaya. Eso sí que está interesante.
 —Nomás que quería pedirle un favor.
 —¿Qué es?
 —Que me recomiende con los judiciales.
 —¿Con qué motivo? —preguntó el oficial intrigado.
 —Es que quiero trabajar con ellos.
 —Ummm, ya veremos si son buenos los datos que me diste. Vámonos, que nos estamos quedando atrás.

Como un cuarto de hora después cuando el capitán alcanzó al sargento, le dijo que en cuanto destruyeran varios sembradíos reuniera a todos los hombres para bajar a marcha rápida, y que no le quitara el ojo de encima al guía parlanchín y ofrecido.

Estaba por meterse el sol cuando Nicasio se acercó desconfiado a su cabaña. Lo primero que vio fue un profuso huellaje de huaraches. Sin esperar más confirmación se echó al monte con la duda latiéndole en las sienes. Pero no, allí estaba el rifle entre la hojarasca. Lo agarró y regresó a la cabaña. Bajo el mandingo vio un par de colitas recién cortadas. El interior de la cabaña estaba revuelto y algunas prendas de ropa regadas por el piso. Junto leña y prendió la lumbre. Mientras hervía agua para el café, los sucesos del día comenzaron a brincarle en la mente con la anarquía de la plaga de chapulines que uno levanta al paso: ¿Y si venían a buscarlo los judiciales? ¿Y si subían al día siguiente los federales para este lado del cerro? ¿Y de quiénes serían las huellas que había en la cabaña? La búsqueda de una respuesta terminó echándolo a dormir en pleno cerro.



Dos días después, espiando desde la maleza el sembradío, vio venir la imagen desgarbada de Tranquilino. Lo estuvo observando un buen rato y cuando se convenció de que venía solo, salió del escondrijo y se le apareció con el rifle alistado.

—Ya se fueron —fue lo primero que dijo Tranquilino.

—¿Cuándo?

—Ayer temprano.

—¿Agarraron a alguno?

—Los federales le cayeron al sembradío de tío Chano González y su yerno, al que le dicen el Desguanzado.

—¿Y los judiciales?

—Llegaron todos jodidos, diciendo que tú y Rufino los metieron donde estaba la emboscada.

—¿Y Rufino?

—Dizque los emboscados lo chingaron en plena balacera. Ayer por la tarde fueron al bajial a buscarlo, pero ya estaba comido por los zopilotes.

—¿Y qué dice don Pedro?

—Que son chingaderas de esos hijos de mala madre.

Ya que pasaron a sentarse bajo el mandingo, Nicasio le refirió todo lo que había sucedido cuando guiaban a los judiciales, y cómo al salir huyendo entre la bejuquera le habían disparado tres tiros, y que poco después había sonado otro disparo. Al ver cómo Tranquilino se ponía de su parte al enterarse de los hechos, diciéndole que no se preocupara, que él iba a hacer correr la verdad, Nicasio comenzó a aflojarse.

—¿Para cuándo vienen los compradores? —le preguntó a Tranquilino aprovechando el momento.

—Ya mero.

—¿No se les puede mandar aviso para que se adelanten?

—No tiene caso —dijo Tranquilino por lo bajo—. De todas maneras aún dilata un par de semanas antes de que podamos picar.

—¿Y si a la de malas y regresa la judicial?

—Van a dilatar. Parece que agarraron para los sembradíos de amapola de la Merced.

Sólo entonces, al seguir los titubeos de una hormiga que cruzó frente a sus pies, reparó Nicasio en que la huella del huarache de Tranquilino era igual que la de uno de los dos hombres que habían estado en su sembradío el día de la caminata con los judiciales. Pensando en que tal vez habría muchos que tuvieran ese tipo de huarache, Nicasio se quedó absorto con la vista fija en los pies del ex peón de su padre.

—¿Qué ves? —le preguntó Tranquilino con un deje de preocupación.

—Se ven buenos los huaraches.

—Sí, son michoacanos.

Primero le entraron por la parte de abajo, que era la más alejada de la cabaña. Cuando paró de contar se quedó un largo rato tratando de convertir en pesos las veinticinco matas que habían arrancado. El coraje le enturbió la mente y recordó las palabras que le dijera Quincerio dos días antes, al subir con un comprador de confianza: “Éntrale, Nicasio, yo sé lo que te digo. El precio que te ofrece es justo; más vale que te quites de desvelos y agarres de una vez los billetes”.

La claridad del primer sol se filtraba entre las matas encendiendo las exuberantes colas de un rojor incitante. Se inclinó sobre las huellas y las reconoció a la primera mirada. Las siguió hasta que se perdieron por la cañada y regresó a la cabaña. Esa misma mañana, sin esperar la aprobación de Tranquilino, comenzó a picar. Tendió los cordeles bajo el mandingo, y allí fue insertando las extraordinarias colas.

Pasaba del mediodía cuando Tranquilino llegó con algunas provisiones y la nueva de que los compradores llegaban en el transcurso de la semana. Mientras lo oía, Nicasio reojó con sorpresa las botas que traía puestas Tranquilino. De repente, sin poder dominar el impulso, le contó lo del robo de las matas. Sus ojillos de culebra se clavaron en la expresión de Tranquilino en busca de algún indicio de culpabilidad.

—¿Y cuántas se chingaron? —preguntó impasible Tranquilino.

—Veinticinco.

—Hay que ponerle espía toda la noche.

Luego del almuerzo se echaron bajo el mandingo a dormir. De nuevo Nicasio volvió a recordar la negativa que le había dado al comprador traído por Quincerio, y comenzó a tejer la desconfianza que sentía hacia Tranquilino en una telaraña de sospechas que terminó agobiándolo. Cuando ya anocheciendo Tranquilino dijo que iba a hacer la primera guardia, Nicasio asintió confiadamente; pero al tener que entregarle el rifle sintió que se le trababa la respiración. Al salir Tranquilino con el arma hacia la parte de abajo del sembradío, Nicasio se quedó desamparado bajo el mandingo. Por fin, tras renegar de su pendejez y del atolladero en que se había metido, fue a la cabaña, agarró el cuchillo y se echó al monte.

El canto tenebroso del tecolote, que otras veces apenas movía su ánimo, le llegaba ahora con un mensaje de muerte que le encogía el corazón. Sumido en el negror del desasosiego pasó las primeras horas en un palpito desquiciante, hasta que al fin el penduleo de la cabeza lo fue arrojando en la levedad del sueño. Primero creyó que el bisbiseo estaba dentro de él, que era parte del paisaje del mar de sangre que angustiaba su soñar; después, al oír la crecida de las voces, comenzó a debatir para librarse de la corriente que lo arrastraba. Un agudo lamento lo arrancó del sueño dejándolo desamparado frente a la oscuridad densa y empequeñecedora. El olor de las matas recién cortadas le llegó con la violencia de una cubeta de agua fría. Se paró y, con el cuchillo empuñado, se dirigió hacia el sembradío. Ningún ruido alarmante le llegaba, tan sólo el monótono chirriar de los insectos se sobreponía a la suavidad de sus pisadas. De pronto el olor a yerba cortada se intensificó obligándolo a detenerse. Nada. Temeroso de que Tranquilino fuera a confundirlo con un ladrón, decidió entonces ensayar los chiflidos del chotacabras con los que solían comunicarse en sus correrías nocturnas cuando eran chamacos. Nada. Después del tercer intento siguió acercándose. Con la vista habituada a la oscuridad acertó a distinguir entre el trocerío de matas un enorme bulto tirado en el suelo. Se acercó, tocó y comprobó que eran matas de marihuana recién cortadas. Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y comenzó a sudar el miedo que se le metía por los huesos. Se tiró al suelo y con la mano que tenía libre comenzó a arañar la tierra. Pronto el ardor ácido del coraje disipó el temor y,

con la mano derecha crispada en el cuchillo, se fue arrastrando entre los tallos mochados de las plantas. Al ver el bulto frente a él pensó con dolor que era otro montón de matas, pero en cuanto lo tuvo al alcance de la mano supo, antes de tocarlo, que era un cuerpo sin vida. Tirado de cara a la tierra, Tranquilino tenía el tajo del machetazo en pleno cuello.

Ya que jaló el cadáver hacia la cabaña, Nicasio estuvo un buen rato dándole vueltas al enredo en que se había metido. Al principio todo su dolor había emanado de la pérdida del rifle, pero ahora, más frío y despejado, pensaba en la manera de desprenderse del cargo que representaba el cadáver del ex peón de su padre.

Cuando entró en la cueva con el cadáver a la espalda y la linterna en la mano, el revoloteo de los murciélagos lo obligó a detenerse. Dejó caer el cuerpo y, luego de controlar el jadeo de la subida, lanzó el haz de luz hacia la negrura de la cueva. Dio unos pasos y distinguió en el suelo trozos de la osamenta de un venado. Siguió adentrándose, pero el hedor que emanaba de la cueva lo detuvo a los pocos pasos: tal vez fuera cierto el argüende de que allí vivía el león. Regresó a donde estaba el cuerpo y lo arrastró unos metros. Lanzó una última inspección con la lámpara y salió a la frialdad de la madrugada.

Sólo se detuvo en la cabaña el tiempo necesario para cambiarse de ropa. A paso rápido, para que no lo sorprendiera de regreso el sol alto, se encaminó hacia Pueblo Viejo con una idea fija en la cabeza: conseguir la escopeta de Quincerio para partírla la madre a los hijos de la chingada que le estaban robando la yerba.

Despertó a Quincerio y le platicó lo sucedido. Medio huraño y a desganar el hombre le prestó la escopeta, pero no sin regañarlo por no haberle hecho caso con la venta y decirle que se pusiera listo pues esos cabrones, por la confianza con que le llegaron a Tranquilino, se ve que conocían las movidas. De salida, Nicasio le dijo a Quincerio que si le tocaba la de malas fuera luego a levantar la cosecha para siquiera reponer la escopeta.

Estaba en la subida de la loma cuando mediaba la mañana. Llegó a la cabaña y luego de echarse un trago de agua se fue a dormir al monte, sin desprenderse de la escopeta.

Serían las dos de la tarde cuando prendió la lumbre para calentar café. Doró unas tostadas y mientras las mascaba se quedó oyendo el zumbido de un motor. Pronto el retumbar de la máquina contra el cerro le confirmó la llegada de los helicópteros. Eran dos y pasaron altos entre las nubes. “Tan pronto acaben con los sembradíos de San Felipe van a venir a chingarnos”, se dijo siguiendo con la vista el alejamiento de los aparatos. Se levantó y fue a darle unas pasadas al machete sobre la piedra de afilar.

El resto de la tarde hasta el anochecer estuvo cortando las matas y tendiéndolas en cordeles a la sombra del mandingo. Cuando oscureció, raspó con el machete la goma que se le había pegado en los dedos y fue a la cañada a darse un baño. De regreso sintió que el hambre le roía las tripas y aceleró el paso para abrir la última lata de sardinas entomatadas. No prendió lumbre. Abrió la lata con la punta del machete y, con un par de tostadas frías, se las echó en un instante. Enjuagó la boca con un buche de agua y fue con la escopeta a cuidar el sembradío.

No oyó nada durante las primeras horas. Todavía sin reponerse de la friega de la noche anterior, el cuerpo comenzó a vencérsele, y con el frío de la madrugada decidió entrar en la cabaña. Al acercarse prendió la linterna y vio todo en orden. Dejó la escopeta apoyada contra la pared y salió a enjuagarse la boca. Levantó la vista al cielo y respiró profundamente: “En cuanto venga el comprador con los billetes regreso a Salina Cruz”, dijo relajándose. Pasó la mirada bajo la oscuridad del mandingo y creyó percibir algo raro, pero no pudo precisar qué era. Fue a la cabaña y agarró la escopeta y la linterna. En cuanto pasó la luz sobre los cordeles sintió que se le hacía un nudo en la garganta: se habían llevado todo el tendido ya casi seco que había cortado el primer día. Alumbró el suelo y allí estaba la huella del huarache michoacano. ¡Era un solo individuo! No le cabía la menor duda: el ladrón era de la gente de don Pedro. “Ah, pinche Tranquilino, siempre fuiste retempeje”, masculló sintiendo cómo la boca se le llenaba de un sabor pastoso y avinagrado. No quiso esperar al amanecer, le prendió la luz a la huella y fue tras ella hasta que encontró la juntura de las veredas que el ladrón usaba para ir al sembradío o subir a la cabaña. Con la convicción del caza-

dor que tiene el venado asegurado, Nicasio regresó a la cabaña y durmió de un tirón hasta que un rayo de sol le blanqueó la cara. Se levantó y, después de preparar el frugal desayuno, se metió con más ganas que nunca a destroncar las matas.

Hacía poco más de una hora que había anochecido. La luna terna iluminaba tenuemente el entorno cuando Nicasio oyó el sonido inconfundible de las pisadas. Amartilló la escopeta y apuntó a la mera encrucijada. Una lucecita apenas perceptible venía zigzagueando vereda arriba. Ya más cerca el bulto del hombre se hizo notorio. Al llegar a unos pasos de la encrucijada descolgó el rifle del hombro y apagó la lámpara. Luego pareció titubear un instante frente a las dos veredas, hasta que alargó el paso hacia el sembradío. Una fracción de segundo antes de que el pie del hombre se posara el estallido del escopetazo retumbó en los cerros.

VII

Fue un día en que estaba encharcado en mezcal, cuando Nemesio García escupió la frase que luego correría de boca en boca: “San Miguel del Puerto sólo alcanzará paz cuando cambie de patrono”. Era fama que los sanmiguelenses no tenían par en el manejo del machete, y más de un presidente municipal había querido sustituir en la imagen del patrono la espada flamígera por el viril machete.

De un metro setenta de alto, cuerpo vigoroso y de mirar enturbiado, Nemesio tenía una borrachera que no respetaba sexo ni edades; prendido por la violencia de los mezcales lo mismo le dejaba ir un piquete a una mujer que a un anciano. Práctico forense en sus ratos de cordura, manejaba el cuchillo con la destreza y peligrosidad con que un puma su garra. Matancero desde chamaco, aceptó hacerse escudriñador de cadáveres la vez que el médico que subió de Huatulco solicitó un ayudante para abrir a un macheteado. Al ver el modo preciso y entusiasta con que Nemesio manejaba el cuerpo ya pasado, el médico no dudó en nombrarlo su ayudante, y andando el tiempo lo autorizó para practicar autopsias en su ausencia. Dada la distancia de Huatulco a San Miguel, lo incómodo del camino y la frecuencia de las muertes violentas, el médico se desentendió del asunto y dejó que Nemesio manipulara los cadáveres con la seguridad con que antes destazaba reses y marranos. Con un propio le mandaba en un papelito la causa de la muerte, que el médico certificaba sin cuestionarla.

Encontrar a Nemesio en sus cabales después de las doce del día rayaba con lo imposible. Y ya que estaba bebido, sólo a un fuereño, que desconocía la rapidez con que echaba mano al cuchillo que siempre llevaba trabado en la cintura, se le podía ocurrir ponerse al brinco. Bastaba una risita intencionada o un comentario entre dientes para que Nemesio se fuera acercando con la parsimonia del borracho al tipo, hasta que, sabiéndolo al alcance, le dejaba ir con una rapidez

endemoniada los piquetes necesarios para acabarlo. Pero no era el cuchillo de Nemesio lo que detenía la voluntad de venganza de los deudos de sus víctimas, sino el modo violento y sin razones de sus hijos Eulogio y Margarito. Con su escopeta dieciséis recortada y metida por dentro del pantalón, Margarito era el gallo en turno de San Miguel, y todos estaban pendientes del final de la disputa que por la Rosalinda tenía con Martín, el hijo mayor de don Pedro.

Contrario a la siembra de la marihuana y la amapola, Nemesio no dejaba pasar la ocasión para ningunear a “Esa bola de enyerbados muertos de hambre”, como les decía a los que secundaban el ejemplo de don Pedro; y aunque se ufanaba de que sus más de quinientas cabezas de ganado y sus dos fincas cafetaleras las había logrado con su esfuerzo, todos sabían que “su esfuerzo” estaba enraizado en la olla de barro llena de monedas de plata que le había robado a su tío Ciriaco después de matarlo a cuchilladas.

Todo San Miguel esperaba el momento en que por un desplante o una movida airada de la Rosalinda, los hijos de Nemesio y don Pedro le agitaran la espada al santo. Pero no fue Rosalinda la que destapó el infierno, sino Delfina, la hermana de Nemesio.

Viudo desde el nacimiento de su segundo hijo, Nemesio había dependido de su madre en cuestiones domésticas, y de toda cuanta mujer le hacía el juego para los desaforos pasionales. Pero al morir la anciana, Nemesio le pidió a su hermana Delfina que le mandara a su hija Simplicia, una muchachona de diecinueve años que, por su desabridez, parecía quedada. Todo marchó bien hasta que un día en que fue a visitarla, Delfina vio a Simplicia preñada. Encendida por el coraje, la mujer le fue a poner el grito a su hermano, a quien encontró enmezcalado en la cantina; y sólo la intervención de su esposo, un vallisto enjuto y comedido, que se interpuso diciéndole que no había maldad alguna en que un tío durmiera con su sobrina, evitó que Nemesio le diera de cuchilladas a su hermana. Pero la mujer, persignada y comadrera, fue con el cura de Huatulco para pedirle consejo. Y ya no regresó. Al mediodía siguiente la encontraron arriba de Pueblo Viejo tirada en un huamil cercano al camino. Tenía más de diez cuchilladas y ya le estaban cayendo los zopilotes. Cuando fueron a buscar a Nemesio a la cantina para que abriera el

cadáver de su hermana, escupió el trago de mezcal que estaba tomando y dijo que a esa hija de la chingada él no le metía mano. Ni la orden del presidente municipal, ni los ruegos del cuñado lograron mover a Nemesio de la cantina.

Simón, el único hijo varón de la finada, fue a Huatulco a buscar al forense, y tras breve espera lo encontró regresando de levantar un cuerpo en Copalita. Al oír que Nemesio se negaba a abrir el cuerpo de su hermana, el forense le dijo a Simón que le sacaran las tripas al cadáver y que lo rellenaran de hielo, que él iría a examinarlo al día siguiente, muy temprano.

Después de insistir y ofrecerle sin resultado dinero al médico para que subiera de inmediato, Simón fue a comprar hielo y regresó a San Miguel. Él mismo le abrió el abdomen a su madre y vomitó la única comida que había hecho desde temprano. Por la noche, al fundirse el hielo, un hilillo de sustancia amarillenta comenzó a escurrir de las entrañas de la muerta, inundando de un olor infamante la cabaña donde la estaban velando.

—Hay que vaciarle el hielo y echarle sal—, dijo tía Brígida, que había subido desde Pueblo Viejo al velorio.

—Mejor la enterramos de una vez—, sentenció Pancracia, la hija mayor de la finada. Y allá va Simón de vuelta a Huatulco a buscar al cura. Lo encontró dormido y, luego de despertarlo, se negó de mal modo alegando que no se podía hacer el entierro mientras no extendiera el certificado el médico forense. Insistió Simón en la pestilencia insoportable que despedía el cuerpo.

—Pues llénelo de talco—, concluyó el cura.

De regreso con los tres botes de talco en el morral, una idea resonaba en la mente de Simón empujándolo camino arriba con la fuerza y la constancia del pistón de una máquina: vengar la muerte de su madre. Dos días después del entierro, Simón le puso espía a su tío. Pasaban de las cuatro cuando lo vio salir de la cantina. Venía prendido por el mezcal y, por los gestos de cara y manos, parecía mascullar frases agresivas. Aunque era notorio su andar atropellado, conservaba la porfiada derecho del bebedor que nunca baja la guardia. Al comprobar que el tío enrumbaba hacia la casa, Simón tomó un atajo y lo esperó enmontado a unos metros

de la vereda que salía del pueblo. No tardó en aparecer el tío jadeando por la soleada. Simón alistó el machete y recorrió con la vista los pasos que tenía que dar para caerle a la pasada. De pronto Nemesio se detuvo en medio de la vereda y se puso a orinar. Crispando su mano sobre el machete, Simón maldijo la distancia que lo separaba del viejo y empezó a sentir cómo el hervor de la sangre le quitaba el sosiego. Se oyó una voz y Nemesio volteó ariscado, chorreándose el pantalón. Viendo que era su hijo Eulogio, explotó en mentadas. Ante el temor de ser descubierto, Simón se metió en el monte y siguió a distancia a los dos hombres, hasta que se metieron en la casa. Las fuertes voces y la salida de Simplicia, que cabizbaja fue a buscar agua, le dieron a entender a Simón que adentro había pleito. Como a los diez minutos Eulogio salió alejándose hacia el pueblo a paso rápido. Al ver venir a su hermana con la cubeta de agua, cruzó por la mente de Simón la posibilidad de un pacto para chingar al viejo; pero al observar, conforme se acercaba, la expresión bobalicona de la mujer, decidió que era mejor entrarle solo al asunto.



Sentado al pie de un cuachanalá desde donde divisaba el frente de la casa, estuvo Simón recordando las diabluras de su tío para darse fuerzas contra el desánimo. Cada vez que la imagen destripada de su madre le llenaba el pensamiento, le venían unas oleadas de calor que a punto estaban de arrojarlo contra la casa. Se metió la noche y Simón se acercó al patio. Subió en la añosa bugambilia, entre cuyo espeso ramaje solía perderse siendo chamaco, y se alegró de que su tío hubiera matado a los dos perros que tenía, porque siempre se le echaban encima cuando lo veían venir pedo y rezongando.

Pasadas las diez se abrió la puerta y, con el corazón encarrerado, Simón vio cómo el bulto de su hermana se iba tras la casa. No tardó en regresar. Tras breve espera, Simón se acomodó contra el ramaje para evitar el frío que se le estaba empezando a meter por un costado, y se dejó vencer por el cansancio. Estaba en medio de la plaza de Huatulco, codeándose con el gentío que desbordaba entre los

puestos de la feria. Alguien que iba a su lado lo invitaba a comer unos tamales de iguana. Deshojó el tamal y le dio la primera mordida. Al sentir la consistencia suave y sabrosa de los huevitos de la iguana, cerró los ojos para detener el tiempo y evitar que el sabor se le escapara. Cuando al fin se abrió al exterior para compartir su goce, se encontró con la mirada fija y acusadora de la puestera, que abría su boca desclavijada en actitud de espanto. Hizo ademán de llevarse a la boca el resto del tamal, pero la gritadera a su alrededor le detuvo la mano justo frente a la cara. Miró el trozo de tamal y vio cómo de la masa amarillenta sobresalía un dedo crispado. Un fuerte tronido lo arrojó al interior de un pozo, y en la caída vio multitud de caras que lo miraban con azoro. Sintió que se impactaba contra una masa de agua helada, y al notar que el aire se le iba comenzó a debatir angustiado hasta que emergió a la negrura.

El ruidal de los insectos le mitigó enseguida el sofoco de la visión. Trató de reacomodarse para desentumir las piernas y un sobresalto le erizó el cuerpo: se le había caído el machete. Aguzó el oído en dirección a la casa y, tras comprobar que todo estaba tranquilo, bajó de la bugambilia. Recogió el machete del suelo y se estiró hacia la techumbre de estrellas. Estaba embelesado viendo cómo un puntito de luz cruzaba lentamente en la lejanía, cuando el crujir de la puerta lo arrojó tras el ennudado tronco de la bugambilia. No tardó en aparecer el bulto de su tío. Dio unos pasos trastabillantes y se quedó viendo en dirección a la vereda. Gargajeó sonoramente contra el suelo y se encaminó hacia la cabañita donde guardaba el maíz. Indeciso y descontrolado, Simón sentía cómo una fuerza lo empujaba encorajadamente hacia su tío, mientras otra lo enraizaba atemorizado tras la bugambilia.

Salió Nemesio de la cabaña con unas hojas de totemoxtle en la mano izquierda al tiempo que con la derecha desabrochaba el cinturón. Caminó hacia atrás de la cabaña y enseguida se oyó un sonido procaz. Sin pensarlo más, Simón salió del escondite y se fue a parar en la mera esquina de la casa. Alistó el machete y esperó. Justo cuando venía Nemesio abrochándose el cinturón, le dio Simón el frente soltándole un machetazo sobre la cara. Al sentir el impacto Nemesio dio unos pasos hacia atrás hasta tropezar con la casa. Sin el

ojo izquierdo y con la nariz colgándole sobre la boca rajada vio venir a su sobrino con el machete levantado.

—Ahg... jijo de tug... chingadag... —, acertó a decir al tiempo que levantaba la mano para parar el golpe. Se oyó el estallido del hueso al ser cortado por el fierro, y Simón sintió cómo una garra feroza se le crispaba en el cuello. Al abrir boca y ojos en expresión desesperada por falta de aire, Simón vio la horrible mutilación que había hecho en el rostro de su tío. Asqueado y horrorizado, echó atrás la mano que sostenía el machete y se lo metió en la barriga a Nemesio hasta la empuñadura. Comenzó a doblarse el aguerrido viejo sin soltar la garra trabada en el cuello de su sobrino. Sólo cuando Nemesio cayó al suelo pudo Simón zafarse y echar a correr ante la expresión fría e impenetrable de Simplicia, que había estado observando el desenlace desde el quicio de la puerta.

El silencio de Simplicia y la falta de testigos que pudieran acusarlo obraban en favor de Simón, de modo que la mejor disposición parecía ser una permanencia discreta en casa de su padre; pero al ver en el espejo la marca amoratada que la mano de su tío le había dejado en la garganta, empezó a vencerlo el miedo a la venganza de sus primos Eulogio y Margarito y, tras amarrarse un paliacate al cuello y sin dar explicaciones a nadie, tomó el camino para San Felipe.

Tres días anduvo Simón por San Felipe buscando trabajo, hasta que encontró cobijo en una finca cafetalera. Un vaquero de Margarito, que tenía su querencia por el rumbo de la finca de Alemania, lo descubrió un viernes por la tarde bañándose en el arroyo con toda la peonada.

El sábado por la noche bajó Simón al zócalo de San Felipe con un peón al que mentaban el Flejes, y el domingo por la mañana los hallaron a las afueras de San Felipe, desmadrados por sendos escopetazos. Cuando se supo en San Miguel la noticia de la muerte de Simón, nadie dudó de que había sido Margarito.

Dueños ya del ganado y de las fincas, los dos hermanos comenzaron a imponer su ley en las cantinas, y a bravuconear diciendo que iban a traer a la federación para chingar a todos los yerberos y traficantes. Cuando Filegonio Ramos le pasó la habladería a don Pedro, éste hizo un gesto de desdén y dijo en tono burlón que el finado

Nemesio sí era de una pieza, pero que esos dos arreavacas todo lo hacían por atrás. Alguien de la gente de don Pedro le hizo llegar el hiriente comentario a Eulogio, que a su vez se lo refirió a Margarito, y la guerra se precipitó.

Como unas veinte cabezas de ganado subieron cañada arriba y se metieron en uno de los sembradíos de don Pedro. Al llegarle Rufino con la noticia al viejo cacique, éste dejó de sopear el pan en el café y, tras limpiarse la boca con el mantel, le preguntó de quién eran los animales.

—Traen fierro de los García —contestó el moreno.

—Pues ve con otros dos y échenle bala a dos novillos escogidos —concluyó el viejo.

Dos días después, atardeciendo, Margarito se enteró por su caporal de que se estaban perdiendo los animales en el cerro.

—¿Cómo es eso? —preguntó ariscado.

—Los Aguilar les están echando bala.

Sin decir más palabra, echó mano a su dieciséis recortada y se la ajustó a la cintura por dentro del pantalón y de la camisa. Entró en la cantina y empezó a echarle mezcal al fuego que le quemaba el alma. Buscó con la mirada en llamas un apagadero para el coraje y lo encontró en Filegonio, que libaba en una esquina con el apacible Tranquilino.

—Verdad de Dios que les voy a poner en toda la madre a esos viciosos hijos de la chingada —profirió Margarito, apuntando con las ascuas que le brillaban en el centro de la cara hacia donde estaban los dos hombres de don Pedro. Como nadie se atrevió a romper el silencio, insistió en busca de pleito—. Y conste que hablo a lo macho, de frente, para que luego no venga ese viejo enyerbado con que los García no damos la cara.

—Ya cálmate, Margarito, que nadie te está faltando —dijo por lo bajo Camerino, el cantinero.

—Yo digo lo que digo para que no haiga lugar a humaredas. El que sea macho a lo macho que se me enfrente, y no dándole salida al argüende con medios hombres y comadrones.

Sintiendo la herida en su orgullo, Filegonio le lanzó a Margarito una mirada retadora. Tras vaciar de un solo trago el vaso del mezcal

que había servido de la botella que tenía enfrente, Margarito resopló como toro en brama y sacando la escopeta enfrentó a Filegonio:

—¿Qué chingados me ves con esa cara? Aquí los pinches mandaderos y lenguasueñas salen sobrando...

—Estate en juicio, Camerino —dijo el cantinero colocándose frente al enmezcalado—. Además, ¿a ti qué perjuicio te causa el que siembren o no la yerba?

—No le busques, Camerino, que no vaya a tocarte a ti lo que deben esos hijos de la chingada.

Aprovechando la intromisión del cantinero, Filegonio y Tranquilino jalaron con sigilo hacia la salida. Ya en la puerta, Tranquilino dejó escapar entre dientes que Margarito estaba así porque Martín le había ganado a la Rosalinda.

Apenas tuvo tiempo Camerino de hacerse a un lado para evitar que el escopetazo le volara la cabeza. Saltó astillada la mampara de la puerta y se oyó lejos la voz de Filegonio lanzando una mentada. Al abrir Margarito la escopeta para meterle otro cartucho, Camerino se arrojó sobre él y, tras breve pugna, le quitó el arma de las manos.

—¡Asoségate, Margarito, que estoy viendo por tu bien! —le gritó el cantinero al ver que el energúmeno se le venía encima.

—¡Dame la escopeta, Camerino, que yo sé lo que me hago! —dijo Margarito entorado.

—Sí, te la voy a dar, pero en juicio y cuando salgas.

—Dame la escopeta, te digo...

Atraídos por el disparo comenzaron a llegar a la cantina los curiosos. Al formarse adentro un corrillo, Margarito enfrió sus ímpetus y se dejó caer sobre una silla. Camerino se sentó a su lado y, luego de poner la escopeta encima de la mesa, le echó mano al hombro y comenzó a sermonearlo. Con la mirada asesina prendida en el cantinero, Margarito fue dejándose decir, hasta que terminó asintiendo con la cabeza. No tardó en aparecer el capataz de una de las fincas, que le hizo el relevo al cantinero.

Sin quitarle un ojo de encima a la mesa que ocupaban Margarito y su capataz, Camerino atendía a la clientela con una idea fija en su mente: abrir un negocio en la bahía de Santa Cruz para mandar de una vez a la chingada a gorriones y pleiteros. No le cesaron las pun-

zadas en el hígado hasta que el capataz pagó la cuenta y se llevó a su patrón. Estaba apenas tomando un respiro cuando oyó unos golpes violentos sobre la chapa de una mesa, seguidos de una voz arrogante y enmachada:

—A ver, pinche Camerino, sírvenos las otras.

Había caminado apenas media cuadra rumiando en silencio sus rencores y de repente, sin dar razones, despidió al capataz. Insistió éste en acompañarlo hasta la casa, pero Margarito le ordenó en tono áspero y autoritario que se fuera enseguida para la finca, que no necesitaba escolta.

Ya solo, avivó el rescoldo que le quemaba el orgullo y se encaminó decidido hacia la casa de Rosalinda, a demostrarle a la bola de enyerbados hijos de la chingada quién era el mero macho de esa hembra.



De uno sesentaicinco de estatura, pelo y ojos de vivo negror, cara redondeada y sensual, busto generoso y nalga alzada, Rosalinda Guzmán era la mujer más mujer de San Miguel y a la que todas las comadres despellejaban con sus lenguas. Sólo los que tenían billetes merecían su atención, y de éstos escogía a los más espléndidos y bragados. En la flor de sus veinticinco años vivía sola en la ranchería el Limoncito, en una casa de material con techo de lámina de asbesto, lujo que completaba la tienda de comestibles que tenía en la parte delantera, donde la ayudaba un jotillo descarado y eficiente que se llamaba Rosendo. “Ahí te encargo el changarro, Rosendito”, le decía cuando, montada a lo macho sobre el caballo alazán que le había bajado a Tino Mendoza, con su machetito en bandolera y la treintaiocho súper a la cintura, se iba a ver al amante de turno.

Afamada por su brío y sus desplantes, había hecho de la doble negación del matrimonio y de los hijos un culto de libertad que, en tierra de hembras sumisas y precoces paridoras, era visto como una herejía. Y esto, para escándalo de las comadres, encendía aún más el ardor de los hombres.

Con sus cachetes aduraznados por la polveada, las pestañas extendidas como alas de colibrí y los labios enfueguecidos por el car-

mín, Rosalinda mantenía el frescor malicioso de las hembras no subyugadas por macho, cuando todas las mujeres que habían terminado con ella la primaria tenían ya en las arrugas y manchas de la cara el mapa resignado de la insatisfacción, y sus pechos flácidos y sus caderas desbordadas hablaban de las pariciones múltiples y puntuales. Tía Brígida había hecho correr el chisme de que era machorra, pero todos los hombres sabían, por habladas de Rosendo, que se había operado para no tener hijos.

Nadie parecía acordarse de aquellas tres hermanas recatadas y vergonzosas que, con sus vestiditos cosidos por todas partes pero limpios, se sentaban en la última banca de la escuela para escarnio del grupito de chamacos que encabezaban los hijos de don Pedro. Al terminar la primaria, una tía llevó a las dos hermanas mayores a trabajar de sirvientas a la Ciudad de México; allí Hermelinda conoció a un albañil de Cancún que se prendió de ella, y recién cumplidos los quince años le cargó el primer hijo, que fue a nacer en un cuartito de lámina de cartón del naciente enclave turístico del Caribe mexicano. Tras breve estadía en San Miguel del Puerto, Rosalinda se fue con su hermana y, si bien le mandaba puntualmente a sus padres la mitad de lo que ganaba, no regresó en cinco años.

Nadie la reconoció la primera vez que la vieron de regreso en el zócalo de San Miguel platicando en una banca con su prima Carmela. Lucía a plenitud sus encantos, y los afeites y la vestimenta le daban un aire de atrevimiento y desenfado que ninguna mujer del rumbo poseía. Esa vez no agarró hombre. Apenas a la semana y media de haber llegado jaló con Carmela hacia Cancún, embelesándola con lo mucho que ella sabía sobre los hombres y el modo de tenerlos siempre prendidos pero en ascuas.

Desde el primer hombre que la había maliciado, un yucateco charro pero fogoso, dueño del primer restaurante donde ella había trabajado en Cancún, hasta los de turno que ahora se la disputaban en San Miguel, Rosalinda había perdido la cuenta de los amantes, pero a todos sin excepción les había bajado algo. Cuanto más significativo fuera el presente, tanto más fijo era el recuerdo del amante.

Cuando regresó de Cancún, dos años después de la segunda partida, buscó un lugar apropiado y realizó el sueño recurrente de los

últimos años: levantar una casa de material con una tiendita de comestibles. Se rumoreó que el cemento, los tabiques y la varilla para los castillos se los sacó a un ingeniero de la constructora COCONAL, que andaba asfaltando el camino de la costera a la bahía de Santa Cruz. Pero de lo que nadie tuvo la menor duda fue de que el extravagante mobiliario de terciopelo rojo de su sala, así como la cama matrimonial, utensilios de cocina, estufa y refrigerador fueron regalos de Martín, que casi le cuestan el matrimonio.

El día que doña Plutarca salió a la puerta de la casona del rancho para recibir el camión de mercancías que venía directo de Oaxaca a nombre del señor Martín Aguilar, lo primero que pensó es que se habían equivocado de destinatario. Ante las insistencias de los que traían las mercancías, pidió que le abrieran atrás el camión y se las mostraran. En cuanto vio la llamarada aterciopelada del sillón y los dos butacones dijo, con la mala sangre que la caracterizaba, que se podían llevar todo de regreso, que ella no estaba dispuesta a soltar por esa porquería un solo centavo. Fue entonces, al decirle el empleado que traía la nota de remisión en la mano que no se preocupara, que sólo tenía que firmar de recibido pues ya todo estaba pagado, cuando comenzó a patear el suelo y a manotear fúrica contra todo lo que encontraba al paso. Llegó Martín a tiempo para indicarle al chofer, con un guiño, que se llevara de regreso a Oaxaca la mercancía, que ya él iría después con su mujer para que escogiera según su gusto. Al echarle mano al hombro a su esposa para llevarla para adentro, ésta se desprendió bruscamente y le juró que por lo que acababa de hacer, nunca más mientras viviera la iba a tocar con esas manos asquerosas con que manoseaba a la otra. Dejó Martín que doña Plutarca se fuera envuelta en una nube sulfurosa, y le dijo a un mozo que le indicara al chofer del camión dónde vivía la Rosalinda.

Sabía que toda la gente del rumbo lo sabía, y le gustaba que Martín y Margarito se engallaran por ella hasta la muerte. Como amante Martín era menos hombre, y su pasión por la comida había fructificado en una barriga indecente que, por ser el segundo caso que conocía, Rosalinda relacionaba desagradablemente con la eyaculación precoz. Por la generosidad y nivel de los regalos que Martín le hacía, Rosalinda empezó a tomar por el lado gozador el hecho de que apenas a la

tercera o cuarta embestida el hombre se viniera, poniéndose amoratado por el sofoque como gallo pelucón. Margarito, en cambio, le había hecho sentir la explosión de su cuerpo como ninguno de los hombres que se cruzaron en su vida. Se subía sobre ella y la cabalgaba largo y variado hasta que la rendía sobre el piso. Un día en que estaba pasado de mezcales la montó por atrás agresivamente y, ya que la tenía abierta y jadeante, agarró la escopeta y se la metió en la vagina. Primero la crispó la frialdad del fierro, pero al sentir el desplazamiento rítmico y profundo en sus entrañas empezó a pedir más y más hasta que explotó en el orgasmo más intenso de su vida. Pasada la calentura fue a abrir la escopeta y al ver que tenía el cartucho metido, se enfureció y le gritó a Margarito una sarta de majaderías, mientras éste se reía tendido desnudo sobre la cama. Pero Margarito tenía dos defectos que Rosalinda aborrecía casi tanto como al matrimonio y a los hijos: un beber violento y necio, y una tacañería obsesiva. “Tan pronto muera el viejo te voy a llevar a pasear a donde tú quieras”, le decía cuando Rosalinda le reclamaba que no tuviera atenciones con ella.

Hacía dos semanas que Nemesio había muerto, y Margarito no daba trazas de cambiar. Por eso, al verlo venir esa tarde endemoniado por el mezcal y justo cuando ella iba de salida para reunirse con Martín en el arroyo, Rosalinda frunció el ceño y se puso en guardia.

—¿A dónde chingados vas tan encaramelada? —le dijo agarrándola por la cintura.

Rosalinda hizo un gesto de desagrado al recibir la tufarada del mezcal y, zafándose del abrazo con fuerza, enfrentó a Margarito:

—Ya te dije que no me gusta que me falten al respeto.

Margarito estalló en carcajadas y, echándose tambaleante hacia atrás, extrajo su escopeta de debajo de la camisa. Con los ojos encendidos por el coraje, Rosalinda lo miraba con la mano apoyada en la cadera, a centímetros de la cacha de la pistola que traía atrás en la cintura.

—¿Ya sabes lo que dice aquí? —le preguntó Margarito, señalándole unas letras grabadas en la culata de la escopeta.

—Sí, ya sé.

—Qué chingados vas a saber —dijo al tiempo que acercaba la culata para leer—: “El respeto al derecho ajeno es la paz”.

—Eso mismo te digo yo —dijo Rosalinda, dándole la espalda para agarrar el sombrero de la repisa.

—Pues yo vengo aquí a exigir mi derecho —masculló Margarito.

—Tú aquí no tienes que exigir nada —protestó la mujer—. Y ahora, con permiso, tengo que ir a un mandado.

—Ven paracá, Rosalinda, que vengo dispuesto a todo —dijo Margarito agarrándola de un brazo.

—Suéltame, Margarito. No sea que te vayas a arrepentir de lo que estás haciendo.

—Te suelto, pero te quedas aquí conmigo.

—Ya te dije que tengo que ir a un mandado.

—Seguro vas con ese sapo enyerbado hijo de su chingada madre.

—Yo no tengo que explicarte nada. Y suéltame ya, antes de que tenga que echarte de mi casa —rugió la mujer, liberando de un jalón la mano aprisionada.

—Mira, hija de la chingada, que cuando ese mugroso mariguano esté en el bote vas a venir a rogarme que...

—¡Jamás! Óyeme bien, ¡jamás le he rogado a nadie!

Cortado de pronto por el ímpetu de la respuesta, Margarito se quedó en suspenso con la mirada prendida en el fuelleo del busto de la mujer, y tratando de detener las oleadas enloquecidas del mezcal para encontrar una salida al atolladero.

—¡Rosendo, tráeme al Canelo! —gritó la mujer saliendo a la puerta.

Margarito rompió al fin el girar descontrolado de su mente y se dejó ir tras la mujer hacia afuera. Al salir vio a Rosendo sujetando de las riendas al caballo mientras Rosalinda lo montaba. El muchacho, con una expresión entre de temor y excitación, se quedó viendo al hombre que estaba parado frente a la puerta con la escopeta en la mano.

—¿Qué tanto me ves, pinche puto hijo de la chingada? —escupió contra el muchacho, que enrojecido por el azoro guardó silencio.

—Deja al chamaco en paz, que él no te hizo nada —expresó Rosalinda desde la altura del caballo.

—Putos y mariguanos, esa es la gente con la que andas —bisbi-seó el hombre con desprecio.

—Son más gente que algunos machos de mal beber que yo conozco —dijo Rosalinda, picándole al caballo en los ijares.

—Ya vendrás a que te monte, hija de la chingada —dijo el hombre por lo bajo viendo cómo se alejaba. Al perderse la mujer en la vuelta del camino, Margarito reparó en que el muchacho seguía parado a un lado observándolo con pasmo.

—Lárgate, pinche puto, si no quieres que te coja en lugar de ella —le dijo con violencia.

—Ay, qué cosas dice —dijo el muchacho, haciendo un deje de complacencia y contoneándose hacia dentro de la tienda.

—¡La escopeta te voy a tronar en el fundillo, cabrón vicioso!

Esa misma tarde, tras oír el relato hecho por Rosalinda en el remanso donde solían solazarse, Martín le prometió una pronta solución al asunto. Dos días después al decirle Rosendo que habían encontrado el cuerpo de Margarito con cuatro tiros, Rosalinda, que limpiaba las latas de una estantería, se limitó a preguntarle dónde mero lo habían hallado. “Fue camino de su casa. Le pusieron emboscada cuando venía de la cantina”, explicó el muchacho.

Al enterarse Eulogio de la muerte de su hermano, mandó llamar a Chepe, el caporal de la finca donde él estaba siempre metido, y le dijo que reuniera a tres de los peones de más confianza para esa misma noche. Aunque agradecía el beneficio que le traía la muerte de Margarito, no dejaba de experimentar Eulogio una sensación de desasosiego al pensar que después de Margarito seguiría él. “O los madrugo o me madrugan”, se dijo decidido a asumir de una vez el sueño de disponer de toda la heredad de su padre.

Pasaban de las ocho de la mañana. Venía en la camioneta platicando con los dos mozos que le había prometido a Rosalinda para chaponear el rastrojal de la parte trasera de la casa. No tuvo tiempo siquiera de sacar la pistola que siempre traía en la guantera. La camioneta se salió de la terracería y chocó contra un robusto pochote. Los cuerpos acribillados por la tupida balacera quedaron inermes chorreando sangre sobre la tierra.

Loco de coraje se puso don Pedro cuando supo de la emboscada a su Martín. Lanzó a Rufino con su mejor gente tras Eulogio, pero todos los intentos de venearlo resultaron vanos. Refundido en su

finca de Cerro Bufa, que custodiaban día y noche sus peones armados, Eulogio planeaba la manera de ultimar a don Pedro. Fue entonces que se le ocurrió mandar un propio con una carta para el licenciado Policarpio Medrano, agente del ministerio público de Pochutla y amigo de su difunto padre, notificándole que todos los cerros de los altos de Huatulco, desde las Muelles hasta San Miguel del Puerto, estaban sembrados de marihuana.

Entre que el licenciado Policarpio pasó la notificación a la procuraduría en Oaxaca, y de allí se giró la orden de inspección a la judicial estatal y a la comandancia militar de Puerto Escondido, pasaron casi tres semanas. Cuando Flabiano Antúnez recibió en la oficina donde fungía como comisariado de bienes comunales la notificación de la visita de los federales, ya la espada del santo había vuelto a envainarse.

Unos dicen que fue el propio Filegonio Ramos ayudado por un peón de la finca de Eulogio; otros sostienen que no, que previo acuerdo con don Pedro, Filegonio compró a uno de los peones que bajaban a San Miguel al mandado para que se fregara al patrón. Lo cierto es que el cuerpo de Eulogio amaneció todo macheteado en su propio catre. Sin quererlo ni merecerlo, Simplicia pasó así a ser la dueña del ganado y de las fincas; y su padre —que de la noche a la mañana y por la zoncera de su hija se veía dirigiendo los dominios que habían matizado la mirada entre de admiración y de envidia con que reojaba a su cuñado— mandó ponerle a San Miguel un altarcito constelado de veladoras día y noche, hasta que fructificara la venturosa semilla que Nemesio García había sembrado en tan buena hora en el vientre de su sobrina.



Fácil se le había hecho a Filegonio Ramos sobrevivir a los mandobles de la espada del santo, protegido tras su apariencia cerril y sumisa. Aun cuando no se había desprendido de su típica indumentaria sanmiguelense, desde que Tranquilino lo jaló con la gente de don Pedro comenzó a adquirir un aire entre ladino y malicioso que nadie antes le conocía. De mirada gaviánica y lengua viperina, consiguió

atraer la atención de don Pedro, que lo hizo uno de sus “orejas”. Ensoberbecido por la magnitud del salto que había dado, Filegonio se atrevió a proponerle a don Pedro la solución al asunto de Eulogio y, tras haberlo resuelto con tan buen tino, el viejo cacique lo colocó en el puesto inmediato al del negro Rufino.

Al ser abatido el negro Rufino por los judiciales, Filegonio pasó a convertirse en la sombra de don Pedro, y la peonada empezó a echar de menos el modo frontal y de pocas palabras con que el negro ejecutaba las órdenes del patrón. Pero un ascenso tan rápido no podía dejar de darse sin tropiezo. El hambre y la humillación de años habían desarrollado en Filegonio un avorazamiento que sólo cabría encontrar en un perro hambreado y sin dueño. Por eso, cuando Tranquilino le contó lo lograda que iba la yerba de Nicasio, Filegonio le propuso enseguida que se la fueran a bajar; y aunque Tranquilino se opuso al principio, con amenazas terminó jalándolo. Urgido por la inminente llegada de los compradores, Filegonio presionó a Tranquilino para que le ayudara a matar a Nicasio. Al negarse Tranquilino de manera tajante a ser cómplice de la muerte del que era como un hermano, Filegonio malició que le fuera a ir con el chisme a Nicasio y decidió acabar de una vez con los dos. Primero degolló a Tranquilino en pleno sembradío. Regresó en la oscuridad con la carga robada y, luego de ocultarla con la que había llevado antes, se tendió en el catre a pensar si iba a ultimar también a Nicasio o mejor le cargaba la muerte de Tranquilino para que lo fregarán. Por un encargo que le hizo don Pedro esa misma noche no pudo decidir el paso a dar. A la noche siguiente tomó la vereda hacia la cabaña con una idea fija en la mente, pero al ver el tendido espacioso de las matas no resistió la tentación de llevárselas y cambió de parecer, dejando la muerte de Nicasio para más tarde.

Amaneció, por fin, dispuesto a terminar de una vez con el chin-gado Macuil. Todo el día siguió ansioso la trayectoria del sol, y ya anocheciendo se encaminó hacia el cerro. Al llegar a la encrucijada dudó un momento en la elección de la vereda que más le latía. Justo cuando había decidido caerle por el sembradío sintió el estallido que le quebró el alma. En la misma cueva donde había metido a Tranquilino, echó Nicasio el cuerpo de Filegonio. Se

tranquilizó al ver que del cuerpo del ex peón de su padre no quedaban más que unos huesos pegados a pellejos y jirones podridos de ropa. Decidió desvestir a Filegonio y cargó con la ropa en un atado para quemarla.

Aunque más relajado tras la muerte de Filegonio, todavía le preocupaba a Nicasio la posibilidad de que alguien más de la gente de don Pedro estuviera metido en el robo de la yerba. Sin descanso se puso a levantar la cosecha, y en tres días dejó encuevada sobre un lecho de ramas y hojas secas toda la marihuana, que él calculó en no menos de doscientos kilos. Después fue a devolverle la escopeta a Quincerio y a ponerse al tanto de los últimos sucesos.

—Parece que tuvo beneficio —le dijo Quincerio, al ver que con la escopeta Nicasio le regresaba un solo cartucho.

—Sí, cayó el dañisto —murmuró Nicasio. Como Quincerio permanecía en silencio, añadió más confiado—: Hasta el rifle recuperé.

—Enviciado estaba —comentó Quincerio.

—Entró derecho al sembradío.

—¿A poco era gente de don Pedro?

—Filegonio era.

—Ah, ese hijo de la chingada era... Pues ya se lo cargaron a Chepe, el caporal del finado Eulogio.

—¿Quién dice? —preguntó Nicasio avivado.

—En la cantina de Camerino lo oí a la palomilla.

Entró la mujer de Quincerio con una chamaca, y los dos hombres callaron al instante. Tras saporun ludar a la mujer, Nicasio dijo que ya se iba, que tenía que hacer un mandado. De salida, Quincerio lo acompañó a la vereda.

—¿No sabes nada de los compradores de don Pedro? —le preguntó Nicasio.

—Dicen que el sábado llegan.

—Ah, bueno. ¿Y a cómo estaría bien dársela?

—Pues tú sabrás. Ya ves que cuando yo vendí no te convino el precio.

—Éstos me ayudaron con la siembra.

—Entonces no tengas pendiente.

—Es que no sé cómo hacer el trato.

—Pues asegún se pongan. Tú deja que ellos le pongan precio. Luego asegún le veas el modo le pides más, para bajarte tantito. Lo que sí te aconsejo es que vendas de una vez.

—Bueno, pues, nos estamos mirando.

—Sí, ve tranquilo.

El viernes a mediodía, cuando Nicasio estaba acucillado bajo el mandingo desplumando dos chachalacas que había ido a campear, vio venir por la vereda a tres sombrerudos. Se levantó con rapidez y se metió en el monte con el rifle alistado. No tardó en distinguir en el tipo que venía al frente, al mero comprador con el que había hecho el trato de la siembra; a los otros dos, uno de los cuales cargaba un maletín, no los conocía. Con paso tímido y el rifle en la mano les salió al encuentro.

—¿Qué pasó, mi amigo? —saludó el comprador.

—Aquí nomás.

—Se ve que le ha agarrado estima, ¿eh? —dijo señalando con la barbilla hacia el rifle.

—Cumple —expresó Nicasio, sin quitar de sus ojillos el brillo de la desconfianza.

—Ya veo —añadió el comprador adelantando un gesto hacia las chachalacas. Luego le presentó a los dos acompañantes y dijo que eran viejos camaradas en el negocio. Se sentaron bajo el mandingo y, tras una última mirada cargada de intención hacia el terreno donde antes estaban las plantas, preguntó—: ¿Y no hubo contratiempos, mi amigo?

—No —dijo Nicasio mirando de soslayo.

—¿Y qué razón me da del camarada?

—¿Cuál?

—El de la siembra.

—Hace tiempo que no sube.

—Y tampoco baja —dijo el comprador, coreado por las risas de los acompañantes—. Okey, ¿dónde está la carga?

—A resguardo —balbuceó Nicasio.

—¿Cuánto salió?

—Algo.

El comprador le hizo una seña al que portaba el maletín, y éste lo abrió con un sonoro chasquido dejando a la vista el interior repleto de fajos de billetes nuevos.

—¿Alcanzará con esto? —le dijo el comprador a Nicasio, que miraba hacia el interior del maletín entre incrédulo y pasmado.

—¿A cómo la pagan? —preguntó regresando a su natural desconfianza.

—Bien, amigo, muy bien.

—¿Cuánto es eso?

—A veinticinco mil el kilo de la de primera.

Nicasio guardó silencio y, sin levantar los ojos de la chinche que se estaba acercando a la bota izquierda del que portaba el maletín, supo que el comprador lo estaba estudiando con la mirada.

—¿Qué dice, mi amigo? —preguntó apremiado por el silencio.

—Es poco —dejó escapar Nicasio sin inmutarse.

—Así es como venimos trabajando —arguyó el comprador en un tono forzado por contenerse—. Y escuche, mi amigo. Sabemos que la judicial está por volver, y si le echan mano con todo el cargamento nosotros no podremos ayudarle.

—Es poco —insistió Nicasio—. No sale.

—Está bien, póngale precio —dijo el comprador cambiando de táctica.

—Pues siquiera a cincuenta —masculló Nicasio.

—Está loco —exclamó el que portaba el maletín.

—Necesitamos verla —dijo el comprador sin aparentar contrariedad alguna.

—Está lejos —opuso Nicasio.

—Si no la vemos no hay trato.

—Tengo tantita adentro.

El del maletín lanzó una mentada al tiempo que sacudía con fuerza la pierna izquierda. Después de patear varias veces contra el suelo, levantó el pantalón y mostró, aprisionada entre la maraña capilar y resaltando sobre el fondo blanquecino de la piel, la mancha agresiva de la chinche. Con un torpe movimiento, entre de asco y temor, el hombre desprendió el insecto y enseguida lo despanzurró contra el suelo. La mancha rojiza de la sangre sobre la tierra terminó

por exasperar al hombre, que apretaba con los dedos el circulito morado que tenía en el centro de la pantorrilla.

—Tráigame, pues, ese guato, mi amigo —dijo el comprador esbozando una sonrisa.

Nicasio fue hacia el interior de la cabaña y, mientras extraía de un escondrijo la bolsa donde tenía guardada la marihuana, oyó claramente cómo el tercer hombre le decía al que fungía como jefe que si pagaban a cincuenta el kilo los demás vendedores iban a pedir ese precio. En un tono despreocupado el jefe le dijo que tenían que ver primero la calidad y ya después se arreglarían. Regocijado por lo que acababa de oír, Nicasio salió de la cabaña y extrajo de la bolsa un manojo aprisionado de puras colas que le tendió al comprador. Tras deshacer cuidadosamente el manojo y ver la aterciopelada pelusilla roja que cubría las exuberantes colas, el comprador tomó una del montoncito y comenzó a desbaratarla con sus dedos. Un olor intenso a verdor esencial mariposeó por el ambiente, y el comprador atrajo de manera ceremoniosa sus dedos hacia la nariz e inspiró profundamente.

—¿Como de cuántos kilos estamos hablando, mi amigo? —dijo al salir del éxtasis olfativo.

—Puede que de doscientos.

—Bien, el producto es bueno, así que vamos a partir por mitad. ¿De acuerdo?

—No sale —dijo Nicasio entercado.

—A nosotros tampoco nos conviene, Lorenzo —terció el picado de chinche, con el maletín de nuevo en la mano.

—Cuarenta es lo último, mi amigo. O lo toma o no hay trato.

—Te digo que no nos conviene —insistió el del maletín.

—Lo tomo —dijo Nicasio—. Pero va incluido lo de la siembra y el rifle.

—No se mande, mi amigo, que está a punto de perder la jugada.

—Vámonos, Lorenzo, que este bato está subido. Con la de Aguilár y los otros dos de las Muelles tenemos completa la carga —dijo el del maletín encaminándose hacia la vereda. Al ver Nicasio cómo tras el del maletín se iba el otro tipo, cuya imponente presencia contrastaba con su mutismo, decidió jalar la cuerda para asegurar el trato.

—Que sea el rifle, pues.

—De acuerdo —dijo el comprador en tono cortante—. Domingo en la madrugada venimos a pesar la carga.

—Mañana mismo la tengo aquí —dijo Nicasio plenificado.

—Trato hecho, mi amigo —dijo el comprador dándole la mano.

En cuanto lo vio alejarse tras los otros dos, que ya iban por la vereda, Nicasio tuvo de pronto un arrebató.

—¿Que no podrían darme ahorita siquiera la mitad? —le gritó esperanzado.

—Todo al entregar la carga —respondió el comprador—. Y más vale que sea escogida, o no hay trato.

En costalillas y al hombro estuvo acarreando Nicasio la carga con la premura del peón que ignora la fatiga a fuerza de pensar en la paga. De golpe, por su propio esfuerzo y sin deber favores, se sabía rico. Con todo ese dinero se iría de inmediato a Salina Cruz para ya no volver jamás a esta tierra de envidias y rencores, que sólo se apagaban con sangre. Cada costalilla llena de marihuana que se echaba al hombro era como un fajo de billetes que lo arrancaba del presente y lo ponía a soñar. Anochecía el sábado cuando terminó de acarrear la yerba. Por el calor del cuerpo rehusó darse un baño. Tras breve descanso prendió la lumbre para hacer café. Recostado contra un horcón de la cabaña no pudo evitar que el cansancio ahogara los débiles chispazos de la euforia que a lo largo del día lo había hechizado. Intentó resistirse a los primeros cabeceos, pero pronto lo rindió el sueño.

El chisporroteo del agua sobre las llamas lo trajo de golpe a una oscuridad densa y poblada de ruidos. Aguzó el oído en busca de pisadas y, al no encontrar señal de alarma, se dejó resbalar de nuevo contra el horcón. Reojó la carga y, atrapado por la modorra, se quedó viendo el lengüeteo caprichoso de las llamas en torno a la lata en la que borboteaba el agua para el café. La frialdad húmeda de la noche le violentó al fin la flojera, y se puso a recalentar sobre las brasas la media chachalaca que había guardado del almuerzo. Acabando de cenar decidió irse al interior de la cabaña a dormir.

Ni siquiera tuvo tiempo de echar mano al rifle. Abrumado por la agresividad de las voces y cegado por los potentes haces de luz,

Nicasio yacía en el petate como si estuviera en un abismo desde el que sólo le era dado ver confusamente los cuatro o cinco cuerpos de los hombres con las armas encañonándolo.

—¡Ponte contra el piso, hijo de la chingada! —tronó una voz desde lo alto.

Despavorido y sin saber qué pasaba, Nicasio se volteó boca abajo en actitud desapareciente. La voz dijo que empezaran a llevar la yerba, y que removieran todo para echarle lumbre.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó otra voz más joven y menos agresiva.

—Lo vamos a refundir de por vida, para que sirva de escarmiento —sentenció la voz autoritaria.

Quería decir algo, que él no era el dueño, que lo habían embaucado, que tenía necesidades, que nadie le había dado créditos para sembrar café, que... A la primera patada en las costillas, que lo hizo encogerse como gusano pisoteado, le siguió una segunda en la cadera y luego un golpe agudo en la parte superior de la cabeza. Sintió que el cuerpo se le llenaba de plomo y empezó a hundirse en un río sin fondo a merced de la corriente.

El frío intenso le hizo pensar que estaba adentro de un refrigerador. Enseguida tuvo conciencia de que estaba en movimiento. Por último, los cambios de velocidades y el bamboleo inercial de las curvas lo terminaron de despertar sobre la lámina mojada de una camioneta. Una línea dolorosa se extendía desde la parte posterior de la cabeza hasta el costillar derecho. Tenía el pelo completamente mojado y no sabía si era de sangre o sereno. El entumecimiento de los brazos y la inmovilidad le hicieron reconstruir su imagen tirado de bruces en la parte posterior de una camioneta y con las manos esposadas a la espalda. Sí, tal vez fuera mejor así, pensó, que todo terminara y que dejara de bandear sin rumbo ni beneficio. Mejor que lo mataran para no tener que sufrir más esta vida que no quería. ¿Y si lo refundían en la cárcel? Bueno, al menos no tendría que preocuparse por techo ni comida.

La inclinación de la camioneta hacia delante le indicó que iban de bajada. Trató de encontrar en su mente un mapa que le señalara el lugar aproximado donde se encontraba, pero desistió al instante:

jamás en su vida había ido más allá de Salina Cruz. ¿A dónde lo llevarían? Empezó a llanear la camioneta y el aumento de velocidad lo hizo pensar de pronto en su padre. Nadie sabría nunca lo que pasó; simplemente dirían que desapareció, como pasaba con tantos otros, como él mismo había hecho desaparecer a Filegonio y a Tranquilino. Removió el recuerdo en busca de alguien a quien deseara comunicarle su muerte, y la imagen de Nicéforo acudió con su sonrisa frontal y su modo dulce y prudente... El frenazo brusco de la camioneta hizo que se golpeará contra la carrocería. Regresó el vehículo unos metros y dobló a la derecha por un camino que, por los saltos que daba, parecía una brecha en mal estado. Tras poco más de diez minutos de travesía, se paró la camioneta y Nicasio oyó cómo se abrían las puertas y bajaban varios individuos. Un poco más lejano, como a unos veinte metros, oyó la llegada de otro motor y, poco después, el ruido de las puertas al cerrarse.

—¡Bájenlo! —gritó la voz del que llevaba el mando.

—¿En frío o le damos calentada? —preguntó otra voz.

—Nomás quítenle las ganas, y lo dejan ahí al pie del árbol —concluyó la voz de mando.

Al subir dos hombres a la parte de atrás de la camioneta, Nicasio empezó a perder el control y un sollozo histérico terminó por desencadenarle una aparatosa tembladera.

—Este pendejo ya se nos está fruciendo de puro miedo —dijo uno de los que habían subido a la camioneta.

Lo sujetaron por atrás y lo levantaron en vilo. Al abrirse al exterior, Nicasio pudo distinguir entre la negrura del entorno un carrizal. Quiso mirar más allá para fijar en su memoria el lugar pero —en plena visión de una milpa achaparrada que se alongaba en el llano— un fuerte golpe en la nuca lo jaló hacia dentro.

Sentía calor. Un vaho rojizo desdibujaba las cosas en una atmósfera ajena a toda forma de vida. Estaba muerto, no le cabía duda, y ese rojor enrarecido y sofocante no podía ser más que la entrada al mismísimo infierno. Ante él, sin control, comenzaron a relampaguear las imágenes que engrosaban su condena. ¿Cómo podría suplicar el perdón de Jehová después de tanto pecado cometido? Un olor pútrido le llegó de pronto, otorgándole a su culpabi-

lidad una sensación más vívida y acuciante. El rojor adquirió un tono anaranjado, y el calor empezó a fundirle el cuerpo en una masa sufriente y degradada. En la lejanía, anunciando la inminencia de la entrada al fuego eterno, oyó unos balbuceos en una lengua infernal. Ya sobre él, las voces lo fueron envolviendo hasta que, haciendo un postrer esfuerzo por resistirse a la condena, sintió que lo arrancaban del tiempo.



—Se me hace que te chingaron bien chingado —dijo Quincerio luego de oír el relato.

—Suerte que me dejaron por muerto —dijo Nicasio por lo bajo.

—Y esos vallistos que te levantaron, ¿no te dieron razón de quiénes iban en los carros?

—Dicen que cuando me encontraron, ya para el mediodía, no había nadie.

—¿Ya fuiste parriba? —preguntó Quincerio tras breve silencio.

—No, apenas vengo llegando.

—Pues está por demás que vayas. Dice Nicéforo que todito está quemado.

—¿Cuándo subió?

—Antier por la mañana.

—Voy a ir a ver —dijo Nicasio haciendo ademán de marcharse.

—No tiene caso. Mejor quédate a almorzar.

Quincerio le ofreció a Nicasio una silla y fue al interior de la cabaña, donde estaba su mujer echando tortillas, para decirle que sirviera dos platos de sopa. Luego regresó bajo la enramada que estaba en la entrada y enfrentó a Nicasio.

—Chingados, si vendieras cuando yo te dije no te vieran la cara de pendejo como te la vieron.

A pesar de estar aún descrestado por la convalecencia, Nicasio resintió de inmediato la pulla. Crispándose con las manos sobre la silla, miró a Quincerio con rencor y dejó escapar entre dientes:

—Algún hijo de la chingada fue con el chisme a la judicial.

—¡Pero cómo serás retempeje! —profirió en tono subido Quincerio—. ¿No te das cuenta que los que te chingaron fueron los mismos compradores?

—Judiciales eran —alegó Nicasio secamente.

—Pero cómo vas a creer tamaña pendejada. ¿Crees que si fuera la judicial te iban a dejar así nomás? Esos michoacanos te la jugaron chulita...

—Yo qué iba a saber —expresó confuso Nicasio.

—Y estoy por asegurar que don Pedro metió su cuchara en el negocio. ¿No oíste cuando nombraban a alguno, o si traían animales para cargar la yerba?

—Nada. Luego de que me echaron la luz me dieron el trancazo.

Salió tía Ranulfa con los platos en la mano, y Quincerio se apresuró a traer una mesa desvencijada que acomodó en medio de la enramada. Luego de que se lavaron las manos se acercaron a comer.

—¿Y qué pensamientos traes ahora? —preguntó Quincerio mientras partía un trozo de tortilla y lo sopeaba en el plato.

—No sé. Puede que agarre camino para Salina Cruz —dijo Nicasio arrojando el desamparo que lo embargaba.

—¿Traes para el pasaje?

—No.

—¿Y esperas que te dé algo el viejo tacaño?

—Ya sé que no. Voy a ir con Nicéforo a pedirle prestado.

—No hay necesidad. Yo te presto para el viaje.

—Gracias. Ahí en cuanto tenga lo repongo.

—No hay cuidado.

Esa misma tarde, caminando por el monte para no ser visto, Nicasio fue a visitar a Nicéforo y le contó lo que le había pasado. Nicéforo le ofreció trabajar a medias su cafetal, pero al ver que Nicasio había decidido con firmeza la partida no insistió. Platicaron sabroso hasta que se metió la noche, y Nicéforo lo acompañó a la costera para que tomara el último camión a Salina Cruz.

—Quién sabe si regrese —dijo Nicasio al oír el rugido del motor de un autobús que se acercaba.

—A regresar vas —expresó Nicéforo convencido.

—Sólo que me toque la de malas —repuso Nicasio, adentrándose en la cinta asfáltica para hacerle el alto al autobús.

Nicéforo se quedó viendo la imagen de soledad y derrota que emanaba del cuerpo empequeñecido de Nicasio por el efecto de los haces de luz que se acercaban, y dijo como para sí mismo:

—A todo sanmiguelero más pronto que tarde la espada del santo lo hace regresar.

VIII

Lo primero que hizo Nicéforo al cobrar la quincena fue comprar un carrete de quinientos metros de cuerda de pescar del treinta para reponer la atarraya que le habían robado. Urgido por la visión de las manchas de sardinas que plateaban en unas charcas que descubrió entre las rocas, se pasaba la mayor parte del tiempo en que no salía a recorrer el monte dándole duro al tejido de la atarraya. El mismo día de la paga había subido a Pueblo Viejo a llevarle a Crisálida el mandado y a darle la nueva de que la cabaña estaba lista para el cambio. Fue por ello que no le causó sorpresa alguna ver venir por la playa a un grupo de pequeñas figuras caminando tras un burro cargado. Dejó de tejer y se acercó al terraplén para tener una mejor visión del pintoresco cuadro que formaban los tres chamacos, el perro, el burro y dos adultos. ¿Quién vendría acompañando a su familia?

Ya cuando subían la loma distinguió la recia cortedad de Nicasio, que venía jalando al Prieto. Se saludaron con el comedimiento de siempre y se pusieron a descargar el burro. Con una sonrisa ensombrecida por las mariposas que le empañaban el rostro, Crisálida caminó hacia el interior de la cabaña para husmear la cueva donde iba a parir a su nuevo vástago. Embelesados por la visión sin límite del horizonte marino, los chamacos no dejaban de observar desde el terraplén.

—Está bonito el lugar —dijo al cabo Nicasio—. ¿FONATUR te la hizo? —añadió, señalando la cabaña.

—No, yo la paré —dijo Nicéforo.

—¿Te dieron permiso?

—En algún lugar hemos de vivir, ¿o no?

—Sí, pues —dijo Nicasio convencido.

Por la tarde, terminando de acomodar las cosas, Nicéforo llevó a Nicasio a las rocas a sacar lenguas de perro. Mientras el primero

extraía el marisco con la punta del machete cuidándose del empuje de las olas, el segundo le fue narrando, en su modo lacónico y zurcido, las desventuras de su pasado inmediato. En Salina Cruz había conocido al dueño de una próspera miscelánea cuando con su cuñado, el maestro Cachito, le hacían un trabajo de ampliación. Desde que el dueño, que se llamaba Gaudencio, se fijó en él, comenzó a acosarlo con sonrisas y parabienes hasta que terminó invitándolo a salir una noche. Fue entonces, al ver la clase de gente que había en el bar adonde lo había llevado, que se dio cuenta que Gaudencio era un enrevesado. Destrampado por los tragos, Gaudencio le dijo que él le pasaba un resto y que si quería ser su hombre nunca le faltaría nada. Él le dijo que a esas suciedades no le entraba y tomó camino hacia la puerta. Lo alcanzó Gaudencio y, tras meterse con él en un taxi, lo llevó a su casa con el pretexto de darle un regalo. Ya en la casa, muy fina de muebles y hartamente coloreada, extrajo Gaudencio del cajón de un mueble un estuchito y al abrirlo mostró un anillo de oro, que le puso en el dedo chiquito de la mano izquierda. Sin más preámbulo se le colgó del cuello con la intención de besarlo, y allí empezó la friega. Después de separarse de Gaudencio se encaminó hacia la puerta, pero el joto corrió hacia el mismo cajón de donde había sacado el estuchito y echó mano a una pistola. Le dijo que se retirara de la puerta y que se dejara de zonceras, que si no tendría que disparar y decirle a la policía que lo había encontrado robando. A punta de pistola lo obligó a entrar en el dormitorio y le dijo que se desvistiera. Mientras se desvestía reojó la recámara, toda roja y con fotos de vergudos encuerados, y vio que no había nada a la mano que le sirviera. “Con qué chingo a este pinche puto”, pensó viéndolo desnudarse sin dejar la pistola para nada. Entonces Gaudencio se le acercó y echándole mano a la verga comenzó a envarársela. Hasta que se acordó de cómo había chingado a Salustio en la escuela, y le dio grandísimo cabezazo arriba de la oreja. El joto soltó la pistola agarrando con las manos su cabeza, y para pronto Nicasio la prendió y de puro coraje le dejó ir todo el cargador.

—¿Y luego jalaste para Pueblo Viejo? —preguntó Nicéforo, subiéndole de la base de un peñasco con un montón de lenguas de perro en la mano.

—Luego. Hasta que me tocó la de malas con el hijo de la chingada de Lucas.

—¿A poco fue con la misma pistola?

—La misma fue. Aquí la cargo.

—Pues de plano estás jodido. Ahora ni para un lado ni para el otro puedes jalar.

—Pensaba irme para México.

—¿Pero con quién?

—Pues solo, ¿y con quién he de ir?

—Pues deberías pelarte de una vez, antes de que te caigan por la muerte de Lucas.

—No tengo ni un centavo.

—Pues estamos igual de jodidos entonces.

—Mis pensamientos son de estar por aquí hasta que reúna para el pasaje.

—Es tiempo de que dejes de meterte en chingaderas —dijo Nicéforo en tono de regaño.

—Qué más quisiera yo, pero ya ves que uno no dispone los reverses de la vida —alegó Nicasio a la defensiva.

Cuando completaron con lenguas de perro el morralito de plástico que cargaba Nicasio, caminaron de regreso hacia la cabaña. Al ver al compañero de toda la vida acobardado por el regaño, Nicéforo decidió aflojar la plática.

—¿Y cómo anda la cosa parriba?

—De la fregada —dijo Nicasio aún ariscado.

—¿Y eso?

—Andan de a diario fumigando con los aparatos. Y luego a cada rato se dejan caer los judiciales.

—¿Y qué dice don Pedro?

—De la chingada. Ahora hasta el cafetal tuvo que vender.

—¿El otro?

—Sí, el grande. La semana antepasada le dijeron en Oaxaca que si no daba otros dos millones no soltaban a los dos hijos.

—Va para los dos meses que están embotados, ¿no?

—Más. Y ahora sí, el cabrón viejo ya no tiene ni de dónde echar mano.

—¿Entonces ya no le entran a la yerba?

—¿Y cómo? No te digo que andan patrullando por arriba y por abajo. Los que sí parece que le siguen dando duro son los de San Felipe.

—¿Y por qué chingados, entonces, le entraste de nuevo?

—Quincerio fue el que me calenturó.

—Esa pinche yerba sólo deja pesares —dijo Nicéforo moviendo en desaprobación la cabeza.

—Después de ver a don Pedro tan fregado ya nadie va a querer entrarle a la siembra.

—No faltará algún pendejo o avorazado —concluyó Nicéforo cuando los chamacos salieron al terraplén a su encuentro.

Cada tercer día, si no surgía algún imprevisto, Nicéforo llevaba sus informes a las oficinas de FONATUR, y de regreso traía el mandado. Al azúcar, sal y aceite, que solían ser las provisiones del principio, se le fueron añadiendo las galletas de animalitos, el pan de yema que compraba los días de paga, el papel higiénico, jabón para lavar trastes, pastas para sopa, dulces y chicles para los chamacos y un etcétera creciente de productos que nunca había necesitado y que la pulsión consumista, que se le enraizaba con fuerza cada vez que iba a la Cruccecita, le hacía ver como ejemplo de superación y progreso. Nicasio, desobligado y autosuficiente, cuando no iba con Nicéforo a recorrer la zona, se la pasaba pescando sobre las rocas o campeando algún animal que le entregaba a Crisálida con expresión suficiente, como dándole a entender que con eso pagaba el café, el aceite y las tortillas. Solitario y huraño por naturaleza, no era una carga para la familia. Crisálida lo toleraba con la misma indiferencia que al Prieto o al Pulgoso, y Nicéforo, a pesar de criticarle el modo difícil y desconfiado, se sentía bien teniéndolo a su lado. Los chamacos, sobre todo Crispín, eran los únicos que no compartían el natural serio y seco de Nicasio.

Próxima la fecha del nacimiento, Crisálida se lo comunicó a Nicéforo mientras repasaba la masa en el molino. Nicéforo le dijo que se alistara para que en un par de días fueran a la Cruccecita a que la viera un médico. La mujer, enserienciendo el semblante, dijo que si la metía con un médico de plano no paría.

—¡Putita que te reparió! —exclamó Nicéforo con fuerza—. Por algo la flojera no parió, para no tener que criar.

—Yo quiero parir —alegó Crisálida—. Lo que no quiero es que me tienten y me metan cochinadas padentro.

—Bueno, ahí tú verás cómo le haces al cabo que no eres primeriza.

A las cinco de la mañana del día siguiente le comenzaron los dolores. Se lo dijo a Nicéforo, y puso a hervir en una lata con agua un té de manzanilla con chocolate, para ver si se le quitaban los dolores o ya eran los del parto. A la media hora de haber tomado el té, los dolores comenzaron a intensificarse. Crisálida tendió el petate en medio de la cabaña y se acuclilló para pujar. En menos de diez minutos el producto estaba fuera. Nicéforo, que había estado afilando el cuchillo, acudió al llamado de la mujer y separó la criatura, dejándole tres dedos de cordón pegado al ombligo. Luego fue a la lumbre, donde Nicasio estaba templando un machete, y con la hoja al rojo vivo le cauterizó al niño el ombligo. Con un trapito Crisálida limpió al niño y se lo enseñó a los hermanos, que miraban con pasmo desde la puerta de la cabaña. Mientras le daba de mamar, la mujer les mostró a Nicéforo y Nicasio el pilín del niño y dijo que iba a ser gallo fino.

Al otro día temprano Crisálida bañó al niño con agua tibia y preparó la primera toma del té de hojas de Santa María, que ingeriría durante los próximos siete días. Después introdujo las partes prenatales del niño en la bolsa escrotal de un venado, que para tal fin había secado Nicéforo, y la fue a enterrar en la base de un horcón de la cabaña. Nicéforo y Nicasio fueron a matar dos chachalacas para que la mujer asentara el estómago con el caldo de las sustanciosas aves.

Tres días después de haber nacido Bernardino, Crisálida se levantó con la oscurana a tortear, haciendo ya su vida de costumbre.



Entrada en su fase más intensa la temporada de secas, iguaneros y venaderos comenzaron a dejarse venir como plaga de moscas. Los primeros con sus hachas y machetes hacían un destrozadero de árboles, sin importarles edad ni clase, para bajar las iguanas que se

encaramaban sobre sus copas o se protegían en algún hueco. A veces, al echarle lumbre a un árbol seco, producían peligrosos incendios que Nicéforo y Nicasio se esforzaban por apagar de madrugada, al decrecer su intensidad. Cuando de plano no podían, Nicéforo iba con urgencia a FONATUR a pedir ayuda. Además, los agresivos perros que solían llevar los iguaneros correteaban a todos los animales de la zona, haciendo gran matazón entre aquellos que no podían escapar; de todos los animales acosados el oso almizclero, el tejón y el mapache eran, descontando a las iguanas, los que llevaban la peor parte. Los venaderos, por su lado, aunque más silenciosos y comedidos, eran los más grandes depredadores de la fauna mayor, espiando en árboles y aguajes la llegada del venado, jabalí, puma y tigrillo. Observándolos desde la maleza mientras estaban acampados, o viéndolos pasar por alguna vereda, Nicéforo estudiaba su fisonomía con atención, de manera que sabía de qué ranchería eran la mayoría de los cazadores y con qué frecuencia venían a espiar.

Al leer los informes que Nicéforo le entregaba, el licenciado Salinas le pedía nombres y domicilios de los cazadores, pero Nicéforo, en una actitud prudencial cultivada a través de la violencia de los años, le decía que él no sabía de dónde eran, que podían ser de Hacienda Vieja, Piedra de Moros, la Herradura o cualquier otra ranchería aledaña a Santa María. Insistía el funcionario subiendo el tono, hasta que Nicéforo le decía que si tanto le preocupaba la vigilancia de la zona pusiera a los marinos a patrullar la costera. “¿Los marinos?”, preguntaba el licenciado esbozando una sonrisa. “Bueno, ya veremos qué pasa”, concluía ante el sabio silencio de Nicéforo.

Un día, después de almorzar, bajaron todos a la playa a recoger las sardinas que estaban varando por la acometida de los jureles. Nicasio agarró un puño y se fue con la cuerda de pescar hacia las rocas. Nicéforo, los chamacos, que pateaban al Pulgoso para que no comiera las sardinas, y Crisálida, con el niño colgado de un pecho, llenaban a puñados una costalilla. De pronto Nicéforo experimentó un extraño zumbido, seguido de un ligero estremecimiento a manera de premonición. Con el desasosiego metido en el cuerpo, dejó de recoger sardinas y se encaminó hacia lo alto de la playa para tener una mejor visión del frente de la cabaña. Una mancha

blancuzca parecía pegada a la puerta. Sin dudarlo un instante se encarreró hacia los arbustos y buscó un claro para observar. Tras varios minutos de permanecer inmóvil junto a la puerta de la cabaña, la mancha pareció estirarse permitiendo reconstruir la entera corporeidad de un individuo. Lo primero que acudió a la cabeza de Nicéforo fue el rifle que, confiado en la cadena con candado que protegía la puerta, había dejado en el interior de la cabaña. Pensó en avisarles a su mujer y a Nicasio pero, urgido por los movimientos del individuo frente a la puerta, decidió lanzarse a la carrera hacia la cabaña para ver quién era ese hijo de la chingada que tan a la brava le quería dar el baje. Poco antes de llegar al terraplén se detuvo a tomar resuello y, más calmado, se acercó sigiloso hasta que vio a un tipo alto y de pelo apajuelado batallando con una segueta para cortar la cadena. Sin arma alguna con que caerle por la espalda, Nicéforo buscó con la mirada un garrote. Apenas dio el primer paso, el ratero se volteó ariscado y se lo quedó viendo con expresión de animal montés.

—¿Qué buscas, hijo de la chingada? —le dijo Nicéforo adelantándose.

Sin dar respuesta alguna el ratero soltó la segueta y salió encarrerado hacia el monte. Al estar examinando Nicéforo el daño hecho a la cadena, fue jalado con fuerza por el nutrido huellaje que había dejado el ratero frente a la puerta. Allí estaba la impresión del extraño pájaro, que lo retrotrajo de golpe a la vez que le habían robado la atarraya y el hacha. “El mismo es”, se dijo mientras iba al escondrijo y extraía la llave. Agarró el rifle y, una vez que comprobó que el cargador tenía los cinco tiros, salió tras el rastro de la huella que por tanto tiempo lo había hostigado. “¿Y de dónde mero será este hijo de la chingada?”, se preguntaba mientras iba como mastín tras el rastro. En cuanto vio que la huella seguía el arroyo de Cacalutilla, se metió en el monte y reconstruyó en su cabeza el plano de esa zona que, a fuerza de recorrerla, conocía de memoria. No tardó más que un par de minutos en trazarse el atajo que le permitiría recobrar por lo menos un cuarto de hora de retraso.

Sangrando de la cara y de los brazos por el agarre incisivo de las zarzas, y con la camisa hecha jirones, llegó al playón donde se cruza-

ban las diferentes veredas que tomaban los campeadores según fueran para Hacienda Vieja o Piedra de Moros. Buscó el rastro del ratero y vio las pisadas de venida pero no de regreso. Apremiado por el tiempo, echó un vistazo y escogió un espeso matorral para ponerle la emboscada. Ni siquiera había acabado de acomodarse cuando el remolineo del viento lo levantó con premura, obligándolo a buscar otro sitio más apropiado. Fue entonces que se le ocurrió seguir la huella de venida, pensando que por donde había venido seguramente iba a regresar. Siguió la huella desde el borde de la vereda para no marcar sus pisadas y comprobó que venía del camino que tomaban los campeadores que bajaban de Hacienda Vieja y otras rancherías próximas a Santa María. Vio un grueso círculo invadido por nutrida bejuquera y se acomodó tras él.

Como a los diez minutos oyó gritar a las urracas por el playón. Al llegar al cruce de las veredas el hombre se paró y estuvo observando el suelo un buen rato, haciendo que Nicéforo alcanzara de pronto la inseguridad de los tiempos en que se había iniciado en la cacería del venado. Cuando vio que el ratero, que traía en el hombro derecho una escopeta y en el izquierdo un morral, escogía confiado la vereda donde él lo estaba esperando, Nicéforo, dejando escapar la tensión que lo tenía en vilo, se dijo: “Ya estuvo”, y le apuntó justo a la tetilla izquierda. A paso relajado, con la seguridad de haber dejado atrás el mal momento en que fuera sorprendido y el peligro consecuente, el ratero llegó a la altura del círculo donde estaba oculto Nicéforo y, con el agudo estallido, sintió que una aguja de fuego le entraba por el costado y lo partía por la mitad. Se dobló hacia atrás y, en un acopio de voluntad, apenas tuvo tiempo de encoger los codos para detener en parte el golpazo de espaldas contra el suelo. Todo se quedó quieto y en silencio. Con la escopeta tirada a un lado, el ratero parecía muerto. Tras pasar otro tiro a la recámara, Nicéforo se fue acercando con precaución, atento al menor movimiento del bulto. De pronto un haz solar que se filtraba entre el ramaje chisporroteó sobre el cañón de la escopeta, desprendiendo unos destellos cobrizos que transportaron a Nicéforo a otro tiempo. Estuvo unos instantes entretejiendo los recuerdos hasta que se le hizo clara toda la trama. Avanzó con paso

firme hacia donde estaba el cuerpo y, al llegar a un par de metros de distancia, vio que todavía respiraba. En cuanto sintió la presencia de Nicéforo, el ratero volteó la cabeza para verlo y un acceso de tos lo hizo escupir sangre. Dispuesto a darle el tiro de gracia, Nicéforo apuntó al centro del cuerpo.

—Cobarde. —dijo el moribundo entreabriendo los labios ensangrentados.

—¡Cobarde tú, hijo de la chingada, que nomás andas tras lo ajeno! —le gritó Nicéforo encabronado.

Una ligera temblorina estremeció al herido y, con una mirada vidriosa que parecía no encontrar asidero, dijo resignado:

—Ni modo, el que la debe la paga.

—Pues ponte listo, que ahí te va el otro —le dijo Nicéforo, apuntándole a la altura del corazón.

Apenas estaba volteando la cabeza para el otro lado cuando el impacto del disparo lo sacudió contra el suelo. Tras comprobar que estaba muerto, Nicéforo arrastró el cuerpo hacia la espesura y regresó a buscar su rifle y el morral y la escopeta que cargaba el ratero. Echó un vistazo al morral y comprobó complacido que tenía un puñal de cacha de cuerno de toro con la figura de un águila, y varios cartuchos para la escopeta. “Pinche Epigmenio, mira por dónde vine a saber quién te fregó”, dijo pasando querenciosamente la mano sobre el anillo de bronce que unía el cañón de la escopeta.

Tiró el cadáver como a unos cincuenta metros playón arriba, en un recodo invadido de zarzas y plantas de mala mujer. Luego borró los rastros y regresó a paso rápido. En la subida del terraplén el Pulgoso salió ladrándole.

—¿Quién era? —preguntó Crisálida apareciendo tras el perro.

—Una rata hija de la chingada —dijo Nicéforo, descolgando del hombro la escopeta y el morral.

—¿Lo conociste?

—No.

—¿Te ganó?

—Lo mandé con San Pedro.

—¿Qué no era esta escopeta la que tenías allá arriba? —preguntó la mujer, mirando embelesada la juntura de bronce.

—Anda, dame de comer y déjate de pendejadas —cortó Nicéforo bruscamente.

Terminando de comer un plato rebosante de sardinas fritas, Nicéforo se fue a tender en la hamaca. Quería ganarle el sueño cuando la ruidera de los chamacos, que estaban apelonados en torno a la escopeta, lo obligó a levantarse. Desarmó la escopeta y, tras meterla en una costalilla que colgó de una solera, regresó a la hamaca.

Ni siquiera Nicasio se enteró de lo que había pasado. Regresó a media tarde cargado de pescado y, mientras Nicéforo dormía, comió y se puso a abrir los jureles para salarlos.

Por la noche, al ver que Nicéforo no conciliaba el sueño, Crisálida le preguntó si no habría motivo de disgusto con el cuerpo del difunto. Nicéforo le contestó ásperamente que durmiera y se dejara de chingaderas que a ella no le concernían. Toda la noche se la pasó dando vueltas para un lado y para el otro tratando de buscarle el modo al sueño. La imagen del ratero volvía recurrente a su cabeza, pero no por temor o preocupación, sino porque la maldita dormida que se había echado por la tarde no dejaba que le ganara ahora el sueño. Ya de madrugada se levantó a tejer la atarraya.



Afanoso y bien hecho, Nicéforo estaba siempre buscándole el modo al tiempo para que el beneficio no implicara sufrimiento, sino gozación. Cuando no tejía la atarraya o limpiaba el rifle, reparaba la caña o se entregaba a armar diferentes cuerdas para pescar. Y era justamente la pesca, en detrimento de la cacería, lo que ahora atraía mayormente su atención. Tenía una cuerda del cincuenta para roncadores y parguitos, otra del sesenta con calambote largo para el agujón, una más del setenta para los jureles y pargos más grandes; y, por último, una del ochenta para curricanear, que era la forma de pescar que más le atraía. Desde que había jalado unos jureles toros de más de cinco kilos, raro era el día en que no amanecía o atardecía en la playa lanzando el curricán con entusiasmo indeclinable.

Buscando la manera de optimizar el papaloteo del curricán para atraer mejor a los peces, había diseñado una serie de curricanes

que iban desde la típica parte frontal de la canilla de res hasta el de pata de venado. Los de pata de chachalaca, por lo estilizados y blancos, eran muy apetecidos por los jureles chicos, pero tenían el inconveniente que se fracturaban fácilmente. Los de la tibia de res, que eran los que usaban los lancheros para el atún, el barrilete y la sierra, eran muy efectivos para traerlos desde la lancha, pero al jalarlos desde la playa se dejaban venir sobre la superficie, perdiendo el papaloteo que atraía a los peces. Fue por ello que, a base de experimentar, llegó al hallazgo que ahora lo tenía cautivado: el curricán de mandíbula de venado. Para hacerlo agarraba la mandíbula hervida del venado y la raspaba cuidadosamente hasta que quedaba bien blanca; le cortaba luego los dos extremos y le extraía todos los dientes. En el extremo más delgado, con hilo de acero, le amarraba un anzuelo del diez, que unía a la cuerda por medio de un calambote del mismo hilo. Por último, fundía en una lata plomo y rellenaba los huecos de los dientes.

Una mañana, alto el sol, cuando él y Nicasio estaban jalando duro de una mancha de jureles que se arrimó a la orilla, vieron venir una lancha grande que, por haberla visto en la dársena de Santa Cruz, Nicéforo identificó pronto como de fondo de cristal. Al ver los turistas la jaladera de pescado de los dos hombres, comenzaron a festejar con grandes gritos el espectáculo, haciendo que el que manejaba la lancha se acercara para varar. Apenas la embarcación tocó la orilla, un numeroso grupo de turistas saltó atropelladamente a tierra y fueron a ver los pescados que aún aleteaban sobre la playa. Como no entendía nada de lo que decían los gringos, Nicéforo siguió lanzando el curricán, pero no para agarrar jureles, pues la llegada de la lancha los había ahuyentado, sino para darse gusto ante el acoso de las cámaras fotográficas. Bastó que una rubicunda voluminosa enfocara a Nicasio para que éste recogiera la cuerda alejándose hacia el otro extremo de la playa.

—¡Ven, no seas yope! —le gritó Nicéforo.

Sin siquiera voltear, en una actitud huidiza que evidenciaba su desencuentro, Nicasio siguió alejándose a paso rápido. Fue al mirar hacia atrás, para comprobar que ningún turista estuviera al alcance del curricán, cuando Nicéforo vio la razón de la huida de Nicasio.

—¿Y qué chingados hacen ustedes por acá? —le dijo Aquileo Ramírez, acercándose en compañía de otro lanchero.

Nicéforo se lo quedó viendo un instante para cerciorarse de si ese hombre hinchado por la bebedera y envejecido era el mismo del que tanto había oído hablar desde chamaco.

—Aquí nomás, paseando —dijo, logrando un mal lance por efecto del nerviosismo.

—¿No sabes que ya está prohibida la cacería? —dijo con voz autoritaria.

—Nomás unos pescados venimos a sacar —alegó Nicéforo, comenzando a recoger la cuerda con extremada lentitud, y viendo cómo ahora los turistas dirigían sus cámaras hacia los pescados.

—Seguro que por ahí tienen ya asado el animal.

Nicéforo guardó silencio y terminó de recoger la cuerda.

—Pues más vale que le jalen parriba —sentenció el jefe de la principal cooperativa turística—. Órale, güero, dile a los gringos que se suban —le dijo al joven de pelo requemado por el sol y el salitre que manejaba la lancha.

Cuando se alejó la lancha, Nicasio regresó a preguntarle a Nicéforo qué había pasado.

—Ese Aquileo Ramírez cree que todavía seguimos como andeanes —dijo Nicéforo inclinándose para recoger los pescados.

—¿Y no le dijiste que eres cuidador de FONATUR?

—No venía al caso —dijo Nicéforo, abrumado aún por la imagen sobajante de ese hombre que, junto con José y Mingo Castellanos, había impuesto su ley desde los bajos de Cacaluta hasta Copalita.

—Ese hombre nunca fue ni la sombra de su padre —añadió Nicasio, como queriendo borrar la impresión de cobardía que había dejado al retirarse ante la llegada de Aquileo.

—Alguien es, pero mejor será que siga en el argüende de la polilla y no le busque para este lado —concluyó con un deje sentencioso Nicéforo.

El mismo día que Crisálida descubrió que un ratón había comido las partes prenatales de Chedino, como le decían cariñosamente al niño, éste amaneció mal del estómago y con calentura. Poco antes de las diez vieron venir por la playa a un hombre a caballo, y al verlo

subir por la vereda reconocieron a Tiburcio, el tío de Crisálida, que traía la yegua. Crispín cortó el arranque agresivo del Pulgoso, y el jinete, de mediana edad pero de aspecto correoso, desmontó y saludó a Nicéforo y a su sobrina.

Mientras almorzaba un jurel asado acompañado de una taza de café, Tiburcio le comentó a Nicéforo que en el cruce del playón, entre un manchón de plantas de mala mujer, había un cuerpo comido por la zopilotería. Crisálida reojó nerviosa a Nicéforo, pero éste, haciéndose el extrañado, preguntó que quién sería. Al decir Tiburcio que no se podía dar razón, pues nomás quedaban los pellejos pegados a los huesos, la tensión de la mujer desapareció y desvió la plática hacia el estado de cosas de la ranchería.

—Pues por ese mero asunto vine —dijo el hombre, suspendiendo en el aire el ademán de tomar la taza de café.

Ladró el Pulgoso hacia la vereda y todos voltearon expectantes. No tardó en aparecer Nicasio trayendo colgados de una cuerda un montón de pescados. Saludó a Tiburcio y se fue atrás de la cabaña.

—¿Y qué novedad hay, pues? —inquirió Nicéforo con el semblante preocupado.

—Pues que Melitón no quiere compartir el agua —dijo Tiburcio por lo bajo.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Ahora dice que el pozo no aguanta para todos.

—Cómo chingados no va a aguantar. Pues se escarba más...

—No quiere que lo escarben para no dar derechos.

—Para qué le piden permiso. Agarren el agua y ya —dijo Crisálida subiendo el tono.

—Es que lo cuida todo el día con la retrocarga.

—Está loco —masculló Nicéforo—. Lo que quiere es que le den su balazo.

—Y antier mismo se agravó la cosa —dijo Tiburcio, sin cambiar para nada la expresión adusta del rostro.

—Bueno fuera que se lo chingarán de una vez —rezongó Nicéforo.

—Pues ahora tampoco quiere darnos la luz.

—¿Qué, ya pusieron el transformador? —preguntó con vivo interés Nicéforo.

—Ya, pero como tocó en su terreno nomás él agarró la luz.

—Pero cómo chingados va a ser, si el tendido lo levantamos entre todos.

—Pues no quiere. Y allí está nomás cuidando con la escopeta que nadie le meta mano al transformador, ni que agarren agua del pozo.

—Escarben otro pozo —sugirió Crisálida, molesta por la gritadera del niño en el interior de la cabaña.

—Ya le pusimos ganas, pero nos las quitó el techal; ni una cuarta avanzábamos diario.

—¿Y el pozo que tenía Quincerio arriba de la casa?

—¿No te acuerdas que lo cegaron con tamaña piedrota?

—¡Hijos de su chingada madre! —exclamó encorajado Nicéforo.

Hacia el mediodía la criatura empezó a evacuar sangre, y Crisálida, que desde la mañana había intentado varios remedios, le comentó derrotada a Nicéforo que el bebé se moría.

—Vamos a llevarlo con un médico a la Crucecita —dijo Nicéforo.

—Con el médico no voy —alegó quedamente la mujer.

—¡Cómo chingados no vas a ir! Tío —le gritó a Tiburcio, que estaba con Nicasio sacándole filo al machete—, ensílleme la yegua que vamos para la Crucecita.

—¿Sigue malo el chamaco? —preguntó el hombre acercándose.

—Puritita sangre está echando —dijo Crisálida compungida.

—Órale, cámbiate de vestido y alista al chamaco que nos vamos —dijo Nicéforo, mientras iba al morralito donde tenía los ahorros y extraía los billetes.

—No va a aguantar —balbuceó llorosa la mujer.

—¡Me lleva la chingada! ¡Que te apures, digo! —tronó Nicéforo con feo modo. Al ver que la mujer abrazaba llorando a la criatura, Nicéforo se ablandó y dijo más sosegado—: Te saco rápido con el chamaco a la costera y de allí tomas un carro.

—No va a llegar —lloriqueó la mujer.

Nicéforo se acercó y vio el rostro lívido y la mirada perdida del niño. Al reparar en la boca abierta y agrietada en un rictus de agonía, le dijo a Crisálida que le diera agua hervida al chamaco.

—Ya le di, pero no le asienta y luego la vomita.

—Pues lo que ha de ser que sea. Pásame al chamaco y cámbiate de una vez.

Se estaba dirigiendo con el niño en brazos hacia fuera de la cabaña cuando se oyó el zumbido acercante de una lancha. Nicasio fue rápido al terraplén y dijo que era una lancha de turistas.

—¿De la cooperativa? —preguntó Nicéforo.

—No, de gringos.

Ya cerca de la playa, la lancha apagó la máquina permitiendo ver sobre la cubierta una figura rubicunda.

—¡Heyyy! —resonó el grito por toda la playa.

—Están llamando —dijo Nicasio.

Se acercó Nicéforo con la criatura al terraplén y vio que la figura que estaba en la proa de la lancha hacía señas para que se acercaran.

—Y qué chingados quiere ese gringo loco —dijo Nicéforo, viendo el aleteo aparatoso del hombre sobre la lancha.

—¡Heyyy! —volvió a llegar la voz.

—Ten al chamaco que voy a bajar a ver —dijo Nicéforo pasándoselo a Nicasio.

Llegó encarrerado a la playa y vio a un joven de aspecto atlético y risueño que salía del agua a su encuentro.

—¡Hola! Busco al cuidador de FONATUR —le dijo a Nicéforo.

—Yo soy —asintió Nicéforo confundido.

—Ah, qué bueno. Vengo de parte del licenciado Salinas y mi nombre es Alejandro —dijo dándole la mano—. ¡Qué bello lugar! —añadió exhibiendo una sonrisa que destrabó la desconfianza de Nicéforo.

—Sí —dijo Nicéforo como autómata.

—¿Vive solo aquí?

—Con mi familia.

—Ah, ¿pero no vive nadie más?

—No.

—¿Y para adentro? —dijo señalando hacia la espesura.

—Nadie.

—Estupendo. ¿Y a cuánto está el poblado más próximo?

—Depende —dijo Nicéforo viendo cómo le hacían señas desde el terraplén.

—¿Qué? —inquirió el joven, siguiendo la mirada de Nicéforo hasta la loma donde Nicasio hacía señas con los brazos.

—Que depende de si se va por tierra o por mar.

—Por tierra.

—Para San Agustín se hace como una hora de camino.

—¿Y rumbo a la carretera?

—Como dos horas.

—¿Y para el otro lado?

—Como tres horas hasta Santa Cruz.

—¿Y no hay gente?

—Puro monte.

—¡Increíble! —dijo el joven energizado—. Oiga, ¿dónde podemos hablar con más detenimiento? —preguntó, viendo cómo Nicéforo no dejaba de mirar intranquilo hacia la loma donde estaba Nicasio braceando.

—¿Cómo dice? —dijo Nicéforo volteando en actitud de no estar escuchando.

—Mire, yo vengo con el grupo de biólogos encargado de diseñar la reserva ecológica, y quisiéramos que colaborara con nosotros.

—Sí, está bien —dijo Nicéforo sin darle importancia. Al ver cómo Nicéforo volteaba a cada rato hacia el terraplén, el joven empezó a inquietarse.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

—Tengo que irme —dijo Nicéforo indeciso.

—Ah, caray. ¿Y cuándo podríamos hablar?

—No sé. Cuando usted diga.

—¿De veras no puede permitirme ahora unos minutos? —insistió el joven motivado por la indecisión de Nicéforo.

—Tengo un chamaco malo.

—Ah, vaya. ¿Y podría volver mañana a esta misma hora?

—Sí.

—Bueno, pues, señor. ¿Cuál es su nombre?

—Nicéforo López, para servirle.

—Nos vemos mañana, ¿eh? —dijo el joven dándole la mano.

—Sí, no tenga pendiente.

Nicéforo apenas estaba alejándose a paso rápido cuando el joven volteó y le gritó para que se detuviera.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicéforo en tono cortante.

—¿Qué tiene el niño?

—No sé.

—¿No quiere que lo llevemos en la lancha para que lo vea un médico?

Sorprendido por el ofrecimiento, Nicéforo se quedó un rato en silencio hasta que al fin pareció aceptar.

—Déjeme ir a ver —dijo saliendo a la carrera hacia el monte.

En cuanto el costeño malencarado que manejaba la lancha supo que la demora de la partida obedecía al ofrecimiento que le había hecho el biólogo al cuidador, empezó a gruñir por lo bajo alegando que tenía un viaje pendiente con unos funcionarios muy importantes que venían de México. El biólogo trató de decirle que era más importante la vida de un niño que el paseo ocioso de los funcionarios, pero al ver cómo subían de intensidad los gruñidos del costeño, optó por cortar el diálogo, recordándole al lanchero que su grupo tenía autorización del director de FONATUR para disponer de la lancha en todo momento.

—Esa pinche gente luego se marea y ensucia todo —siguió renegando el lanchero.

El biólogo guardó silencio y fue hacia la proa a ver si llegaban con el niño. Cuando vio salir de los matorrales a una mujer flaca, contrastando su morenura con el rojo llameante del vestido, caminando abatida con una criatura en brazos y seguida del cuidador que traía al hombro un morral, volvió a confirmar con tristeza una verdad que, en los pocos años que llevaba haciendo trabajo de campo en diferentes comunidades, se le había grabado con dolorosa permanencia: nadie odiaba tanto a un indígena como otro indígena.

Llevando a orgullo toda su mala leche el lanchero se negó a acercar la lancha a la calmada orilla, alegando que si se quedaba varada él iba a perder su trabajo. No queriendo buscar la confrontación, el biólogo saltó al mar y fue a ayudarle a la mujer a subir a la lancha. Con el temor del que no sabe nadar reflejado en el rostro, Crisálida se dejó llevar por el joven sintiendo cómo la frialdad del agua la in-

vadía hasta la cintura. El biólogo le dijo a Nicéforo que subiera a la lancha para ayudarlo a jalar a la mujer, y sólo entonces, sin desprenderse del rictus despectivo que acentuaba la fealdad de su rostro renegrido, intentó el lanchero hacerse cargo de la maniobra. Empezó a darle órdenes a Nicéforo, que éste acató sumisamente sabiéndose en terreno extraño, hasta que el biólogo, con voz enérgica, le dijo al lanchero que regresara a su puesto, que ellos se bastaban.

Ya en travesía hacia Santa Cruz, el biólogo miró a la mujer y, al recibir una sonrisa agradecida, decidió acercarse a ver a la criatura. En cuanto Crisálida destapó la cara del niño, el biólogo sintió un estremecimiento que lo llevó de inmediato hasta el puesto de mando, donde el lanchero pavoneaba su experiencia ante Nicéforo.

—¿No puede ir un poco más rápido? —le dijo el biólogo con fuerza.

—Así está bien —masculló el lanchero.

—Si se muere la criatura, le pongo una demanda que lo meten preso de por vida —sentenció encabronado el biólogo, regresándose hacia donde estaba Crisálida con el niño.

—¿A poco tan mal está? —le preguntó el lanchero a Nicéforo, entreabriendo apenas los labios.

—Pura sangre está arrojando —dijo Nicéforo.

Agarrando a la mujer para que no se cayera con las sacudidas, el biólogo vio con satisfacción cómo la lancha erguía la proa y se levantaba veloz sobre el agua.

Cuando el biólogo le dijo al taxista que lo levantó en la dársena que los llevara a la clínica del seguro social, Nicéforo objetó que él no tenía seguro.

—¿No tiene contrato de trabajo? —le preguntó extrañado.

—Sí, tengo —afirmó Nicéforo.

—Pues ahora mismo vamos a inscribirlo al seguro.

—No, señor. Sin la tarjeta correspondiente no podemos atender a nadie —dijo una güera desabrida que atendía la entrada de los pacientes a la clínica.

—Señorita, este hombre trabaja para FONATUR y su hijo está muy grave —insistió el biólogo.

—Lo siento, señor, pero sin la tarjeta no puede pasar.

—Déjelo usted, mejor vamos al Centro de Salud —dijo Nicéforo quedamente.

El biólogo, con el rostro enrojecido de coraje, miró desesperado en todas direcciones hasta que vio a un tipo de lentes y bata blanca salir con una paciente de uno de los cuartos. Sin pensarlo dos veces fue a cortarle el paso. Tras poco más de cinco minutos de explicaciones, a las que el doctor asentía reojando varias veces el cuadro de desamparo que ofrecía Crisálida con el niño en brazos, parecieron superarse los obstáculos. Se dirigió el doctor a la ventanilla donde estaba la güera y le dio instrucciones para que posibilitara el pase.

Dos días estuvo Chedino batallando contra la muerte a base de suero intravenoso y ampicilina. Cuando Nicéforo los fue a recoger a él y a Crisálida a la clínica, tenía ya el comprobante de la solicitud de la tarjeta y un padrino ejemplar para su hijo.



Incentivados por las charlas ecológicas que les daba Alejandro cada vez que iba a visitarlos, Nicéforo y Nicasio, que también había sido contratado como vigilante, cuidaban la reserva como si fuera terreno propio. Por sugerencia de Nicéforo, Alejandro había conseguido del nuevo director de FONATUR que los marinos patrullaran la carretera y las entradas a las veredas, haciendo que los cortadores de madera y los cazadores se retiraran hacia zonas menos vigiladas. Sin embargo, no tardaron los malosos en engallarse con el hostigamiento; de manera que ahora, burlando mañosamente la vigilancia, no sólo cazaban a su antojo, sino que masacraban por puro gusto todo cuanto animal encontraban, y le prendían lumbre al monte a cada rato. Alejandro y dos nuevos compañeros de su grupo que recién habían llegado de México para instalar el jardín botánico en Copalita, leían los informes de Nicéforo y Nicasio, que les entregaba el licenciado Salinas, con desesperada impotencia, y cada quince días iban en lancha a Chachacual a consultar con los cuidadores la manera de solucionar el problema.

Una vez, al entregarle Nicéforo un informe de que había visto a dos cazadores llevando en un burro una mancuerna de venados,

el licenciado Salinas se puso fúrico clamando que aquello no podía seguir así, que era urgente buscarle un remedio.

—Mire, licenciado, no le busque remedio, búsquele el modo —dijo Nicéforo con su acostumbrada calma.

El funcionario se lo quedó viendo sin saber cómo tomar aquella sugerencia que parecía contener la solución a todo, pero que no le decía nada.

Ahora, al comentarle Alejandro que era indispensable darle una solución al problema de los cazadores furtivos, que la depredación de la zona podía ser objeto de escándalo para la prensa y grupos ecologistas, Nicéforo volvió a decirle lo mismo que le había dicho al licenciado Salinas.

—¿Qué quieres señalar con eso? —le preguntó confuso Alejandro.

—Pues eso, que ustedes quieren hacerlo todo de golpe y luego escogen el camino más largo.

—Sigo sin entender nada —masculló Alejandro.

Como Nicéforo permanecía en silencio, el biólogo, mordido por la incertidumbre, insistió para ver si tras el enigmático modo de expresarse del cuidador había algún provecho:

—¿Y qué harías tú para encontrarle el modo?

Luego de un par de minutos buscando la respuesta, Nicéforo se la volteó con garbo:

—¿Quieren ustedes que nosotros compongamos el asunto a nuestro modo?

—Depende de qué entiendan por “su modo” —dijo el experto en flora subtropical que Alejandro les había presentado a Nicéforo y Nicasio con el nombre de Eligio.

Otra vez el silencio volvió a distanciar a los vigilantes de los biólogos.

—Tienen que comprender que no podemos salirnos de los márgenes que señala la ley —añadió Eligio, sintiéndose culpable del silencio.

—Entonces así le vamos a seguir —dijo Nicéforo empezando a caminar a paso lento hacia los matorrales.

Nicasio, que había estado todo el tiempo con la mirada fija en la arena que removía incesantemente con el pie, al ver que Nicéforo

se retiraba jaló tras él haciéndole a los biólogos un movimiento de cabeza a manera de despedida. Cuando la lancha se había acercado a la orilla para recogerlos, Alejandro dejó en la arena los tenis que traía en la mano y salió a la carrera playa arriba. Vio que Nicéforo y Nicasio estaban entrando a la zona enmatorralada y les gritó que lo esperaran.

—Miren —les dijo jadeando por la carrera—. A mí lo que me importa es mantener la reserva ecológica a como dé lugar. Ahí ustedes verán cómo se las arreglan. ¿Me explico?

—Parece que sí —dijo Nicéforo.

—Nada más les pido que hagan las cosas bien, ¿de acuerdo?

—No tenga pendiente —dijo convencido Nicéforo.

A la mañana siguiente, luego de desayunar, Nicasio salió a hacer su recorrido rumbo a San Agustín, y Nicéforo se encaminó hacia la Crucecita para ver si el licenciado Salinas le cumplía con la ayuda que le había prometido para arreglar el acta de nacimiento de Crispín.

En las oficinas de Baja Mantenimiento, a donde había ido a reportarse con Rafael Colorín, entró en plática con Manuel Ramírez y otro vigilante. Con el pretexto de tomar un refresco salieron de las oficinas y se platicaron sin ambages sus problemas. Cuando Nicéforo oyó que de los más de doscientos trabajadores que había en Baja Mantenimiento sólo ellos tres se encargaban de vigilar toda la zona, se quedó en silencio tratando de no poner de manifiesto la contrariedad que lo embargaba. Quiso decirles que no eran tres sino cuatro con Nicasio, pero la crecida rencorosa de aquellos hombres, motivada por la falta de apoyo de los funcionarios, se le vino encima de manera desbordante. Supo así que los cientos de invasores que habitaban sin higiene y sin ley en la margen izquierda del río Copalita, contaminándolo a pasos agigantados, se pasaban al otro lado para cortar madera y cazar animales sin que nadie les pusiera el alto. A todas horas se oían los balazos, y no era nada extraño ver en pleno día a los malosos con la pistola trabada a la cintura. No había semana en que no encontraran montones de morillos, soleras y horcones cortados para levantar enramadas; cientos de chivas, sin que nadie las pastoreara, andaban ahora donde antes se guarecían venados y jabalíes. Los iguaneros le prendían lumbre al monte con una frecuencia y

saña que nunca se había visto antes. Y si en Copalita la cosa era grave, en los bajos de Coyula y el Arenal era un verdadero caos. Apenas iban con la orden jurídica a detener una construcción cuando ya se encontraban con otra levantada. Venados por esa zona ni los rastros se veían, y de lo que era cedro, caoba y demás maderas de valor nada más quedaban los árboles secos o los comidos por el comején.

—¿También hay mucho comején por ese rumbo? —preguntó Nicéforo, motivado por una plática que al respecto había tenido con los biólogos.

—Cantidad —le dijo Manuel—. Como se chingaron con los perros a los chupamiel, ya no hay animal que se friegue a esos pinches comeárboles.

—Pues está remal la cosa —dijo Nicéforo, queriendo retirarse para ir a ver el asunto del acta con el licenciado Salinas.

—Por eso nosotros mejor ni le movemos. Cuando algún cabrón nos pregunta qué hacemos o para dónde vamos, luego le decimos que a camppear para matar el hambre.

—Bueno, ahí nos estamos mirando —dijo Nicéforo despidiéndose.

—¿Y cómo está la cosa para tu rumbo? —preguntó el otro vigilante tratando de alargar la plática.

—Lo mismo.

—Pero tú siquiera vives allí, y no como nosotros que tenemos que reportarnos a diario después de andar de arriba parabajo.

—Ahí nos vemos. Pues tengo que ir a un mandado —cortó Nicéforo.

—A ver qué día te caemos por allá —le dijo Manuel cuando se alejaba.

Todo el edificio de FONATUR parecía poseído por el desconcierto. El ir y venir de los burócratas semejaba el desquiciamiento de una comejenera agredida. Tras unos instantes de observación, Nicéforo decidió acercarse a un empleado que trajinaba en un pequeño jardín interior. Le preguntó qué pasaba, y el hombre le dijo que había llegado un nuevo director. La primera impresión al recibir la noticia le hizo sentir un vacío en el estómago, que lo llevó a mirar de otra manera el río de gente que desbordaba los pasillos. Llegó a la

oficina del licenciado Salinas y, al ver a un grupo de personas platicando en medio de la sala, decidió retirarse sin ser notado.

—¿Qué pasó? —le dijo el licenciado Salinas, golpeándole el hombro al tiempo que entraba acompañado de dos tipos de aspecto arrogante.

—Aquí nomás, licenciado. Venía...

—Si traes algo, dáselo aquí a Isis —dijo el funcionario señalándole a la secretaria.

Quiso decirle que venía a otro asunto, pero el licenciado Salinas desapareció tras la puerta de su despacho privado. Indeciso y apenado, Nicéforo dejó resbalar la mirada para ver si alguien más compartía su azoro, hasta que se encontró sorpresivamente con la mirada risueña de la secretaria.

—¿Trae algún informe para el licenciado? —le preguntó la señorita con tono amable.

—No.

—¿No quiere dejarle algún recado?

—No, gracias. Ya regresaré después, —dijo Nicéforo, haciendo con la cabeza un saludo antes de retirarse.

Ensimismado y empequeñecido salió a la calzada y se fue caminando hacia la Crucecita. El ruido de los autos y el trajinar de los obreros en los nuevos edificios, que otras veces le habían infundido una sensación de prosperidad, lo sumían ahora en un desamparo que le otorgaba a su mirada un cariz de desolación y muerte. Apuró el paso para huir de los pensamientos que lo ubicaban de nuevo fuera de la ley y sin trabajo, y llegó al mercado a buscar a tío Nayo.

Hombre de buen comer y vida fácil, tío Nayo vivía ahora de tiempo completo con tía Brígida, que había conseguido en el centro del mercado un próspero puesto de frutas, verduras y granos. De poco más de cincuenta años, separada de su anterior marido y más argüendera que antes, tía Brígida conservaba aún un deje de la jacarandosidad costeña de su juventud, y era capaz de endilgarle su mercancía al mismísimo diablo. Tío Nayo, que ya siendo abuelo había renunciado a su familia para compartir los últimos años de su vida con esa voluminosa morena de tan buen natural, empezaba ahora a resentir el efecto del mítico matriarcado istmeño. No tardó

en aprovechar la salida de tía Brígida a comer para desahogar sus pesares ante una pregunta que le hizo el opacado Nicéforo.

—Pues ahora sí que de la chingada —dijo, dejando de kilear el frijol de una costalilla en bolsas de plástico.

—Usted nomás se queja de puro vicio —expresó Nicéforo recordando sus propios problemas.

—¿Puro vicio, dices? Todo es de ella: si quiero comer tengo que pedirle dinero, si quiero un refresco lo mismo, si salgo un rato y agarro plástica con algún conocido luego me regaña, si me quejo de cualquier cosa o comento algo que no le parezca luego me dice que ya estoy en edad de agarrar el camino que más me convenga.

—¿Y por qué chingados no se regresa? —lo cortó Nicéforo, molesto por la quejadera.

—Allá arriba ya no me quieren. Y esta cabrona me hizo dejar la chamba —dijo el hombre por lo bajo.

Un perro colorado, que estaba amarrado en un rincón del puesto, pareció compartir la desazón del momento y comenzó a quejarse. Cambiando de pronto su actitud, tío Nayo agarró una reata y sacudió un par de veces el lomo del perro. Ante el griterío lastimero del animal se hizo un silencio expectante en los puestos aledaños.

—Este hijo de la chingada cree que nació sin amo —dijo tío Nayo con un aplomo que parecía haber dejado sobre las costillas del perro la zozobra que segundos atrás lo embargaba.

—Suéltelo usted, para que haga su gusto —comentó Nicéforo.

—¿Su gusto? —repitió tío Nayo en tono subido—. Si le hubiera dejado hacer su gusto, que es andar de arriba parabajo, ya estaría bien masticado. ¿No ves que ya no hay perros como antes?

En un rápido repaso a su memoria Nicéforo comprobó que, efectivamente, ya no había visto en las últimas venidas a la Crucecita las agresivas correrías de los perros tras una perra en celo.

—Seguramente los levantó salubridad —dijo convencido.

—Salubridad no levanta ni a los muertos. Los tiburoneros son. Desde que un cabrón guerrense trajo el vicio de armar la cimbra con carne de perro, todititos se los levantan por la noche.

—¿A poco el tiburón le entra a la carne de perro? —inquirió Nicéforo, dudando si no sería otra de las trastadas de tío Nayo.

—¿No ves que perro llama a perro? Pues el tiburón es el perro del mar. Y yo le pregunté a Ranulfo lo mismo y dijo que ni la carne de cristiano chuquilla tanto como la de perro. Apenitas sueltan la cimbra con la carnada y se dejan venir luego luego los dientones.

Nicéforo guardó silencio y tío Nayo volvió a llenar y pesar las bolsas con frijol. Le preguntó a Nicéforo si no iba a llevar mandado, y éste lo miró con expresión ensimismada.

—¿Y por qué chingados traes esa cara? —le soltó tío Nayo a manera de regaño.

—Es la que tengo —dijo Nicéforo, sin ganas de entrar en plática.

—Es la que tienes ahora. Seguro problemas traes.

—Cambiaron al mero director.

—¿Y a ti qué te importa eso? Directores vienen y van; tú lo que tienes que ver es de cumplir con tu trabajo.

Animado por los comentarios que tío Nayo le hizo sobre la bondad de su trabajo de vigilante, Nicéforo fue desprendiéndose poco a poco de la preocupación que lo doblegaba. Al sabor de unas cervezas que tío Nayo mandó traer aprovechando una venta, Nicéforo le platicó cómo iba marchando todo por Chachacual, así como del biólogo que le había salvado la vida a Chedino. Cuando el regreso de tía Brígida predispuso su partida, Nicéforo se sentía repuesto y de buen talante, sin reparar para nada en la falta de solución al problema que había motivado su venida a la Crucecita. Sólo en la noche, al sentarse a cenar después de la larga caminata, la pregunta de Crisálida sobre lo que le había dicho el licenciado Salinas le hizo recordar de golpe la inutilidad de la ida. “No estaba el licenciado”, dijo como si hablara consigo mismo.



Complacido con su nueva vida, Nicasio no pensaba siquiera que pudiera haber algo más allá de su alcance que él necesitara. Las campearadas y la pesca le proporcionaban comida en abundancia, y como su aportación al gasto (aceite, frijol, maíz, azúcar, café y sal) era mínima y muy distanciada, pues sólo cuando iba a cobrar traía algo de mandado, casi todo el dinero que ganaba lo metía en una cuenta

bancaria que él y Nicéforo habían abierto ayudados por Alejandro. Por su natural arisco y poco comunicativo, siempre se hacía a un lado en las pláticas de Nicéforo con los biólogos o con algún extraño que llegaba a la playa, limitándose a secundar a Nicéforo en todas las tareas que les encargaban.

Después de dos semanas de dedicarse a la quemazón de las comejeneras que asolaban toda la zona, por sugerencia de Nicéforo se centró en vigilar la franja que iba de San Agustín a Coyula. Los biólogos le habían dicho a Nicéforo que esa franja era fundamental para la reserva, pues había que detener allí el empuje anárquico y ecocida de los coyulenses que, favorecidos por el desacuerdo entre FONATUR y el gobierno estatal, con el consiguiente vacío de autoridad, se entregaban a una depredación brutal del medio, construyendo con total impunidad y en alarde de bravuconería donde y como les daba la gana. Cuando Alejandro y su grupo le dijeron al nuevo director de FONATUR que el río de Copalita, que suministraba agua a todo el proyecto, estaba siendo contaminado por los asentamientos irregulares en su margen izquierda, y que Coyula y el Arenal crecían como un cáncer, hubo un ligero revuelo que pareció ser el inicio de una toma de conciencia ecológica.

Las dos primeras semanas posteriores a las decisiones tomadas por la dirección de FONATUR parecieron dar el resultado deseado. No bien Nicasio llegaba con un informe de que en San Agustín o Coyula estaban cortando madera o parando una enramada, una comisión jurídica se dejaba ir para decomisar la madera o sellar la construcción, pero sin ejercer función penal contra los culpables. Esta falta de acción penal, aunada a la difundida incapacidad de FONATUR para desalojar de Santa Cruz a los comuneros renuentes que obstaculizaban con sus chozas la marcha del proyecto, dio pie a que de nuevo se desatara una fiebre de levantamientos de enramadas, tala de árboles y cacería indiscriminada.

Por falta de presupuesto del gobierno estatal, la SEDUE había mandado de México a un funcionario de cuarta que, rehusando ordenar los desalojos para evitar las confrontaciones, había generalizado las invasiones. Las playas de la Entrega, Maguey y San Agustín, que apenas dos años atrás tenían dos enramadas para que sombrearan los

turistas, estaban ahora prácticamente repletas de restaurantes sin las mínimas medidas de higiene. El nuevo director, aplicando la misma política del inepto de la SEDUE, comenzó a tratar por separado con cada uno de los comuneros renuentes, acordando dar una cantidad extra de dinero para que desalojaran inmediatamente el terreno que FONATUR ya había vendido a inversionistas foráneos. En cuanto corrió la noticia de que al primer renuente que reubicaron le habían dado, aparte de los dos lotes y la casa del acuerdo originario, ciento cincuenta mil pesos, se armó un revuelo impresionante. Todos los renuentes exigieron la misma cantidad para salirse, y no faltaron comuneros —que ya vivían en la Crucecita— que amenazaron con ampararse si a ellos no les daban también otro tanto.

Fue bajo este desorden oficial, que había propiciado el cambio de cuatro directores regionales en menos de tres años, que Alejandro decidió cooperar personalmente con el departamento jurídico de FONATUR para tratar de detener la depredación de la reserva ecológica. Apenas llegaba Nicasio con el informe de que estaban construyendo otra enramada en San Agustín, reunía Alejandro al equipo punitivo y se iba de inmediato a clausurar la construcción. Como consecuencia de estas acciones los vigilantes comenzaron a ser objeto de amenazas. Nicasio, que nunca regresaba por el mismo camino, andaba ahora por el monte con la desconfianza del venado y la ligereza del puma. Observaba de lejos la playa en busca de nuevas construcciones y bajaba por la noche cuando le quedaba alguna duda.

Fue el hallazgo fortuito, por unos campeadores, de los restos del ratero que había ultimado Nicéforo, lo que hizo que la situación buscara salida por el camino más corto, pero lleno de abrojos.

De la presidencia municipal de Santa María, adonde habían ido a dar parte los campeadores, vinieron el agente del ministerio público y el médico forense a levantar los huesos roídos por los animales. Por el estado en que se encontraban los restos del esqueleto, no pudo el forense dar con la causa de la muerte, ni precisar la fecha de la misma, limitándose a señalar, por la observación del voluminoso cráneo que se conservaba aún en buen estado, que se trataba de un hombre de unos treintaicinco años de edad, y que por el tamaño de uno de los fémures, que estaba casi íntegro, mediría cerca de un metro ochenta.

Como nadie fue a reclamar los restos, éstos fueron enterrados en la fosa común del cementerio de Santa María, y el asunto quedó concluido. Sin embargo, el macabro hallazgo sirvió de pretexto para que las autoridades de Santa María y la comandancia local de la marina coordinaran una campaña de vigilancia.

Fuera de unas preguntas superficiales que les había hecho el licenciado Salinas al respecto, Nicéforo y Nicasio no sufrieron la menor molestia por causa del hallazgo del cadáver. Pero Alejandro, que en cuanto se enteró del asunto había cruzado con Nicéforo unas palabras con marcado acento cómplice, no dejó de celebrar el suceso por el orden que había traído a la reserva.

No habían pasado siquiera tres semanas cuando los marinos dejaron de patrullar la zona, dando pie a la incursión progresiva de los depredadores. Los informes de los vigilantes volvieron a exasperar a los biólogos, que exigían de la dirección de FONATUR la permanencia del patrullaje. Con excusas legales y otros subterfugios burocráticos que atendían más a la venta acelerada de las playas que al mantenimiento ecológico de la zona, el nuevo director local de FONATUR, con expresión agria y encumbrada, le dijo al grupo de Alejandro que él no podía hacer nada al respecto.

Un viernes por la tarde, Nicéforo llegó a Baja Mantenimiento con el informe de que en los altos de Cacalutilla había una lumbre muy fuerte. Como eran las cuatro y media, todos los empleados se estaban marchando. Rafael Colorín, luego de leer impasible el informe, le dijo que él no podía hacer nada hasta el lunes, cuando volviera la gente al trabajo.

—¿Entonces, dejamos que arda todo el monte? —le dijo Nicéforo, conteniendo apenas el encabronamiento.

—¿Y qué chingados quieres que hagamos? —le replicó molesto el jefe de vigilancia.

—Si no lo apagamos de una vez, luego va a agarrar los bajiales.

—Mira, saliendo de esta oficina, a mí todo lo que tenga que ver con FONATUR me vale madre, ¿entendido?

Movido por el impulso fúrico, cruzó Nicéforo la calzada y se adentró en las oficinas de FONATUR. Una oleada de bienestar lo inundó al decirle la secretaria que pasara, que el licenciado estaba en su despacho.

—Buenas tardes, licenciado —dijo Nicéforo esforzándose por controlar la respiración.

—¡Hombre, qué milagro que vienes a esta hora! —exclamó el licenciado Salinas, dejando de teclear en el programador.

—Es que hay una emergencia, licenciado.

—¿Ah, sí?

—Está ardiendo muy feo el cerro de Cacalutilla.

—¡Chin, eso sí que es grave! ¿Ya le avisaste a Colorín?

—Ya.

—Bueno, pues adelántate con la gente mientras yo le hablo al comandante para que nos mande a los marinos —dijo el funcionario echando mano al teléfono.

—Es que no hay gente, licenciado.

—¿Cómo está eso?

—Ya todos salieron.

—Déjame hablar con Colorín.

Tras varios minutos de intentar comunicarse con la oficina del jefe de vigilancia, el licenciado Salinas colgó el auricular y suspendió su mirada en un punto indefinido en actitud pensante.

—Déjame ver si está el de la SEDUE —dijo tomando de pronto el teléfono.

Tras comprobar que nadie contestaba, volvió a colgar dejando escapar por lo bajo una imprecación de desánimo. Agarró la cajetilla de Marlboro que tenía sobre el escritorio y prendió un cigarro. Luego de un par de bocanadas ensimismantes, enfrentó a Nicéforo:

—Mira, tú y Nicasio se van enseguida a tratar de apagar lo que puedan. Yo voy a hablar con el comandante para que mande un grupo de marinos por lancha.

Nicéforo asintió ligeramente con la cabeza y se retiró a paso lento y vacilante. El funcionario, que conocía el modo alegre y frontal del vigilante, supo que algo no marchaba.

—¿Hay algún problema? —le preguntó en tono amable.

—Es que no tiene caso que me adelante si van a llegar primero los marinos —dijo Nicéforo encarando al funcionario.

—Ah, no había pensado en eso. Sí, lo mejor es que te vayas con los marinos. Déjame hablarle al comandante —dijo apagando el

cigarro en un cenicero lleno de colillas y agarrando luego el teléfono. Apenas acababa de marcar cuando un rápido impulso lo hizo colgar de nuevo —. No, quien sabe cuánto tarden en salir esos marinos —dijo echando mano a otro cigarrillo. Lo prendió, le dio una jalada profunda y tras la expulsión del humo siguió hablando—. Mira, ve con la cooperativa Tangolunda y diles que te lleven, y que me manden luego la nota.

—Perdone la molestia, licenciado, ¿no podría darme de favor una notita para entregársela a don Aquileo o al que esté de encargado?

—Claro, hombre —dijo el funcionario mostrando una sonrisa relajante al tiempo que tomaba un papel membretado y se ponía a escribir.

—Es que luego le desconfían a uno —remarcó Nicéforo a manera de justificación.

—Aquí está.

—Gracias, licenciado.

—Ándale, al rato te mando a los marinos.



El tinglado de la cooperativa Tangolunda estaba frente a la dársena, justo a un lado del edificio de la aduana. Sentados en unos bancos que rodeaban la mesa de despacho, Nicéforo vio a un grupo de cooperativistas, entre los que sobresalían Pedro Lara y Aquileo Ramírez. No queriendo atraer la atención hacia su persona, entró por una esquina y se dirigió en tono apenas audible a la muchacha que estaba contando un montón de billetes. Al oír la solicitud de Nicéforo, la muchacha, sin levantar la vista de la mesa de trabajo, le dijo que ya habían cerrado. Nicéforo insistió alegando que era una emergencia; y la boletera, tras recorrer con una mirada de decepción la humanidad pesarosa de Nicéforo, gritó hacia el grupo que estaba celebrando una puntada de Pedro Lara, que si había alguien que quisiera hacer un viaje a Chachacual.

—Ya no hay más viajes por hoy —dijo Aquileo sin ver siquiera de quién se trataba.

La boletera le repitió a Nicéforo la orden, y éste decidió entonces mostrarle el papel que le había dado el licenciado Salinas. Lo tomó la muchacha con displicencia, pero Nicéforo vio que a medida que lo leía cambiaba su expresión. No queriendo separarse de la mesa donde estaban los billetes, la boletera llamó a uno de los lancheros y le dijo que le entregara la nota a don Aquileo.

—¿Y a qué chingados quieres ir tú a Chachacual? —dijo Aquileo acercándose con la nota a donde estaba Nicéforo.

Conociendo de sobra el modo sobajante del presidente de la cooperativa, y consciente de que la nota del licenciado Salinas había descubierto su movida, Nicéforo decidió jugársela de frente.

—A apagar una lumbre que está agarrando para los bajiales.

—¿Y piensas que voy a creer que el licenciado Salinas te manda a ti a apagar la lumbre?

—Es que soy vigilante —dijo Nicéforo sintiendo que una oleada de calor le abrasaba el cuerpo.

—¿A poco tú paraste la cabaña que está al final de la playa?

—Mía es.

—¿Así que tú eres el que se chinga todos los venados de Chachacual y luego vas con el chisme al licenciado de que fueron otros?

—Yo nomás vigilo —dijo Nicéforo, mirando hacia el suelo para no enfrentar las risotadas con que la palomilla celebraba las salidas de su jefe.

—Pues cuídate, no vaya a ser que te vigilen a ti —dijo Aquileo lanzándole una mirada cargada de veneno—. A ver, Pajarito —gritó hacia el corrillo—. Tíralo en Chachacual y regresa luego, que ya está metiéndose el sol.

Toda la noche estuvieron Nicéforo y Nicasio batallando con la lumbre. Cuando ya derrotados por el cansancio dejaron el cerro aún humeante, el resplandor del amanecer comenzaba a disipar el fulgor nocturno que desprendía a lo lejos la Cruccecita. Caminaron a paso agónico hasta el aguaje y, después de un baño reponedor, subieron a desayunar.

Era casi el mediodía cuando Crisálida los levantó diciéndoles que el fuego había vuelto a agarrar fuerza. Tuvieron que regresar a apagar los nuevos brotes que amenazaban con extenderse por una

cañada. Decidieron volver a la cabaña después de sombrear un par de horas y ver que no salía humo por ningún lado.

Al acercarse a la playa, el bullicio de un grupo de gente le hizo creer a Nicéforo que eran los marinos. Empezó a subir la vereda y, desde la mitad de la subida, vio que eran dos lanchas turísticas que habían varado con su carga escandalosa.

—¿No vinieron los marinos? —le preguntó a Crisálida apenas llegando.

—No, nomás turistas —dijo la mujer, mirando con pesar la ropa tiznada de los dos hombres.

—Seguro que bajaron en otra playa y se enmatorraron a dormir —dijo Nicasio, al tiempo que dejaba el machete y el rastrillo en una esquina.

—Se van a poner bravos los biólogos —comentó Nicéforo.

Como no aparecieron tampoco los marinos durante el domingo, Nicéforo partió el lunes con la oscurana hacia Santa Cruz. Eran casi las diez de la mañana cuando entró en las oficinas de Baja Mantenimiento.

—¡Cómo me encabrona la gente mentirosa! —le gritó Rafael Colorín al verlo frente a su escritorio.

Sin saber cómo tomar la explosión de su jefe, Nicéforo optó por entregarle el reporte que había elaborado. Lo tomó Colorín de mala manera y, luego de un rápido vistazo, volvió a tronar:

—¡A quién chingados quieres hacer pendejo con este informe!

—Yo nomás digo lo que sucedió —alegó Nicéforo, sorprendido por la furia de su jefe.

—¡Puro argüende! —yo mismo fui el sábado por la carretera a ver el chingado incendio y no encontré nada.

—Pero cómo se iba a ver desde la carretera si está a tres horas de camino tras el cerro de Cacalutilla —dijo con fuerza Nicéforo.

—¿Y sigue ardiendo todavía? —preguntó el jefe de vigilantes en tono más comedido.

—Ya no, ayer por la tarde terminamos de apagarlo.

—¿Y ustedes dos nomás lo apagaron?

—Sí, estuvimos toda la noche del viernes y luego volvimos el sábado.

—Está bien, llévale el informe al licenciado. Ya mandaré yo después a alguien para que confirme lo que dices —dijo Rafael Colorín retomando su acostumbrado modo sobajante.

En la oficina del licenciado Salinas, Nicéforo se encontró con Alejandro y otro integrante de su grupo. Se saludaron efusivamente y en seguida el biólogo abordó con expresión preocupada al vigilante:

—¿Lograron los marinos controlar el fuego?

—No fueron —dijo Nicéforo en tono reservado.

—Ah, caray —terció el licenciado Salinas—. Pero si el comandante mismo me dijo que el sábado a primera hora salían por lancha.

—Saldrían, pero a Chachacual no llegaron.

—¿Y el fuego? —preguntó alarmado Alejandro.

—Ya lo apagamos.

Ante la queja resignada del funcionario y el encabronamiento progresivo del biólogo, Nicéforo refirió la batalla de dos días que él y Nicasio habían tenido con el fuego.

—¿Y como cuánto monte se habrá quemado?

—Como unas diez hectáreas —respondió Nicéforo, viendo cómo el semblante de Alejandro se inflamaba de coraje.

—¡Mierda! Mañana mismo voy a escribir un informe para que el Banco Interamericano de Desarrollo suspenda todos sus préstamos para Huatulco —dijo enfrentando al funcionario.

—Con su permiso, yo me retiro —dijo Nicéforo sintiéndose a disgusto ante el silencio imperante.

—¿Y no tienes idea de cómo se prendió? —le preguntó el licenciado Salinas tras encender con apuro otro cigarro.

—Fueron dos iguaneros. Le echaron lumbre a un tronco seco de ocotín para sacar una iguana, y se les fue la lumbre.

—¡Es increíble! —profririó Alejandro, encarando al otro biólogo que permanecía en actitud ensimismada—. Están acabando sistemáticamente con el medio y a nadie le importa un carajo.

—Ya me voy —volvió a despedirse Nicéforo.

—Sí, pásale —dijo el licenciado Salinas aparentando una calma forzada.

—Es el colmo, por andar como locos tratando de vender las playas no se dan cuenta de que si se conservaran plenamente los ecosis-

temas vendrían los inversionistas a montones —oyó Nicéforo la voz subida del aguerrido biólogo cuando salía de la oficina.

Esa misma tarde, mientras se estaban dando un baño en el aguaje, y luego de oír los pormenores de la ida de Nicéforo, Nicasio le refirió que entre San Agustín y el Jicaral había encontrado a dos campeadores.

—¿Los viste de frente? —preguntó Nicéforo.

—Clarito. Los estuve espiando mientras sacaban un armadillo de la cueva.

—¿Los conoces?

—Son piedramoreños. Al que traía la retrocarga le mientan el Zopilote.

—¿Traían arma, entonces?

—Nomás la que te digo. El otro cargaba hacha y machete.

—¿Y cómo se miraban?

—El Zopilote es prieto, malencarado y de mirada picante.

—¿Y el otro venía a raíz?

—Sí, ni guaraches cargaba.

—¡Esos hijos de la chingada son! —exclamó Nicéforo, suspendiendo por un instante el enjabonamiento.

—¿Traes disgusto con ellos?

—Ese que dices que le mientan el Zopilote ya me echó pleito.

No dijo nada Nicasio, y Nicéforo, con menos alegría y en silencio, siguió enjabonándose. Después de echarse varios jicarazos de agua para quitarse el jabón de la cara, dejó escapar entre dientes:

—Esos hijos de la chingada están enviciados.

—Hay que andar listos —comentó Nicasio con gravedad—. Ese Zopilote ya debe varias vidas.

—Luego se le ve en los ojos la mala sangre.

Salieron del aguaje y comenzaron a vestirse. El sol declinante se cubrió de nubes y un aire húmedo y de fuerte olor marino mecía los bejucales que rodeaban el aguaje.

—Parece que va a ser buen año de lluvias —comentó Nicasio. Como Nicéforo no dijo nada, decidió plantearle de una vez el asunto que últimamente le había estado quitando el sosiego—. ¿Habrá disgusto si matamos un venado?

—¿Traían burro esos dos? —le preguntó Nicéforo mirándolo con expresión preocupada.

—No, al hombro cargaban los animales.

—¿Qué animales?

—Un resto de iguanas y dos armadillos.

—¿Sin perro?

—El perro fue el que me guio. Estaba ladrándole al armadillo encuevado. Me asomé desde una loma y lo vi, y luego llegaron esos dos. El Zopilote traía de un lado la retrocarga y del otro dos armadillos, y el otro cargaba el tercio de iguanas.

—¿Y para qué, entonces, querían otro armadillo?

—Nomás para fregarlo lo sacaron.

—¡Hijos de la reputa!

—El otro todavía le decía que lo dejara quedar, que para qué querían otro, pero el cabrón Zopilote luego de que macheteó todito al pobre animal, le dijo que para qué chingados lo iban a dejar quedar habiendo tanto zopilote.

—¡Enviciado está ese cabrón!

—Por eso es que le dicen el Zopilote.

Al día siguiente temprano salieron a buscar las huellas de los dos piedramoreños. Llegaron donde la zopilotea estaba devorando al armadillo y, luego de ver los rastros de regreso en la vereda, se sentaron a sombreadar un rato. Mientras veían en lo alto el planear ascendente de los zopilotes, Nicéforo extrajo del bolsillo trasero la navaja y se puso a grabar en la culata de la escopeta unas letras que Nicasio trató en vano de descifrar.

—¿Y dónde conseguiste la escopeta? —le preguntó a Nicéforo, luego de dejar el rifle apoyado sobre el árbol que sostenía su espalda.

—La encontré en el monte —dijo Nicéforo sin levantar la vista.

—Esa chingada retrocarga está maldecida —comentó Nicasio en tono de rechazo.

—Estaba —añadió Nicéforo sin inmutarse.

Se quedaron en silencio y Nicasio, vencido por el sueño, se dejó resbalar en busca de acomodo. Cuando Nicéforo lo sacudió ligeramente para despertarlo, abrió los ojos con expresión asustada y preguntó qué pasaba.

—Vámonos —dijo Nicéforo echándose la escopeta al hombro.

Al ver la agresiva discontinuidad de las heridas que la navaja había abierto sobre el cuerpo uniforme de la escopeta, Nicasio se acercó intrigado. Dobló la cabeza para ver mejor, pero Nicéforo lo atajó acomodando la escopeta frente a ambos.

—La llave de San Pedro —dijo leyendo las incisiones que brillaban sobre el café oscuro de la culata.



Acababa de salir Nicasio para dar un recorrido por los altos de San Agustín cuando una lancha enfiló a toda máquina hacia la parte de la playa cercana a la cabaña. Luego del alboroto los chamacos corrieron a avisarle a Nicéforo que venía gente.

—Fíjate si agarran para la vereda —le dijo Nicéforo a Crispín.

Volvió el chamaco al terraplén y unos fuertes chiflidos lo regresaron a la carrera.

—Ahí vienen, pá —dijo apurado.

Dejó Nicéforo el curricán que estaba preparando y salió al terraplén. Volvieron a chiflar, y al asomarse Nicéforo le hicieron señas para que bajara. Fue a la cabaña y le dijo a Crisálida que le diera ropa limpia. Cuando salió a la playa ya Alejandro venía a su encuentro.

—Vaya, pensamos que ni te habías enterado —dijo dándole la mano.

—Es que estaba atareado —dijo Nicéforo, luciendo el impecable uniforme que recién le habían dado en Baja Mantenimiento.

—Ah, déjame presentarte a estos amigos —añadió Alejandro al ver que se le juntaban los demás acompañantes—. Eligió ya vino, ¿te acuerdas? —asintió Nicéforo dándole la mano—. Éste es Enrique Laclette, nuestro experto en ecología marina. Y creo que también debes saber quién es Arturo Lara.

—No —dijo Nicéforo, mirando de soslayo al joven moreno y sonriente que le daba la mano.

—Cómo no —expresó convencido Alejandro—. Es hijo de don Herminio y sobrino de don Pedro, el de la cooperativa turística.

—Ah, sí —dijo Nicéforo tornando el recelo en respeto.

—Queremos pedirte que nos acompañes a ver todo lo que se quemó.

—Está algo retirado —objetó Nicéforo viendo la impronta festiva del grupo.

—Venimos equipados —dijo Alejandro, haciendo un movimiento alusivo hacia las mochilas que Eligio y Enrique cargaban a la espalda.

—¿Traen agua?

—Sí.

La primera media hora de camino fue recreativa. Los biólogos se detenían impresionados por la feracidad circundante y atraídos por alguna variedad de planta o árbol que no conocían. Alejandro le preguntaba a Nicéforo el nombre local de las variedades que llamaban su atención, y Eligio anotaba todo en su cuaderno. Ante el hallazgo de un tejón cuadrillero descompuesto, los biólogos comenzaron a lamentarse. Después, al ver los muñones de los inmensos cedros, guayacanes y caobos que habían aserrado, los ocotines y ocotillos hacheados por los iguaneros, y los acahuals que surgían aquí y allá como cicatrices imborrables de pasados incendios, los lamentos dieron paso a una profunda desazón, que se tornaba más doblegante conforme se acentuaba el cansancio. Alejandro, sin dejar que las muestras de depredación opacaran su natural vitalidad, aprovechaba los hallazgos para soltarle al joven Lara toda una retahíla sobre la falta de respeto de los huatulqueños hacia su propio medio. De expresión vivaz y con el porte digno y señorial de un principal zapoteca, asentía Arturo con un ligero movimiento de cabeza a todo lo que le decía Alejandro, y sólo al final, cuando ya el biólogo consideraba concluida la reprimenda, dejaba escapar Arturo entre dientes su opinión, que lo acrecentaba a los ojos de Nicéforo:

—Esto solamente se puede componer con educación.

El cáncer ceniciento de la quemazón sobre la piel del cerro volvió a encender las quejas de los biólogos. Haciendo eco de las críticas corrosivas que Alejandro lanzaba contra la negligencia de los burócratas que propiciaban tales ecocidios, Nicéforo lo llevaba de uno a otro extremo de la quemazón pormenorizándole los daños sufridos e insistiendo en que si no se resembleda lo quemado, pronto sería

un zacatal predispuesto a más violentos incendios. Sólo al llegar a la mera punta del cerro y ver, gracias a la tirazón de árboles quemados, la panorámica selvática que se extendía en trescientos sesenta grados hasta donde alcanzaba la vista, pudieron las energías sublimarse en un silencio ritual. Con el rostro resplandeciente por la visión de tanta naturaleza aún no profanada por la barbarie del progreso, los biólogos recorrían la circunferencia de la cima no pudiendo evitar profundas exclamaciones de admiración.

—Si al menos lográsemos salvar una cuarta parte de toda esta selva sería un verdadero milagro —dijo Alejandro en tono espezanzado.

—Se puede —comentó Arturo por lo bajo.

—¿Pero cómo? —inquirió Eligio, oscureciendo de pronto con la duda la iluminación que le daba el sol a su rostro.

—Con educación —sentenció Arturo.

—Se ve que no frecuentas mucho al animal político —comentó Alejandro con sarcasmo. Luego de breve silencio volteó hacia Nicéforo, que se esforzaba por limpiar el tizne que se había adherido a la pierna derecha del pantalón—. ¿Le seguimos, señor vigilante?

—Vámonos —dijo Nicéforo incorporándose.

De regreso a la playa Alejandro se quitó la ropa y en traje de baño se arrojó al mar. Las exclamaciones de gozo que profería terminaron por atraer a los acompañantes. Mientras Arturo le hacía señas al lancero para que se arrimara, Nicéforo le gritó a Alejandro diciéndole que se retiraba. Poseído por la euforia del baño el biólogo le dio las gracias y siguió chapoteando con sus compañeros. Saliendo de la playa Nicéforo vio venir a la carrera a su Crispín.

—Pá, dice má que vaya usted, que llegó tío Tiburcio —le dijo el chamaco fuelleando.

Luego del saludo de rigor, Nicéforo buscó un asiento y le pidió a Crisálida un poco de agua.

—¿Son gringos? —preguntó Tiburcio atraído por la algarabía de los biólogos.

—No, son los que andan viendo de proteger a los animales y a los árboles.

—¿Y pagan bien? —dijo Tiburcio interesado.

—A ellos los manda el gobierno para que no chinguemos lo que aún queda.

—Ah, bueno. ¿A campear fueron, entonces?

—Los llevé a ver una quemazón.

—¿Y no tendrán chamba para mí?

—Déjeme ver. Yo luego le aviso.

—¿Quieres almorzar de una vez? —le preguntó Crisálida.

—Sí. Crispín, tráeme una jícara con agua para lavar las manos. ¿Y Nicasio no ha regresado todavía?

—No —dijo la mujer, espantando con un trapo las moscas que estaban sobre la mesa sucia—. ¡Parece plaga! —protestó con fuerza.

—Esto no es nada, vieran parriba —dijo Tiburcio.

—¿Y qué novedad lo trae? —le preguntó Nicéforo.

—Pues vine por derecho a decirles que ya fregaron a Melitón.

—Merecido lo tenía —masculló Nicéforo.

—¿Y quién mero fue? —inquirió Crisálida.

—Pues no se sabe.

—A ver si así se acaban los chingados pleitos —añadió Nicéforo, mientras se lavaba las manos con el agua que Crispín le echaba.

—La cosa es que ahora no hay agua —expresó Tiburcio en tono sombrío.

—¿Y eso?

—Pues como luego de acuchillarlo botaron el cuerpo dentro del pozo, la autoridad vino a clausurarlo.

—Ah, chingados.

—Así que estamos peor que andenantes —concluyó Tiburcio.

—¿Y quién dice la gente que fue? —insistió la mujer desde el fogón donde estaba calentando las tortillas.

—Pues que tú y Nicasio —dijo el hombre enfrentando a Nicéforo.

—Ah, pinche gente cómo es de argüendera —protestó Nicéforo, al tiempo que arrimaba la silla a la mesa—. ¿Ya almorzó?

—No.

—Pues arrímese paracá, que no tiene caso malpasarse.



Por la noche, después de cenar dos espléndidos jureles toro que había curricaneado Nicéforo, los tres hombres se quedaron a platicar un rato. Nicasio, que recién había llegado con la puesta del sol, trajo la nueva de que por los altos de San Agustín se estaban dejando venir como arrieras los campeadores. Tiburcio los defendió, alegando que la sequía y la carestía de la vida los obligaba a echarse al monte para ver de matar el hambre. Nicasio enfrentó el argumento expresando que el vicio y la flojera eran la raíz del mal; que en la zona turística había trabajo de sobra pero que ninguno quería obligarse.

—Y además —terció Nicéforo—, casi todos estos cabrones venden los animales para ir a la cantina a tomar.

—No todos —alegó Tiburcio.

—Mire, no me vaya a decir...

El estruendo de un escopetazo le quitó a Nicéforo la palabra, y el Pulgoso empezó a ladrar hacia el aguaje.

—¡Calla ese chingado perro! —gritó Nicéforo hacia dentro de la cabaña.

Salió Nicasio al terraplén y dijo que adelante del aguaje se veía una luz. Tiburcio y Nicéforo se encaminaron hacia donde estaba Nicasio y vieron el punto de luz que bailoteaba entre los matorrales. Del interior de la cabaña salió Crispín con la lámpara prendida. Inmediatamente el punto de luz desapareció en la negrura de la distancia.

—¡Apaga esa pinche lámpara y vete para dentro! —le ordenó Nicéforo al chamaco.

—Venado chingaron —comentó Nicasio.

—¿No vio usted pisadas de gente cuando se vino? —le preguntó Nicéforo a Tiburcio.

—Había, pero era rastro viejo.

—Entonces vinieron por la tarde.

De nuevo volvió a verse el haz de luz entre los matorrales.

—¿Y si le caemos? —sugirió Nicasio.

—No tiene caso —dijo Nicéforo regresando a sentarse.

—Déjenlos, chingados, hay animales de sobra para todos —expresó Tiburcio.

—Ya se los están acabando —repuso Nicasio.

—¡Qué se los van a acabar!

—A usted le va a tocar ver cómo se chingan los últimos venados —sentenció Nicéforo mirando hacia la inmensidad estrellada. Tiburcio quiso decir algo, pero el canto sentencioso de un tecolote hizo que un sonido inarticulado se le cayera de los labios.

No rompió aún el amanecer cuando Nicéforo se levantó del petate. Al estar haciendo unos buchecillos de agua se le juntó Tiburcio. Cruzaron unas palabras sobre el calor sofocante de la pasada noche, que presagiaba lluvias tempraneras, y bajaron a la playa. Mientras recorrían a paso lento el largo de la playa, el resplandor del nuevo día empezó a asomarse tras el cerro. En el aguaje no se veía la menor señal de humo. Viendo Tiburcio la actitud precavida de Nicéforo, dejó escapar con un deje de experto:

—Esos anoche mismo se regresaron.

No dijo nada Nicéforo y siguió caminando con la misma desconfianza. En la punta del aguaje más cercana a la playa distinguieron profuso huellaje de venado.

—Como ya terminaron de tirar los ciruelos, bajan obligados al agua —dijo Nicéforo examinando los rastros.

—Oye, sí —comentó Tiburcio, impresionado por el picadero de las pezuñas sobre el lodo—. ¿Y no estaría bueno ponerle espía?

—Ya no lo permiten esos señores.

—¿Los que vinieron ayer?

—Ésos.

—Pero apoco se van a molestar porque nos comamos un animalito —dijo Tiburcio deseoso.

—Son delicados.

—Tampoco tenemos por qué decirles nada.

—No se puede —concluyó Nicéforo al tiempo que reanudaba la marcha.

En la parte de arriba del aguaje encontraron unos cuajarones de sangre, y huellas de gente y de un animal grande. Mientras Nicéforo observaba con atención las huellas, Tiburcio comentó con sorna que esos amigos no necesitaban permiso para chingarse los venados. No fue el comentario de Tiburcio sino la naturaleza de las huellas lo que hizo que Nicéforo enrojeciera de coraje. Viendo la expresión tormentosa de Nicéforo, Tiburcio enserieció de pronto.

Al seguir Nicéforo tras el rastro que habían dejado los cazadores, Tiburcio se le juntó y dijo que eran dos, que uno traía huaraches y que el otro venía descalzo.

—Sí, ya sé —dijo Nicéforo secamente.

—Y también cargaban perro —añadió Tiburcio.

—Esas marcas no son de perro, ¿o es que no sabe usted distinguir?

Sentido por el tono agresivo de Nicéforo, Tiburcio se fue quedando rezagado hasta que lo vio desaparecer tras unos matorrales. Cloquearon las chachalacas a una treintena de metros y Tiburcio quiso arrancar en busca del rifle.

—¡Venga pacá! —le gritó Nicéforo.

Se acercó el hombre a la carrera incentivado por la crecida de los cacareos, pero al querer abrir la boca para convencer a Nicéforo de que nadie se iba a ofender porque mataran un par de chachalacas, vio algo en el piso que lo enmudeció al instante.

—¿Ya ve de qué animal eran las marcas? —le dijo Nicéforo sacándolo del pasmo.

—¡Hijos de la rechingada, nomás el cuero se llevaron! —exclamó Tiburcio, viendo la enorme masa de carne macheteada en varios pedazos—. ¿Sería león?

—Leona. Y mire, bajó al agua porque recién había comido venado —dijo Nicéforo, sacando con la punta del machete del estómago del animal un brazuelo medio masticado.

—¿Que no se podrá aprovechar?

—Chingados, parece que trae arrastrando el hambre.

—Ustedes porque tienen de dónde, pero uno que vive parriba ni cuándo.

Después de separar la cabeza del puma, Nicéforo emprendió la marcha de regreso.

—¿Qué, así nomás lo vas a dejar?

—No, luego regreso con la pala a enterrarlo.

—Dicen que la carne de león se destufa hirviéndola con hoja de aguacatillo —insistió Tiburcio, sin desprender su visión de los trozos de carne.

—Si usted quiere hacer su gusto, hágalo. Pero deje ya de estar chingando —dijo Nicéforo alejándose hacia la playa.

Una vez en la cabaña le pidió a Nicasio que fuera a enterrar el animal, mientras él se daba unos jicarazos y cambiaba de ropa. Ya que estuvo listo, tomó una hoja de reportes y se sentó a escribir:

“Aller por la noche binieron unos casadores a casar a la laguna y como a las nueve y media se oyó un disparo y luego que amanesió fui a ber que susedía y encontré las huellas donde abian disparado y tanvien las huellas de un león. Segí el rastro y lo encontré mas adelante ya sin cuero y las personas que lo abian matado ya no estaban.

Vigilante Niséforo Lopes”



Después de leer el informe, el licenciado Salinas no pudo evitar una sonrisa incrédula. Pero en cuanto vio la cabeza del puma que Nicéforo extrajo de una bolsa de plástico, enserieció de golpe y no supo hacer otra cosa más que decirle a la secretaria que localizara inmediatamente a Alejandro. Sentado en el banco de la sala de espera, Nicéforo observaba el desfile festivo del personal de las oficinas contiguas para ver la cabeza del animal sacrificado. “¿De veras mataron un puma en Chachacual?”, “¿Ya viste los colmillotes?”, “Ay, qué bueno que mataron ese animal tan feo”, oía Nicéforo los comentarios de toda la fauna burocrática que entraba y salía del despacho como si estuvieran hablando en un idioma extraño y carente de alma.

Había pasado un poco más de una hora cuando Alejandro y Eligio llegaron encarrerados. Saludaron a Nicéforo y, luego de que éste le pormenorizó lo sucedido, Alejandro profirió sus habituales mentadas contra los cazadores furtivos y la negligencia de las autoridades. Entre el licenciado Salinas y el jurídico, que acudieron por el escándalo, calmaron un poco al biólogo llevándoselo adentro del despacho. Cuando un cuarto de hora más tarde Nicéforo se asomó tímidamente para decir que se iba, Alejandro salió con él y lo llevó hacia un rincón.

—Oye, ¿y no tienes idea de quién pudo haber sido? —le dijo por lo bajo.

Nicéforo miró de soslayo hacia la secretaria, que parecía ajena tecleando sobre la máquina, y luego de comprobar que nadie estaba pendiente de la plática, dejó escapar entre dientes:

—Son los mismos que chingan los venados y que le echaron lumbré al monte.

—¡Hijos de su puta madre! —explotó Alejandro, sacando de su tarea a la secretaria—. Disculpe, señorita, pero es que...

—No tenga cuidado —expresó la secretaria enrostrando una sonrisa indulgente.

Jaló Alejandro a Nicéforo hacia los baños, y una vez que estuvieron seguros volvió sobre el tema:

—¿Y no podrías llevar a los marinos para que les tiendan una emboscada?

—¿Y cómo? —se la devolvió Nicéforo—. ¿Cree usted que los marinos o los judiciales van a aguantar la chinga de estarlos esperando?

—Mierda, alguna manera habrá para agarrarlos.

Tras un par de minutos de silencio se oyeron claras unas pisadas. Justo cuando alguien estaba empujando la puerta, Nicéforo dijo como para sí mismo:

—Manera hay.

El recién llegado, un chaparrito moreno y bigotón, se los quedó viendo con mirada acusadora por la expresión de misterio que encontró en ambos rostros. Salió Alejandro sin decir palabra y esperó a que Nicéforo lo alcanzara en el pasillo.

—Mira —dijo clavando su mirada inquisidora en la del vigilante—. Ya te dije que a mí lo que me importa es mantener la reserva a como dé lugar. Si tú sabes la manera, adelante, tienes todo mi apoyo. ¿De acuerdo?

—A ver qué se puede hacer —dijo Nicéforo, mirando para el pegote de chicle que trataba de remover con la punta del huarache.

No había pasado aún una semana cuando Nicasio, luego de regresar de una campeada por los altos de Cacalutilla, le dijo a Nicéforo que los dos malosos acababan de pasar para abajo.

—¿Te vieron? —le preguntó Nicéforo con interés.

—No, me metí al monte cuando los vi venir.

—¿Traían arma?

—Sí, la retrocarga. Y también traían burro y perro.

—Harta carga piensan llevar —dijo Nicéforo como pensando en voz alta.

—Segurito van a acampar en el aguaje.

—Sí.

—Tú dices si les caemos.

—No, en el aguaje no. Van a estar ariscos.

—¿Dónde, entonces?

—¡Mujer! —gritó Nicéforo hacia dentro de la cabaña, donde Crisálida estaba amamantando al niño—. Sácame la chamarra que voy a la espía.

A oscuras, Nicéforo adelante con la escopeta y Nicasio atrás con el rifle, caminaron hacia el playón donde se cruzaban las veredas. En silencio, alerta al menor ruido, Nicasio observaba cómo Nicéforo iba y venía buscando entre los matorrales un lugar apropiado para la espera. Por último, y luego de acercarse hasta el ciruelo desde donde le había disparado al ratero, Nicéforo pareció convencerse de que el lugar no era apropiado.

—Vámonos más parriba —le dijo a Nicasio.

—¿No estará bueno aquí?

—No me late nada. Capaz y nos descubre el chingado perro.

Siguieron por la brecha rumbo a la costera hasta que, como un kilómetro más arriba, Nicéforo se detuvo y subió a observar un paredón que bordeaba el camino.

—Aquí mero —dijo bajándose la escopeta del hombro.

—Sí, aquí está bueno —asintió Nicasio luego de un rápido vistazo.

Se acomodaron en el suelo, a una veintena de metros del camino, limpiando alrededor para evitar que les fueran a llegar las chinches o los talajes. Ya que estuvieron acomodados, cada uno con su arma lista, Nicéforo le dijo a Nicasio:

—Déjame al Zopilote.

—¿Y qué hacemos con el burro? —preguntó Nicasio.

—También lo mandamos con San Pedro, para que los acompañe en el viaje.

Se quedaron en silencio. Con la mayor tranquilidad Nicéforo prendió un cigarro y se puso a fumar recostado contra un tronco de granadillo que les cubría el flanco izquierdo.

—¿Vendrán con la oscuridad? —inquirió Nicasio al rato.

—Se me hace que van agarrar camino con la primera luz —aseguró Nicéforo.

—Entonces voy a cabecear tantito, que me está ganando el cansancio.

—Sí, yo vigilo.

Calculó que serían las dos de la mañana cuando Nicasio emergió del sueño sacudiendo con fuerza el pie derecho.

—Ese murciélago hijo de la chingada ya me estaba chupando —dijo, limpiándose la sangre que le escurría de una pequeña incisión hecha en la yema del dedo gordo.

—Enviado estaba —balbuceó Nicéforo.

—¿Qué, nada?

—Nada.

—Si quieres échate una cabeceada, que yo vigilo.

—No tengo sueño —dijo Nicéforo, sintiendo cómo la prolongación de la espera le estaba activando el disparadero de recuerdos.

—¿Por qué soñará uno tantas pendejadas? —preguntó de pronto Nicasio.

—Sepa la chingada —masculló Nicéforo.

Volvieron a quedarse callados. Luego Nicéforo se levantó y fue a orinar a unos metros de donde estaban sentados. Regresó y abordó a Nicasio:

—¿Y qué pendejada soñaste?

—Que iba con unas viejas pintadotas y unos barbones sombrerudos levantando a la gente que no quiere salir de Santa Cruz.

—¿Y para dónde los acarreaban?

—Para una cueva que hay en el cerro.

—Como no agarres mujer vas a perder el juicio —le reprendió Nicéforo.

Y Nicasio repitió su excusa:

—De pendejo voy a mantener a una vieja que ni es de mi familia, para que luego se revuelque con otro cabrón.

—No todas son iguales.

—No, unas son peores.

No dijo nada Nicéforo. El sonido de los insectos comenzó a opacarse por la inminencia del nuevo día. Nicasio hizo un movimiento para acomodarse mejor, y se puso a observar detenidamente el firmamento salpicado de estrellas.

—Parallá vamos a ir también nosotros —dijo en tono enigmático.

—Iremos. Pero antes va a llegar este par de hijos de la chingada.

Con la primera luz del día Nicéforo le dijo a Nicasio que se pusiera listo. No habían pasado ni quince minutos cuando oyeron la platicadera que venía por el camino. Nicéforo amortilló la escopeta y apuntó en dirección al claro que se abría entre las marañas. Pronto se distinguieron con claridad las voces de los dos hombres, que venían confiados hablando tras el burro cargado con dos voluminosas costalillas. “¿Qué chingados traerán allí?”, se preguntó Nicéforo con la mira de la escopeta puesta sobre la carga del burro. “Ahorita lo voy a saber”, se dijo apuntando a la cabeza del tipo que traía terciada a la espalda la escopeta. Dejó que el perro y el burro pasaran adelante y, cuando los dos hombres cruzaron justo frente a la ventana por donde asomaban la escopeta y el rifle, jaló del gatillo.

EL PASADO

IX

Nadie podía precisar la fecha. Algunos hablaban de casi cien años atrás; otros decían que había sido antes. Pero todos coincidían en que la enfermedad había barrido el puerto de Santa Cruz, haciendo que sobre un cuerpo agonizante cayera otro pudriéndose sin remedio. Sorprendidos por el virulento ataque de cólera, los santacruceños vaciaban el infierno que les descomponía las entrañas sin saber que la maldad no era un castigo divino, sino una epidemia traída por un barco llegado del Perú, y que se había enraizado en la cadena que unía las deyecciones humanas con los mariscos.

Es leyenda que el grupo de sobrevivientes que escapó del puerto se metió tierra adentro para fundar Pueblo Viejo. No tardó en escindir-se el grupo, yéndose una parte para Santa María y otra para San Miguel del Puerto.

Al amparo de la Virgen, los huatulqueños lograron pronto consolidar una economía próspera y diversificada, que abarcaba desde los sabanales ganaderos hasta los fértiles sembradíos de los bajos de Coyula y el Arenal. Atraídos por la promisoría humedad de los cerros, los sanmigueleños encaminaron sus esfuerzos a erigir vastas fincas cafetaleras en un intento por recuperar el esplendor de un pasado que sólo conocían por consejas. Incentivados por la espada justiciera de su patrono y reacios, por su montaraz aislamiento, a compartir su intimidad con los extraños, los sanmigueleños adquirieron pronto la reputación de recios y aguerridos que antaño tuvieran los broncos indígenas que habitaban esas tierras. Era fama reconocida en toda la región que las fiestas de San Miguel no eran buenas si no había cuatro o cinco muertos.

Superada la crecida revolucionaria de principios del siglo XX, Huatulco parecía entrar en una nueva fase de prosperidad sostenida. Mediante una transacción tan extraña como turbia, las autoridades de San Miguel habían renunciado en favor de Huatulco a

la zona costera que les correspondía; de manera que ahora Santa María dominaba todas las playas desde Cuatunualco hasta Copalita. Deudos de la tradición caciquil, los huatulqueños sólo aceptaban como autoridad a los jefes políticos, y a ellos recurrían cuando había algún pleito o la necesidad apremiaba. Como respetados guías tribales, los jefes políticos ejercían pleno poder en sus dominios, y sólo se inclinaban ante la opinión de aquél de entre ellos que reconocían como jefe supremo.

A inicios de la tercera década del siglo, el jefe político del Arenal, Ambrosio Ramírez, apoyado en el pacto de sangre que había hecho con el jefe de Coyula, Pancho Vázquez, caciqueaba los dominios de Huatulco como jefe supremo. Ninguna autoridad de Santa María, desde el presidente municipal hasta el síndico, era nombrada sin el previo consentimiento de don Ambrosio.

Hombre de mediana estatura y constitución fornida templada a sol y sereno, Ambrosio Ramírez amaba con pasión las labores del campo a las que se entregaba puntual cuando no había consejo que dar, pleito que resolver, o no le quemaba el mezcal la voluntad. Con casa en Santa María y rancho en el Arenal, Ambrosio acababa de juntarse con una de las güeras Tweedy, hembras agraciadas y echadas para adelante que, según decían, descendían de un pirata galés que se había quedado en tierra cuando el saqueo de Francis Drake.

Fue una noche, en que se estaba poniendo en la frente la lámpara de carburo para ir a alumbrar al venado, cuando Cirilo Ortega y Pole Sánchez le llegaron con la noticia que iba a violentar su vida: doña Olegaria, la viuda de don Pedro Agudelo, que ahora vivía en Pochutla, le había vendido medio bajo del Arenal a unos turcos que tenían negocios en Oaxaca.

—Esa señora no puede vender lo que no es suyo —dijo Ambrosio echando mano a la retrocarga.

—Dicen que traen papeles de andenantes de la Revolución —aclaró Pole Sánchez.

—Ésos ya no sirven.

—Pues ya se están instalando.

—¿Dónde?

—Mero en los linderos del arroyo.

—Hay que dejarlos, a ver qué hacen —concluyó Ambrosio.

Aquileo y Jorge Atala eran hijos de un turco que había llegado a Oaxaca a finales del siglo XIX, y que tras unos años de embaucar con buena labia y malas artes a los indígenas de las sierras aledañas a la capital, había logrado acumular una riqueza nada despreciable. A su muerte dejó una jugosa dote a su hija, casada con un tinterillo chinanteco, y a sus dos hijos les legó la tienda de telas que tenía en el centro de la capital, así como varias casas y una considerable cantidad de centenarios, entre otros objetos de oro y plata. Aquileo, el mayor de los hermanos, que desde hacía varios años venía asumiendo la dirección del negocio, decidió que la capital del estado era un reducto demasiado estrecho para sus ambiciones, y con tal mira comenzó a sondear las posibilidades de hacer fortuna en lugares más apartados y, por lo mismo, menos maleados para los negocios. Primero compró un rancho ganadero en Ojitlán; pero, a pesar del buen resultado logrado en poco más de un año, la insalubridad del lugar terminó por hacer que delegara la responsabilidad de la administración del rancho en manos de su cuñado. Luego oyó hablar de la situación estratégica de Pochutla y se fue a abrir una sucursal de su almacén de tejidos. Cuando el recaudador local de Hacienda le habló de las escrituras que poseía doña Olegaria, y de la oportunidad única de adquirirlas casi regaladas por causa de su reciente viudez, Aquileo Atala vio llegado el momento de dar el gran paso. Comentó con Jorge su decisión, y éste, como siempre hacía, asintió sin emitir ningún comentario.

Bastó un rápido recorrido a caballo por la parte menos feraz de los cientos de hectáreas que señalaban las añosas escrituras para que Aquileo acelerara la conclusión del negocio. Apenas un día después de cerrar el trato, mandó a su hermano Jorge a que comprara dos novedosos tractores gringos con todos los implementos necesarios para el desmonte y la siembra.

Hombre arrogante y acostumbrado por su padre a menospreciar a los nativos de piel bronceína, Aquileo entró en los bajos del Arenal con el ímpetu y la violencia de un conquistador. Expulsó de sus tierras a los campesinos que por años venían trabajándolas, ajenos por completo a las caducas escrituras de don Pedro Agudelo, y a punta

de pistola y con amenazas se hizo de una peonada silenciosa y resentida. Amparados por un grupo de hombres armados que habían contratado en Chacalapa y Tonameca, los Atala se adueñaron del Arenal con una rapidez que sorprendió a los jefes políticos.

Digiriendo en silencio la ofensa a su autoridad, Ambrosio Ramírez había venido dándole largas a las quejas de los lugareños, así como al ofrecimiento de Pancho Vázquez para ponerle un alto a los abusivos. Sólo cuando le llegó el Mapache, uno de sus mozos que tenía la cara floreada por un mal del hígado, con la novedad de que los turcos le habían agarrado del rancho una recua de animales para ponerle carga, Ambrosio decidió actuar. Mandó llamar a Pole y a Cirilo, hombres de su confianza, y cuando los tuvo enfrente les preguntó su parecer.

—Hay que cortarles las alas, Ambrosio. Ya no se puede con esa gente —dijo Pole encorajado.

—Agarran parejo y según les conviene —terció Cirilo—. Que si bestias, burros, chivos. No tardan en bajarnos las mujeres.

—Está bueno. Vamos a ponerles emboscada —sentenció Ambrosio.

Por andar siempre los turcos con gente armada protegiéndoles la espalda, Ambrosio decidió que el lugar más apropiado para la emboscada era a la salida de la casa, por cuanto que allí estarían más confiados.

Dos días después, apenas despuntando el sol, buscaron una espesura al lado del camino que iba de la casa a las tierras de cultivo y alistaron las armas. Para asegurar el tiro, Ambrosio había escogido su retrocarga de calibre dieciséis, mientras que Pole, Cirilo y el Mapache, que se les había unido por su facilidad para moverse en el monte, portaban sendas carabinas 30-30. Quiso el destino que esa mañana Jorge se adelantara para ver que la peonada que traían en la siembra del maíz no se amensara por falta del patrón. Cuando lo vio venir, Ambrosio dijo por lo bajo que ni modo, que también a ése le tocaba. Disparó primero Ambrosio y Jorge Atala cayó para atrás por la fuerza del impacto. Antes de que pudieran rematarlo, el turco se arrastró como culebra hacia un vado que estaba a orilla del camino. En cuanto oyeron los de la casa el escopetazo se dejaron venir con

tupida balacera. Ambrosio apenas pudo retirarse a tiempo con sus hombres. Se parapetó en su rancho y esperó a ver qué curso tomaban los acontecimientos. Por medio de un peón que trabajaba para los Atala supo que a Jorge lo habían llevado malherido a Pochutla, y que Aquileo se había quedado a cuidarlo junto con tres de sus hombres.

Mandó Ambrosio a su gente que vieran de conocer las movidas que planeaba el turco, y supo así, al cabo de dos semanas de no poder conciliar el sueño, que Jorge ya estaba repuesto y que los dos hermanos regresarían en un par de días escoltados por la federación. Tras aceptar el ofrecimiento de Pancho Vázquez, de que tomara algunos de sus hombres, partió Ambrosio la víspera de la llegada de los turcos y se instaló desde medianoche a mitad de camino entre Pochutla y el crucero para Santa María. Esta vez se había decidido Ambrosio por su carabina, además de la treintaiocho que llevaba a la cintura. Le dijo a su gente y a la de Pancho Vázquez que dispararan primero sobre los turcos y luego sobre los encabezados de los federales, y que se retiraran de inmediato hacia la espesura.

Entrada la mañana, dormitando a la sombra de una bejuquera, Ambrosio fue despertado por Pole, que le dijo que por el camino se acababa de oír el relincho de un caballo. Se avivó Ambrosio tomando la carabina, y apenas tuvo tiempo de que el jinete que venía a trote desconfiado no lo viera ocupar su espiadero. “Estos hijos de la chingada mandaron carnada por delante”, se dijo Ambrosio viendo cómo el solitario jinete se acercaba observando de lado a lado. Ya cuando estuvo a unos cincuenta metros, reconoció el Mapache que el jinete era el mero Aquileo Atala y se lo murmuró a Ambrosio. Con una mano en la rienda de la montura y con la otra manteniendo en alto la carabina, venía el turco como unos doscientos metros adelante del destacamento de federales.

Ni tiempo tuvo Aquileo Atala de mover el dedo que traía a escasos centímetros del gatillo. La nutrida balacera dio con su cuerpo en tierra, donde quedó inmóvil encharcándose en su propia sangre. Para evitar lo de la vez anterior, Ambrosio extrajo la pistola y le dijo al Mapache que fuera a la carrera a darle el tiro de gracia y a recoger la carabina. Sonando los dos disparos con que el Mapache destrozó el cráneo del turco, se oyó venir la crecida galopante de la federa-

ción. Luego de una descarga cerrada sobre la cabeza del pelotón, se desbandaron los hombres de Ambrosio por la selva dejando a los federales comidos de rencor tratando infructuosamente de hallar entrada al monte con las bestias.

Ese mismo día, el 12 de mayo de 1923, a la hora en que moría Aquileo Atala, doña Lola Tweedy dio a luz un varoncito fuerte y cabezón como su padre. Al regresar de la emboscada y encontrarse con la novedad del nacimiento, Ambrosio no dudó un instante en ponerle nombre a su hijo. Tomó a la criatura en brazos y dijo que para reponer el daño se iba a llamar Aquileo, como el finado. “De todas maneras ese es el nombre que trae”, dijo la mujer desde el catre donde estaba tendida.

Jorge Atala regresó a Oaxaca a enterrar a su hermano, y jamás volvió a poner sus pies en el suelo huatulqueño. Por medio de un contacto que tenía su cuñado en el gobierno estatal movió las cuerdas del poder, y la federación se dejó caer sobre Huatulco con la orden de no regresar hasta dar con Ambrosio Ramírez vivo o muerto.



En un rancho que recién había adquirido en el Zapote, recibió Ambrosio la noticia de la llegada del destacamento de federales. Alistó a su mujer con la criatura y, con un atado de las cosas más necesarias, emprendieron camino. Así anduvieron durante todo un año, de Astatá hasta Huamelula, huyendo de un lugar para otro en cuanto les llegaba un aviso de las movidas de la federación. Por fin, en la cuaresma de 1924, Ambrosio recibió la noticia de que los federales se habían regresado a Oaxaca. Esperó todavía una semana en el rancho que don Adrián Sánchez le había ofrecido de refugio en Huamelula, y al cabo regresó a tomar posesión de su cargo y de sus tierras en el Arenal.

Lo primero que hizo, una vez reasumida su función de jefe político, fue convocar a todos los campesinos que habían sido desalojados por los turcos para devolverles las tierras. Acordó con el presidente municipal de Santa María la entrega de los papeles correspondientes, y Huatulco pareció retomar el camino de una paz duradera.

Reafirmados como jefes del Arenal y de Coyula, Ambrosio Ramírez y Pancho Vázquez renovaron con una fiesta su pacto de sangre. Para tal fin Pancho mandó capturar veinte tortugas y Ambrosio lo emparejó con veinte venados. Todo Huatulco le entró ese día en el rancho de Ambrosio a la barbacoa de tortuga y al venado enchilado, que regados con cerveza y mezcal terminaron por desbordar los ímpetus de manera explosiva. Sólo el modo previsor de Pancho Vázquez, que conocía la manera bronca con que Ambrosio se entregaba al mezcal, logró mediante un grupo armado que los pleitos no pasaran a mayores. En los días que siguieron al festejo, y cuando ya los comentarios sobre las montañas de comida y los ríos de bebida comenzaban a perderse en el recuerdo, un rumor respetuoso resonaba con fuerza en el corazón de los huatulqueños: el que se atreviera con uno de los jefes tenía que enfrentar a los dos.

Fue un tiempo de abundancia que pasó sin que nadie pudiera prever lo que iba a suceder después. En los peñascos marinos los ostiones, lapas, lenguas de perro y patas de cabra crecían como plaga. En la orilla todo tipo de caracoles y almejas se amontonaban en promiscua libertad. Bastaba echar un cohete en cualquier tramo playero para que tras el sacudimiento, una densa mancha plateada comenzara a depositarse en el fondo, con el único obstáculo del tiburonerío que se alborotaba por la matazón. En tierra la fauna parecía inagotable. Entrar en las lagunas de Chachacual y Cacaluta, o en las márgenes del río Copalita daba miedo. Las huellas del tigre, puma y tigrillo se sobreponían agresivas a las del jabalí y el venado. En los esteros de Coyula los lagartos se asoleaban por decenas en una quietud imperturbable. Era normal en una lampareada de un par de horas, con el candil de carburo cuyo espejeo apenas alcanzaba diez metros, matar tres o cuatro venados. El canto de las chachalacas, cuando empezaba el apareo con las lluvias de abril, se tornaba ensordecedor. Con la troje llena y los animales de piel brillante y formas redondeadas paciando en los exuberantes pastizales, los huatulqueños pensaban que los tiempos de rapiña y desgobierno ya eran cosa del pasado.

Ensoberbecido por el triunfo sobre los Atala y sin amenaza hacia su puesto de jefe incuestionable, Ambrosio soltó el amarre al demo-

nio interior que exigía aplacar su pasión con el mezcal, y dio con la inclinación en costumbre y la costumbre degeneró en vicio.

En junio de 1927, bajo el azote de un huracán temprano, Ambrosio fue con tres de sus hombres a Astata a ver si doña Rufina Acevedo, una curandera que estaba adquiriendo nombradía, le ponía remedio a su enganche con el mezcal. Era doña Rufina una zapoteca menuda y correosa, de edad indefinible y con unos ojillos vivaces y desconfiados que, junto con un morro pronunciado y bigotudo, le daban un deje primatesco. Le bastó una mirada al rostro abotagado de Ambrosio para saber por dónde debía buscar el mal. Lo hizo pasar solo a un pequeño cuarto separado por una pared de varas y lo tendió en un camastro. Al ver el hombre la iluminación ritual de un altarcito atiborrado de fetiches y veladoras, sintió que el frío le pasaba de las ropas mojadas a los huesos, empujándolo al borde de un abismo de muerte. Arreció el agua sobre la palma del techo y Ambrosio no pudo evitar que se le escaparan sin control las palabras. Sólo cuando la mujer, que manipulaba frente al altar una jícara con agua y otra con maíz, le hacía una pregunta, suspendía Ambrosio el chorreadero para agarrarse al amarre que la anciana le tendía.

—Una de tus queridas mandó que te echaran la sota de copas en un vaso con mezcal —le dijo la curandera al cabo.

—¿Cuál? —inquirió Ambrosio emergiendo de golpe.

—Eso tú lo tienes que saber.

—¿Y cómo le hago para zafarme?

—Eso lo arreglo yo —dijo con firmeza la anciana.

Fue cuando ya estaba de salida, renovado después de la limpia que le había hecho la curandera con dos blanquillos y un manojo de albahaca, que Ambrosio recibió el aviso que, de prestarle duradera atención, hubiera prolongado su vida.

—Ponle cuidado a la boca, que por ahí te han de pescar —le dijo la curandera al recibir la paga.

Pensó Ambrosio que el aviso se refería a su falta de precaución con las mujeres, y se limitó a esbozar una sonrisa complaciente.

—Por la boca sólo caen los pescados —dijo disponiéndose a subir al caballo que el Mapache sujetaba de las riendas bajo el aguacero implacable.

—No sólo los pescados, mijo, también los pendejos —sentenció la anciana.



Dilató tres meses Ambrosio sin probar trago, hasta que una tarde, de regreso de la casa que en Santa María le había puesto a Martina Salinas, lo vieron llegar amarrado de brazos al pescuezo del caballo. De ahí para adelante volvió el líquido solar a ablandarle el ánimo, sin que Ambrosio hiciera ya el menor esfuerzo por intentar siquiera una nueva cura.

Tuvieron que pasar tres años para que mediando 1930 se cumpliera a cabalidad la profecía de doña Rufina.

Con la aprobación apresurada de Ambrosio y la oposición velada de Pancho Vázquez, los Salinas y los Galanes habían llevado a la presidencia municipal de Santa María a Casildo Martínez, un vivales chaparrón y de buena labia que, bajo una sonrisa ladina y convenenciera, ocultaba un alma de zopilote. Incentivado por el progresivo empozamiento de Ambrosio, acordó Casildo con sus subalternos dar un golpe que cambiara para siempre el curso de sus vidas.

Amaneció Huatulco consternado por la noticia de que se habían llevado todos los haberes de la tesorería, dejando amarrado al presidente municipal al campanario de la antigua iglesia. Mientras un grupo armado partía a Piñas siguiendo el curso del río, por cuya orilla habían regado con intención parte de los papeles robados, salió una comisión hacia el Arenal a referirle a Ambrosio lo ocurrido. No tardó el jefe político ni un cuarto de hora en concluir que todo era una movida de Casildo para quedarse con el ahorro de los huatulqueños. Disipada la bruma mezcalera del amanecer con los tragos templadores de media mañana, Ambrosio se sentía con el empuje de un toro capaz de derribar todas las trancas a testarazos. Empezó a destrabársele la lengua y habló y habló sin sospechar que su compadre Bernabé Avelino y su cuñado Nicolás García, que lo escuchaban con expresión adusta, estaban enganchados con Casildo.

En cuanto supo Casildo que Ambrosio, para que sirviera de ejemplo a los próximos presidentes municipales, había ordenado su

aprehensión y posterior fusilamiento, corrió a esconderse en el rancho de don Antonio Galán y desde allí urdió, con la lucidez desesperada del ratero acorralado, los pasos a seguir. Sugirió don Antonio la aprobación de don Francisco Ramos Ortiz, jefe político pochutleco que tenía de su lado a la federación y que daba las órdenes desde su rancho en Chacalapa. Enemigo natural de Ambrosio por las pugnas entre las respectivas cabeceras municipales de Pochutla y Huatulco, y con el recuerdo fresco de la burla de que había sido objeto la federación por parte de Ambrosio en el asunto de los Atala, dio su acuerdo don Chico para que ultimaran a Ambrosio con la urgencia que el caso ameritaba.

Con el pretexto de llevarle noticias sobre Casildo, se encaminaron al Arenal, ya atardeciendo, Bernabé, Nicolás y un piedramoreño llamado Teodosio Altamirano, que por tener la cara desdibujada por un machetazo le mentaban el Marcado. Encontraron a Ambrosio sin guardia, naufragado en mezcal y tendido en una hamaca en el pórtico de la casa. Sin mediar palabra alguna, Bernabé Avelino se fue sobre él y le vació la pistola.

Corrió la noticia de la muerte de Ambrosio como aire huracanado, sumiendo a todo Huatulco en una espera desvelada. Hasta las tres de la tarde del día siguiente estuvo el cadáver del jefe político encajonado en su casa de Santa María esperando la llegada de Pancho Vázquez. Con una entereza que nadie le conocía, doña Lola Tweedy, la viuda de Ambrosio, arregló que el velorio estuviera a la altura del muerto, dirigiendo a la servidumbre para que no faltara el chocolate, café y pan de dulce para las comadres, y tamales de venado y de gallina, mezcal y cerveza para los hombres. Ni una palabra cruzó con los asesinos de su marido. Bernabé Avelino se veía inquieto como tigre enjaulado, pero Nicolás García, con una animosidad que aprobaban entre murmullos las comadres, no dejaba de aconsejar a su mujer, la hermana mayor del finado, para que ayudara a doña Lola a atender a los presentes.

Fueron las comadres las primeras en percibir el tufillo a mortandad que empezaba a flotar en torno a la caja del muerto. Convenida doña Lola por los rumores de que Pancho Vázquez se había escapado para Astata, dio autorización para que saliera el muerto

hacia el camposanto. Con media caja afuera y media adentro llegó Pancho Vázquez con su gente y mandó meter el difunto para dentro. Al verlo venir con aquella su mirada de águila coa, Bernabé Avelino jaló para la cocina y saltó por la ventana. Nicolás García no pudo evitar que el relámpago que le estremeció toda la columna terminara abrasándole el rostro. Aún aturdido por el impacto, se dirigió hacia Pancho esforzándose por encarar la mejor de las sonrisas.

—¡Quiúbole, majiguas! ¿Hasta ahora vienes? —dijo tendiéndole la mano derecha.

—Hasta ahora —contestó Pancho Vázquez. Con la rapidez del ave de presa con que todos lo sobrenombraban, agarró con su mano izquierda la derecha de Nicolás al tiempo que con la otra mano extraía la pistola de la cintura y le metía tres balazos a quemarropa. Cayó Nicolás abrazándose a las piernas de Pancho con los ojos abiertos en expresión incrédula, y las comadres gritaron en carrera pánica. Abrió fuego la gente de Pancho hacia los hombres de Casildo que andaban con Nicolás, y acertaron a herir en una pierna al Marcado que huyó protegiéndose entre las comadres.

Horconado en una esquina, con la mirada temerosa y atento a todos los movimientos que ante él se ejecutaban, Aquileo Ramírez Tweedy, recién cumplidos los siete años, no sabía que estaba asistiendo al acontecimiento que iba a violentar su niñez marcando su vida para siempre. Vio que frente a él se paraba un moreno gigante con pistola en mano y la cintura apretada por una carrillera, y se lo quedó mirando como si se tratara del mismísimo diablo.

—Jálale para debajo de la mesa, no vaya a tocarte una de malas —le dijo Maximiliano Gómez al chamaco, sin sospechar que veinticinco años después iba a ser su yerno.

Juana Ramírez, que no había derramado ni una lágrima por su hermano, se arrojó sobre el cuerpo de su esposo en desgarradora gritadera. Atento Pancho Vázquez a todo movimiento, ordenó a Maximiliano Gómez que jalara a la mujer y viera de quitarle el arma. Se resistió Juana, aferrándose con todo su ser al cuerpo sin vida de Nicolás hasta que ya separada por la fuerza alegó que ella no sabía nada de la maldita pistola. Volteó Pancho con el pie el cuerpo ensangrentado y apareció debajo la pistola.

—¿La chingamos? —le preguntó Lencho Castillo, con cuchillo en mano, a Pancho Vázquez.

—No, déjala para que lllore por Nicolás lo que no lloró por Ambrosio —dijo el jefe alejándose hacia la puerta.

Al día siguiente, informado por un subalterno de Casildo de la muerte de Nicolás, don Chico Ramos mandó un destacamento de federales para que aprehendieran a Pancho Vázquez. Enterado éste de la llegada de la federación, dio salida con sus hombres de confianza hacia los pedregales inexpugnables de Chahué.



Enterrados los muertos parecieron calmarse los ímpetus vengativos, y Casildo Martínez volvió a asumir con el apoyo de la federación la presidencia municipal. Se habían ya apagado los comentarios cuando el pacto de sangre celebrado años atrás entre Pancho y Ambrosio reavivó los rescoldos justicieros, y la violencia prendió de nuevo en el propicio suelo huatulqueño. Cumplidas apenas las dos semanas del entierro, venía Bernabé Avelino al frente de una cuadrilla de macheteros chaponeando el camino de Huatulco al Arenal cuando el estallido de un escopetazo desbandó al peonaje. Al llegar la policía de Santa María a tomar nota de lo sucedido, encontraron el cuerpo de Bernabé acribillado y con la cara cruzada de machetazos. Dos días después, regresando de Pochutla, donde había estado curándose la herida de la pierna, Teodosio Altamirano cayó del caballo con el pecho reventado por un tiro de carabina.

Amparándose en el hostigamiento de la federación contra Pancho Vázquez y su gente, Casildo Martínez nombró a Benigno González jefe político del Arenal para que borrara de una vez la memoria de su compadre Ambrosio. Avisada doña Lola por Pole y el Mapache, jaló con sus hijos en plena noche y fue a esconderse en la finca de Alemania, donde tenía a su hermana casada con un próspero cafetalero.

Desde su refugio montaraz arregló Pancho Vázquez que Víctor Hernández Ramírez, sobrino del finado Ambrosio, ocupara la jefatura del Arenal previo ajuste de cuentas con Benigno. Aceptó Víctor el acuerdo de Pancho, pero no tuvo tiempo de cumplirlo. Dos días

después, de camino a su rancho del Zapote cargado de bastimento para la gente de Pancho, le pusieron emboscada y cayó acribillado con dos de sus hombres.

Alarmado por el saqueo de que habían sido objeto los bienes de Ambrosio en el Arenal, y por los rumores de una ida de Casildo con la federación sobre Coyula, Pancho Vázquez regresó con su gente y puso a todo Coyula en armas. Mandó al negro Maximiliano a buscar ayuda hasta San Isidro del Palmar, donde ejercía la jefatura política don Pole Gómez, tío de Maximiliano, y se dispuso a esperar la llegada de los federales. Tres días tardó Maximiliano en regresar con una nota en la que don Pole le decía a Pancho que contara con su apoyo encubierto, pues no podía enviarle gente por el buen entendimiento en que ahora estaba con la federación. Se contrarió Pancho con la evasiva y montó en uno de aquellos arrebatos fúricos que su gente temía como si se tratara de un perro endiablado. Hermelinda, una negra arrogante y bien dotada que Pancho había traído dos años atrás de una correría por Río Grande, sirvió de enlace en los siguientes días entre el recluido Pancho y su gente ariscada. Con el bamboleo sensual que le daba a su caminar el avanzado embarazo, llegaba Hermelinda ante el corrillo que encabezaba Maximiliano Gómez y le decía con su sonsonete apalmerado:

—Negro, dice Pancho que dirija a la gente y no te deje madrugá.

Conocedor de la valentía y la sagacidad de Pancho, Casildo fue personalmente a Chacalapa a exponerle la gravedad del caso a don Chico Ramos. Lo oyó el anciano en atento silencio y concluyó dándole un recado para que se lo hiciera llegar al general retirado, don Faustino Noyola, que vivía en su hacienda de Rancho Viejo. Por sus meritosas campañas revolucionarias tenía don Faustino muchos vínculos con la jefatura divisional de Oaxaca, por lo que no le fue difícil lograr que un destacamento de doscientos hombres partiera de la capital del estado a las órdenes del coronel Gabino Colmenares.

Mandó Casildo vigilar las salidas para evitar alguna sorpresa de parte de Pancho, y urgió a Benigno González a que hiciera leva en el Arenal de toda la gente de armas. No fueron pocos los que corrieron a Coyula jalados por Pole y el Mapache, pero aun con los que no

guardaban recuerdo agradecido de Ambrosio, pudo Benigno formar un numeroso grupo de jinetes armados.

Nadie había visto ni en los tiempos de la Revolución un ejército tan numeroso. A los doscientos federales llegados de la capital del estado se les unieron en Huatulco más de mil hombres que Casildo logró convocar de todas las rancherías bajo amenazas y untadas de mano con las autoridades locales. Cuando la negra Hermelinda le dio a Pancho la noticia del ataque, salió el águila con su plumaje enhiesto y de inmediato creció el ánimo de su gente.

Dos días duró la masacre, de la que no se salvaron niños, mujeres ni ancianos. Resistió Pancho hasta el último momento en su baluarte, pero la falta de comida y la diezmadera de su gente hicieron que entrada la segunda noche del asedio saliera del cerco con Maximiliano, dejándole dicho a la brava Hermelinda que entregara la hacienda despuntando la mañana. Así lo hizo la negra, exponiéndose a los disparos que sus voces de rendición convocaron. Entre los primeros en llegar estaba Primitivo Vázquez, primo de Pancho, que le guardaba enquistado rencor por una humillación hecha años atrás en un festejo de la Virgen. Llegando Primitivo junto a la negra le preguntó de inmediato por su primo, y al obtener por respuesta un “Sabe Dio” encubridor y despreciativo, echó mano al machete y de un tajo abrió el vientre de la mujer que, en un gesto desesperado, trató de evitar con sus manos que se le vaciaran las entrañas. La remató con un secundo golpe en el cuello, y cayendo la mujer le metió la mano izquierda en la cortada del vientre y extrajo una masa de carne ensangrentada que parecía articular sus miembros como cangrejo. Levantó a la criatura por una piernita y la partió en dos de un limpio golpe.

—Para que no abunde el alacrán —dijo, arrojando la parte que le había quedado en la mano a unos perros que olisqueaban los cadáveres regados por el frente de la casona.

Por veredas y costeanado llegaron Pancho y Maximiliano a una playa solitaria situada a varios kilómetros de Puerto Ángel, y allí pasaron dos noches. La abundancia de pesca y caza, y la dulzura del riachuelo que vertía sus aguas en un extremo de la playa, hicieron que Maximiliano grabara en su mente con duradera intención aquél

lugar tan seguro y bien dotado. Bordeando las playas llegaron a San Isidro del Palmar y allí don Pole les dio protección y sustento.

Una semana estuvo Pancho Vázquez en San Isidro decidiendo con don Pole su destino. Por fin, y ante la polvareda de rumores que estaba levantando su estadía, partió una noche para Acapulco a refugiarse por un tiempo en casa de Juan Cruz, coyulense que llevaba ya varios años en el puerto.

Como águila enjaulada, echando en falta el acostumbrado uso de su poder, estuvo Pancho más de un mes desesperado por no tener noticias de Huatulco, hasta que convenció a Juan Cruz de que hiciera un viaje para traerle razón del curso que habían seguido los acontecimientos. Y fue así como el destino quiso darle su muerte.

No encontró Juan a nadie de la gente de Ambrosio ni de Pancho, viendo, por el contrario, que el poder de sus enemigos se había afianzado. Temeroso de que se fuera a saber que el ex jefe de Coyula estaba escondido en su casa de Acapulco, y pensando que al fin y al cabo Pancho no le iba a traer más que problemas, fue Juan Cruz a Santa María a decirle a Casildo en secreta plática dónde se escondía su rival.

Tres días después del regreso de Juan a Acapulco, con amañadas noticias salía Pancho esperanzado a fantasear en pequeña caminata sobre el modo de proceder para recuperar su mando, cuando dos hombres armados se le acercaron por atrás y lo quemaron a balazos.

Llegó la noticia a Huatulco, pero la gente, incrédula al principio y encogiéndose de hombros ante el comentario después, siguió haciendo su vida como si Ambrosio Ramírez y Pancho Vázquez no fueran más que dos de los muertos cotidianos que, en su exigencia por imponer el presente sobre el pasado, el trópico reclamaba.

X

Eran los Gómez dueños de las mejores tierras de San Isidro del Palmar, que dedicaban al pastoreo de ganado y a la siembra de maíz y frijol. Altos y nervados, dejaban ver, en la abundancia capilar y en la nariz aguileña que sobresalía agresivamente de la curtida morenura del rostro, un piquete de español que se remontaba a dos generaciones. Juicioso y trabajador, Pole Gómez manejaba desde la muerte de su padre las riendas de la hacienda, mientras su hermano Telésforo se dedicaba a apagar el ardor de su sangre con el mezcal, los gallos y las mujeres. Fue en una ida con sus gallos de pelea a Pinotepa que, espoleado por el mezcal, terminó liándose con una puestera negra de Coyantes. Supo la agraciada morena atrapar con sus artes a Telésforo, que le prometió reconocimiento de la criatura que aquélla esperaba, así como la entrega periódica de una carga de maíz para el sustento. No faltó el hombre a su palabra y durante los meses del embarazo le llevó a la negra su provisión de granos. Al nacer la criatura, un changuito retinto que se prendió a la chiche como garrapata, Telésforo fue a Coyantes a darle su apellido y dejó a la recién parida ampliamente aprovisionada de maíz, café y azúcar.

No había aún cumplido el año Maximiliano Gómez Limó cuando la suspensión de la llegada mensual de las provisiones obligó a su madre a echarse de nuevo a los mercados. Prendido de los pezones vacunos de la sufrida negra, anduvo el chamaco recorriendo todos los mercados de la franja costera, desde Coyantes hasta Pochutla. Muchos años después, siendo ya gallo de pelea, recordaría este peregrinar, entre el mundo promiscuo de las puesteras, como el origen del desaforo pasional que lo llevaba de lecho en lecho sin detenerse jamás a cultivar una querencia. Cuando lo veía como perro en brama, su madre, que había compartido la raíz del desasosiego de su hijo, le decía: “Ere igualito que tu padre, y como a él te van a chingá”.

Y es que a Telésforo Gómez lo habían matado en plena fiesta de San Pedro, en Pochutla, poco antes de que Maximiliano cumpliera un año de edad. Cuando don Pole Gómez, con expresión arisca y avergonzada, oyó que aquel chamaco feo y prieto que jalaba impetuoso de la chiche de la negra era hijo de su finado hermano, tragó saliva y decidió buscarle el lado fácil al asunto. Con su atado de pesos de plata siguió la negra su peregrinar hasta Pochutla, donde al segundo día de comadrear con las puesteras supo que Telésforo había muerto a bala al ser hallado con mujer ajena.

Tras varios años de cansado mercadear supo la negra Herminia, de voz de una puestera que vendía pescado seco y sal, de la existencia de la salina de la Virgen, una enorme laguna de agua salada situada entre Coyula y el Arenal, y de cómo allí se podían conseguir sal y pescado en abundancia para venderlos luego con provecho. No lo pensó mucho la morena y jaló con su cría hacia Huatulco. Tras liarse con un arriero en ocasión de un cuarto viernes de cuaresma, quedó encinta con tan mala estrella que a los seis meses abortó de manera violenta, quedando imposibilitada para tener más descendencia.

Terminó de crecer Maximiliano entre la sal, ayudándole a su madre en la fatiga, y apenas cumplidos los trece años lo puso el destino sobre el camino turbulento de su padre. Vivía con su madre compartiendo una amplia cabaña con una tehuana abundosa de formas, y que mantenía a tres chamacas y a un marido estrecho de entendederas que, cuando no estaba ahogado en mezcal, anzueleaba desde las rocas con bastante buen tino. En uno de los tantos pleitos que sucedían a diario acuchillaron de mal modo al pobre diablo, que terminó muriendo tras una noche de perruna agonía.

Cavó Maximiliano la fosa detrás de la cabaña y luego, entre él y la viuda, envolvieron al muerto en un petate y lo enterraron. Al día siguiente salió Herminia con la carga de sal para Pochutla, y esa misma noche, con el pretexto de ir a la playa a ver si salía una tortuga, la tehuana lo hizo su hombre. Quiso la negra al regresar oponerse airada a tan desigual relación, pero la resistencia que encontró por ambos lados terminó haciendo que aceptara resignada la nueva triangulación, en la que madre y amante alcahueteaban al joven Maximiliano para ganarse su atención.

Recién cumplidos los quince años, alto y envarado como su padre, pero con la mirada quemante y el negror de piel de la madre, Maximiliano Gómez se supo padre por primera vez. Dio a luz la tehuana una niña y el joven padre, que ya empezaba a enloquecerse con el mezcal, la tomó en brazos y, luego de fruncir el ceño por el olor a leche agria que desprendía la criatura, se la regresó a la madre y fue enseguida a echarse un trago de mezcal para vencer la náusea que le culebreaba en la garganta. En su prolífica existencia de semental insaciable, nunca más volvería Maximiliano a tomar en brazos a ninguno de sus vástagos.

No tardó el gallito en estirar el ala y enseñar el espolón a las polluelas que correteaban por la salina, quedando prendido de una chamacona piedramoreña a la que pronto dejó preñada. Enterándose la tehuana de la existencia de la rival, dispuso un inmediato regreso a su tierra, y se llevó a su amante con la promesa de una vida regalada.

Tendido en una hamaca, y sin más oficio que cuidar la casa mientras la tehuana conseguía el sustento vendiendo frutas y verduras en el mercado de Tehuantepec, pasó Maximiliano tres de los mejores años de su vida chupando mezcal y regando su semilla de perdición. Primero preñó a la mayor de las tres hijastras, enfriando el arrebato fúrico de la tehuana con un intento teatral de abandono de hogar. Luego cargó a la vecina, una chaparrita aindiada, sin que nadie se diera al escándalo por el color oscuro de la criatura. Confiado y de sangre liviana, el vecino, un indígena de los altos de Chiapas, tuvo la puntada de pedirle al negro cabrón que llevara a bautizar a la niña, y con ello logró que Maximiliano fuera padrino de su propia hija.

Hostigado por la tehuana en su gallinero, que cuidaba con celo creciente que el gavilán no le fuera a caer a sus dos pollitas de doce y catorce años, Maximiliano comenzó a agarrar la calle, y fue así como terminó liándose con la hija mayor de un carpintero afamado en la colonia por su bravura. Vencida la muchacha por la promesa de un matrimonio derecho, se retiró Maximiliano de su alcance para evitar el modo bronco del carpintero. Quiso el destino que al tiempo que crecía la semilla en la muchacha embaucada, prendiera también por segunda vez en la fértil tehuana y en la hija más grande, que ya andaba en los dieciocho años. A fuerza de golpes sacó el carpintero a

su hija el nombre del preñador, y corrió como viento pretormentoso la noticia del agravio.

Con la venta de dos logrados marranos que engordaba para el doble bautizo la tehuana, se hizo Maximiliano de una pistola que trabó a la cintura sin desprenderse de ella para nada. Supo de las crecientes amenazas del carpintero, pero, fondeado en la hamaca en actitud expectante, no quiso darse por enterado. Hasta que un viernes por la noche, violentado por los alcoholes que a propósito se había echado, vino el padre de la muchacha a exigir que a su hija se le cumpliera la palabra dada. Trató la tehuana de apagar con buen modo el fuego que se avivaba por momentos en el ánimo del carpintero, pero al ver que el hombre rebasaba con gestos broncos y palabras fuertes el cauce de las razones, la mujer optó por mandarlo a la chingada. Y allí empezó la refriega. Extrajo el carpintero un cuchillo de la cintura y se fue contra la mujer con violencia al tiempo que exigía a voces la presencia del negro hijo de la tiznada. Viendo que no había más opción que el enfrentamiento, salió Maximiliano con pistola en mano del pequeño cuarto donde dormían las muchachas y, sin mediar palabra, le metió al carpintero cuatro tiros a bocajarro.

No quiso dejarse acompañar Maximiliano en su huida, aunque sí prometió que en cuanto enraizara en nuevo suelo mandaría aviso a la tehuana. Sólo así consintió la mujer en separarse de ese muchacho que en menos de cinco años le había dado cuatro mujeres más a su familia.



Regresó Maximiliano a la salina de la Virgen y encontró a su madre viviendo con un tejedor de hamacas que había perdido el ojo derecho de un machetazo que le cruzó la cara. Bastó una semana de regaños maternos para que el muchachón desobligado y altivo recogiera sus cosas y se encaminara hacia Coyula. Desde hacía varios años había oído mentar que Pancho Vázquez, el jefe político de Coyula, daba trabajo en sus tierras a quien lo solicitara. No lo pensó dos veces Maximiliano y se dirigió al rancho desde donde el jefe político solía impartir sus órdenes. Al llegar a la tranca de la entrada vio a un mozo

que jalaba a una burra cargada de leña. Le gritó para que se detuviera, y cuando tuvo su atención le preguntó dónde estaba el patrón.

—¿Para qué lo quieres? —le dijo el mozo con desconfianza.

—Para un asunto personal —respondió Maximiliano, guardando la distancia y esforzándose para no incurrir en la pronunciación que odiaba de su madre.

El mozo lo miró de arriba abajo y, luego de hacer una mueca de desaprobación, masculló al tiempo que vareaba a la burra:

—No va a estar.

—¡Esa burra va a malparir! —gritó Maximiliano cuando ya el otro seguía su camino.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó el mozo deteniéndose intrigado.

—Le echaron mal de ojo.

El mozo volvió a enfrentar a Maximiliano con mirada intencionada, pero esta vez la expresión que enrostró no fue de rechazo, sino de temor.

—Pero se puede remediar —añadió Maximiliano, viendo que el mozo había mordido el cebo.

—¿Cómo? —preguntó ariscado.

—Hay que amarrarle al pescuezo una piedra de ojo.

—¿Y dónde las hay?

—Yo te la puedo traer.

—¿Y cuánto va a costar?

—Nada. Es un presente que yo te quiero hacer.

—Pues muchas gracias —dijo el mozo agarrando la reata de la mula con nerviosismo—. Allá dentro está quien puede darte razón de don Pancho. Pasa la tranca y pregunta por Prócoro Canales.

—Por aquí nos vamos a seguir viendo —le dijo Maximiliano disponiéndose a abrir la tranca.

Caminó hacia la casona que estaba sombreada por dos ceibas y numerosos tamarindos, y vio en el portón a un grupo de hombres en bulliciosa platicadera.

—Buenas tardes. Busco a Prócoro Canales —dijo en dirección a la concurrencia.

—¿Qué se te ofrece? —dijo un trigüeño alto, adelantándose hacia el recién llegado.

—Me dijeron que usted podía informarme dónde puedo encontrar a don Pancho.

—¿Para qué soy bueno? —preguntó un chaparro fornido, de tez tostada y mirada de águila, que lucía un poblado bigote.

—¿Es usted don Pancho Vázquez?

—El mismo.

—Pues vengo a ofrecerle mis servicios.

Se oyeron unas risitas burlonas, y Maximiliano sintió que su negro se matizaba con una oleada de fuego que le subía hasta la cabeza. Levantó con la mano derecha el sombrero de fieltro, impropio para estos climas, que había comprado en Tehuantepec y del que jamás se desprendía, y con el antebrazo izquierdo limpió el sudor que corría por su rostro.

—¿Y para qué eres bueno? —interrogó Pancho Vázquez con malicia.

—Para lo que usted ordene —respondió Maximiliano con la desenvoltura que siempre lo caracterizaría.

—¿Sabes trabajar la tierra? —insistió el jefe político.

—La tierra no.

Volvieron a oírse las risas.

—¿Sabes manejar animales?

—Sólo a las mujeres.

Se generalizaron las carcajadas y Maximiliano creyó percibir en la risotada franca de Pancho Vázquez una aprobación que lo animó a seguir insistiendo.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Pancho Vázquez enseriéndose la expresión.

—Maximiliano Gómez Limón.

—¿Y quién puede dar fe de ti?

—Mi tío, don Pole Gómez.

—¿El de San Isidro del Palmar?

—El mismo.

—¿Sabes disparar?

—Me defiendo.

—¿Y cuánto quieres ganar?

—Lo que sea, habiendo comida y techo.

—Pues ya tienes trabajo. Prócoro —dijo en dirección al trigüeño—, búscale lugar donde dormir y que te acompañe para todos lados.

Convertido en sombra del hombre de confianza de Pancho Vázquez, anduvo Maximiliano recorriendo los bajos de Coyula y el Arenal, no desperdiciando oportunidad que se le ofreciera para dar desahogo a sus ímpetus de gallito inveterado. Tenía en los dominios de Ambrosio Ramírez una viuda con dos chamacos, a la que le acababan de matar al hombre en la cantina, y con la que iba a retozar un par de veces por semana. Con esta mujer sumisa y agradecida, que jamás se le ponía al brinco viniera borracho o en juicio, engendraría Maximiliano tres hijas a lo largo de siete años de una convivencia que sólo se distanciaba cuando por el estado de embarazo la mujer se le cerraba al hombre. Fue con esta Gertrudis que Maximiliano trajo a su madre, comida por un cáncer en la matriz, para que pasara los últimos días de su vida en un descanso que nunca se había podido tomar. El dolor que le desgarraba las entrañas a la sufrida Herminia hizo que la única atención que en toda su vida le había dado su hijo se perdiera en una agonía infernal.

Pasados los dos años de su partida del Itsmo, Maximiliano se encontró una tarde con la sorpresa de la tehuana, más gorda y enjorada que la que él recordaba. Andaba el incorregible negro encaramelado con una muchachona coyulense que ayudaba a la mujer que Pancho tenía en ese tiempo de planta. Bastó un ligero desplante para que la tehuana desatara tremenda bronca, arrastrando a la brava muchacha a la reyerta. Con moretones y raspaduras fue la aguerrida tehuana a poner una demanda en Santa María acusando a la coyulense de robo de marido. Acostumbrado el borrachales que fungía como agente del ministerio público a este tipo de pleitos en que no existía vínculo alguno de legalidad, dio por marear con su labia a la tehuana con tan mal tino que terminó recibiendo toda la agresividad que la voluminosa matrona no había podido descargar en Coyula.

En una ida a Huamelula a festejar el desposorio de una hija de Adrián Sánchez, Maximiliano libró a Pancho Vázquez de muerte segura. Al ver el jefe político el modo frío y preciso cómo el prevenido negro había disparado sobre el enmezcalado que lo estaba

amagando con una pistola, acordó traerlo siempre a su lado con cargo de hombre de confianza. No le gustó a Prócoro el comentado menosprecio, y durante las semanas que siguieron al encubramiento de Maximiliano fue creciendo la inevitabilidad del enfrentamiento. Duro e inflexible en su modo, dejó Pancho que sus subalternos arreglaran el asunto con hombría; pero fue el destino el que jugó la última baza. Alumbrando Prócoro una noche en un rastrojal tras el venado, gusto al que se entregaba asiduamente, tuvo la mala suerte de pisar una cascabel de once anillos. Le sangraron la pierna, le hicieron devolver las entrañas al darle mierda de cristiano, lo agriaron a base de jícara de jugo de limón y vino a morir rayando el nuevo día. Dio Pancho como bueno el desenlace de la lucha por el mando, y desde el día en que enterraron a Prócoro asumió Maximiliano el puesto de subjefe con un fulgor en su mirar que no presagiaba nada bueno para la peonada.

Siguiendo los consejos de Pancho Vázquez se entregó Maximiliano a buscar legítima mujer entre las más agraciadas muchachas coyulenses. Varias eran las que el negro pretendía, pero entre todas, por razones de peso mayor, escogió a Lucía Arrasola Aguirre, hija predilecta de don José Arrasola, un descendiente de vascos que tenía en la margen derecha del río Coyula un primoroso rancho que daba cosecha de echagüe y temporal. No tuvo mucha dificultad el gallardo negro en embaucar con sus artes a la tierna Lucía, que, en una relación tormentosa de cinco años, le sumó dos nuevas niñas, Virginia y Soledad, a su larga cuenta de macho irresponsable. A fuerza de engaños y maltratos curtió doña Lucía su mocedad y, ya dueña del rancho por la muerte repentina de su padre, se vio obligada a echar de casa a ese hombre que no desaprovechaba oportunidad de humillarla con otras mujeres.

Toda su vida, aún después de juntarse con otro hombre, estaría doña Lucía suspirando por el maldito negro. Y muchos años después de la separación, al enterarse de la caída en prisión de Maximiliano, tendría la puntada de ir a verlo a Pochutla y ofrecerle sus ahorros para que saliera de la cárcel.

Pronto perdió la cuenta el negro preñador de la prole que dejaba regada por dondequiera que veía hembra de su agrado. Sólo de una

cosa tuvo seguridad por haberla perseguido con ahínco: no haber engendrado jamás un varón a quien heredar sus malos hábitos.

Creció la altivez de Maximiliano al parejo de la fama de Pancho Vázquez, y no tardó su tío Pole en intentar atraerlo como su segundo a San Isidro del Palmar. Se negó Maximiliano alegando lealtad a Pancho, pero el verdadero motivo del rechazo residía en la certeza de que Pancho Vázquez tenía más talla que su tío Pole, y que con aquél alcanzaría pronto nombradía en toda la costa oaxaqueña.

Cuando, después de su encumbramiento, la alianza de Pochutla y Santa María contra Coyula lo obligó a salir huyendo tras su jefe, Maximiliano dejaba en Huatulco una memoria de odios y muertes, atemperada apenas por la querencia incondicional de algunas de las mujeres en las que había sembrado fogosamente la semilla de su altivez.

Enemigo visceral de todo tipo de trabajo campesino, por considerarlo envilecedor, siguió Maximiliano con su tío desempeñando la función supervisora a que estaba acostumbrado en Coyula. Medió don Pole con un representante del gobernador para librar al sobrino de la culpabilidad que sobre él pesaba por las muertes cometidas como lugarteniente de Pancho Vázquez, y pudo, al cabo de varios meses de obligado confinamiento en San Isidro, salir el negro a hacer sus fechorías por todo el rumbo pochutleco.



Agonizaba la década de los treinta y con ella se iba también para siempre la memoria despótica y tutelar de los jefes políticos que hasta entonces habían señoreado la región. Don Pole Gómez, viejo pero aún brioso, dedicaba ahora la mayor parte de la energía que antes consumía en la hoguera política al acondicionamiento de sus tierras y la mejora de semillas y ganado.

Sobrado de carne y granos, mantenía Maximiliano a dos mujeres, una en mero San Isidro y la otra en una ranchería vecina llamada el Venado. En siete años de agradecida relación por la abundancia de alimentos, tuvieron las mujeres cinco hijas, dos la de San Isidro y tres la del Venado. Por ese tiempo, a pedido de don Pole, acompañó Maximiliano a un gachupín avecindado en Oaxaca a la laguna de Chaca-

hua, donde lo hizo rico matándole cientos de lagartos, cuyas pieles el gachupín traficaba. Fue gracias a este don Manuel Aranguren, un vasco cuadrado de mente y cuerpo, que Maximiliano vino a conocer a la mujer que lo habría de humillar por primera y única vez en su vida.

Era la señorita Luz María García Pedroza una pochutleca solterona que vivía con su anciana madre encerrada en una atmósfera de rezos y sahumerios. Al morir su padre, un abarrotero español dado a los excesos, les había dejado una pequeña suma de dinero, además del tendajón que manejaba ahora a sus anchas un pochutleco ladino que desde mozo había trabajado con el viejo don Conrado.

Asiduo frecuentador de la familia García por su amistad de años con don Conrado, hizo don Manuel Aranguren los arreglos para que el negro y la solterona se conocieran en un convivio hecho en la hacienda de don Pole. Maleducada en una tradición de fanatismo racial y religioso, estaba convencida Luz María que lo negro representaba las tinieblas y el pecado, y que un hombre negro no podía ser más que la encarnación del mismísimo Satanás. Anticipándose al seguro rechazo, don Manuel vio de demoler con argumentos de seguridad económica las barreras del prejuicio, insistiendo en aureolar a Maximiliano de una santidad y bonhomía que terminó dando los resultados requeridos. Renegó el negro con desgana al comunicarle su tío el arreglo matrimonial, pero no porfió en la negativa al ver la vehemencia con que insistía el anciano. Al fin y al cabo, pensó, matrimoniado o no matrimoniado él seguiría siendo el mismo.

Se celebró el casorio entre abundancia de yantares y comadreos, y la misma noche de bodas surgió la desavenencia que habría de terminar con la unión efímera. Al ver la escandalizada virgen el miembro descomunal del diablo negro, corrió a encerrarse bajo llave y desde entonces durmieron en cuartos separados.

Para atender a su madre, Luz María se allegó los servicios de otra solterona rezandera que, huérfana de padre y madre, se había criado auxiliando a una tía en una pequeña mercería. De apariencia menuda y aindiada, se hacía pasar Concepción Altamirano por señorita, cuando en realidad había ya intimado dos veces con diferente hombre sin quedar prendida la semilla. Al cumplir los treinta años, en un pueblo donde las mujeres eran madres a los dieciséis, Chonita,

como le decían los allegados, se dejó llevar por una compañera de rezos al mercado de Pochutla, donde, con el pretexto de hacerla fértil, una vendedora de yerbas la inició en las artes encubiertas de la brujería. El intenso sentimiento de culpa que la embargaba al principio por cargar un colibrí disecado entre sus pequeños pechos fue cediendo poco a poco hasta que se convenció de que la bondad y la maldad eran las dos caras de una misma cosa. Empezó así a dar consejos infalibles a las comadres más recatadas y pronto, al amparo de Luz María, se hizo indispensable en toda cuanta ritualidad de vida o muerte se celebraba en la sociedad pochutleca.

Nada sucedía a la luz del sol o al amparo de la noche que Chonita no supiera; por eso cuando Maximiliano, que venía según se le antojaba a casa de su esposa, empezó a recorrer su cuerpo menudo con unas miradas inquietantes, Chonita decidió poner a prueba en carne propia sus artes embaucadoras. Enardeció a Luz María hablándole de las mujeres con familia que Maximiliano tenía en San Isidro y el Venado, y la aleccionó para que la ayudara a preparar un hechizo con que enfriarle al hombre su pasión y hacerlo casero y sumiso.

Cortó Luz María un mechón del cabello de su esposo arriba de la patilla derecha mientras dormía la pesadez de una borrachera, y le metió en la costura del cuello de la camisa una monedita de plata que el hombre llevó consigo durante todo un día. Ya que tuvo Chonita la moneda y el cabello, puso a hervir ambas cosas en una vasija de gres nueva, agregándole vino tinto, salvia y ruda. Al cabo de una hora de hervor, retiró la moneda y se la colgó del cuello en una bolsita de terciopelo rojo. Le dio a Luz María un frasquito del elixir y le dijo que le echara a su esposo unas gotas en la comida.

Justo a la semana de preparado el hechizo, llegó Maximiliano a la casa pasado de mezcales. Luz María, que estaba con Chonita y una vecina ofreciéndole un rosario a la Virgen de los Remedios, al ver el modo violento y la mirada chispeante de su esposo presagió lo peor y corrió a encerrarse en su recámara, dejando a Chonita y a la vecina solas a medio rosario. Exigió Maximiliano desde el comedor algo para cenar y Chonita, viendo llegada la oportunidad, acompañó a la puerta a la vecina y se dispuso a poner a prueba el hechizo. Nerviosa y disfrazando de temor el ansia, le puso la mesa al negro sin

dejar de reparar en las miradas que le clavaba a su figura de tortolita asustada. Por fin, al ponerle el plato de guiso enfrente, extrajo la monedita de la bolsa de terciopelo con la mano derecha y le tocó el hombro con suavidad, diciéndole en tono suave y atrapante: “Rosa de amor, flor de espina”. Se la quedó viendo Maximiliano por un tiempo que a Chonita, agobiada por el fuelleo del pecho, le pareció sin fin, hasta que se levantó el hombrón y doblándola con sus manos por las nalgas la llevó en vilo al dormitorio. Fue así, sin sospechar jamás el verdadero fin del hechizo preparado por la rezandera, que Luz María vio con agradable sorpresa cómo Maximiliano regresaba a dormir diariamente a la casa, y Chonita se quedaba a cuidar a doña Socorro hasta muy tarde.

Parecía funcionar ya sin trabas el curioso triángulo, pues Chonita, con su modo mañoso y sensible, había logrado que entre el matrimonio mediara una relación de respeto sin llegar a la intimidad. Atraído por las artimañas de alcoba que le hacía la rezandera, estuvo Maximiliano varios meses regresando con el anochecer a la casa, tras pasar todo el día ocupado en el rancho. Pero bastó que una noche se quedara atrapado en el lecho de la mujer que tenía en San Isidro para que, al regresar a Pochutla a la tarde siguiente, encontrara un ambiente frío y hostil. Terco como burro aún no amansado, aprovechó el negro la desaparición de unas cabezas de ganado en el rancho para mandarle aviso a su esposa de que por unos días no podría ir a dormir a la casa. Luz María recibió el recado sin inmutarse, pero Chonita brincó de coraje en la silla y al instante empezó a maquinar la manera de recuperar a ese hombre bronco y arrogante que ya consideraba como propio. Le dijo a Luz María que sin duda una de las mujerzuelas que Maximiliano mantenía lo había entoloachado, y que ella iba a ver la manera de saber dónde mero le estaban haciendo la maldad. Movié la astuta rezandera sus relaciones en el mundo argüendero del mercado y al cabo de tres días supo que el hombre se recluía al anochecer en la casa de una tal Alfreda Santiago en San Isidro del Palmar.



Era una mañana brumosa y tórrida de principios de mayo. El camión destartado y sucio que llevaba a las dos mujeres era conducido por un costeño malhablado, que enseñaba con descaro su voluminoso abdomen bajo una camiseta recogida y pringada de manchas de aceite. Protegida por la presencia de Chonita, Luz María miraba las caras y el aspecto injurioso de la gentuza que subía al camión con la expresión de extrañeza y desconfianza de la persona que va por primera vez a un zoológico. Conocedora de que esa época del año era especialmente agresiva por el fuego solar que caía sobre la tierra, Chonita le dijo a Luz María que le dejara a ella encarar la situación y que no reparara en señas ni en sirvergüenzadas.

Se bajaron en el puente de San Isidro y tomaron la vereda para el poblado. Un paisaje calcinante imperaba por doquier. Como dos ánimas llegadas de otro mundo las mujeres caminaban con desconfianza, no tardando en atraer a un grupo de perros que se les dejó ir desde las primeras cabañas. Chonita buscó con rapidez una vara, y al no encontrarla agarró varias piedras con las que hizo frente y detuvo a la jauría. Luz María, acorralada contra una polvorienta bejuquera, parecía a punto de venirse al suelo. Salieron dos chamacos de una de las cabañas y a voces y pedradas lograron espantar a los perros. Recomponiendo con rapidez su semblante, Chonita le preguntó al mayor de los chamacos dónde vivía Alfredo Santiago, y el niño se limitó a hacer una seña con la barbilla hacia el final de la vereda. Extrajo Chonita una moneda de diez centavos y le dijo que si las llevaba se la ganaba. El niño, sorbiendo esperanzado el moco que le colgaba de la nariz, agarró la moneda y jaló delante pleiteando con el otro chamaco, que entre lloros y amenazas reclamaba su parte. Luego de caminar un buen trecho llegaron a una cabaña que apestaba a excremento y agua estancada. En un extremo una niña como de siete años, prieta, desnuda y cubierta de una suciedad de semanas, jugaba con unos cacharros de tierra, mientras otra, de menor edad, estaba haciendo sus necesidades ante la espera ansiosa de dos perros y un marrano.

—Aquí es —dijo el chamaco.

—Gracias —expresó Chonita, reojando sutilmente la cara de asco que tenía Luz María.

Al ver a las dos señoras, la niña mayor dejó los cacharros y corrió hacia el interior de la cabaña. No tardó la más pequeña en hacer lo mismo, suspendiendo bruscamente el acto que la ocupaba. Con una rapidez que espantó a las dos mujeres, perros y puerco se arrojaron contra el montoncito amarillento que había dejado la niña tras su huida trabándose en feroz pelea. Luz María no pudo resistir el exceso y comenzó a arquearse en medio de escandalosos espasmos.

—Buenos días —dijo Chonita a la mujer robusta y sucia que salió de la cabaña limpiándose las manos en el vestido.

—Buenas —correspondió la mujerona con expresión adusta y desconfiada.

—¿Es usted Alfreda Santiago?

—¿Qué se le ofrece?

—Queremos platicar con usted.

—¿Y de qué?

Los tosidos de Luz María hicieron que Chonita, con el pretexto de atenderla, suspendiera la plática con maña. Le dijo a la mujer si podía darles de favor un poco de agua y se volteó para seguir limpiando el rostro de Luz María con el paliacate. Se introdujo la mujer en la cabaña y no tardó en salir con una jícara con agua. Aparentando azoro por el estado de Luz María, que tenía el color blancuzco del pescado descompuesto, Chonita fue dejando pasar el tiempo para ver de jalar a la mujer a la maldad que traía predispuesta. Tenía que entrar en la cabaña a como diera lugar, y el sofoco que experimentaba Luz María fue justo el pretexto que estaba esperando. Pidió con el mismo tono respetuoso un asiento, y al introducirse de nuevo la mujer en la cabaña, Chonita jaló con Luz María tras ella. Cuando las vio adentro, visiblemente contrariada por sentir descubierta su intimidad, la mujer se arrinconó a la defensiva.

—Sabemos que Maximiliano viene a pasar las noches aquí —dijo Chonita, mirando acusadoramente a la mujer sucia y desgredada.

—Aquí no viene nadie que no sea por su gusto —replicó la mujer, recobrando de golpe la expresión inamistosa que tenía antes de que las dos extrañas entraran en su casa.

—Venimos a prevenirla por las buenas.

—A mí no me tienen que aprevenir de nada.

—Esta señora —dijo Chonita, señalando hacia la silla donde Luz María estaba limpiándose la cara con el paliacate mojado—, es la legítima esposa de Maximiliano, y por lo mismo puede hacer que la metan a usted en la cárcel.

—Eso dígansele a él.

—Déjala Chonita, y vámonos ya, por favor, que no aguanto tanta inmundicia —dijo Luz María levantándose con esfuerzo de la silla.

—Inmundicia la que traen ustedes en el alma, rezanderas del diablo. ¡Órale, vámonos mucho a la chingada! —explotó la mujerona.

Vio Chonita que ya no habría otro momento y, haciendo además de sujetar por la espalda a Luz María, extrajo del rebozo el pequeño bulto y lo arrojó debajo del catre que estaba pegado a la pared cercana a la puerta.

—Esta casa está maldita por tanto pecado —dijo Chonita al pasar frente a la mujer.

—¡Maldita estará tu chingada madre! —le gritó la dueña de la casa dándole un fuerte empujón.

Salieron de nuevo al infierno de fuego y polvo, y Luz María, sujeta de los hombros por Chonita, comenzó a lamentarse:

—Ay, Chonita, no debiste haberme obligado a pasar este calvario. ¡Qué vergüenza, Dios mío, que ese hombre se revuelque en ese chiquero!

—Ya verás que en una semana va a quedar libre de esa bruja sucia.

—No, mejor que no vuelva a casa y se quede con esa mujerzuela para siempre.

Ese mismo día, mientras las dos mujeres regresaban a Pochutla, en un vado del río de San Isidro Maximiliano y tres de sus hombres acribillaban a dos de los Hernández, ganaderos rivales de la región, por hallarlos arreando varias cabezas de ganado con el fierro de los Gómez. Logró huir de la emboscada un vaquero de los Hernández y corrió la noticia como fuego en zacate seco. Aconsejó don Pole a Maximiliano que huyera por un tiempo mientras él veía la manera de arreglar el asunto, y el negro fue a refugiarse en la casa de Pochutla. No se sorprendió de que Luz María se negara a dirigirle la palabra, creyendo que el motivo era su larga ausencia. Al no encontrar a Chonita en la

casa agarró una botella de mezcal y se metió en su cuarto. Cuando llegó la rezandera con el chisme de que andaban buscando a Maximiliano por haber matado a dos hermanos, Luz María no lo pensó dos veces: le pidió a Chonita que la acompañara, y cuando la rezandera vino a darse cuenta de lo que tramaba la esposa del hombre por el que ella suspiraba, ya estaban entrando en la comandancia de la policía.

Vencido por el mezcal no pudo Maximiliano oponer la menor resistencia. Desde la cárcel, mandó un recado a la esposa para que fuera a verlo de urgencia, pero Luz María se limitó a hacer un paquete con las cosas del hombre y le pidió a Chonita que se las llevara. Dispuesta a reivindicarse con Maximiliano se ofreció Chonita de cuerpo y alma, y este detalle, en momento de tanto desamparo, terminó abriendo el altanero corazón del negro.

Regada la noticia del apresamiento, don Ponciano Hernández movió cielo y tierra para que se hiciera justicia contra el asesino de sus hijos. Don Pole, anciano y sin las influencias de antaño, mandó a un propio con un recado donde le decía a Maximiliano que la cosa estaba grave, y que iba a ver si lo podían mover para Oaxaca, pues una vez allá sería más fácil sacarlo. No le gustó al negro el tono derrotista del viejo y comenzó a planear por su cuenta el escape.

Anochece el cuarto día de su encierro cuando el encargado de la reja, un chacalapeño que por simpatía y untada de mano estaba del lado del preso, hizo pasar a una señora enrebozada acompañada de una chamacona. Cuando estuvo frente a Maximiliano, se quitó doña Lucía el rebozo para que la reconociera. Se dieron un tenso abrazo y, ya que se hubo distanciado el guardia, doña Lucía le dijo que la muchacha era Virginia, su hija mayor. Asintió Maximiliano con la cabeza al tiempo que recorría con una mirada incisiva el cuerpo macizo de su hija hasta detenerse en el rostro ancho y retinto. En cuanto vio Maximiliano el fajo de billetes que doña Lucía le daba para lo que se ofreciera, lo tomó con avidez y prometió que tan pronto se librara del enredo se iría a vivir para siempre con ellas a Coyula.

Dilató la visita un par de horas en que Maximiliano preguntó por su otra hija y se platicaron sucesos y desventuras. Por último, tras un abrazo emotivo de los tres, se fueron madre e hija con la repetida promesa que jamás habría de cumplirse.

Hombre de pocos pensares y actuar inmediato, optó Maximiliano por repetir la movida con que Casildo Martínez había robado el dinero de la presidencia huatulqueña. Hizo que Chonita fuera a pedirle a don Pole una considerable suma de dinero y, con el que ya le había dado doña Lucía, compró al guardia chacalapeño y al sargento de la policía, un prieto fornido y sin escrúpulos que dividía su tiempo entre el burdel de la Playita y las salidas punitivas con el fin de levantar borrachos y sospechosos que contribuyeran al gasto de la comandancia.

Un domingo de madrugada, semana y media después de su aprehensión, salió Maximiliano para Candelaria a refugiarse en una finca propiedad de un compadre de don Pole. Cuando encontraron al guardia amarrado de pies y manos en la celda que ocupaba el prisionero, un comadreo de escándalo revoloteó sobre Pochutla sin que llegara a mayores. Unos decían que por diez mil pesos, otros hablaban de veinte mil; los rumores implicaban tanto al comandante de la policía como al presidente municipal. Por una nota breve y esperanzada que le haría llegar Chonita dos semanas más tarde, Maximiliano sabía que el asunto era cosa del pasado.

El lunes a primera hora, después de cerrar bajo llave el cuartito donde oficiaba de mañana y noche sus ritualidades, salió Chonita hacia el mercado a consultar con su protectora si había noticias de San Isidro. “Ya mero, niña”, le dijo la vieja yerbera. Siguió luego hacia la casa de Luz María y la encontró abatida y temerosa por la huida de Maximiliano. Le dijo a Chonita que iba a vender todo para irse con su madre a la casa de una tía en Oaxaca. Fue inútil que Chonita le prometiera mediar con Maximiliano para que no tomara venganza; la mujer persistió en su necedad y el martes mismo, sin vender nada, partió con su madre y voluminoso equipaje para la capital del estado.

Apenas una noche le duró la tristeza a la rezandera. Al ir al mercado, la mañana del miércoles, se enteró de la horrible muerte que en San Isidro del Palmar había tenido una tal Alfreda Santiago. En la última semana se había venido chupando como perro ensapado. El lunes por la mañana quedó privada, y ese mismo día por la noche, y de repente, el cuerpo se le deshizo todito en una hervidera de gusanos. Juntaron en la misma noche la gusanera en un petate

y la enterraron detrás de la casa. “Lo peor de todo es que las dos criaturitas se quedaron sin nadie en el mundo”, comentó una puestera haciéndole revivir a Chonita el recuerdo de aquellas dos niñas sucias y desnudas. “Dicen que aún vive su abuelita”, añadió otra voz cuando Chonita se iba cabizbaja hacia la iglesia para desprenderse del dolor doblegante de sus pecados.

Varios años anduvo Maximiliano zanganeando por las serranías, recibiendo noticias vagas del enfrentamiento entre pochutlecos y huatulqueños y dejando su semilla prendida en dos mujeres miahuatlecas. Una era briaga y calenturienta, y tenía ya tres vástagos de diferentes hombres; pero la otra era una veinteañera cerril y muy confiada que cuando el negro la tomó entre la milpa solamente acertó a decir un tímido: “Ay”, antes de que se quedara rígida y con los ojos saltones mirando la expresión salvaje del semental que la acometía.

Una noche de finales de junio, untuosa y electrizante por la amenaza de una tormenta, regresaba Chonita del rosario cuando, al acercarse a abrir la puerta de la casa, una sombra gigantesca se le vino encima. No tuvo que esforzarse mucho Maximiliano para vencer la fingida negativa de la mujer; y esa misma noche, mientras yacían a unos metros de la recámara de la tía de Chonita, acordaron iniciar una nueva vida en el lugar que Maximiliano jamás había olvidado desde la legendaria huida con su jefe Pancho Vázquez.



A principios de la década de los sesenta Zipolite era la encarnación tropical del paraíso. Mar y tierra formaban una pródiga totalidad que parecía no alcanzar jamás su término. En las rocas salpicadas por el recio mar abierto se amontonaban todo tipo de mariscos; langostas y ostiones sobreabundaban por doquier, y la embestida de las manchas de jureles dejaba la orilla de la playa plateada de sardinas. Bastaba caminar un cuarto de hora tierra adentro para encontrarse con el rastro fresco del venado, o el cacareo asustadizo de las chachalacas. Iguanas y armadillos había por decenas, y si alguien le dijera en ese tiempo a los primeros pobladores que en sólo diez años

la llegada de un eclipse señalaría el término de todas esas formas de vida, se lo quedarían viendo con la expresión risueña e indulgente del que oye a un pobre diablo que perdió la cordura.

Escogió Maximiliano enraizar su nueva vida en una hectárea de loma situada casi a la entrada de la vereda que comunicaba Zipolite con Puerto Ángel. Al pie del cerro corría un arroyo de agua cristalina que salía en el extremo de la playa donde vivía Antonino Jarquín, y desde la punta de la loma podía abarcarse panorámicamente un paisaje de inigualable sensualidad, que se sublimaba al atardecer cuando el sol potenciaba toda su gama de anaranjados al estallar sobre el horizonte marino. En el otro extremo vivía Ángel Cruz, y casi al centro, donde años después brotaría, con la célebre Felipa a la cabeza, la contaminación restaurantera, se instalaron por la misma fecha que Maximiliano, Vulfrano Sánchez y Chano Salinas con su esposa Susana Martínez, que lidereaba una familia de pleiteros profesionales. Después, con pequeños intervalos de diferencia, llegarían Félix Méndez, de Chacalapa; Poncho Fierro con su madre y hermanas, de Pochutla; los hermanos Aristeo y Erasto Rodríguez, que venían huyendo de Huatulco, donde los tres Ases le acababan de matar al hermano que los encabezaba; y así siguieron llegando debedores de vidas y huidos de la ley, hasta formar el pueblo bronco y promiscuo que recibió su golpe de gracia con la oleada *hippie* durante el eclipse de 1970.

Enterada Chonita del desamparo en que habían quedado tras la muerte de su abuela las dos hijas que Maximiliano engendrara con la difunta Alfreda Santiago, tuvo el gesto interesado de proponerle a su hombre que fuera a buscar a las dos niñas. Cubrió así de un solo golpe la hábil rezandera la deuda que tenía con la finada y su propia necesidad de mujer infértil. Le bastaron a Saturnina y Micaela, como se llamaban las muchachas, un par de meses para que pudieran ver en Chonita la reencarnación pulcra y eficiente de su difunta madre.

Aprovechando la protección de la noche, iba Maximiliano por la vereda cercana a las playas dos o tres veces al año a San Isidro a buscar el maíz que era la base del sustento. Primero lo conseguía con su tío Pole, pero una vez que el anciano murió, de noventa años, las hijas mayores, casadas con vividores de Pochutla y Puerto Ángel,

echaron mano de lo que pudieron, acabando con la hacienda en unos meses. Después recurrió a aquellos conocidos que le debían atenciones de los tiempos en que mandaba en la zona con su gente de a caballo. De todos, un chaparrito duro como el fierro, trabajador incansable y de modo sumiso, que se llamaba Bartolo de la Rosa, fue el único que le permaneció fiel hasta el fin de sus días. A tal grado llegó la lealtad de Tolito, como le decían familiarmente al recio hombrecillo, que ni siquiera alzó la voz cuando su mujer, una morena jacarandosa y bien ajustada de carnes, parió la última hija del preñador insaciable.

Astuto como un costoché, mandaba siempre Maximiliano a Chonita con las chamacas por delante y no caminaba si no era en medio de la oscuridad más impenetrable. En su cabaña de Zipolite instaló una hamaca en un punto estratégico de observación, y desde allí, con su cuarto de mezcal en la mano, no dejaba jamás de vigilar la vereda. Lo intentaron venadear tres veces; la última en la subida de Mazunte, donde dejó muerto a uno de sus rivales más perros. Chonita vio a Julián Hernández, sobrino de don Ponciano, sentado en un peñasco con la escopeta alistada. Sin darse por enterada, le dijo a Saturnina que regresara a decirle a su papá que tenía emboscada puesta en lo alto de la loma. En cuanto Maximiliano, que venía un kilómetro atrás, oyó lo dicho por la chamaca, agarró la retrocarga y, recordando sus buenos tiempos con Pancho Vázquez, le cayó por atrás al desgraciado.

Enterado en no rebajarse a labores de campo y peonaje, aguantó el negro con dignidad el resto de sus días; y si no hubiese dejado pasar la oportunidad más clara de su vida, no hubiera tenido que sacrificarse la fiel Chonita quemando sus pulmones sobre el comal echando tostadas para mantener a toda la familia. Fue en las secas de 1969, un año antes del decisivo eclipse, que un canadiense cachivachero y atrabancado compró el palmar que estaba poco más allá de la mitad de la playa. Acondicionó la casa que estaba en la loma, al centro del palmar, y contrató a Maximiliano para que se la cuidara. Con quinientas palmas en plena producción, el palmar daba la suficiente copra para llevar una vida holgada. Mientras Maximiliano recuperaba su gusto por el mando sugiriendo los derroteros de la

comunidad y haciéndose acompañar en todo momento por Félix Méndez y los hermanos Erasto y Tello, que constituían ahora su peonada, tía Chona, como respetuosamente le decían a Chonita, aunaba a su viejo oficio de rezandera el de partera oficial de Zipolite. Apasionada del argüende y del pan dulce, no había momento a lo largo del día que no subiera a la casona del palmar alguna marchanta a comadrear la última novedad con tía Chona y a ofrecerle la más variada mercadería.

Desde Pochutla a San Isidro volvió a gozar Maximiliano del prestigio que antaño poseía y, aunque ya entrado en los sesenta, todavía tuvo la hombrada de hacerse amante de una matrona de Puerto Ángel que manejaba un próspero restaurante frente a la playa. Mucho había aprendido el arrogante negro en su vida de malosidad, pero no asimiló la lección más importante del indómito trópico: hay que guardar cuando hay para cuando no hay. Entregado viciosamente al mezcal, desoyó los regaños de tía Chona y los consejos de quienes lo apreciaban, y se fue hundiendo en un mundo de delirios verborreicos que protagonizaba sin salir jamás de la hamaca.

Y llegó 1970, año fatídico para la comunidad zipolitense. De todo el mundo se dejaron venir los más extravagantes especímenes de una juventud harta y desnortada, que bajo el calificativo de *hippies* incluía por igual a la hija de un banquero neoyorquino y al lumpen despadrado de ciudad Neza. Todo tipo de enfermedades sexuales importadas de Vietnam, toda clase de drogas, toda forma de violencia; en menos de cinco años el paraíso que era Zipolite se convirtió en oprobioso infierno.

Cuando en 1975 Aquileo Ramírez aprovechó la estancia de su hijo mayor en la escuela técnica de Puerto Ángel para hacer una nueva visita a su suegro en Zipolite, lo que vio lo mantuvo mudo toda la tarde que duró el encuentro. Llevaba dos años sin aparecer el canadiense dueño del palmar y Maximiliano, impartiendo cátedra desde la hamaca a la bola de gorriones alcoholizados que no se le despegaban, tiraba a manos llenas el dinero que le dejaban los *hippies* que acampaban en el palmar. Antes de despedirse, Aquileo le dijo a tía Chona que fueran sin tardanza a Oaxaca para ver de arreglar los papeles del palmar a nombre de Maximiliano. La mujer

lo miró con expresión agotada y le dijo quedamente: “No hay nada ni nadie que lo pueda hacer cambiar”.

Y sucedió lo inevitable: una mañana, sin previo aviso, llegó un camión de redilas cargado de trabajadores. Poco después hizo su entrada en el palmar un Chevrolet negro de cuatro puertas, del que bajaron cinco enguayabados. Al ver el oficio que el agente del ministerio público de Pochutla le entregaba para que desalojara de inmediato ese terreno que había sido adquirido por la misma compañía que poseía el hotel Ángel del Mar, Maximiliano empezó a mentar madres. Se adelantaron dos de los enguayabados y sólo la intervención de las hijas dando de gritos impidió que le rompieran el hocico. Derrotado y sin poder evitar un penoso lloriqueo, Maximiliano vio como sus sueños alcoholizados despertaban en una cruda espantosa.

Regresó la familia a su casa de bahareque, ya comida por el comején y la polilla, y tía Chona se encadenó al comal por el resto de sus días.



Fieles a la herencia de irresponsable fertilidad por parte de padre y madre, se cargaron pronto Saturnina y Micaela con hijas que eran producto de relaciones fugaces y calenturientas. Micaela, más aventada y despierta que la sumisa Saturnina, tuvo oportunidad de enderezar su vida al unirse en matrimonio con un ahijado de don Pole que todavía disponía en San Isidro de una buena cantidad de tierra. Pero apenas al mes de nacer la segunda niña resultado de la unión, cayó el padre en una emboscada que le tendieron camino a Chachahua. Viuda en la flor de la edad, agarró Micaela la vida alegre y dejó que la sufrida tía Chona cuidara de sus hijas.

Limpia y exigente hasta niveles de manía en una sociedad promiscua y sucia, educó tía Chona a las cinco chamacas —tres de Micaela y dos de Saturnina— con una noción de aprovechamiento y pulcritud que no podía menos que resaltar en el reducto vicioso que ahora era Zipolite. A las tres de la tarde, cuando todos los demás niños que regresaban de la escuela mostraban en sus ropas el resultado del descuido y los revolcones, las niñas de tía Chona, con sus

vestiditos cosidos y recosidos hasta el límite permisible, pero de una blancura inmaculada, parecían duendecillos que sobrellevaban con una dignidad de pasmo la tragedia de la diaria sobrevivencia. Jamás exigían nada, comían como pajarillos lo que les pusieran enfrente y obedecían las impertinencias de la borrachera del viejo con un respeto y una integridad que contrastaban violentamente con la miseria en que vivían.

Toda la mañana se la pasaba tía Chona echando tostadas que vendía a los restaurantes de la playa. Por la tarde, con su infaltable Alas en la boca, se sentaba con las niñas a peinarse o a coser, momentos de gozación que aprovechaba para argüendear con las pocas visitas que ahora tenían por falta de recursos para comprar las mercaderías. Dispuesto a morir antes que rebajarse a trabajar de peón, Maximiliano solía dar muy temprano su gira para ver quién le curaba la cruda o a quién le bajaba algo para comer. El resto del día se lo pasaba fondeado en la hamaca esperando la visita, cada vez más espaciada, de algún compañero fiel de los tiempos de esplendor que subiera a la polvorienta loma con su cuarto de mezcal. Menospreciado ahora por la comunidad que antes lo temía y respetaba, no tenía más aliciente para seguir viviendo que encharcarse con el mortal agave, cuyas alucinaciones le hacían creer que el tiempo no transcurría. Cuando algún *hippie* oía su repertorio de dichos y ocurrencias (“Para sabio Salomón y para pendejo un burro”. “Échale maíz al pollo que al cabo con su vida lo paga”. “Medio mundo a chingar y medio mundo a no dejarse”. “Alto con la cruz que el santo quiere cagar”) se dejaba atrapar por ese anciano tan vital y singular. Pero en cuanto el astuto negro sabía a la víctima embelesada con su rutina, empezaba el acoso despiadado que terminaba por enturbiar aún más su fama de ave de rapiña: “Esa camisa me gusta”. “Véndeme esa navaja”. “Regálame esa chamarra”. “Déjame ver la grabadora”.

Hacia finales de 1979 Maximiliano creyó llegada la hora de entregar cuentas. Al tiempo que los pellejos se le pegaban a los huesos, comenzó a hinchársele el abdomen hasta darle un aspecto de tuza cuaresmeña. Vomitaba toda clase de alimento y bebida, y al anocheecer oía que un canto extraño le salía de la garganta. Aplicó tía Chona todas sus artes en la materia y al final, tras prolongada succión, logró

extraerle de la garganta unas espinas blancuzcas que Maximiliano identificó como del venenoso pez sapo. Fue leve la mejoría, y no tardó el sufrido negro en retomar la senda inevitable de la muerte. Lo vio un chilango marihuano que decía haber estudiado tres años de medicina y sugirió que lo llevaran con un doctor a Pochutla, que lo que tenía parecía ser cirrosis hepática. Fueron a Pochutla a fundir los últimos ahorros que tenía la tostadera, y regresaron con el mismo diagnóstico dado por el chilango y con un paquete de medicinas para controlar la enfermedad incurable. Tres días después de haber iniciado el tratamiento, el viejo negro entró en estado preagónico y mandó que se le comunicara a todas sus hijas y a los pocos amigos que aún tenía, la inminencia de su muerte.

El día que Virginia le dijo a su hombre, Aquileo Ramírez, que su padre se estaba muriendo, el cazador, como hacía todos los años cuando iba a recoger las calificaciones de fin de curso de su hijo en Puerto Ángel, fue a matar un venado para llevarle los cuartos asados al anciano por el que guardaba especial sentimiento de gratitud. Al día siguiente salió temprano a la costera con las piezas asadas metidas dentro de una costalilla, y en un viaje lento y polvoriento llegó al mediodía a la escuela técnica donde estudiaba su hijo. Pidió permiso para llevarlo a ver a su abuelito, y cuando tardeando llegaron a Zipolite, se encontraron en un ambiente de velorio, con un montón de pellejos apergaminados de los que sobresalían dos ascuas de vivo amarillor que hablaban de una terca lucha por aferrarse a la vida. Esa misma noche Aquileo hizo que arreglaran todo para el viaje, y al amanecer siguiente partió con el montón de pellejos renegridos hacia San Mateo Piñas, a ver a un brujo que tenía fama de curarlo todo.

A base de suero oral, que era lo único que no devolvía, aguantó el viejo el regreso a la tierra legendaria de sus primeras fechorías. Qui-so que lo cargaran hasta la Cruz del Monte a hacer un pedimento. Y una vez allí no pudo evitar que lo venciera la temblorina.

No se anduvo por las ramas el curandero, y luego de ver al anciano dijo que lo que tenía era una maldad ya muy enraizada. Preguntó Aquileo si aún tenía remedio y el curandero dijo que sí, pero que iba a ser costoso. Aceptó Aquileo cubrir el costo que señaló el curande-

ro, pero poniendo como condición que el enfermo sanara. Al decir el curandero que estaba bien, Maximiliano sintió que un soplo de vida le crecía en el corazón y se incorporó del catre para abrazar a Aquileo en un gesto de total entrega que lo hizo caer exhausto.

Tal como había predicho el curandero, al cumplirse los primeros siete días de la visita, el enfermo comenzó a aceptar la comida y su abdomen se deshinchó notablemente. A los catorce días de tomar el brebaje se levantó del catre y, con el ánimo autoritario de sus días de plenitud, quiso reordenarlo todo con la pasión desmedida del resucitado. Por fin, a los veintidós días, poco antes de que saliera el sol, sintió que las entrañas se le retorcían y fue al monte con la lámpara en la mano. Tras el alivio del vaciamiento oyó unos extraños gorjeos entre la inmundicia y al echarle el haz de luz vio a un animalito con forma de iguana verde que se debatía por salir. Corrió rápido a la cabaña y agarrando el machete regresó al monte sin hacer caso de las voces preocupadas que le daba tía Chona. Libre de los deshechos, el animal daba los primeros pasos para perderse entre el monte cuando le cayó el machetazo partiéndolo por mitad.

—¿Qué era? —le preguntó tía Chona saliéndole al encuentro.

—La chingada sirena —dijo el hombre con alivio.

—¿La echaste?

—Sí, ya se fue a chingar a su madre.

—¿Y cómo era?

—Mitad perro y mitad iguana.

—Maldad era —concluyó la mujer convencida.

Había prometido Maximiliano regresar a la Cruz del Monte si salía de tan mal paso. A la hora de haber llegado a Santa Cruz, donde Aquileo Ramírez vivía ahora con su familia, le pidió a su hija Virginia que lo acompañara a agradecer la curación. No pudo menos que sorprenderse la mujer cuando, después de un par de horas de silenciosa espera, fue hacia el lugar donde su padre efectuaba el rito y vio, reproducida en miniatura, una gran casa con corral y animales.

—¿Y para quién pide usted todo eso? —le preguntó la hija.

—Para mí —dijo el viejo con firmeza.

—Ay, qué cosas se le ocurren con la edad.

—¿Qué, no estoy sano ya?

—Sí, sano se ve. Pero cómo cree usted que lo que no hizo cuando estaba macizo lo va a hacer ahora de viejo.

—Viejos los cerros y todavía reverdecen. Ya verás cómo voy a levantar ese rancho con todo y animales.

—Ande, vámonos ya, que hasta el juicio está perdiendo.

Pero el juicio fue lo último que el correoso viejo perdió. A los seis meses de haberse curado, y cuando la dureza de la vida había doblegado los débiles intentos por recuperar el camino perdido, cayó de nuevo el viejo en la trampa del mezcal. No quiso oír consejos ni regaños y, amparándose en un sentimiento de hartazgo de la vida, fue macerando sus pellejos en alcohol hasta que las vísceras no aguantaron. Ya en presencia de la muerte, se engalanó el viejo negro por última vez con la gallardía de sus años mozos y dio a tía Chona las últimas instrucciones a manera de testamento. Luego, se volteó en el catre hacia la pared para entregar en silencio su turbulenta vida.

A los cinco meses de enterrado Maximiliano en una fosa sin nombre del panteón de Puerto Ángel, tía Chona, aquejada por un cáncer pulmonar, siguió en la muerte al hombre que había dado sentido a su vida.

XI

Diez años duró Aquileo Ramírez con su madre y sus hermanas en la finca cafetalera que don Rodolfo Jala tenía en Alemania, fértil paraje a un día de camino de Samahua. Cuando a principios de 1940 llegó a los bajos del Arenal con la mira de conseguir parte del extenso dominio que le había correspondido a su padre, era un muchacho musculado y de carácter serio; y en lo amplio de la frente y lo profundo de la mirada llevaba impresa la hombría del legendario Ambrosio. Le bastó al muchacho un cuarto de hora de plática con su padrino don Benigno González, sucesor de Ambrosio en la jefatura política del Arenal, para darse cuenta de que los rumores que corrían acerca de que les había dado la espalda a Ambrosio y a Panchito no carecían de fundamento. Don Benigno era un hombre de apariencia paternal y apacible, pero bajo esa piel de mansedumbre se encontraba un voraz tigre. No concedía nada que no implicara una retribución, y su tacañería iba pareja con su astucia.

Consiguió Aquileo trabajar de mediero tres hectáreas de Liborio Vázquez, hombre mayor que conservaba un recuerdo agradecido de Ambrosio, y junto con la tierra consintió también el viejo que el joven, tesonero y de buen oficio, trabajara por las noches el cuerpo de su hija Eduviges, una muchacha liviana de cascos y muy fogosa que no le negaba una sonrisa a todo cuanto hombre de a caballo le salía al paso.

Herederero de la sensualidad de doña Lola y la pasión de Ambrosio, ejercía Aquileo un influjo especial sobre las mujeres, que se acentuaba por su entrega misteriosa al silencio y su modo tierno y respetuoso. De las pocas cosas que no dejaría de vanagloriarse en sus años de vejez ya viciada por la influencia turística, serían el jamás haber golpeado a una mujer y el haber matado siempre en legítima defensa. Eduviges ignoraba que ese muchacho tan reservado y sufrido ya había conocido en la finca de Alemania en edad temprana los

arrebatos del amor, que lo habían hecho padre adolescente de dos hijos. La primera mujer de su vida fue una serranita feona y chaparra, maliciada por el capataz de la finca, que se llamaba Josefina Ríos. Recién cumplidos los catorce años la encontró Aquileo un anochecer al ir al arroyo a darse un baño, y la mujer, lejos de correr a esconderse al ser descubierta en cueros, se le acercó al muchacho y lo sedujo entre el zacate. Siguió teniendo relaciones esporádicas con la serrana hasta que dos años después conoció en una fiesta de la finca a Isaura Cruz, una miahuatleca flaca y ofrecida que sería la madre de su primera hija. Al nacer Celestina, que fue el nombre que trajo la criatura, Isaura dispuso un plan para apartar a Aquileo de la influencia de su madre, pero no previó que era más débil el querer que el vínculo sagrado que unía a Aquileo con doña Lola. Construyó Aquileo una cabaña para la recién aliviada y allí la iba a ver por las noches, llevándole lo necesario para el sustento. Más ligera de lengua que de entendederas, buscó la mujer apoyo en Catalina, la hija mayor de doña Lola y ya casada con un hombre que no respetaba hermandades ni compromisos. Catalina se negó de plano al juego, pero su marido vio la oportunidad de desquitarse del cuñado silencioso y arrogante que se creía el jefe de toda la familia.

Una tarde, embarazada Isaura por segunda vez, fue Aquileo a verla para entregarle un frasco de vitaminas que le había encargado a un comprador de café que venía desde Orizaba. Al llegar a unos metros de la casa le pareció oír que adentro había una alegadera. Se detuvo un instante en la vereda y pronto le llegó la risa descocada de Isaura. Salió de la vereda hacia el monte y allí permaneció oculto poco más de una hora, hasta que vio salir a su cuñado. Nunca más puso Aquileo un pie en esa casa, ni quiso atender a las súplicas que por distintos conductos le hizo llegar Isaura. Ni a su cuñado ni a nadie de la familia le dijo nada, afianzándose en la doble convicción que habría de marcar su vida: no perdonar jamás el engaño de una mujer, ni arredrarse nunca ante la ofensa de un hombre.

Con Liborio Vázquez descubrió Aquileo la pasión por la cacería. Tenía el viejo una escopeta de chispa y con ella iban a la espía. Ya que el muchacho aprendió el proceso para cargar la escopeta —pól-vora, taco de reata, posta, tapón—, empezó a salir diariamente tras

el jabalí y el venado, desatendiéndose por completo de los galanteos que antes tenía con Eduviges. Este distanciamiento, aunado al hecho de que Aquileo, descontando la pieza de rigor que le correspondía al dueño de la escopeta, le llevara todo lo que cazaba a doña Lola, terminó por ofender el orgullo de la muchacha. Ésta empezó a soltarle prenda a un peón de don Benigno que pasaba diariamente arreando la vacada, y vino así a encontrarse en estado sin saber de quién era el vástago.

Como no le desagradaba la muchacha y se llevaba tan bien con el viejo, vio Aquileo con buenos ojos el embarazo de Eduviges y comenzó a pensar en los preparativos de la boda. Hasta que una tarde, en que había salido a espiar a un pochote con tan buen paso que apenas llegando mató una cierva bajo el árbol, al regresar con el animal al hombro y con el sol aún alumbrando, descubrió a Eduviges abrazada al vaquero bajo la ceiba que estaba camino a la casa. Se metió por el monte cuidando que no lo vieran, y ya en la casa se puso a descuartizar el animal. Notó el viejo que algo pasaba por las respuestas cortantes y la expresión fría con que Aquileo ahogaba todo intento de plática. Al regresar Eduviges se puso a darle a la lengua como de costumbre. Sin decir una sola palabra y sintiendo cómo por el coraje le ganaba la temblorina, Aquileo no pudo evitar que la punta del cuchillo ofendiera la piel varias veces. Fue entonces que el curtido Liborio intuyó que acababa de perder el yerno al que quería heredar todo lo que tenía. Luego de destazar el animal, Aquileo recogió sus cosas y, al tiempo que le entregaba al viejo un cuarto trasero en pago por el uso de la escopeta, le dijo que hasta allí llegaba su trabajo como mediero, que él ya se iba.

—¿Y qué cosa no te parece, pues? —preguntó el viejo, con expresión compungida y reojando el rostro de la muchacha que empezaba a subir de color.

—Nada. Nomás que ya es tiempo de que siga mi camino.

—Pero cómo va ser, si ya tienes compromiso —dijo Liborio señalando con un ademán hacia su hija, que permanecía en silencio exhibiendo con pasmo la preñez.

—Ese compromiso no es mío, sino del que la anda querenciando —dijo Aquileo echándose al hombro el costal con sus pertenencias.

Agarró el camino y ni siquiera volteó al oír cómo Eduviges rompía en llanto corriendo hacia dentro de la casa.

De todo lo que tenía Ambrosio Ramírez solamente pudo recuperar doña Lola la casa de Samahua, donde vivía con sus hijas Carmelina, Leodegaria y Alfreda. Se dedicaba la mujer a hacer pan, deshojar y desgranar maíz para la gente, vender los animales que cazaba su hijo y, en general, a toda cuanta oportunidad de compra-venta se le ofreciese. Al regresar Aquileo a Samahua pidió permiso al comisariado de bienes comunales para desmontar dos hectáreas, y se metió de lleno con su madre a hacer pan.

Venía diariamente a casa de doña Lola a comprar pan una veinteañera modosita y de no mal ver que se llamaba Concepción Gabriel. Desde la primera vez que vio a Aquileo desnudo de medio cuerpo para arriba cargando un costal de harina, Concepción se prendó de él y para atraerlo comenzó a intimar con doña Lola. Tenía Concepción dos hijos de un hombre del que se había separado por la mala vida que le daba, y esto constituía a los ojos de doña Lola una carga demasiado onerosa para su hijo. Sin embargo, el hecho de que la joven madre se ganara la vida cosiendo ropa, y su manera humilde e introvertida terminaron doblegando la cerrazón de doña Lola, que consintió que Aquileo y Concepción hicieran vida de pareja. Insistió Aquileo en seguir viviendo en casa de su madre, limitándose a visitar a Concepción en las horas en que se lo permitía el trabajo o se lo pedía el cuerpo. A cambio de esta libertad contribuía puntualmente a los gastos de Concepción, dándole a entender con ello que no permitiría por ningún motivo que otro hombre compartiera su querencia.

En la cuaresma de 1945, recién nombrado topil auxiliar, Aquileo experimentó por primera vez el vértigo del poder. Compró una treintaiocho usada, pero en bastante buen estado, y se la trabó a la cintura con la convicción de que él era la ley. Su modo serio y de pocas palabras, y la eficacia con que ejecutaba las órdenes, hicieron que en menos de un año llegara a ser regidor suplente. Coincidió su engallamiento con el primer embarazo de Concepción Gabriel, y al rehusarse la mujer por costumbre a cohabitar mientras duraba la gestación, Aquileo decidió buscar otra hembra para los largos meses de abstinencia a que lo condenaban.

Era Esperanza Atecas una muchachota abundosa de carnes, ojos amielados y pelo lacio trigueño. Algo achaparrada y caderona, atraía por la gracia sensual de su rostro y por el modo desenfadado y alegre con que enfrentaba la vida. Aquileo la tenía ya en la mira desde una vez que la viera platicando con su hermana Leodegaria en el zócalo de Samahua, y no dejó pasar la oportunidad cuando Esperanza fue a pedir la ayuda de la policía para corretear a un borrachito que se había tirado a dormir la mona a un lado de la puerta de su casa. Atrapada Esperanza por la impronta frontal y prometedora de Aquileo, se dejó llevar por el ardor del cuerpo y, como consecuencia de una tardecada a la orilla del río, quedó prendida la semilla.

Recién parida Concepción Gabriel y con cuatro meses de embarazo Esperanza Atecas, Aquileo estiró el ala para cautivar a una morena espigada y presumida que se llamaba Maura Lavariega. Molesta por los chismes que sobre las andanzas de Aquileo le hacían llegar sus hijas, doña Lola urgió a su hijo a que sentara de una vez cabeza y tomara mujer por las dos leyes.

Por el porte altivo y respondón, que le venía de familia, y por negársele repetidamente a entregar sus encantos mientras no mediara la bendición de Dios, Aquileo escogió a Maura para legítima esposa. Frunció el ceño doña Lola al enterarse, y las hermanas no dejaron de emponzoñar el ambiente con comentarios sobre el proceder desvergonzado de Maura. Hombre de ideas fijas y carácter porfiado y necio como el de su padre, desoyó Aquileo todos los llamados de los suyos y se entregó a juntar el dinero para ponerle casa a Maura.

A escasos tres meses del desposorio, la voluntad ciega y terca que ni el modo prudente y maternal de doña Lola había logrado mover, cedió de pronto ante un llamado que sólo pudo atribuirse al destino. Solía ir con frecuencia por casa de doña Lola en busca de pan duro y sobras de comida, una anciana encorvada de larga cabellera blanca y ojos de pescado, que resultaban tan repulsivos que nadie podía aguantarle la mirada. Por tal motivo se había corrido la voz de que tía Leonina, como le llamaban a la anciana, era bruja, y los niños y las muchachas escapaban de ella como si estuviera apestada. Educado por doña Lola en la tradición de respeto y atención hacia los ancianos, Aquileo deparaba a tía Leonina siempre que la encon-

traba en casa un cariño que movía a la viejita a deshacerse en gratitudes. Fue así que una mañana, saliendo Aquileo hacia el municipio, se encontró con la anciana que venía cargada de bolsas y morrales.

—Buenos días, tía Nina. Pásele, que hay harto pan de ayer —le dijo Aquileo, haciéndose a un lado para que la anciana entrara.

—Ven acá, mijo, que contigo mero tengo que platicar.

—Luego me platica, tía Nina, que ahora voy de urgencia —alegó Aquileo para zafarse de la vieja.

—Con urgencia nomás van los muertos para que no apesten —sentenció la anciana, agarrándolo por un brazo con su mano huesuda. Lo jaló con fuerza para que se acercara y una vez que lo tuvo a distancia le soltó por lo bajo—: Esa chamaca te está avergonzando, mijo. Toditas las mañanas a eso de las diez se da gusto con otro en el playón, abajito de la casa.

Se quedó Aquileo frío y sin habla contemplando los ojos abismales de la anciana, hasta que ésta, besándole la mano con ternura, le dijo que fuera con tiento y en juicio, que el mal paso aún no estaba dado. Asintió Aquileo con un gesto de cabeza y se echó a la calle con un dolor del alma que le impedía reparar en nada. Llegó frente a la presidencia municipal y oyó que le hablaban. Levantó la vista del empozamiento en que se debatía y vio a un grupo borroso de individuos. Sin mediar pensamiento se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Entró de nuevo en la casa y le dijo a su madre que había olvidado en la recámara la cartera. Buscó con rapidez la pistola y la ocultó en la cintura bajo la camisa.

Tras casi una hora de esperar oculto afuera de la casa donde vivía Maura con sus padres, oyó unos chiflidos imitando a la paloma jolina. Enseguida salió Maura limpiándose las manos en el delantal y dio un ligero grito, que fue respondido por tres chiflidos desde el playón. Se quitó la mujer el delantal y entró en la casa a paso rápido. Salió Aquileo del escondrijo y tomó la vereda en dirección a la casa. Estaba llegando cuando Maura salió a la carretera toda emperifollada.

—¿A dónde vas tan endomingada? —soltó Aquileo dándole el frente.

Sorprendida por la presencia de Aquileo, Maura demudó la expresión encendida que traía y balbuceó desviando la mirada:

—Voy a un mandado con mi prima.

—¿A un mandado con tanta ansia? —insistió Aquileo, apuntando con la vista el fuellear violento que hacía sobresalir los pechos de la mujer por entre el escote.

—Se me hizo tarde —alegó Maura, empezando a recobrar la des-envoltura que la caracterizaba.

—Ah, vaya. ¿Y con tu prima vas?

—Ya te dije que sí.

—¿Cuál de todas?

—Con Amalia.

—Con Amalia no creo.

—Con Amalia voy.

—Ahorita la acabo de ver tomando el carro para Pochutla —dijo Aquileo con maña.

Sintió Maura que le cortaban las alas y un rubor aduraznado le matizó el rostro. Hizo un mohín de disgusto, como siempre que se sentía agraviada, y se dispuso a dar la vuelta. Pero con mayor fuerza que antes se oyeron ahora los chiflidos. Al quedarse Maura como piedra, los chiflidos volvieron a intensificarse.

—¿Qué, no le vas a contestar? —preguntó Aquileo con sorna.

—Contesta tú, que a mí no me hablan —repuso Maura con mal modo.

Con actitud parsimoniosa Aquileo se acercó al barranco y haciendo un altavoz con las dos manos gritó con fuerza:

—¡Ven a buscarla!

Como no hubo respuesta, al cabo volvió a gritar:

—¡Que vengas a buscarla, digo!

Esperó un par de minutos con la mirada prendida en Maura, hasta que de la casa salió la mamá de la muchacha preguntando qué pasaba.

—Bueno, ya que no sube él voy a bajar yo —dijo Aquileo echándose monte abajo.

—¡Vete, Matías! —gritó Maura cuando Aquileo iba a mitad de la barranca.

Oyó Aquileo que echaban a correr por el playón, pero cuando llegó con la pistola en la mano no pudo ver a nadie. Se limpió el

sudor con el antebrazo y esperó a que la respiración se controlara. Estuvo así un buen rato, pensando qué salida le daba al enredo, hasta que las palabras de tía Leonina le resonaron con fuerza: “Ve con tiento, que el mal paso aún no está dado”. Guardó la pistola bajo la camisa y enfiló hacia el pueblo.



Nunca más volvió Aquileo a dirigirle la palabra a Maura Lavariega, y ésta, en venganza, buscó la manera de fregarlo. Primero pensó en pagarle a un brujo para que le hiciera maldad, pero el miedo a ser descubierta pudo más que el coraje. Por fin, aconsejada por Matías, con el que seguía viéndose a diario, decidió jugársela a una sola carta. Fue a ver a Arcadio Avelino, hijo del finado Bernabé Avelino, y le dijo que Aquileo se la tenía sentenciada a él y a su hermano Zózimo. Prendió la malquerencia en suelo propicio y Arcadio y Zózimo, envalentonados por el mezcal que estaban libando en una cantina, hicieron público el pleito contra Aquileo.

Dos años anduvo Aquileo desconfiando de su sombra y sin desprenderse para nada de su pistola. Sin apoyo para enfrentar a los Avelino, hizo correr la voz de que el asunto de Ambrosio y Bernabé estaba ya finiquitado, y que él no tenía pleito pendiente con los hijos de Bernabé; pero Arcadio, que había heredado el modo enrevesado del padre, dijo que esas no eran más que artimañas de Aquileo para agarrarlos confiados. Evitó, pues, Aquileo las cantinas y la asistencia a festejos y se centró en el trabajo y en sus mujeres. Habiendo cumplido su mandato de regidor suplente, acordó con doña Lola entrarle a la matanza de marranos y a la elaboración de chorizos y cecina, además de las horneadas de pan que ahora efectuaban tres veces por semana. Embarazada Concepción Gabriel por segunda vez y tensa su relación con Esperanza Atecas por causa de los celos de ésta, se entregó Aquileo al cortejo de una coyulense maciza de edad y carnes que se llamaba Carmela Mendoza y que se dedicaba a la engorda de marranos.

Cuando a principios de la década de los cincuenta Aquileo decidió regresar al Arenal para librarse del acoso de los Avelino, se

despidió de Carmela Mendoza, que por ser estéril no le había dado descendencia, y de Esperanza Atecas, que estaba próxima a su segundo alumbramiento, y jaló con Concepción Gabriel y las dos hijas. Consiguió con Beto García trabajar de mediero dos hectáreas, y entre el trabajo del campo y la cacería se le fue como agua el tiempo. Hasta que un acontecimiento que sacudió a todo Huatulco vino a librarlo de los Avelino.

Atraídos por los fértiles bajiales de Coyula, muchos pochutlecos habían venido acaparando considerables extensiones de tierra con una avidez que nadie recordaba desde los tiempos del pleito con los Atala. Al ser obligados a dar sus servicios en Santa María, los pochutlecos que tenían tierras en Coyula protestaron, alegando que ellos pertenecían a Pochutla; pero las autoridades de Huatulco adujeron con firmeza que los servicios se daban por las tierras que uno trabajaba y no por el lugar de nacimiento. Como consecuencia de esta imposición que ellos consideraban humillante, los pochutlecos se organizaron con vistas a separarse de la autoridad de Huatulco, y con tal fin nombraron jefe a un ladino bronco y de lengua ágil que se llamaba Pedro Díaz. Tras varios meses de planear concienzudamente los pasos a seguir, Pedro Díaz y su gente comenzaron a poner mojoneras para deslindar medio Coyula. Enterado de la movida Aurelio Salinas, que fungía como jefe político coyulense, reunió a sus hombres y destrozó las mojoneras. Y se destapó el infierno.

Dos días después de destruidas las mojoneras, el coyulense Raúl Ríos fue ultimado a balazos en plena plaza de Pochutla. Al día siguiente Aurelio Salinas fue con tres de sus mejores hombres a Pochutla y acribillaron en su casa al pochutleco Erasmo Villas, asesino de Raúl Ríos.

Viendo Pedro Díaz que la cosa iba en serio, se fue con dos hombres de confianza hasta San Francisco Loxicha a pedir ayuda a su cuñado Delfino Díaz. Reunió Delfino en un par de días numerosa tropa de a caballo y escoltó a Pedro hasta Coyula. Acordaron luego ponerle emboscada a los meros cabecillas coyulenses, y en ella cayeron Aurelio Salinas y seis de sus hombres, entre los que se encontraban Arcadio y Zózimo Avelino, que habían recibido de Aurelio la promesa de hacerse con las mejores tierras que le iban a quitar a los

pochutlecos. Prendidos de coraje por la noticia, los huatulqueños se dejaron ir sobre Pedro Díaz y su gente, y los acorralaron en Coyula. Mandó Pedro a pedir refuerzos a Pochutla, y cuando venían de camino fueron descubiertos por los huatulqueños, que los enfrentaron con tupida balacera. Aprovecharon Pedro y Delfino la reyerta para escaparse del asedio, pero dejaron tirados a quince de sus hombres.

No quisieron los huatulqueños dar por bueno el desenlace de la contienda, y un grupo formado por Adrián Salinas, Onofre Castillo, Pedro Herrera, Crescencio Escobar, Ismael Altamirano, Lencho y Chucho Martínez partió hacia Pochutla dispuesto a ultimar de una vez a Pedro Díaz. Luego de preguntar aquí y allá, sin enseñarse en bola ni mostrar motivos, supieron que Pedro estaba con algunos de los suyos en una cantina y dispusieron el acuerdo para entrar en grupo a punta de bala. Ocho pochutlecos quedaron tendidos en la cantina al lado de Pedro Díaz, y esa misma tarde el grupo huatulqueño partió hacia San Francisco Loxicha, donde mataron a Delfino y a tres de sus pistoleros. Libre Coyula de pochutlecos, volvieron a distribuirse las tierras y Huatulco pareció recuperar una vez más su promisorio destino.

Con vivo interés, pero sin inmiscuirse en el pleito por andar de cabecillas los hermanos Avelino, siguió Aquileo el enfrentamiento entre pochutlecos y huatulqueños desde el Arenal, en una vida hogareña que Concepción Gabriel agradecía con toda clase de atenciones. Al año de la estadía parió Concepción un varoncito cabezón y peludo con tanto esfuerzo y deterioro que quedó negada a los ojos de Aquileo. Dejó el hombre la vida apacible a que se había visto obligado por la amenaza de los Avelino, y se echó de nuevo a buscar salida a sus pasiones.

Sin hombre, con dos hijas casaderas y sin ahorro alguno para enfrentar cualquier contingencia, había pasado doña Lucía Arrasola la crecida brutal de la reciente reyerta refundida en su rancho de diez hectáreas que tenía en Coyula, con la esperanza de que el hombre al que había ido a entregarle a la cárcel de Pochutla todos sus ahorros, regresara a hacerse cargo del hogar. Nunca más volvería doña Lucía a ver a Maximiliano Gómez, y cuando Aquileo, atraído por la perspectiva prometedora de las dos hijas y de las diez hectáreas ubicadas

a la vera del río, lo que suponía cosechas de temporal y de echagüe, decidió trabajar de mediero con doña Lucía, ya la mujer traía en la cara la marca del sufrimiento y la resignación que antecede a la muerte.

Le gustó a doña Lucía el natural porfiado y silencioso de Aquileo, pero en cuanto vio cómo el hombre traía sin resuello a la más tierna de sus muchachas, y sabiendo por oídas que era gallo de cuidado, no pudo evitar que la imagen descorazonadora de Maximiliano ensombreciera la de Aquileo. Por fin, tras comprobar que sus consejos no podían apagar la llamarada de pasión que consumía a la muchacha, doña Lucía enfrentó a Aquileo y le preguntó si no le producía remordimiento el echar a perder así la vida de su hija.

—Yo pretendo a Virginia a lo derecho, doña Lucía —dijo Aquileo con expresión dolida.

—¿Crees que son pocas las maledicciones que me llegan sobre tu vida?

—Para qué voy a decirle que no es cierto. Sí, anduve con mujeres, pero siempre a lo mero hombre y sin aprovecharme.

—Yo sufrí mucho, y no quiero que les pase lo mismo a mis hijas.

—Yo quiero a Virginia para legítima mujer, doña Lucía —insistió Aquileo, mirando a los ojos llorosos de la mujer.

—Júrame por Diosito que nunca la vas a dejar.

—¡Se lo juro!

—Mira que estás hablando ya con una muerta.

—¡Se lo juro por mi sagrada madre!

Justo al mes de haber levantado la cosecha, Aquileo y Virginia se casaron por las dos leyes. El día de la boda, mientras los parientes envolvían a los recién casados en una atmósfera de aplausos y parabienes, una mujer con un chamaco en brazos lloraba desconsoladamente observando el festejo desde una esquina. Dos semanas atrás Aquileo le había notificado la ruptura definitiva, pero Concepción Gabriel no podría librarse por el resto de sus días del recuerdo de ese hombre tan frontal y cumplidor, que a pesar de la dureza de su carácter le había hecho sentir el verdadero goce de la vida.

De pelo rizado, ojos de un café dorado por el sol, alta y retinta como su padre, y recién cumplidos los diecisiete años, llegó Virginia al matrimonio redondeada de formas por efecto del embarazo

de cuatro meses. Sin haber conocido más olor de hombre que el de Aquileo, se adaptó a sus gustos y requerimientos con tan buen tino que en toda una vida de incesantes pariciones, Aquileo jamás habría de engañarla procreando vástagos en casa ajena. Once hijos llegaría a engendrar Aquileo en la fértil Virginia hasta que, pasado el hombre de los sesenta y transformado Santa Cruz en un emporio turístico, la mujer, avergonzada por parición tan tardía, se negaría para siempre a su hombre.

Enraizado en Coyula, y sin enemigos que lo obligaran a cuidarse, empezó Aquileo a frecuentar los vericuetos del poder, llegando pronto a ser nombrado cabo de policía. Mandaba el pelotón de once hombres con cargo de sargento, aquel Primitivo Vázquez que se jactaba de haber abierto en canal a la amante de su primo Pancho después de corretearlo de su dominio. De mediana estatura, abdomen ensapado y el rostro agriado por aspiraciones frustradas, no veía Primitivo a Aquileo con buenos ojos por ser hijo de Ambrosio, pero lo toleraba por su comportamiento servicial y silencioso. Dos veces habían tenido sargento y cabo serios disgustos por exigirle el primero al segundo que golpeará con saña a determinados presos. Aquileo se había negado y la última vez Primitivo le había puesto la escuadra en la sien al tiempo que lo humillaba con un torrente de mentadas. Aguantó Aquileo impasible, y Primitivo, no viéndose apoyado por el grueso del pelotón, decidió guardar el arma y dar por suficiente la ofensa. Nada dijo Aquileo, ni siquiera hizo eco a los comentarios favorables que algunos compañeros le hicieron en privado, pero en la raíz misma de su hombría ardía la herida de la ofensa, esperando el momento justo para el desagravio.



Con su astucia natural y las mañas adquiridas en largos años de sobrevivir las turbiedades de la política, don Benigno González había aprovechado el pleito entre huatulqueños y pochutlecos para afianzar su condición de jefe del Arenal y extender sus influencias con vistas a ser nombrado jefe supremo. Rodeado de su hijo Roberto y un grupo de hombres de confianza que encabezaban los hermanos

José y Domingo Castellanos, don Benigno era un enemigo duro de enfrentar, por lo que los últimos presidentes municipales de Samahua habían optado por darle el lado y no molestarlo.

Todos sabían que tarde o temprano la rivalidad entre los mandos de Samahua y el Arenal terminaría en hechos de sangre, pero ningún huatulqueño cabal se atrevía a precipitar los acontecimientos. Hasta que llegó un vallisto bronco y avorazado.

Nadie reparó en Mario Carballido cuando vino de Ejutla a trabajar de arriero en la finca de Alemania. En un pleito motivado por los amores de una serrana, mató a lo macho a un recio sanmigueleño pasado de mezcales, haciendo alarde del manejo del cuchillo, del que ya tenían merecida fama los vallistos. A los dos años de trabajar al parejo de sus bestias, logró comprar la finca cafetalera de San Pablo, y a partir de ahí su nombre fue del dominio público. Rico y ávido de poder, entró de lleno a la política y llegó enseguida a regidor. No tardó el ensoberbecido vallisto en darse cuenta de que el jefe del Arenal era un serio obstáculo para sus ambiciones de llegar a controlar Huatulco, y junto con Esteban Canseco, el presidente municipal de turno que tenía comprado con billetes, empezó a tejer la telaraña de bajezas en la que pretendía enredar a don Benigno.

Hombre violento y enceguedido por el poder, dio pronto don Mario, como todos lo nombraban con respeto y temor, en la costumbre de deshacerse de los que lo contrariaban, sirviéndose para ello de una partida de rufianes que encabezaban Crescencio y José Escobar, legítimos huatulqueños que habían intervenido en el pleito contra Pochutla pero que no entendían más ley que la de los billetes. Dueños de una carnicería, aprovechaban la condición de protegidos de don Mario para enriquecerse por los medios más viles. Robaban en correrías nocturnas el ganado de los ranchos de Coyula y el Arenal, y a plena luz del día se llevaban de la manera más ruin cuanto marrano se encontraban a su paso.

—Póngale precio al marrano —le decía José Escobar desde la montura al campesino que se ponía delante del animal como queriendo protegerlo.

—Aún le falta su maicito —aducía el hombre, conocedor de las mañas de los Escobar.

—No le hace, así como está me sirve.

—Pero no sé, pues, lo que pueda valer.

—Bueno, ahí me lo lleva mañana al precio que sea —concluía José picándole al caballo, que salía a la carrera levantando densa polvareda.

Al día siguiente, al entregar el marrano, el campesino murmuraba un precio que consideraba justo y los Escobar le decían que estaba bien, que en cuanto el animal se vendiera pasara a recoger su dinero. Quería alegar el campesino necesidades por montones, pero la rapidez con que lo encañonaban con la pistola lo hacía enmudecer y dar por bueno el abuso. Nunca más cobraba el pobre hombre un centavo; y era gracias a esta forma tan contundente de negociar que los Escobar estaban amasando una fortuna cuantiosa.

Con la misma facilidad con que los Escobar conseguían la carne para su negocio, limpiaba don Mario de estorbos su camino hacia la presidencia huatulqueña. Hasta que, en una de sus idas a Oaxaca para mover sus influencias ante el gobernador con vistas a ser nombrado presidente municipal, le cayó Benito Ramos en una cantina y de tres balazos vengó la muerte de su hermano, ejecutado por los esbirros de don Mario.

Al llegar la noticia a Huatulco, los Escobar hicieron correr la voz de que la muerte de don Mario había sido ordenada por don Benigno. Presionado Esteban Canseco, puso precio a la cabeza del jefe del Arenal y mandó tras él a los uniformados. Cuando Primitivo Vázquez le dijo a Aquileo que tenían que chingarse a don Benigno y su gente, terminó de firmar su sentencia de muerte.

Conocido ya de José y Domingo Castellanos, con los que había intimado en una comida hecha en el rancho de su padrino don Benigno, fue Aquileo a ponerlos al tanto de las órdenes que había dado Esteban Canseco. Dos días después, los Castellanos, junto con Lencho y Chucho Martínez, le cayeron a Crescencio en la carnicería y lo quemaron a balazos.

Libre de la influencia sobajante de don Mario, y temeroso ahora de la venganza de don Benigno, Esteban Canseco desoyó las amenazas de José Escobar y optó por dejar que el mando se le cayera de las manos. José Escobar pregonó a los cuatro vientos que iba a

acabar con todos los González, y que ni siquiera sus perros se iban a salvar. Pero no sabía el robavacas con qué clase de gente se estaba enfrentando. A los cinco días de la muerte de Crescencio, los Castellanos y los Martínez sorprendieron a José Escobar en el mercado de Huatulco y lo mataron junto con dos de sus secuaces.

Salió de presidente Esteban Canseco y, apoyado por el grupo de los enemigos de don Benigno que encabezaban Secundino Flores, Leonardo Hernández, Pedro Herrera, Adrián Salinas y Primitivo Vázquez, entró en su lugar Leopoldo Galán. Decididos a acabar de una vez con el jefe del Arenal, acordaron ponerle emboscadas hasta que cayera. Pero el aguerrido viejo sólo caería muchos años después, recostado en cómodo lecho y rodeado de los suyos.

Recibió la orden Primitivo Vázquez de cuidar con sus hombres la salida del Arenal, y obligó a Aquileo a abrir fuego contra el grupo de cuatro hombres que encabezaba Roberto, el hijo mayor de don Benigno. Cayó Roberto del caballo con un boquete en la barriga y, dando ejemplo de la hombría de los González, se hizo fuerte con sus hombres respondiendo con agresiva balacera. Al no oír la voz de mando de Primitivo, los policías se desbandaron por el monte y cuando horas después se reunieron brecha arriba, notaron la falta del cabo y el sargento.

Primitivo fue hallado al día siguiente en el lugar de la emboscada con un balazo en la cabeza, y de Aquileo nadie supo dar razón. Cuando Leopoldo Galán mandó a buscarlo al rancho de doña Lucía, se encontró con la novedad de que se había marchado con rumbo desconocido.

Dos semanas dilató Roberto González curándose la herida que le habían hecho en el abdomen. Furioso don Benigno por la agresión al hijo, reunió a su gente en consejo y les dijo que mientras viviera Leopoldo Galán y su camarilla, Huatulco sería un infierno. Se supo en Samahua el estado de guerra abierta decretado por don Benigno y, al margen del arrebató teatral del presidente municipal, comenzó a consolidarse el consenso de que era indispensable que el gobierno del estado interviniera directamente para finiquitar el pleito. Tras varios meses de escaramuzas aisladas, por cuidarse ambos grupos en extremo, llegó línea del gobierno estatal de dar la presidencia huatulqueña

al doctor Jarquín. Hombre justo y querido por todos los huatulqueños, puso el doctor Jarquín como condición para asumir la presidencia que el grupo de don Benigno y el de Leopoldo firmaran las paces en una ceremonia de compromiso público. Accedieron los contrarios a enterrear rencores y mirar hacia adelante, y con el acuerdo logrado por el doctor Jarquín, Huatulco entró de manera definitiva en la legalidad.



Cuando a principios de 1958 Aquileo jaló con su esposa hacia Santa Cruz, huyendo del acoso de la gente de Leopoldo Galán, el puerto era apenas un insalubre manglar con una franja arenosa entre la laguna y la playa. Los únicos habitantes que por ese entonces poblaban la bahía eran Jerónimo Lavariega, Evaristo Morales y Nicolás Nava. Aquileo no tuvo problema alguno en formar grupo con ellos, y allí hubiera enraizado de una vez su vida de no mediar el suceso del primer viernes de cuaresma en la Cruz del Monte.

Rebosante la romería con gente de todos los pueblos y rancherías, que venían anualmente y desde tiempos inmemoriales a hacer a la milagrosa cruz sus pedimentos, no pudo Aquileo evitar que el comandante de la policía huatulqueña le cayera con el pelotón y lo apresara. Desarmado y sabiendo que el pleito entre don Benigno y Leopoldo Galán atravesaba por mal momento, no vio Aquileo más salida que fugarse. Cuando el comandante lo llevaba jalando de una mano hacia afuera de la enramada donde se apelotonaba la gente, Aquileo se zafó de un tirón y echó a correr hacia el monte. El comandante sacó la pistola y al tiempo que iba a disparar, Alfreda, la hermana de Aquileo que estaba atendiendo el puesto, se le fue encima al policía y le manoteó la pistola.

Ya a salvo entre el monte, estuvo Aquileo pensando qué rumbo tomar para mandarle aviso a su esposa, hasta que tras desechar Tangolunda, donde tenía rancho ganadero Andrés Martínez, y Copalita, donde vivía Santiago Cruz, decidió guarecerse en Cacaluta, dominio pleno de don Benigno.

Tenía el jefe del Arenal ganado suelto en Cacaluta, que se perdía en la tupida vegetación frecuentada por tigrillos, pumas, venados y

jabalíes. Aquí y allá, en pequeñas raspaduras hechas al monte alto, sembraban maíz medieros que venían de la sierra y que don Benigno trataba casi como a animales. Nadie tenía arraigo en Cacaluta cuando llegó Aquileo tras el acuerdo hecho con don Benigno para adueñarse de quince hectáreas. Deseoso de aliados en plena guerra contra Santa María, consintió el astuto viejo en venderle a su ahijado a mil pesos la hectárea, pero con la condición de que fuera en la margen izquierda del arroyo. Varios años tardaría Aquileo en saber que el hijo de la chingada de su padrino le había vendido terrenos comunales, robándole por tanto todo su capital.

A los pocos meses de instalado en el pródigo paraje cacalutense, donde la pesca y la caza le aseguraban sustento puntual, supo Aquileo de la llegada pacificadora del doctor Jarquín, por lo que ya no tendría que seguir cuidándose. Instalado en su ranchito, felizmente aprovisionado de maíz y frijol por efecto de un año venturoso en aguas, vio Aquileo con satisfacción la llegada de José y Domingo Castellanos a principios de los sesenta, a los que se les uniría meses después un apagado Lencho Martínez.

Pronto corrió la voz de que en Cacaluta se había instalado la gente más brava de don Benigno, y a partir de entonces nadie se aventuró en el lugar sin tener antes la aprobación de los tres Ases, como le decían ya al afamado trío que formaban Aquileo, José y Mingo.

Prisionera de sucesivos embarazos, permanecía Virginia pegada al brasero en espera de la carne o del pescado que le traía su hombre. Junto con Mingo había hecho Aquileo una canoa del tronco de un rollizo guanacastle, y con ella iba a pescar por las noches en que el mar se lo permitía. Gustaban entregarse de preferencia a la pesca del agujón, y para ello comenzaban a aprovisionarse desde la mañana. Con una buena carga de teas de ocotillo y el tridente bien afilado, salían con la puesta del sol hacia la isla. En cuanto anochecía prendían una tea de ocotillo y la metían en una abrazadera que con tal fin habían puesto en la punta de la canoa. No tardaban los agujones en acercarse a la luz, tirándose a veces hacia el cayuco, donde quedaban clavados por instantes. En cuanto Aquileo divisaba el acercamiento de los peces, alistaba el arpón y, con un tino que José y Mingo le celebraban, ensartaba por medio cuerpo al agujón y lo jalaba a bordo.

De cuatro a cinco docenas solían pescar hasta la madrugada, en que salían a tierra con el cuerpo molido por la fatiga. Prendían luego la lumbre para hacer café y abrían los pescados para salarlos.

Aun cuando la pesca no dejara de darles sustento, era la caza lo que constituía la principal fuente de ingreso fuera de la cosecha. José gustaba de matar los animales alumbrándolos en largas caminatas. Mingo y Aquileo preferían espiar los árboles donde los venados entraban a comer, o a buscar el bajadero a los aguajes. Era difícil que a Aquileo se le fuera sin beneficio algún disparo, y no había noche en que no se la pasara abriendo uno o dos venados. Asaba los cuartos en las brasas que alistaba mientras despellejaba a los animales, y con el nuevo día su hermana Alfreda, que recién se había venido a vivir a Cacaluta, los llevaba en bestia al mercado de Samahua, donde con el dinero de la venta compraba aceite, azúcar, café y otras cosas que se necesitaran.

Nadie podría precisar la cantidad de venados que mató en su vida Aquileo; muchos años después, encumbrado en la cooperativa turística, no dejaría de señalar, en los momentos en que el mezcal le aflojaba la lengua, que en un solo año había matado en Cacaluta más de doscientos venados. Tal vez fueran miles, como él decía; lo cierto es que desde Coyula hasta Copalita nadie igualó jamás su destreza de venadero.

Dominaban, pues, los tres Ases la franja costera de Chachacual hasta Santa Cruz, sin que nadie de juicio se atreviera a enfrentárseles. Dos piedramoreños, cerrados de mollera y envalentonados por la autorización amañada de don Benigno, dilataron un solo día haciendo las medidas para desmontar un buen tramo de terreno en Cacaluta, entre la playa y el cerro del lado opuesto a la laguna. La misma noche de la llegada les cayeron cuando calentaban café en torno a la lumbre, y tres días después la zopilotería ya nomás había dejado los huesos, que pronto se perdieron entre los zarzales.

Y de pronto, como ventarrón temporalero, apareció el hombre que puso en jaque a los tres Ases.

Mediaba 1961 cuando Ruperto Cervantes llegó a refugiarse en la playa de Órgano. Venía huyendo desde Barra de la Cruz, donde había matado a dos hermanos. Columna vertebral del aguerrido

clan de los Cervantes, Ruperto, de poco más de un metro setenta de estatura, flaco, renegrido por el sol y de mirada enloquecida, era el hombre más temido de los bajos de Tangolunda y Copalita, y había perdido ya la cuenta de las vidas que debía. Unos decían que diez, otros que más; lo cierto es que dondequiera que Ruperto hacía un alto en su vida de huición dejaba por lo menos un muerto, aunque fuera uno de los malosos que solían juntársele. Bastaba una mirada ofensiva, una expresión retadora, para que con su escopeta dieciséis o con la Colt calibre .22 que siempre llevaba al cinto, acabara al instante con el individuo sin que nadie se atreviera a ponerle el alto.

Levantó en el extremo sur de la playa una enramada grande, y en torno al pequeño aguaje hizo crecer un huerto de plátanos y papayas. Trajo con él a una cuachunda machorra que conoció en un burdel de Astata, así como a su hermano León, un pistolero de Piñas que le mentaban el Costoche y a un chamaco de quince años, venenoso como una coralillo y que cuando trabajaba en el burdel con la cuachunda ya había matado a un abusivo. En menos de medio año Ruperto impuso su ley, sin importarle el hostigamiento de las autoridades de Santa María, en cuyo zócalo mató a un coyulense y dejó lisiado de por vida a otro, ni las amenazas de Chico González, al que le mató un mediero en los bajos de Chachacual. Cuando tenía hambre escogía un becerro, chivo o marrano de la gente y lo mataba a bala. Y cuando necesitaba maíz iba al terreno de cultivo y lo agarraba; y si no, a la manera de los Escobar, se metía en un ranchito y con la mentira de que iba a comprarlo, hacía que el campesino le llenara los costales y luego lo amenazaba con la pistola. Si el pobre campesino se ponía al brinco o rezongaba, Ruperto le dejaba ir un par de tiros para enfriarlo. Tal es lo que había hecho con Apolonio Pacheco, el mediero de Chico González. Menos aguerrido que su hermano Roberto y sin el colmillo de don Benigno, su padre, recién fallecidos ambos de muerte natural, no supo Chico cómo enfrentar el problema y fue a Cacaluta a pedirle ayuda a los tres Ases.

Desde diciembre del 61 hasta marzo del 62 estuvieron Aquileo, José y Mingo poniéndole emboscadas a Ruperto sin lograr que cayera. Animal tan astuto como sanguinario, jamás caminaba Ruperto por la vereda, y bastaba el menor ruido o movimiento para que, con

una rapidez que asustaba a los que lo acompañaban, le dejara ir un escopetazo a la maraña. A veces le tocaba a una paloma jolina, tejón o iguana; incluso se rumoreaba que así había matado a uno de sus pistoleros, que se había metido al monte para hacer del cuerpo.

No tardó Ruperto en poner en la mira a los tres Ases, asignándole el lugar preferencial a Aquileo por la fama que lo aureolaba. Dos veces se habían cruzado Aquileo y Ruperto: una en la plaza de Samahua, la otra en la playa de Maguey. Desde la primera vez, al amparo del gentío que llenaba la plaza un día festivo, Ruperto había impuesto el modo del trato.

—¿Qué pasó, mujer, de compras? —le dijo a Aquileo con intención sobajante.

—Tus tiros vine a comprar, mujer —contestó con garbo Aquileo.

—Tú vives porque yo quiero, mujer.

—Pues a ver cuánto te dura la querencia, mujer —replicó Aquileo perdiéndose entre la gente.

La segunda vez, atardeciendo un día espléndido de enero, Aquileo y Mingo se acercaban en cayuco a la bocana de Maguey cuando vieron a Ruperto y al chamaco sacando lapa en los peñascos. De nuevo le dio de voces Ruperto, pero esta vez Aquileo no contestó, limitándose a alejarse.

Con motivo de la celebración del primer viernes de cuaresma, Aquileo fue a Samahua a preguntarle a su madre en qué lugar de Santa Cruz quería la enramada para vender comida y bebida durante la fiesta. En cuanto doña Lola, invadida por la enfermedad que pronto la habría de llevar a la tumba, lo vio entrar, dejó de amasar el pan y corrió a abrazarlo como nunca antes lo había hecho en su vida.

—Ay, hijo mío, vino ese Ruperto a decirme que te va a matar —dijo llorosa la mujer.

—Mire, mamá, no llore que también a ese hijo de la chingada le entran las postas.

Toda la semana estuvo Aquileo parándole la enramada a su madre en Santa Cruz. El jueves llegó Mingo a ayudarle a trenzar el techo de palma, y después de terminar se quedaron a platicar hasta tarde al sabor de unos mezcales. El viernes por la mañana, cuando el río de gente, que venía de la Cruz del Monte de hacer los pedi-

mentos, empezaba a desbordar sobre los puestos, Alfreda vino corriendo con la noticia de que una partida de policías de Santa María estaban revisando los puestos en busca de armas. Medio crudos y adormilados, se levantaron Aquileo y Mingo, y con sus armas —dos escopetas dieciséis y una pistola treintaiocho— se echaron al monte. Allí terminaron de reponer el sueño, hasta que Alfreda fue al mediodía a avisarles que los policías se habían retirado. Por la tarde mandó Mingo traer otro litro de mezcal, y con los primeros tragos se desató el coraje que les había producido la llegada de los policías.

—¿Y si le caemos de una vez a aquel amigo? —dijo Aquileo cuando la botella iba por la mitad.

—¿Y cómo? —preguntó inseguro Mingo.

—A lo macho, de frente.

—Juega.

Con la botella mediada de mezcal en una mano y su escopeta en la otra, iba Mingo oyendo la manera en que Aquileo había decidido llegarle a Ruperto en su guarida. Al tomar la desviación hacia la playa de Órgano, ya la noche estaba completamente metida y los dos hombres caminaban en la oscuridad como animales del monte. En cuanto salieron a la playa, Mingo se adelantó siguiendo el plan acordado. No tardó Aquileo en oír la ladradera en el ranchito. Le llegaron unas voces y vio el haz extendido de una lámpara. Esperó unos diez minutos y, tras revisar la escopeta y ajustarse bien la pistola a la cintura, se echó a caminar pensando que si ya estaba de Dios que esa noche le tocara a él, ni modo, así tendría que ser. Estaba enfilando la vereda de la casa cuando le salieron los perros. Amartilló la escopeta y se adelantó decidido.

—¡Mujer, amarra a tus perros! —gritó con fuerza.

Al venírsele encima los perros se detuvo y tragó varias veces saliva para quitarse el sabor amargoso que le había dejado el mezcal. La crecida de los ladridos hizo que, luego de escupir con fuerza el amargor, gritara de nuevo:

—¡Mujer!

El fogonazo de la lámpara le estalló en la cara hiriéndolo en los ojos. Trató de hacerse a un lado para librarse de la luz, pero el vozerón de Ruperto lo obligó a ponerse en guardia:

—¡Llégale, mujer!

Al apartar Aquileo la cabeza hacia un lado, pudo ver a Ruperto rodilla en tierra apuntándole con la escopeta.

—¡Baja esa chingadera, mujer, no se te vaya a ir un tiro! —le gritó, sintiendo cómo el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho.

—¡Llégale, mujer, que estoy listo! —volvió a resonar entre los persistentes ladridos la voz agresiva de Ruperto.

“Tantito que se descontrola este hijo de la chingada y le pongo en toda la madre”, se decía Aquileo inmóvil, empezando a sentir la marea de sudor que le escurría por el rostro.

—¡Quítame la luz, mujer!

—Ya cálmense, que parecen viejas argüenderas —se oyó la voz de Mingo desde la cabaña.

Se apagó el haz de luz y Aquileo tardó un instante en acostumbrarse de nuevo a la oscuridad. Oyó cómo uno de los perros salía aullando, y enseguida los demás perros se retiraron entre ladridos cada vez más distanciados. Como a unos quince metros de la cabaña vio, a la luz de un candil, a Ruperto esperándolo con la escopeta en la mano, y tras él los bultos de varios hombres.

—¿Qué chingaderas son esas, mujer? —dijo Aquileo, atento al arma que Ruperto traía en sus manos.

—Verdad de Dios que vives porque yo quiero —replicó Ruperto, esperando de frente la llegada de Aquileo.

—Ya vénganse paracá a echarse un trago y déjense de chingaderas —terció Mingo, acucillado en una esquina del petate y con su escopeta apoyada entre las piernas.

—Vengo por derecho a buscarte para que nos vayamos a partir la madre con la policía —añadió Aquileo.

—Tú ya sabes que a mí la policía me vale madre.

—Pues de una vez vamos a ponerle.

—Órale, chingados, échense un trago —dijo Mingo ofreciendo la botella sin levantarse.

Aquileo pasó a un lado de Ruperto y, al tiempo que tomaba la botella, ojeó a los dos tipos que estaban acodados sobre el petate. León Cervantes tenía una escopeta a unos centímetros de su mano derecha, y el chamaco tenía el rifle veintidós pegado al cuerpo.

Mientras empinaba la botella y sentía la oleada quemante del mezcal en su garganta, Aquileo seguía pensando que si lograba hacer que Ruperto bajara el arma un instante, Dios estaría de su parte.

—Siéntate, chingados —le dijo Mingo a Aquileo luego de tomar de sus manos la botella.

Se acuclilló Aquileo con la escopeta entre las manos, sin dejar de observar a Ruperto, que permanecía de pie a un lado.

—Hasta fierro traes en la espalda, mujer —dijo Ruperto, haciendo alusión a la pistola de Aquileo.

—Te la cambio por la tuya.

—No, mujer. Esta pistola no sabe fallar —dijo Ruperto, acariciando con su mano derecha la Colt que traía adelante metida en la cintura. Terminando de decir esto, dio un par de pasos hacia el petate y se acuclilló frente a Aquileo con la escopeta por delante.

—¿Entonces vamos o te frunces? —insistió Aquileo.

—A mí no me frunce nada.

—Ahora vamos, chingados —intervino Mingo—. Pero antes vamos a platicar como hombres. Órale, Ruperto —dijo ofreciéndole la botella de mezcal. La tomó el hombre desconfiado con la mano izquierda y, sin separar la mano derecha de la culata de la escopeta, dio un rápido trago y se la regresó a Mingo.

—Así beben las gallinas, mujer —apuntó con sorna Aquileo.

—Ah, pinche mujer, se te está acabando el chance —dijo Ruperto esbozando una sonrisa nerviosa.

Mingo echó un rápido vistazo al otro extremo del petate y vio que León estaba cabeceando la modorra. El chamaco, con la mirada fija del tecolote, seguía con atención toda la plática.

—Llama a tu vieja para que nos prepare tantito café —le dijo a Ruperto, haciendo un ademán hacia adentro de la cabaña.

—Anda para Santa Cruz.

—Entonces saca los cigarros, chingados —insistió Mingo.

Medio renuente, fue echando Ruperto mano al bolsillo de la camisa y extrajo la cajetilla de Alas. Se la arrojó enfrente a Mingo, y éste, luego de extraer un cigarrillo, se la regresó.

—Vamos a fumar todos, mujer, y terminando nos vamos para el puerto —dijo Aquileo al ver que Ruperto hacía ademán de guardar

la cajetilla. Luego de extraer un cigarrillo, Ruperto le tendió la cajetilla a Aquileo, que la tomó con gesto medido.

—Saca los cerillos, chingados —le dijo Mingo a Ruperto, que permanecía inmóvil con el cigarrillo en la boca y las manos crispadas sobre la escopeta.

—Ahí está el candil —dijo, haciendo un ademán despectivo hacia la lata con mecha que quemaba petróleo.

—Saca los cerillos, mujer, que en el puerto te los repongo —añadió Aquileo, regresándole la cajetilla.

—Tú no repones nada —replicó Ruperto, haciendo que el ambiente se electrizará por momentos.

—Órale, chingados. Prende de una vez el cigarro y pasa los cerillos —protestó Mingo.

En actitud más relajada y sin dejar de enrostrar una sonrisa cínica, Ruperto echó mano al bolsillo de la camisa y le tendió a Aquileo la caja de cerillos.

—Préndelo, mujer, que ya se nos hace tarde —le dijo Aquileo mirándolo fijamente a los ojos.

—Despierta a ese pendejo —le dijo Ruperto al chamaco, tras reojar el cabeceo de su hermano.

El chamaco estiró el rifle y le punzó a León en un costado. Se sacudió éste y preguntó qué pasaba. Sin quitarle la vista ni un solo instante a Ruperto, que extraía un cerillo de la caja, Aquileo aprovechó para deslizar el dedo hacia el gatillo de la escopeta. Cuando Ruperto dejó recostar la escopeta sobre el hombro para rascar el cerillo contra la caja, Aquileo bajó el cañón y le dejó ir un escopetazo en plena cara. Saltó Ruperto impactado hacia atrás cayendo sobre León. Mingo, con la atención dividida entre León y el chamaco, no pudo evitar que éste agarrara con rapidez el rifle y encañonara a Aquileo, que estaba echando la mano atrás para sacar la pistola. Se oyó un clic agudo que Aquileo recordaría toda su vida, y el chamaco ya no tuvo tiempo de volver a jalar del pasador. Lo agarró Mingo por la cabeza y le metió un escopetazo en el pecho, levantándolo en el aire por el impacto. Asustado por la salpicadera de sangre, León apenas tuvo tiempo de quitarse el cuerpo de su hermano de encima y escurrirse entre la platanera. Aquileo se fue tras él, pero la oscu-

ridad del entorno lo obligó a desistir. Regresó a donde estaban los cuerpos desmadrados y, luego de recoger las armas, le dijo a Mingo que se fuera para Santa Cruz a ver qué hacía León, que él iba a Calcuta a levantar la cabaña.

—¿Y para dónde vas a jalar, pues? —le preguntó Mingo, aún con la impresión del desenlace dibujada en la cara.

—Ya veré, pero yo te mando aviso.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —dijo Mingo, luego de darle un trago a la botella de mezcal.

—No te confíes, que los Cervantes son cabrones —masculló Aquileo.

—Este hijo de la chingada era el mero cabrón; los demás son puro argüende.

—Más vale no confiarse.

—Toma, échate el bueno —dijo Mingo pasándole la botella.

Esa misma noche, luego de encargarle el rancho al compadre José, salió Aquileo hacia el Arenal en el cayuco con su mujer embarazada de siete meses y sus dos hijos. A la altura de Chachacual estuvieron a punto de zozobrar por el oleaje pero, como diría Aquileo años después al referirse al afamado suceso, esa noche Dios estaba de su parte. No cesaron León y su primo Artemio de tratar de vengar la muerte de Ruperto. Primero buscaron a alguien para que matara a Aquileo, pero nadie se atrevió. Después, amparándose en el aislamiento de Aquileo, no dejaron de injuriarlo, corriendo la voz de que ya se la tenían señalada. Hasta que un día en que había subido Aquileo a Santa María a ver a su madre moribunda, se encontró con León Cervantes en una cantina. En cuanto se vieron, León apuró el mezcal que estaba tomando y tras el trago se abrió de su palomilla y enfrentó a Aquileo.

—Mira, aquí la tengo nuevecita para cuando nos topemos —le dijo, enseñándole la cacha de la pistola que traía trabada a la cintura.

Se adelantó Aquileo y echando mano con rapidez a la treintaiocho que traía debajo de la guayabera encañonó a León:

—Pues la mía esta sarrienta, pero también sabe platicar. León revivió de pronto la noche en que Aquileo había desmadrado a su hermano, y una temblorina de pánico comenzó a vencerle el ánimo.

Sin darle opción a recomponerse, Aquileo le echó la mano izquierda al cuello y lo jaló, al tiempo que decía:

—Vámonos yendo para fuera a terminar de una vez lo que tenemos pendiente.

Se frunció León feamente, y sólo la intervención de dos de su palomilla evitó que Aquileo lo ultimara allí mismo. Regresó Aquileo a Cacaluta y nunca más volvieron los Cervantes a darle el frente.



Dos sucesos hicieron que, mediados los sesenta, se llenara Cacaluta de una población flotante que bajaba de la sierra: Chico González, el heredero de don Benigno, entregó a medieros todos los terrenos que tenía en los bajos de Cacaluta; y unos sinaloenses pusieron una factoría de tortuga en la playa, a un lado de la laguna. De la noche a la mañana, los tres Ases se vieron encabezando una comunidad que no estaba preparada para un crecimiento tan repentino. De las Muelles llegaron Domitilo Altamirano, Luis Hernández y Primitivo Ordoñez; de Ojo de Agua, Paulino Juárez; de Loma Larga, Clemente García; de la Ciénega, Moisés Sánchez y Otilio Jiménez..., y todos con hijos e hijas ya casados o en edad casadera.

Pronto el olor a excremento y a la pudrición de los caparachos de tortuga, que amontonaban en la guanacaxtlera pegada al cerro, emponzoñaron el ambiente cacalutense; pero los tres Ases, ensobrecidos por su poder, no quisieron tomar medidas para detener el crecimiento anárquico. Varios años estuvo así Cacaluta hasta que, a punto de convertirse en agencia municipal, la sequía se cernió como un castigo y los serranos regresaron a la segura humedad de los cerros.

Casi al mismo tiempo que el matadero de tortugas se fue para Mazunte, adelante de Puerto Ángel, José y Mingo vendieron sus terrenos y pasaron a instalarse en la bahía de Santa Cruz, donde José inauguró la agencia municipal en 1970. Aquileo apartó su lugar en el puerto, pero siguió en Cacaluta, confiado en que las lluvias volverían a fecundar la región.

Sin los medieros y sin la factoría de tortuga, Cacaluta volvió a recuperar su ancestral apacibilidad. Tan sólo Eusebio Ríos y

Moisés Sánchez, con sus familias, seguían con Aquileo esperanzados en el lugar.

En julio de 1973, días después del huracán que parecía presagiar un regreso a los tiempos fértiles, Aquileo y Virginia aprovecharon el viaje a la escuela técnica pesquera de Puerto Ángel, donde inscribieron a su hijo mayor, para visitar por primera vez en Zipolite al legendario Maximiliano Gómez. Todavía encumbrado, agradeció el negro los cuartos asados de venado que le traían su yerno y su hija, y con la botella de mezcal en la mano, incentivado por el coro servil que entonces lo rodeaba, se dejó ir en uno de aquellos accesos verborreicos que lo hacían sentirse alazán en dominio de mulares.

Finalizando el año tuvieron lugar los dos últimos sucesos que, como recordarían siempre los primeros comuneros santacruzanos, señalaban el fin de los tiempos broncos. El primero fue en una cantina de Samahua, donde coyulenses y santacruzanos se apalabraron de mal modo. José Castellanos quiso imponer el orden, pero al írselo encima con puñal en mano un coyulense no tuvo más remedio que balacearlo. Sin embargo, el pleito que verdaderamente tuvo en vilo a la comunidad santacruzana fue el segundo.

Procedentes de Coyul, habían llegado a refugiarse en Tangolunda, por causa de unas muertes, cuatro hermanos con sus respectivas familias. Eran los Rodríguez cuatro ejemplares de buena estatura, fornidos y prietos; con unas caras de expresión malosa que se suavizaba ligeramente en Erasto, el menor de los hermanos, pero que en Cirineo, el mayor, alcanzaba rasgos montaraces. Pronto llegó a Santa Cruz la noticia de que los Rodríguez habían matado a dos yopes de Sadane para robarles todo lo que llevaban. Nadie quiso darse por enterado esa vez. Pero a las dos semanas apareció acuchillado el cuerpo de un velador, y una anciana dio señas de dos sujetos que coincidían con Cirineo y Aristeo Rodríguez.

—¿Qué hacemos? —le preguntó José Castellanos a Aquileo en cuanto éste llegó de Cacaluta, a donde lo habían ido a buscar dada la gravedad del caso.

—No hay más que echarles mano —sentenció Aquileo.

Esa misma tarde le cayeron a los Rodríguez en su cabaña de Tangolunda, y al día siguiente vino una cuadrilla de policías de Pochutla

para escoltarlos hasta Oaxaca. Cumplida apenas una semana de la aprehensión, corrió la voz de que los Rodríguez estaban de regreso en Tangolunda y que se alistaban para ir a Santa Cruz a partirles la madre a todos los que los habían apresado.

Como gallinas al ver la sombra del gavilán, corrieron los santacruceños hacia diferentes rumbos para no enfrentar a los temibles Rodríguez. José y Mingo fueron a ver a Aquileo a Cacaluta para ver qué solución le daban al asunto.

—Yo digo que vayamos por la judicial del estado —dijo José a la defensiva.

—No tiene caso —comentó por lo bajo Aquileo—, si ya los soltaron por billetes una vez, lo mismo volvería a suceder.

—¿Entonces qué propones?

—Que les pongamos emboscada antes de que nos madruguen —dijo Aquileo.

—¿Y dónde? —inquirió Mingo.

—Eso es lo que tenemos que ver —concluyó Aquileo.

Los esperaron toda la noche en Chahué, en un recodo de la vereda a Tangolunda. Mediaba la mañana cuando oyeron el relincho nervioso de un caballo. No fue necesario más que el escopetazo de Aquileo. Cuando los demás hermanos vieron cómo caía reventado Cirineo, que iba a la cabeza, echaron a correr para atrás y no pararon hasta Tangolunda. Esa misma noche cargaron lo que pudieron y se fueron rumbo a Zipolite. Nunca más volvieron los santacruceños a ver a un Rodríguez, ni la comunidad tuvo que enfrentar hechos semejantes.

En 1975, urgido por la escuela de los chamacos, Aquileo dejó Cacaluta para radicar definitivamente en Santa Cruz, frente a la playa. Pocos meses después, mientras el suicidio de Fernando, el hijo mayor de Moisés, llevaba a éste y a Eusebio a dejar deshabitada Cacaluta, un diputado echeverrista, con verba ardiente y demagógica, sacudía la modorra de los comuneros santacruceños hablándoles de un proyecto turístico del que ellos iban a ser protagonistas para gloria de Oaxaca y de México. “Y ténganlo bien presente —dijo el lidercillo a manera de conclusión—, de ahora en adelante, cuando la situación lo reclame, hinchen el pecho al límite y exclamen con orgullo: ¡Yo soy neto huatulqueño!”.

XII

Al disiparse la bruma mañanera y aparecer las manchas claras de las cabañas rompiendo aquí y allá el manto mojado del verdor, Marcial Santiago le dijo a Eulalia:

—Aquí mero nos vamos a quedar.

Hacía tres días que habían salido de Miahuatlán, donde la vorágine revolucionaria le había matado a Eulalia a su Cipriano, dejándola desamparada con seis chamacos bichentos y hambreados. Borracho y flojo, no era Marcial un padraastro de provecho para sus hijos, pero Eulalia no lo pensó dos veces y jaló tras él.

En las primeras cabañas de la próspera finca de Alemania, se ofreció Eulalia a desgranar maíz y consiguió así tortillas para que los chamacos distrajeran el bichamen que les roía las tripas. Con tan mala fortuna fue a encontrar trabajo Marcial con un trapichero, que diario llegaba borracho a golpear a Eulalia y a los chamacos. Ni un centavo le daba a la mujer, y le exigía que repartiera con él parte de lo que ella, ayudada por los hijos más grandes, conseguía desgranando y moliendo maíz para la gente, lavando ropa y pizcando café de sol a sol.

No había transcurrido un año de la llegada, cuando una mañana el cuero amarillento y pegado a los huesos que ya era Eulalia amaneció frío y sin pulso. Ayudado por Catalino, el chamaco mayor, que andaba por los catorce años, enterró Marcial envuelta en un petate a la finada y dijo que iba con el trapichero a pedir un adelanto. Nunca más volverían los chamacos a verlo.

Esa misma noche, tras la espera resignada de todo el día, prendió Catalino la lumbre y, tatemando unas tortillas chongas que Eufrosina, la chamaca mayor ya entrada en doce años, había conseguido de caridad, hizo café para todos los hermanos. Al día siguiente, cuando fue a pedir razón de su padraastro, Eufrosina perdió el resuello al ver cómo la miraba el trapichero.

—Se fue con unos arrieros para San Miguel —le dijo el hombre, después de oírla de arriba abajo—. ¿Eres tú la mayor?

—Sí —dejó escapar la muchacha con temor.

—Bueno, para algo has de servir. Ve con mi vieja ahí atrás y que te dé oficio.

Y sirvió. Al medio año de trabajar en casa del trapichero, la chamaca quedó encinta. Con la ayuda de Eufrosina y los trabajos esporádicos de Catalino, fueron los chamacos sobreviviendo a las penurias que les deparaba el destino. No había insecto que no tostaran sobre el comalito de barro que había traído Eufrosina, ni plantas que no hirvieran a manera de caldo. Pero no todos los cuerpos de las criaturas aguantaron por igual el sacrificio. El primero que murió fue Beto, el más chico de los hermanos y que apenas había cumplido los cuatro años. Entre vómitos y diarrea se vació en una sola noche, quedando sólo un montón de pellejos renegridos. Dos meses después le tocó el turno a Areli, una chamaca de seis años que, por su flacura y raquitismo, aparentaba tres. Nada había podido hacer Catalino para evitar que Areli se llevara la tierra a la boca a puñados. Al final había optado por tenerla amarrada dentro de la casa; y fue justo a los tres días de estar amarrada que la chamaca murió.

Vivía en una cabaña próxima a la que ocupaban los huérfanos una familia de ejutlecos que trabajaban a medias un sembradío, y que ayudaban cuando podían a los chamacos dándoles tortillas viejas, piloncillo, café y sal. Cuando murió Areli, Eulogia, que era el nombre de la mujer, le dijo a su marido Cástulo que no podían dejar que se murieran todos los chamacos, y en consecuencia éstos pasaron a formar parte del nuevo hogar. Tenía el matrimonio tres hijos: dos muchachones llamados Concordio y Prudenciano, y una chamaca que le decían Pita, pero traía de nombre Lupe.

Habían nacido los dos hijos del simple Cástulo Zarate con las marcas irreconciliables de Caín y Abel, y desde chicos no había día en que la madre, con vara en mano, no se viera obligada a evitar el prematuro crimen cainita. Aguantaba Prudenciano todas las maldades que Concordio le hacía con una resignación que la encorajada Eulogia terminaba achacándole a la mansedumbre del pobre Cástulo. Se defendía el hombre mascullando con temor que Concordio

no era hijo suyo, y entonces se desataba en la cabaña un infierno que terminaba echando a Cástulo al monte, mientras los chamacos huérfanos miraban asustados desde debajo del brasero.

A pesar de parecerse en su modo resignado y comedido a Prudenciano, nunca tuvo Catalino López el menor roce con Concordio. Gustaba el pendenciero llevarlo consigo para todos lados a manera de confidente y recadero; y sin siquiera sospecharlo vino así Catalino a servir de enlace para que Concordio y una muchacha güereja llamada María, a la que recién le habían matado al padre a machetazos, procrearan a la criatura que veinte años después iba a ser su mujer.

No cesaba tía Eulogia de maldecir a Concordio cada vez que los gritos de los chamacos la convocaban a donde se estaban trabando a muerte los dos hermanos. A raíz del último enfrentamiento en que la aguerrida madre le había deshecho una vara de guayabillo en las costillas a Concordio para que dejara de estrangular a su hermano, María, embarazada de cinco meses, se le había puesto al brinco a la suegra, y ésta terminó echando a la pareja de su casa.

Distancia de por medio, pareció que la nueva vida de casado había enfriado la malquerencia de Concordio hacia su hermano. Hasta que un día, en que fueron a echar una arreada de perros tras el venado, se cumplió lo que la madre tanto temía.

Venían Catalino y Prudenciano haciendo bulla por la cañada cuando Concordio, que estaba esperando en el pasadero con la escopeta de chispa, vio cruzar un macho estacudo a la carrera seguido de cerca por los perros. Por más que se avivó prendiendo de prisa la yesca con el pedernal, ya no pudo hacer buen tiro. Molesto por haber fallado, volvió a cargar la escopeta y se alistó.

El tronido del escopetazo detuvo por un instante a los arreadores, que se quedaron oyendo cómo se alejaba la ladradera.

—Ya chingó Concordio —dijo Prudenciano convencido.

—No creo, ¿y entonces por qué siguen presa los perros? —opuso Catalino.

—Mancuerna era.

—Solamente así.

Siguieron caminando cañada arriba y Catalino divisó un garrobo tendido sobre una bejuquera. Se acercó interesado Prudenciano y,

al sacudir el ramaje, el animal saltó al suelo y se fue a meter a una cueva. Insistió Prudenciano en escarbarla, pero Catalino, al oír la cercanía de los perros que seguían ladrando tras el animal, le dijo que mejor fueran a ver qué presa cargaban.

—Ve tú, que ahora te alcanzo —dijo Prudenciano, metido de lleno en la escarbadera.

A poco de reanudar Catalino la marcha, vio pasar al enorme venado estacudo que, hostigado por los perros, estaba regresando por el mismo sitio. No habían transcurrido ni tres minutos cuando se oyó otro escopetazo.

—¡Chinga su madre, el diablo es! —exclamó Concordio, tras fallar el segundo disparo.

Esponjado por la carrera y con la punta de la lengua de fuera, el venado había dejado impresa en la visión de Concordio una imagen de azufre y fuego. Cargó entre mentadas la escopeta y bajó del árbol donde había estado esperando, para buscar un lugar más apropiado por si le volvía a entrar el chamuco.

Al oír que los ladridos seguían en círculo, Catalino salió de la cañada y fue hacia el otro lado del cerro para cortarle el paso al animal que de seguro traían ya cansado los perros.

Estaba amarrando las patas al garrobo que había sacado de la cueva cuando Prudenciano oyó el segundo disparo. Se quedó unos instantes expectante y terminó de amarrar la iguana, que se colgó al hombro con la cola para arriba. La persistencia de los ladridos y el temor de que su hermano lo fuera a maltratar por haberse detenido a sacar la iguana, le hicieron apresurar el paso cañada arriba.

Subían de nuevo los ladridos, más roncós y espaciados, cuando Concordio, con un cigarro prendido para arrimarlo con rapidez a la mecha, puso la mira de la escopeta justo en la vereda por donde tenía que pasar el maligno. Oyó unas pisadas de subida y prendió la mecha. Esta vez lo vio claro: caminaba como gente y los dos cuernos negros le daban un aspecto inconfundible. Sin pensarlo dos veces le dejó ir el escopetazo.

Cayó Prudenciano hacia atrás y se quedó tendido al pie de un árbol. Desconfiado, agarró Concordio el machete y se acercó cauteloso. La pasada violenta del venado estuvo a punto de tirarlo en una

zanja. Se quedó pasmado no dando crédito a lo que acababa de ver, hasta que la llegada de los perros, arrastrando la lengua y fuelleando sin cesar, lo arrojó hacia el cuerpo que estaba tendido bajo el árbol.

—Ya me fregaste —le dijo Prudenciano, al verlo de pie a su lado.

Lo tomó Concordio por la espalda para incorporarlo, pero el cuerpo comenzó a estremecerse y, tras un último espasmo, se quedó sin vida con los ojos abiertos en una actitud de espanto.

Ni las maldiciones de su madre, ni las habladurías de la gente, hicieron que Concordio se arrepintiera de su acto bárbaro. Años después, arrasado su juicio por el mezcal, seguiría encabronándose cuando alguien le decía que había confundido la cola de la iguana que traía su hermano al hombro con los cuernos del diablo.

—Yo le disparé al chingado diablo, si después resultó ser el pen-dejo de Prudenciano, yo no tuve nada que ver —decía con un convencimiento inapelable.



Con don Ciríaco Fierro, un anciano avaro y malgeniudo que vivía solo en una cabaña a medio caer, por no aguantarle ni la mujer ni los hijos el modo tan miserable y rastrero, consiguió Concordio cinco hectáreas de mediero en un bajial fértil que se llamaba la Ciéne-ga, y que, aunque pertenecía a San Miguel, era el lindero con Huatulco. Tenía don Ciríaco hartas vacas garrapatudas y desguansadas que se arrastraban por los sabanales sin dar beneficio alguno, pues el viejo se cerraba neciamente al consejo de sus dos hijos varones, que insistían en que vendiera varias de las mejores cabezas para levantar una casa decente y vestirse como Dios manda.

—¿Como Dios manda? —repetía el viejo, echando lumbré por sus ojillos de víbora—. Lo que ustedes quieren, hijos de la chingada, es acabar de una vez con todo lo que tengo.

—Pero tenga juicio, mírese nomás esos pantalones todos sucios y rotos que carga amarrados con yacua; y esa camisa negra de mugre y agujerada —le decía Gaspar, el hijo mayor.

—Yo ando a mi gusto y según me conviene, y no le pido a nadie fiado.

—Pero qué chingada necesidad hay de que la gente hable a sus expensas. Al menos cómprese unos guaraches —insistió el hijo, señalando con un ademán los pies encostrados del viejo.

—Para eso es para lo que ustedes son buenos, para comprar. Pero óiganlo bien, mientras Dios me dé vida ni una de mis vaquitas va a beneficiar a ningún flojo hijo de la chingada.

—Le hablamos por su bien, papá —terció el otro hermano—. Los animales se están muriendo por abandono.

—Que se mueran, así nadie los va a envidiar —persistía el viejo, inamovible en su cerrazón.

Y no había mes en que Concordio no le llevara a don Ciríaco la nueva de algún animal muerto.

—¿Dónde mero está? —preguntaba el viejo desde la hamaca deshilachada que tenía puesta en medio de la cabaña.

—Arribita del aguaje.

—¿No hay seña de que fue la gente?

—No, sola se murió.

—Bueno, eso me conviene. Mañana mismo voy a comprobar.

En todo San Miguel se rumoreaba que el viejo tenía escondida en algún lugar cerca de su cabaña una enorme olla llena de monedas de plata. Aunque don Ciríaco no le había hablado a nadie al respecto, era sabido que dos veces al año iba a Pochutla a cambiar un puño de monedas.

A pocos meses de establecidos en la Ciénega, María dio a luz a una niña de piel clara y pelusa más güera que la de la madre, que puso a Concordio arisco. Al decirle María que el color claro le venía a la criatura del piquete de español de su abuelo, Concordio transformó el recelo en gozo y desde entonces no dejó de manifestar su predilección por Agapita, que era el nombre que traía la chamaca.

Le tomó don Ciríaco un cariño especial a la niña, de manera que cuando Concordio y María le pidieron que la apadrinara, el viejo dio un “Sí, como no” sorpresivo y rotundo.

Ajeno al mundo y orgulloso de su avaricia, fue engrosando el anciano un rosario de años que mucho daba de que hablar. Unos decían que tenía pacto con el diablo, otros que estaba enganchado con un brujo de Loma Larga; lo cierto es que el viejo, encariñado con

Agapita, que subía todas las mañanas a llevarle tortillas y comida, había encontrado la manera de vivir sin desgastarse. Hasta que un día, entrada la chamaca en los diez años, al acercarse a la cabaña del anciano con las tortillas y la ollita de frijoles, vio profusa escarbadera por todos lados. Llamó varias veces a su padrino y al no obtener respuesta se encaminó hacia la puerta. Oyó un fuerte zumbido de moscas y enseguida vio tirado en el piso al viejo, en medio de un charco de sangre negruzca. Agapita pegó un grito que angustiaría su soñar por el resto de su vida, y salió a la carrera hacia la Ciénega.

En cuanto Concordio vio la cantidad de puñaladas que tenía el cuerpo del anciano, fue derecho a San Miguel a dar parte a las autoridades, que vinieron a levantar el cadáver. Investigaron al hijo mayor, por haber dicho en la tomadera que el día menos pensado iba a matar a su padre, pero no pudieron encontrarle cargo. Aprehendieron luego a dos hermanos de las Muelles, que en la fecha del crimen habían pasado por la Ciénega, pero enseguida vieron que esos cuachundos no tenían nada que ver con el enredo. Desistieron al cabo las autoridades de dar con el culpable, pero no tardaron las lenguas más avisadas en señalar a Nemesio García, el hijo mayor de la única hermana del finado, y al que últimamente, luego de un rápido viaje a Oaxaca, se le había visto en las cantinas de San Miguel en escandalosa gastadera.

Dueño ya de la tierra que trabajaba, por no haberle reclamado nadie su condición de mediero a la muerte de don Ciríaco, empezó a disponer Concordio del sobrante de la cosecha para entrarle duro a los mezcales. Subía a veces a San Miguel un viernes con el dinero para el mandado y no regresaba hasta el lunes, crudo, sin mandado y, no pocas veces, cagado. Cuando así llegaba, tras regañar a Agapita y a sus dos hermanos menores que se reían de la locura de su padre, María arreaba con el borracho hacia el arroyo y allí, mientras Concordio no dejaba de cantar: “Tícuri, tícuri, tícuri, soy la puritita miel y ya me estoy azucarando”, lo desvestía y lo lavaba como si fuera criatura de brazos.

No dejaba Catalino de visitar la Ciénega, llevando siempre algún presente para tía María y los chamacos. Concordio, que gustaba del modo respetuoso y agradecido de Catalino, empezó a trabajarlo

para que dejara la finca de Alemania, donde seguía viviendo con Cástulo y Eulogia, y se viniera a trabajar con él a la Ciénega. Pero no fue el ofrecimiento de Concordio ni el buen trato de tía María lo que movió a Catalino a mudarse a la Ciénega, sino la sonrisa inocente y tierna con que Agapita lo recibía cada vez que venía de visita. En la temporada de secas de 1951, un día en que Concordio le comentaba los rumores del enfrentamiento entre pochutlecos y huatulqueños, Catalino le soltó de pronto que si no había impedimento venía dispuesto a matrimoniarse con Agapita. Sin decir palabra, Concordio se levantó de la hamaca y le fue a dar a Catalino un abrazo. Y ese mismo día se ultimaron los detalles.

A finales de 1952 llegaron a vivir a la Ciénega Moisés Sánchez y su hermano Demetrio. El primero tenía mujer y dos hijos, pero el segundo vivía solo y exhibía ya la desconfianza y arisquidad que siempre lo caracterizarían. Moisés y Concordio se habían conocido años atrás en San Miguel y habían hecho buenas migas. Una de las últimas veces que se vieron, Concordio le dijo a Moisés que dejara de trabajar el terrenito que tenía en la pendiente pedregosa del cerro y que se viniera a la Ciénega, que había terreno de sobra.

Se alegró, pues, Concordio cuando los vio venir, pero al enterarse dos días después que Demetrio venía huyendo por deber una vida, puso en prevención a Moisés.

—No tengas pendiente, que a este cabrón yo lo controlo —dijo Moisés en un tono que convenció momentáneamente a Concordio.

No pasó Demetrio de robar algunas cosas y tratar de echarle bronca a Catalino. Por fortuna, a los cinco meses de hallarse en la Ciénega, conoció en la fiesta de San Miguel a una vendedora de pescado salado de Astata y se largó con ella. Fue también por esos días que, al marcharse los dos hijos menores con su abuelita Eulogia para la finca de Alemania, Concordio le pidió a María que aceptara en la casa a un hijo que había engendrado en una de sus correrías con una serrana de Llano Palacio, y que el padastro traía medio muerto a golpes. Protestó airada la mujer, pero a los dos días del pleito, al ver parado en la puerta de la cabaña a un chamaco flaco y cabezón con una bolsita de manta al hombro y que se decía llamar Abraham Zarate, a María se le conmovió el corazón y lo aceptó como hijo propio.

Malparió Agapita la primera cría y estuvo al borde de la muerte durante tres días, en los que Catalino no se separó de su lado. Traumada por el violento desenlace del primer embarazo, rechazó la mujer con temor el contacto de su hombre, hasta que casi dos años después, conociendo tía María el porqué tardaba tanto en embarazarse de nuevo, llevó a Agapita con una curandera que la dejó lista para la preñada. Tras una gestación cuidadosa, el 5 de febrero de 1955 parió Agapita un niño que al rato de nacer abrió los ojillos de un negro intenso esbozando una sonrisa tan pura y dulce que hizo profetizar al abuelo Concordio: “Este chamaco trae larga vida en la mirada”.

En cuanto cumplió Nicéforo los ocho años de edad, su abuelito Concordio lo llevó a San Miguel para que estudiara la primaria. Las dos horas que tenía que hacer de ida y de regreso diariamente aislaban al chamaco de los juegos y travesuras de la palomilla, llevándolo a intimar con Fernando, el segundo hijo de Moisés, que veintidós años después terminaría dándose un balazo en pleno corazón en la playa de Cacaluta.

Fue durante los dos años que asistió a la primaria de San Miguel, que Nicéforo conoció a Margarito y Eulogio García, a Flaviano Antúnez, que era de los más adelantados, a los dos hijos más grandes de don Pedro Aguilar, a Rosalinda y sus hermanas, y también a Genaro Reyes y a Nicasio Cruz, que formaban tercia con un güerejo espigado que le decían Tranquilino, y que tuvo que dejar el año por la mitad cuando le mataron a su padre por andar siempre chismeando de la gente. Empezaba Nicéforo a unir las sílabas y a garrapatear las primeras palabras cuando un suceso muy sonado en San Miguel vino a poner término a su aprendizaje oficial.

Recibía el maestro asistencia en casa de una viuda llamada Petra, y que tenía dos hijos ya crecidos. La muchacha se llamaba Elsa y el muchacho Seleucio. Empezó el maestro a cortejar a Elsa, y el hermano, que siempre la andaba celando, le dijo a aquél que no quería verlo platicar con su hermana. No hizo caso el maestro a las amenazas, y una noche en que estaba encaramelado con la muchacha atrás de la casa, llegó Seleucio y lo ultimó de dos balazos. Corrió la noticia hasta Oaxaca y como castigo vino una orden mediante la que se privaría a San Miguel de maestro por diez años.

Muchos sanmiguelenses siguieron tomando clases particulares con don Melesio, el director de la banda de música local, pero la mayoría de los que vivían en las rancherías aledañas al municipio se quedaron para siempre sin más clases.

Pasado el año de haber dejado de asistir a la escuela, Nicéforo recibió con alegría la llegada a la Ciénega de Genaro Reyes. Venía con su abuelita Juana, madre de Moisés y de Demetrio; y por comentarios que Nicéforo oyó a sus mayores, Modesta, la madre de Genaro, se había largado de San Isidro Loma Larga, donde tenía su ranchito, días después de que mataran a su hombre.

Recién instalados Genaro y su abuelita, llegó a vivir con ellos una hermana mayor de la abuela, llamada Toribia, que cuidaba de dos nietos que se habían quedado sin padres al caerse el camión en que viajaban de Pochutla a Oaxaca en un despeñadero cerca de Candelaria.

Chaparrito y barrigón, era Genaro un chamaco serio y aguzado que no tenía par en el manejo del tirapiedras. Cuando Nicéforo y Fernando apenas podían matar una calandria o tortolita, Genaro ya mataba palomas de ala blanca en el aguaje y apeaba de los árboles a los garrobos con certeras pedradas en la cabeza. Sin escuela y correteados de la casa, donde las mujeres querían estar solas argüeniendo mientras echaban tortillas, los chamacos se pasaban todas las mañanas jugando al trompo, que hacían de madera de macuil arroyero o de ocotillo, y descalabrando con el tirapiedras todo cuanto animalito se les ponía al alcance. Al mediodía le llevaban el taco a los mayores que trabajaban la parcela y los auxiliaban limpiando de yerbas la milpa. Pero el verdadero trabajo para ellos empezó cuando tuvieron que subir a los cafetales. Allí, entre la siembra de nuevos arbolitos y la pizca de los frutos ya maduros, los chamacos se hicieron de pronto hombres.

Trascurría armoniosa la vida despreocupada de la palomilla, hasta que a finales de 1967 llegó a vivir a la Ciénega, procedente de Loma Larga, un hombre adusto y pendenciero llamado Ponciano, primo de Moisés por parte de padre, y que tomó temporalmente los terrenos que Moisés dejó cuando se trasladó a Cacaluta con su compadre Otilio Jiménez, de medieros de Chico González. Acabada de fallecer su mujer por una golphiza que le había dado, venía este Ponciano

acompañado de dos hijos; el menor, Epigmenio, parecía no existir por su zoncera, pero el más grande, Maclovio, era el mismísimo diablo.

Hostigados por Maclovio, que aunaba a su natural agresivo un cuerpo fornido y diestro en tirar manazos y patadas, Nicéforo y Genaro trataron de buscar apoyo en Abraham, que era para ellos como un hermano mayor. Pero Abraham, que no dejaba la fatiga más que para ir de cacería, no hizo caso a los chamacos, diciéndoles que tenían que aprender a resolver sus propios pleitos. Fue entonces que Genaro dio con la solución. Cada vez que Maclovio venía a juntárseles, dejaban de inmediato el juego y adoptaban una actitud silenciosa y hostil. Recibió Genaro una patada y Nicéforo un empujón violento, pero al ver que jamás encontraría su sitio en el grupo optó Maclovio por retirarse hacia los dominios de la malosidad.

El primer escándalo lo protagonizó Maclovio recién cumplidos los trece años. Con motivo de la fiesta de San Miguel, que por razones climáticas habían cambiado del 29 de septiembre al 8 de mayo, pasó por la Ciénega Demetrio con su mujer y unos parientes de ésta, entre los que se incluía una muchacha de catorce años que rebosaba de sensualidad istmeña. Acostumbrada al trato bronco y descarado de las puesteras de pescado, que era negocio de familia, la muchacha se movía entre los mayores con un garbo que atraía las miradas y concitaba comentarios. Se prendió Maclovio de tales encantos y comenzó a perrear en torno a la muchacha con la apasionada porfía que cinco años después todos le habrían de celebrar por vivir al mismo tiempo con tres mujeres. Ambiciosa de miras, la muchacha tomó el acoso como un juego, sin reparar en el carácter violento y obsesivo de con quién jugaba ni, por tanto, en las consecuencias del juego.

El día que Demetrio acudió a los gritos de la muchacha, ya Maclovio la tenía tirada en el monte, semidesnuda y golpeándola con fuerza para que cediera a sus arrebatos de animal en celo. Batalló Demetrio para quitárselo de encima, y aún hubiera tenido que emplearse más a fondo de no ser por la concurrencia que el griterío había convocado. Viendo que todos lo recriminaban duramente, guardó Maclovio la navaja sarrienta que siempre cargaba y, antes de alejarse por el monte, le juró a Demetrio que ni él ni la muchacha

saldrían de allí con vida. La muchacha se fue con los parientes apenas amaneciendo, y Maclovio jamás volvería a verla; pero Demetrio, tras varios años de correrías motivadas por dos muertes, terminaría regresando a Pueblo Viejo para que Maclovio se cobrara de mala manera el juramento que le había hecho.

No había pasado el mes del suceso con la muchacha cuando Maclovio picó feamente con la navaja a un chamaco de las Muelles que había intentado resistirse a que le robara. Demandado por el padre del chamaco, tuvo que emprender Maclovio un peregrinar delictuoso que lo llevó a Sadane, la Merced y Salina Cruz, debiendo incontables vidas y dejando su mala semilla sembrada en las entrañas de numerosas mujeres. Nunca tuvo casa propia ni trabajo de provecho; entre la rapiña y el asesinato pasó su vida, hasta que muchos años después, cuando el robo de marihuana en los sembradíos de San Miguel lo estaba encumbrando, en la brecha hacia las Muelles le cobraron con creces la muerte de Demetrio.



Vivía la viejita Toribia de la caridad y de las yerbas y frutas que recogía en el monte. Cuando el mangal que había sembrado treinta años atrás el finado don Ciríaco amarilleaba de fruta, tía Toribia se instalaba desde temprano bajo el ramaje y recogía todos los mangos que las cotorras y los pericos, en ruidosa picadera, hacían caer desde lo alto. Atardeciendo regresaba con su morral lleno de fruta a la casa y le calentaba a sus nietos, Salvador y Elena, una lata de café y un par de tostadas. Por vivir en proximidad y por el estrecho parentesco de sus abuelas, Genaro y Salvador solían juntarse a veces en el patio de la cabaña, ya que Nicéforo no aceptaba el modo flojo y sucio del recién llegado. Con el tiempo, al marcharse su hermana a trabajar de sirvienta a Oaxaca, Salvador se le pegó al grupo y aceptó ser el último en todos los lances.

Cinco años mayor que su hermana Juana, que aún se defendía haciendo trabajo para la gente, era Toribia una anciana mugrosa y legañienta que no podía ver a los chamacos sin dejar de regañarlos y maldecirlos. Conocedores del natural agresivo de la anciana, los

chamacos gozaban azuzándola y haciéndole travesuras. La semana que Genaro ganó sus primeros centavos trabajando de peón para el viejo Concordio, Toribia no dejó de hostigar a Salvador para que hiciera lo propio y le diera para el gasto. A regañadientes aceptó el muchacho, pero la falta de voluntad y la torpeza con que hacía lo que le mandaban, terminaron por encabronar al viejo que lo retachó de mal modo para su casa.

Entre regaños y mentadas pasaron la anciana y su nieto tres años, hasta que el regreso de Elena vino a avivar el conflicto. Más alta y mejor dotada, era ya Elena una mujer en sus dieciocho años recién cumplidos. Los vestidos cortos y de colores chillones, los excesivos afeites de la cara y la manera descarada de bambolear el trasero y sonreír a los hombres, pusieron enseguida en evidencia la profesión que le permitía tan buena vida. Ajena a apariencias y argüendes, agradeció la vieja Toribia el sustancioso fajo de billetes que le ofreció la nieta, y en las constantes reprimendas que le hacía al nieto no dejaba de ponerle a su hermana como ejemplo.

Gustaba Elena bañarse desnuda al anochecer detrás de la cabaña con un par de cubetas de agua que Salvador le acarreaba. Desde niños habían cultivado los dos hermanos una intimidad que Genaro y Nicéforo comentaban entre risitas, pero ahora, al ver después de tanto tiempo el cuerpo desnudo de Elena ya maliciado por el vicio, Salvador se la quedó observando con un embeleso que la muchacha celebró con carcajadas. Esa misma noche, mientras creían dormida a la anciana, los dos hermanos se entregaron a una cópula desenfrenada, que se repetiría durante años hasta que un preciso balazo en plena boca haría amanecer a Elena fría y desnuda en un nauseabundo burdel de Pochutla.

En cuanto se levantó a la mañana siguiente, la anciana comenzó a fustigar a los nietos diciéndoles que eran peor que perros por andar haciendo esas cochinas entre hermanos. Elena, sabiendo que en una semana dejaría ese chiquero inmundo para regresar a la vida alegre y regalada que recién había descubierto, no hizo mayor caso; pero Salvador, culpable del abominable acto a los ojos de la abuela, sintió crecer en su corazón un odio que terminó engeguciándolo. Tres días después, en la mañana, desquiciado por

la regañada que le estaba dando la abuela, Salvador se acercó al terraplén donde la anciana barría sin dejar de maldecir y le dio un fuerte empujón desbarrancándola. Todo el día estuvo la anciana al vivo sol en el fondo de la barranca, con los huesos rotos y profiriendo unos lamentos de muerte. Fue hasta el anochecer, al preguntarle Juana por su abuela, que Elena hizo una seña despectiva hacia la barranca diciendo que por ahí se había caído. Entre Juana, Elena y Genaro sacaron del fondo de la barranca al montón de trapos sucios que era Toribia, y esa misma noche entregó la anciana su alma sin que nadie más que su hermana Juana se apiadara de sus quejidos. Al día siguiente, luego de enterrarla metida en un costal, Elena se fue con sus pertenencias hacia Pochutla, para encontrarse con Salvador en el mercado.

Con la misma rapidez con que se había poblado se despobló la Ciénega. Primero se marchó Abraham, que se juntó con una viuda de Loma Larga con dos hijos, y tras una temporada en las Palmas se fue a establecer definitivamente en Santa Cruz. Pero la desbandada general tuvo lugar en el fatídico año de 1975. Bajo el efecto de unos calores infernales en abril y mayo, alguien trajo a la Ciénega la bacteria de la tifoidea, y en menos de un mes los efectos del fecalismo al aire libre hicieron estragos en los cuerpos más sufridos. La primera en morir fue tía Juana, la abuela de Genaro. Luego le tocó a tía María, a su yerno Catalino y a la hija menor de éste... Después la enfermedad se extendió a las comunidades serranas.

Enterado de que su tío Moisés le ofrecía trabajo en Cacaluta, apresuró Genaro el noviazgo de semanas que tenía con una tal Lupe, prima lejana de Rosalinda, y se fueron a vivir juntos en una enramada que les levantó Moisés. Bastó un año en el otrora pródigo paraje, y que ahora todos abandonaban tras la partida de los tres Ases, para que Lupe convenciera a Genaro de irse a vivir a las Muelles con su madre. Tampoco fueron recibidos como esperaban en su nuevo estar, y luego de varios meses de soportar en silencio su condición de arrimados, Genaro convenció a Lupe de mudarse al puerto de Santa Cruz, donde decían que de pescador se hacían buenos centavos. Levantó Genaro su cabaña cerca de la de su tío Demetrio, en las afueras del pueblo y

al borde de la vereda que iba para Cacaluta, y fue a ver a Abraham, que dividía su tiempo entre la cacería, la pesca y la buceada.

Desde principios de la década de los sesenta muchos miahuatlecos y serranos se habían dejado venir sobre la costa en busca de tierras más fértiles que las que abandonaban por causa de la sequía. Pueblo Viejo, histórico lugar de paso, había visto incrementar su población de manera repentina. Junto con las familias de tío Nayo, Quincerio y Teódulo Cruz, este último recién bajado de San Miguel, donde formaba un nutrido clan con sus parientes los Martínez, vivían ahora en Pueblo Viejo unos vallistos de San José Miahuatlán que sorprendían a los viejos sanmiguelenses por el modo avorazante con que se echaban tras los animales del monte. Conformaban una de estas familias malogradas por una hambruna de años, un prieto flaco y bigotudo llamado Tiburcio, su mujer Verecunda, dos niños raquíuticos y lombricientos y una sobrina, huérfana de padre y madre a los cinco años, que se llamaba Crisálida.

Retinta y nervada como su tío, era Crisálida a sus diez años una chamaca arisca y brava que lo mismo se echaba a la espalda una carga de leña que enfrentaba machete en mano a cualquier desconocido que la acosara. Obligada desde chiquilla a hacerse cargo de sus primos menores, la muchacha era capaz de echar tortillas y cocinar como una mujer, pero no podía soportar la vergüenza que le producía su cuerpecito de niña.

No había pasado aún el año de la desaparición de Catalino cuando una mordedura de coralillo en la planta del pie derecho llevó a la tumba a Agapita. Acostumbrado a vivir con la presencia de la muerte, Nicéforo recibió el golpe con un retraimiento que el viejo Concordio, en los pocos momentos de reflexión que le permitía el mezcal, observaba intranquilo. Pero cuando todos los rumores coincidían en que el muchacho emergería del empozamiento para entregarse al vicio, Nicéforo recontactó a Nicasio —que ya estaba casado en San Miguel y bajaba con frecuencia a Pueblo Viejo a visitar a sus padres— y se entregó de cuerpo y alma al trabajo.

La primera vez que Crisálida vio a Nicéforo, que venía en compañía de Nicasio y Quincerio, dejó la vereda bruscamente y se perdió corriendo entre el monte. Se rieron los hombres de la huida de

la muchacha, pero esa noche Nicéforo no pudo dejar de ver, en la oscuridad que precede al sueño, el fulgor hechizante de las dos luciérnagas que Crisálida tenía por ojos.

Dos días después de cumplir los trece años, en plena temporada de secas de 1977, Crisálida se casó con Nicéforo por las dos leyes. Fue la última fiesta que congregó a los amigos antes de que llegara el veneno del progreso. Feliz como nunca se le había visto desde los tiempos en que la finada tía María lo bañaba en el arroyo, el viejo Concordio le cargó la mano a los mezcales y terminó reventando su castigado hígado. Al enterrarlo, dos semanas después del caso-río, Nicéforo agarró sus pertenencias y se fue a vivir con Crisálida a Pueblo Viejo.

Con Abraham aprendió Genaro a respetar el mar y pronto se hizo un buzo consumado. Con el gancho langostero en la mano derecha, la barreta chica y el almejero trabados a la cintura, y una red para meter las capturas, no perdonaba Genaro forma alguna de vida submarina que habitara hasta los veinte metros de profundidad, que era el límite que el buzo alcanzaba a pleno pulmón. Era un verdadero deleite verlo descender en el azul mágico y rebosante de vida de la isla de Cacaluta, los pedregales de San Agustín o la Montosa, y emerger un minuto después con dos o tres langostas o un par de pulpos adentro de la redecilla.

No tenía Abraham otra mira que ahorrar para comprar una lancha. Genaro, que lo respetaba como al hermano mayor que dirige el destino de la familia al faltar el padre, seguía en todo los consejos de Abraham, llevando una vida hogareña ajena al vicio.

Obsesionado por la lancha, con la que ya surcaba gozoso los mares de su soñar, Abraham no cesaba de contar la cantidad de pesos que lo separaban de la felicidad. Todos los animales que cazaba con su rifle veintidós, toda la pesca, exceptuando una pequeña cantidad de carne o de pescado de calidad inferior y, por tanto, sin precio, que dejaba para comer, lo iba a vender Licha, su mujer, para engrosar la cuenta obsesiva.

Una clara señal del fin, que a tal avorazamiento le deparaba el destino, lo tuvo Genaro un día de mayo en que acompañó a Abraham a la espía de la ciruela a matar una mancuerna de venados. Al

proponerle Genaro que vendieran un animal y se repartieran el otro para quitarse el antojo, Abraham se puso fúrico y alegó, con la pasión del fanático, que mientras no tuvieran la lancha todo lo de provecho tenía que venderse. Y terminó vendiendo su vida al diablo. Una tarde de finales de junio, después de un aguacero repentino, Abraham agarró el rifle y se fue a campear a Chahué. En la brecha de Tangolunda vio a una cierva con un gamito. Quiso acercarse, pero la venada lo venteó y comenzó a patear en el piso. Temiendo perder la presa, que ya veía convertida en pesos, le dejó ir un disparo con tanta premura que apenas lastimó al animal. Abatido y desuertado, siguió buscando un par de horas hasta que, empapado y aterido, decidió volver a la casa. Lo primero que hizo al dejar el rifle fue acercarse a la playa a ver cómo estaba el mar. El color tenía la negrura de los malos presagios, pero el oleaje parecía aceptar la navegación del cayuco. Mandó a su hijo Pastor a buscar a Genaro, pero éste había salido a campear rumbo a Órgano. Invitó a un compadre que estaba mosqueando en la playa y salieron con la noche metida.

Cuando a la mañana siguiente Genaro vio el cuerpo sin vida de Abraham tirado en un petate en medio de la cabaña, con la mirada vidriosa del ahogado y el cuello con múltiples cortadas y azulado de puntas de erizo, recibió el primer aviso que de haberlo asimilado a tiempo, habría cambiado su vida.

El segundo le llegaría cinco años después, pero tampoco lo asimilaría. Ya dueño de una lancha, aunque con motor usado, envidiado por el mezcal, bronco y engallado con la vida, platicaba con tío Nayo en el mercado de la Crucecita cuando una altiva costeña, segura de sus encantos, saludó con prometedora sonrisa al mayor de los dos hombres.

—¡Putita que la parió! —exclamó Genaro, siguiendo el bamboleo de la mujer con mirada mordiente.

—¿Te gusta? —le preguntó tío Nayo con sorna.

—¡De a madre! ¿Quién chingados es?

—Rosalinda Guzmán.

Complementación historiográfica

Nadie que haya sido cautivado por lo mítico y lo mágico puede dejar de reconocer que Oaxaca es un lugar muy especial. Tal parece que arte, religión y magia han encontrado aquí su máxima potenciación en un proceso civilizador todavía ajeno, por fortuna, a la profanante tecnocracia y sus delirios naturicidas de progreso. Ninguna región en el planeta tiene la cantidad y variedad de “plantas de conocimiento” que posee Oaxaca; pocos pueblos manifiestan la inclinación artística del oaxaqueño; y ninguna religión, exceptuando tal vez la tibetana y egipcia en sus momentos más luminosos, ha logrado sublimar la muerte al nivel cósmico de los cultos prehispánicos oaxaqueños, como lo atestigua el centro ceremonial zapoteca de Mitla. ¿Y dónde se enraíza esta unicidad mágica, artística y religiosa del oaxaqueño?

Fray Francisco de Burgoa, en su *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de la América y nueva Iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera*, Valle de Oaxaca, de 1674, nos dice que el primer núcleo civilizador oaxaqueño lo establecieron los zapotecas en Teotitlán del Valle. Indagó el esforzado políglota por el lugar de origen de estos pobladores, pero se encontró con una respuesta terminal: los códices que guardaban la memoria de los antepasados de los principales, con los que él se informaba, habían sido quemados por los frailes.

En el libro tercero de su *Monarquía Indiana*, Torquemada, a pesar de confundir imperdonablemente a zapotecas con mixtecas, hace descender a los pobladores del Valle de Oaxaca de aquellos misteriosos personajes que aportaron por el Pánuco, y que, dirigidos por el sumo sacerdote Quetzalcóatl, llevaron el esplendor a Tula. Poco después, al ser hostigado por Huémac, salió Quetzalcóatl con sus seguidores para Cholula, y de allí se extendieron hasta el valle de Oaxaca.

En la *Historia antigua de México* de Veytia, se habla de diferentes migraciones (zapotecas, olmecas y jicalanques) que desde siglos antes de Cristo descendieron del norte y llegaron hasta Oaxaca. Así, la última y definitiva consolidación del pueblo zapoteca vendría a ser la efectuada en el siglo VI de la era cristiana, a raíz de las guerras que expulsaron a los toltecas de Tula.

Respecto a la otra rama principal de la cultura prehispánica oaxaqueña, los mixtecas, Burgoa señala que el códice donde se registraba, a manera del Génesis hebraico, todo su pasado, fue robado misteriosamente del arca del depósito de Yanhuatlán, donde lo habían guardado los dominicos, por lo que no pudo recoger más que la tradición oral que afirmaba que los mixtecas descendían también de una rama tolteca que, emigrada del norte, había erigido su capital en Achiutla.

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que conoció como pocos las tradiciones de sus antepasados, relata en su *Historia de los chichimecas* que mediado el siglo VI de la era cristiana, junto con las expediciones toltecas que llegaron al valle de Anáhuac, salió también otra por mar que, bordeando Baja California, Jalisco y Guerrero, llegó a desembarcar en Huatulco, desde donde se dirigió a fundar Tututepec, centro Mixteca que tenía ya fama en tiempos de Mitl, el sexto rey de Tula (927). Desde las tierras bajas, los toltecas-mixtecas se irían extendiendo progresivamente hacia las montañas lluviosas. Cuando un siglo después Tula fue destruida por una oleada de tribus bárbaras, los toltecas-mixtecas fueron conquistados por una de esas tribus, que se adueñaron de las montañas y permanecieron en ellas hasta la llegada de los españoles. Es sabido que al efectuarse la Conquista, los caciques de las mixtecas altas se decían descendientes de los vencedores de Tula.

El presbítero José Antonio Gay, cuya *Historia de Oaxaca* es consulta obligada por su amenidad y buen oficio, concluye sagazmente, luego de analizar los datos de Clavijero e Ixtlilxóchitl, que los vencedores de los toltecas-mixtecas no podían ser otros que aquellos valientes guerreros que después de asentarse en Achiutla salieron en busca de conquistas, adjudicándose la gloria de haber combatido y vencido al sol.

Culmina Ixtlilxóchitl la relación del mítico viaje marino diciendo que a la caída de Tula, fue Tututepec el único bastión tolteca que escapó a la ruina general, teniendo aún la fuerza suficiente para dar protección a uno de los jefes vencidos, Nacaxoh, con su mujer y su hijo Xiuhpopoca.

Sabemos ahora, por exhaustivas investigaciones arqueológicas y antropológicas, cuánto de fábula conllevan estas crónicas. Sin embargo, la esencia histórica de los relatos, que es lo que aquí interesa, permanece incontrovertible: el propio fray Bernardino de Sahagún, primer antropólogo de América, refirió que mixtecos y zapotecas eran “maestros de todos oficios primos y sutiles en todo”. Excelentes astrónomos, grandes lapidarios, consumados artífices de oro y plata, los mixtecos y zapotecas terminaron enseñando sus artes a los pueblos de Anáhuac, y se hicieron merecedores del apelativo toltécatl, que quiere decir “consumado hacedor de arte”.

Si Oaxaca es sinónimo de magia y arte, Huatulco es su representación tropical. Sólo algunas playas del Caribe y de Hawai pueden rivalizar con las de Huatulco en belleza y exotismo, pero ninguna tiene un origen tan mítico y ritual. Dice Veytia que la etimología de Huatulco viene de la voz náhuatl *Quauhtolco**, que significa ma-

*Es obligado añadir aquí una síntesis aclaratoria con el fin de disipar el malentendido histórico en torno a la significación etimológica de la voz Huatulco. Veytia, que en su *Historia antigua de México* polemiza con los padres Torquemada y Gregorio García, señalando acertadamente que el célebre puerto oaxaqueño se nombraba en náhuatl *Quauhtolco* y no *Quauhtochco* (que sería en realidad el Huatusco veracruzano), no deja de incurrir en un error de no menor magnitud al confundir la grafía de la raíz náhuatl de la determinación sustantiva de Huatulco. En primer lugar hay que señalar que la expresión *Quautli* no existe en el idioma náhuatl. Es, pues, seguro que por un pequeño desliz Veytia (¿o sería su editor?) escribió *Quautli* en vez de *Quauhtli*. Ahora bien, en el *Diccionario de la lengua náhuatl*, basado en la *Gramática náhuatl* del padre Carochi, *Quauhtli* significa águila, de manera que si siguiéramos a Veytia, Huatulco (*Quauhtli-tolco-co*) querría decir: “lugar donde se adora o se hace reverencia al águila”. En las *Reglas de la lengua mexicana*, con un vocabula-

dero, del verbo *toloa*, hacer reverencia bajando la cabeza, y de la partícula *co*, que denota lugar. Huatulco querría decir, pues, lugar donde se hace reverencia al madero. Según Burgoa, que recogió las noticias y memorias de los más ancianos, en los primeros siglos de la era cristiana llegó a las playas de Huatulco abrazado a un madero un anciano de tez blanca, túnica larga, ceñida y con manto, y el cabello y la barba crecidos. Espantados por el prodigio muchos pobladores acudieron a la playa a verlo, y el anciano los saludó con dulzura en su misma lengua natural (mixteco). El anciano, que ayunaba y meditaba la mayor parte del tiempo, les enseñó a los nativos muchas cosas de provecho y otras que no pudieron entender. Al cabo de un tiempo, tras fijar con sus propias manos el sólido madero y haberlos iniciado en su culto diciéndoles que le tuviesen mucha veneración y respeto, que tiempo vendría en que

rio de Francisco Xavier Clavijero, además de la voz *Quauhtli* encontramos dos expresiones que aclararían el error etimológico de Veytia, que propagó a la ligera el padre Gay al no consultar las fuentes: *Quauhtli*, que quiere decir “convertirse en árbol o hacerse largo como palo”; y *Quauhtl*, que significa “árbol, palo, madero”. Dando por sentado que esta última es la acepción correcta, Huatulco se compondría, pues, de *Quauhtl-toloa-co*: “lugar donde se reverencia al madero”.

También, siguiendo al padre Gregorio García, confunde Veytia, al igual que Burgoa, la incursión de Drake con la de Cavendish, atribuyéndole a aquél el incendio de la cruz. Sin embargo, menciona Veytia una apología manuscrita de Fray Bartolomé de las Casas que recoge la antiquísima tradición de la llegada de la cruz a Huatulco (¿será el mismo legajo de dos mil folios al que se refiere Burgoa?), donde se hace constar que la trajo un “hombre blanco, barbado, vestido hasta los artejos de una ropa talar blanca, que traía consigo otros discípulos, y que enseñaron a los nativos el ayuno y la penitencia”. Esto no cambia en esencia la raíz tolteca-mixteca del misterioso personaje; lo único que cambiaría sería la forma de la “llegada”: abrazado al madero tras un naufragio, según una versión; o aportando en su nave y con su gente, según la otra.

Las diferentes grafías que ha experimentado el nombre del puerto son: Quauhtolco, Coatulco, Guatulco y Huatulco.

les diese a conocer el verdadero señor del cielo y de la tierra, el anciano desapareció.

Burgoa, al igual que el fantasioso Borunda, sostiene que el venerado anciano no puede ser otro que el mítico Quetzalcóatl-Santo Tomás; y llega incluso a polemizar ardorosamente con Torquemada, que afirmaba que la cruz había sido plantada por fray Martín de Valencia en los tiempos inmediatos a la Conquista, cuando llegó de Tehuantepec a Huatulco para embarcarse rumbo a China. Cabría considerar una tercera opción, que confirmaría la naturaleza milenaria del madero y al mismo tiempo el hecho de que el calvinista Cavendish se enfrentara a una indestructible cruz: que el bondadoso e inteligente fray Martín de Valencia, para no perder la continuidad del culto, transformara en los primeros años de la Conquista el madero originario en una imponente cruz de guayacán. De lo que no puede caber duda es de que el venerado anciano era un tlamatini o sabio tolteca, que había sobrevivido tal vez a un naufragio abrazado al grueso madero.

Al amparo entre el señorío mixteca de Tututepec y el zapoteca de Tehuantepec, crecía Huatulco prósperamente hasta que, hacia el año de 1455, el naciente Imperio azteca se arrojó con singular violencia contra los sobrevivientes de la estirpe tolteca que había sido aniquilada en Tula. En cuanto subió al trono de Tenochtitlán Moctezuma Ilhuicamina, guerrero valiente y ambicioso, puso en la mira extender sus dominios hacia el sur, desde donde le llegaban informes de los esplendentes reinos que habían erigido los mixtecas y zapotecas. Con astucia y buenas artes supo Moctezuma ganarse para su causa la guarnición de Tlaxiaco, que señoreaba Malinalli, feudatario hasta entonces de los mixtecas. Atonaltzin, poderoso rey mixteca con la sede de su reino en Coaixtláhuac, vio como afrenta esta deserción, y al odio natural que —por tradición heredada de sus antepasados— le tenía a la nación azteca, le sumó ahora la altivez con que los bárbaros triunfadores se proclamaban auténticos hijos del sol.

Comenzó Atonaltzin a prohibir el paso a los comerciantes aztecas por sus dominios, infligiendo severas penas a aquellos que contravenían sus órdenes. Disgustó la medida a Moctezuma, pero, conocedor del poderío mixteca, prefirió esperar una ocasión propicia para resarcirse. Y la ocasión llegó de manera brutal e inapable.

Tenía por ese tiempo el mercado de Coaixtláhuac fama de ser uno de los más grandes y ricos. Allí concurrían para adquirir cacao, grana, plumas preciosas, objetos de oro y plata ricamente trabajados, tejidos de finísimo algodón y de pelo de conejo, etc., mercaderes de México y Texcoco, de Chalco y Azcapotzalco, de Coyoacán, de Xochimilco y de Tacuba... Cierta día, por orden de Atonaltzin, ciento sesenta de estos mercaderes (*pochteca*) fueron emboscados y masacrados, salvándose apenas unos cuantos que se apresuraron a dar noticia al rey de México. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos heroicos, Moctezuma envió a Atonaltzin una embajada amenazando con la guerra si no le daban satisfacción cumplida. Ofendido por la amenaza, mandó Atonaltzin poner frente a los embajadores una pequeña muestra de su riqueza y les dijo en tono altivo: “Llevad este regalo a vuestro rey, y decidle que por él conocerá el amor que mis súbditos me tienen y la defensa que harán de mi persona. Acepto gustoso la guerra que me proponéis, y quede en ella decidido si los mexicanos me tributarán a mí, o yo a los mexicanos”.

Al oír la respuesta que le traían sus embajadores, Moctezuma mandó llamar a su principal aliado, el rey Nezahualcóyotl, de Texcoco, y le dijo: “Estas arrogantes palabras demuestran un valiente corazón; sin duda es necesario un gran poder para sojuzgarlo, apercibámonos para la guerra y veamos si los hechos corresponden a una respuesta presuntuosa”.

Junto con México y el renegado Texcoco (no olvidemos su raíz tolteca), se levantaron también contra los mixtecas los señoríos de Acolhuacán, Tacuba y otros del valle de Anáhuac que temían oponerse a los sangrientos aztecas. Mientras los ejércitos comandados por Moctezuma se dirigían hacia la Mixteca, Atonaltzin convocó a todos sus vasallos y les hizo saber el triste destino de miseria y esclavitud que les esperaba si eran vencidos por los bárbaros aztecas.

Se encontraron los dos ejércitos frente a frente y Moctezuma ordenó sus filas para presentar batalla. A una voz de Atonaltzin los mixtecas acometieron con tal brío y empuje que al primer choque hicieron suya la batalla, dejando el campo sembrado de enemigos.

Avergonzado por la derrota, regresó Moctezuma a Tenochtitlán con la obsesión de formar el más grande ejército jamás visto para

poder aniquilar definitivamente a los mixtecas. Sabedor por espías de los preparativos del rey azteca, comenzó Atonaltzin a disponer la defensa, buscando para ello la alianza con tlaxcaltecas y huejocinques, ramas igualmente de raíz tolteca que desde antiguo eran enemigos irreconciliables de los aztecas. La primera medida que acordó Atonaltzin fue apoderarse de la estratégica guarnición de Tlaxiaco, lo que hizo exitosamente pasando a cuchillo a todos los aztecas.

Había transcurrido justamente un año de la dolorosa derrota cuando Moctezuma partió nuevamente hacia la Mixteca al mando de un ejército aliado de más de doscientos mil soldados y cien mil tamemes para cargar el bagaje. Furioso por la carnicería que habían hecho los mixtecas en Tlaxiaco, no cesó Moctezuma de azuzar a su gente, de manera que al encontrarse otra vez con los mixtecas, los de México se arrojaron con tal hombría al combate que derrotaron estrepitosamente a los rivales.

Destrozado su ejército, saqueado su reino y quemados sus santuarios, Atonaltzin pasó a ser vasallo de Moctezuma. Mientras éste seguía sus conquistas hacia tierras zapotecas, comenzaron a sublevarse algunos caciques mixtecas que habían tomado parte en la contienda, haciendo a Atonaltzin culpable de haber hecho la guerra a la ligera y de aliarse con los tlaxcaltecas y huejocinques, que a la hora del combate habían exhibido cobardía, introduciendo el desorden en las filas con su fuga. Quiso Atonaltzin imponer el respeto que los caciques le debían, pero éstos se fueron sobre él y los capitanes tlaxcaltecas y huejocinques que habían sobrevivido, y les dieron muerte de manera afrentosa. La misma suerte que Coaixtláhuac corrieron las comunidades mixtecas de Tututepec y Huatulco.

Cuenta Tezozómoc en su *Crónica mexicana* que lo más precioso del botín que trajo Moctezuma de esta expedición fue la viuda de Atonaltzin. Mujer de una hermosura y nobleza sin par, atrajo de manera irresistible al arrojado Moctezuma cuando entre los combates y las llamas la vio llorando en su palacio. Decidió Moctezuma hacerla suya a toda costa y, a la muerte de Atonaltzin, la llevó a Tenochtitlán, donde le hizo construir un suntuoso palacio y la trató como reina. Quiso el vencedor cautivar a la reina mixteca por medios generosos y no por la violencia, pero la reina rechazó constantemente las

proposiciones de Moctezuma y prefirió morir fiel a la memoria de Atonaltzin.

Es probable que entre la expedición punitiva de Moctezuma Ilhuicamina y la llegada de los españoles, Huatulco haya sufrido otras incursiones a raíz del resurgimiento de los señoríos mixtecos y zapotecos. El mismo Torquemada habla de una guerra contra Coatulco en los tiempos de Axayácatl, sucesor del primer Moctezuma, que entró a sangre y fuego en el reino zapoteca de Tehuantepec.

Si hemos de creer al acucioso Gay, como consecuencia de las sucesivas conquistas de que fue objeto el estratégico puerto, a la llegada de los españoles se hablaba el mixteco, el zapoteco y en menor medida el náhuatl. Cuando Pedro de Alvarado conquistó finalmente Tututepec el 4 de marzo de 1522, Cortés le dio también en encomienda los pueblos de Pochutla, Tonameca y Huatulco. De raza valiente y altiva, los mixtecos de Tututepec no soportaron por mucho tiempo los agravios del cruel Alvarado y al rebelarse obligaron a los españoles a desplazarse al valle de Oaxaca, donde dejaron asentada de manera definitiva la capital.

Por la proximidad a Tehuantepec, de cuyos astilleros salían los barcos que iban a lugares tan apartados como las Molucas, Perú y California, Huatulco parecía destinado a ser uno de los centros de comercio marítimo más importantes de México. Allí fue apresada, por órdenes del virrey Antonio de Mendoza, una de las naves de la expedición que al mando de Francisco de Ulloa había mandado Cortés hacia California. Volvía la nave para dar noticias de las tierras descubiertas cuando fue divisada en las costas de Colima, y desde allí fue perseguida por tierra por tropas de caballería. Obligada a mantenerse alejada de los puertos, recibió la embarcación tal maltrato por el temporal y la resaca que terminó viéndose obligada a recalar en el puerto de Huatulco, donde toda la tripulación fue aprehendida y el navío se perdió.

Por Huatulco llegó procedente del revuelto Perú y rumbo a España Hernando Pizarro. Y en Huatulco, también, fue detenido en su delirio conquistador Pedro de Alvarado, cuando pretendía dominar el Pacífico con trece excelentes embarcaciones. El hecho de que aportara en Huatulco para abastecerse de tres mil tocinos, muchos

novillos, puercos, carneros, semillas y otras provisiones acopiadas por el marqués del Valle, nos da una idea de la importancia que por ese entonces tenía el puerto.

Hacia 1565 el procurador de la capital oaxaqueña, Juan Gallego, compuso el camino de Oaxaca a Tehuantepec y ordenó la construcción del camino a Huatulco, por la creciente actividad del comercio en esa zona (sobre todo el cacao de las serranías).

Parecía Huatulco estar recuperando su antiguo esplendor cuando en 1578 llegó a la bahía el temible Francis Drake. Venía el famoso corsario de cruzar el estrecho de Magallanes saqueando y hundiendo toda cuanta nave española encontraba al paso. Cuenta Gay que cuando desembarcó en Huatulco, los campos quedaron talados y los pueblos cercanos fueron arrasados por las llamas, huyendo los habitantes que quedaron con vida a refugiarse en los montes. Los ganados y frutos que no fueron destruidos pasaron a las naves de los piratas, quedando algunos de ellos al parecer en tierra. Dio orden el marqués de Villa Enrique de que se alistaran las guarniciones del Pacífico mexicano para hacer frente al pirata; pero éste, poniendo de manifiesto la astucia que tantos triunfos le depararía en su carrera de destrucción y rapiña, subió a refugiarse hasta la punta de California y allí esperó la llegada del galeón Santa Ana, que venía cargado de oro y otras mercancías preciosas procedentes de China y del Japón. Luego de saquear la nave y echarle lumbre, el corsario desapareció rumbo a las Indias orientales.

En una nota de pie de página recoge Gay la interesante relación que del saqueo hace uno de los tripulantes que acompañaban a Drake. Dice el inglés que al saltar a tierra vieron a un juez acompañado de tres oficiales, que juzgaban a tres moros negros acusados de haber pegado fuego al lugar. Esto nos permite saber que por ese entonces la población huatulqueña se había mestizado con los negros traídos de África para trabajar las minas, dando el tipo de “costeño” que hoy habita el lugar. Y, asimismo, aclararía el misterioso apelativo de la célebre Piedra de Moros, de la que afirma Gay que destilaba un aceite muy oloroso y de color guinda subido que la gente usaba como remedio eficaz para varias enfermedades. Hoy en día aún existe esta roca, pero ya no destila sustancia alguna, limitán-

dose a experimentar un cambio de color —del blanco al pardo— de acuerdo a la temporada estacional (seca o lluviosa).

En 1587, una década después del asedio de Drake, otro navegante inglés, Thomas Cavendish, en viaje alrededor del mundo arribó a Huatulco y, luego de saquear el pueblo, que según Gay tendría a la sazón trescientos habitantes, concentró todo su odio en destruir la mítica Cruz. Burgoa, que refiere el suceso pormenorizadamente, aunque confunde en uno solo los saqueos de Drake y Cavendish (al que llama Cambric), nos da una serie de datos que parecen contradecir la hipótesis poblacional dada por Gay. Sostiene Burgoa que a la llegada de Cavendish Huatulco era un puerto franco y sin guarda, de pocos vecinos y pobre por el escaso volumen de su comercio. El alcalde mayor era Juan Rengifo, modelo del funcionario corrupto y acomodaticio que luego se haría característico del rumbo; y al saber de la llegada de la nave, pensando en la bonanza que tal acontecimiento prometía a los registros de hacienda, se fue con su comitiva a la playa y cayó preso afrentosamente sin ofrecer resistencia alguna. Disgustado por la cortedad del botín, mandó Cavendish arrasar toda la villa, y al descubrir la esplendente presencia de la cruz envió a varios de sus hombres a buscar a la nave hachas aceradas para hacer astillas y borrar la memoria del madero. Pero las hachas se mellaron sin que la cruz sufriera daño alguno. Intentaron luego echarla abajo con sierras dobles, y los dientes saltaron fácilmente. Dolido en su orgullo por la misteriosa entereza de la cruz, ordenó el corsario traer gruesos cabos que amarraron a la base del madero y a la popa de la nave. Mandó arriar velas y poner proa a mar abierto, y al pegar la nave el jalón los amarres reventaron como cordeles, sin afectar en lo más mínimo el basamento de la cruz. Por último, ya enceguecido de coraje, hizo juntar cantidad de leña en torno al madero y le prendió lumbre. Se levantaron a varios metros las llamas sin que acertaran más que a chamuscar la base de la cruz ligeramente. Fuera de sí, mandó Cavendish traer unos barriles de alquitrán y roció la cruz de arriba abajo. Ésta se tiznó con la combustión de la resina, pero al apagarse el fuego el pirata vio como cosa milagrosa que la cruz no sufriera daño alguno, y dispuso que su gente subiera a la nave para partir enseguida.

Enterado de la sobrevivencia milagrosa de la mítica cruz, el obispo de Oaxaca, Bartolomé de Ledesma, convocó de urgencia a una reunión de la jerarquía eclesiástica con el fin de que se reconociera la naturaleza santa del madero y que se trasladara a la ciudad de Oaxaca para su mejor conservación y veneración. Luego de debatir los pros y los contras se acordó seguir el consejo de los que sostenían la conveniencia de que el madero siguiera en el mismo lugar donde lo había colocado el santo. Dispuso el obispo que se levantase capilla y rindiese especial culto a la Cruz de Huatulco, y así fue durante varios años. Pero al extenderse rápidamente la fama del madero, los marinos, que aportaban a Huatulco procedentes de Sudamérica, cortaban solícitos astillas del madero y las llevaban como preciado talismán, diciendo que les curaba las enfermedades y aplacaba las tormentas. De tanto quitarle astillas el madero se adelgazó notablemente hasta la altura que alcanzaban los brazos de los marineros, siendo un prodigio que con una base tan delgada siguiera sosteniéndose en pie frente a la playa.

Al ser nombrado obispo de Oaxaca Juan de Cervantes, cultor fervoroso de la santa cruz, no vio más remedio contra el desmenuzamiento progresivo del madero que llevarlo definitivamente a Oaxaca. Con tal fin hizo que dos notarios y un juez eclesiástico partiesen a Huatulco a recoger fidedignamente toda la historia del santo madero, misma que quedó registrada en un expediente de más de dos mil folios que Burgoa dice haber visto, pero de cuya existencia nadie a la fecha puede dar razón. Acordado el traslado de la cruz, se comisionó para ello a varios sacerdotes encabezados por el padre Antonio Cervantes, con instrucciones del obispo sobre las misas y preces que había que hacer antes de remover la cruz.

En cuanto se enteraron los huatulqueños de la movida inminente del madero, se entregaron a un saqueo de astillas sin medida, y el párroco de Huatulco resolvió pasarla a su templo para protegerla. El pueblo de Huatulco intentó resistir a mano armada el traslado de la cruz, pero finalmente cedió a las razones de los comisionados, permitiendo su traslado a la ciudad de Oaxaca, donde en abril de 1612, salió a recibirla la comunidad eclesiástica en pleno, así como numeroso gentío de las poblaciones aledañas.

En Oaxaca la cruz fue dividida en varias partes, quedando una en la catedral; otra se repartió en menudas piezas entre los fieles; otra le correspondió al templo de Santo Domingo; y otras menores al de Santa Catalina y demás conventos regulares. El obispo Cervantes se quedó con una, y otra más se trasladó a una capilla especial que para tal efecto se destinó en la ciudad de Puebla. Una última cruz hecha de la original fue remitida al papa Paulo V. Decidido a perpetuar el culto de la santa Cruz de Huatulco, el obispo Cervantes dotó para tal fin una fiesta anual que tenía lugar el 14 de septiembre.

Mientras no existan pruebas fidedignas es, pues, improbable que la pequeña cruz que actualmente se venera en el puerto de Santa Cruz esté hecha de un fragmento de la original. En el “Segundo Apéndice”, dedicado a la Cruz de Huatulco, que va al final del segundo tomo de la *Historia* del presbítero Gay, José María de Agreda y Sánchez habla de una cruz de casi dieciséis pulgadas de altura y nueve y media de ancho de brazos, engastada en plata por tres de sus lados, y con la siguiente inscripción en uno de ellos: “Santa Cruz de Guatulco vincula en la casa de D. Juan Leonel de Cervantes”. Dice Agreda y Sánchez que hasta diciembre de 1871 (él fechó este apéndice en 1882) esta cruz perteneció a la señora doña Guadalupe Ceballos y Padilla. Al ocurrir su muerte, la cruz fue entregada a su pariente el licenciado José Javier Cervantes. Sería conveniente que el gobierno del estado nombrara una comisión para rastrear el paradero de esta cruz, u otra hecha del madero original, y la trajera de regreso a la capilla de Santa Cruz, de donde nunca debió haber salido.

Sacudido en su letargo por algunas incursiones de piratería, como la del célebre Lorencillo, que en octubre de 1685 entró con sus naves en Huatulco y, por enésima vez, prendió lumbre y arrasó al sufrido pueblo, y por las correrías y escaramuzas de las guerras de Independencia, Reforma y Revolución —con la afrentosa memoria de la entrega de Vicente Guerrero en la playa que lleva el mismo nombre que el independentista—, Huatulco nunca más volvió a alcanzar el esplendor y señorío de sus primeros tiempos.

Ahora, ante la perspectiva profanadora y antirritual que inaugura la llegada del turismo, cabría recordar el agudo señalamiento que hacia finales del siglo XIX hacía el visionario Gay: “Si la felicidad es

posible sobre la tierra, los indios eran felices a fines del siglo pasado. Algunos los han llamado bárbaros por estas costumbres sobrias y sencillas; mas si el bien que ha de traer la civilización es multiplicar las necesidades, fomentar los vicios y hacernos desgraciados, preferible sería la barbarie”.

Hasta aquí estos fragmentos historiográficos; lo demás es literatura.

ÍNDICE

Introducción/3

EL PRESENTE

I/9

II/19

III/33

IV/69

V/91

VI/103

VII/135

VIII/161

EL PASADO

IX/211

X/227

XI/253

XII/281

Complementación historiográfica /299



EDITORIAL AVISPERO
2019

EDICIÓN CONMEMORATIVA Y DEFINITIVA

Da Jandra se basó en un recurso experimental del tiempo. Alternando las vidas de sus personajes entre el pasado y el presente y conjugando los destinos como en una red, las historias funcionan como un mapa genealógico de destinos bifurcados por sus infortunios. Los personajes aquí narrados representan el trasfondo de un espaciotiempo llamado Huatulco. El estilo de la narración evita moralizar las pasiones o los actos de sus personajes. En sus *Diarios* Leonardo da Jandra dice: “No me atrae la especulación sobre los traumas morales de los personajes, lo único que me interesa es lo qué hacen y por qué lo hacen”. En otra parte dice: “mi pasión por lo mítico contrasta irremediablemente con el crudo verismo de mi literatura”.

Alejandro Beteta